



¡La
novela de
la película!

UNDERWORLD

GREG COX

Lectulandia

Enemigos mortales durante siglos, el destino va a reunirlos. Vampiros y hombres-lobo. Enemigos jurados desde hace casi novecientos años, han librado una guerra secreta entre las sombras del mundo de los mortales, enfrentando la fuerza y la astucia de los no-muertos con el salvajismo y la furia de las bestias. Ahora, en las calles neo-góticas de la moderna Budapest, este antiguo conflicto da un giro inesperado. Selene es una Ejecutora, una guerrera vampírica consagrada a la destrucción de los odiados licanos. Michael es un hombre-lobo, un americano inocente sobre el que acaba de recaer la maldición lupina. En contra de lo que dictan historia y razón, se verán reunidos mientras la cruel e inhumana guerra se precipita hacia una conclusión de pesadilla. Ignoran el poder que su insólita unión puede desencadenar y los secretos aterradoros que serán revelados en el asombroso reino de... Underworld.

Lectulandia

Greg Cox

Underworld

ePUB v1.0

Dirdam 22.02.12

más libros en lectulandia.com

Autor: Greg Cox

Guión de cine: K. Greivoux, L. Wiseman y D. McBride

Traducción: Manuel Mata

Edición: La Factoría de Ideas / Solaris Fantasía

ISBN: 84-8421-946-1

Publicación: 2003

Capítulo 1

Para Budapest, la guerra no era ninguna desconocida. A lo largo de los prolongados y sanguinarios siglos, la capital de Hungría había sido escenario de batalla y objeto de conquista para una serie de invasores —hunos, godos, magiares, turcos, habsburgos, nazis y soviéticos— antes de reclamar por fin su independencia en la última década del siglo XX. Pero todos estos conflictos, meramente humanos, eran pasajeros en comparación con la guerra secreta y eterna que se estaba librando en las calles y callejones iluminados por la luz de la luna de la ancestral ciudad.

Una guerra que tal vez, por fin, estuviera llegando a su conclusión.

Una fuerte lluvia azotaba los tejados mientras el viento del otoño arrastraba en su aullido un atisbo del mordisco del invierno. Había una grotesca gárgola de piedra, negra como el petróleo y empapada de lluvia, sentada sobre la ruinoso cornisa del antiguo Palacio Klotild, un imponente edificio de apartamentos de cinco pisos decorado elaboradamente al estilo barroco español. El edificio, que contaba ya con un siglo de antigüedad y cuyo primer piso albergaba en la actualidad una galería de arte, un café y varias boutiques elegantes, dominaba la Plaza Ferenciek, un bullicioso centro de tráfico rodado y pedestre cerca del corazón de Pest. Los autobuses, coches y taxis, los pocos que se atrevían a salir bajo la torrencial tormenta, pasaban a toda velocidad por las calles pavimentadas de adoquines.

Otra figura se acurrucaba detrás de la gárgola petrificada, casi tan silenciosa y petrificada como ella: una preciosa mujer, ataviada de brillante cuero negro, con una larga cabellera castaña y piel de alabastro. Ajena a la tormenta y a su precaria posición en lo alto de la estrecha cornisa, contemplaba la calle con aire sombrío. Mientras sus fascinantes ojos castaños se clavaban en las abarrotadas calles que tenía debajo, sus sombríos pensamientos pasaban revista a los siglos de guerra sin tregua.

¿De veras es posible, pensaba Selene, que la guerra esté a punto de terminar? Su elegante rostro, tan pálido y hermoso como la diosa de la luna a la que le debía el nombre, era una máscara de concentración y sangre fría que no relevaba el menor rastro de las inquietudes que la preocupaban. Es algo inimaginable y sin embargo...

El enemigo llevaba perdiendo terreno casi seis siglos, desde su aplastante derrota de 1409, cuando un osado ataque había logrado penetrar en su fortaleza secreta de Moldavia. Lucian, el más temible y despiadado líder que jamás tuviera la horda de los licanos, había caído al fin y sus hombres habían sido desperdigados a los cuatro vientos en una sola noche de llama purificadora y castigo. Y sin embargo la ancestral enemistad no había seguido a Lucian a la tumba. Aunque el número de licanos había ido en descenso, la guerra se había vuelto aún más peligrosa, pues la luna había dejado de contener su mano. Los licanos más antiguos y poderosos eran ahora

capaces de cambiar de forma a voluntad y representaban una amenaza todavía mayor para Selene y los demás Ejecutores. Durante casi seiscientos años, los Ejecutores, un pelotón de guerreros vampiros de élite, habían perseguido implacablemente a los hombres-bestia supervivientes. Sus armas habían cambiado con el tiempo, pero no sus tácticas: seguir el rastro de los licanos y cazarlos uno a uno. Una táctica coronada con frecuencia con el éxito.

Puede que con demasiada frecuencia, pensó con cierto pesar. La cola de su lustrosa gabardina de cuero batió las alas al viento mientras ella se inclinaba sobre el borde de la cornisa, desafiando a la gravedad. Una caída de cinco pisos la llamó con todas sus fuerzas pero ella seguía pensando en la guerra y en su posible conclusión. Si lo que aseguraba la información obtenida a un alto precio por agentes infiltrados e informantes humanos era cierto, los licanos estaban dispersos y desorganizados y su número era escaso e iba en descenso a cada día que pasaba. Tras incontables generaciones de combate brutal, parecía que por fin las odiosas bestias se habían convertido en una especie en peligro de extinción, un pensamiento que llenaba a Selene de pensamientos profundamente contradictorios.

Por un lado, estaba impaciente por terminar de exterminar a los licanos de una vez y para siempre. Al fin y al cabo, para eso había vivido todos esos años. El mundo sería un lugar mejor cuando los huesos del último y salvaje hombre-bestia estuvieran blanqueándose al sol. Y sin embargo... Selene no podía evitar una sensación de aprensión al pensar en el final de su larga cruzada. Para alguien como ella, el fin de los licanos significaría el cierre de una era. Pronto, como las armas desechadas de los siglos pasados, también ella se volvería obsoleta.

Una pena, pensó mientras su lengua seguía el pulido contorno de sus colmillos. Buscar y matar licanos había sido su única fuente de satisfacción durante décadas y había terminado por disfrutar inmensamente de ella. *¿Qué voy a hacer cuando la guerra termine?*, se preguntó la hermosa vampiresa, enfrentada a una eternidad sin propósito. *¿Qué soy yo salvo una Ejecutora?*

La gélida lluvia resbalaba por su rostro y su cara y formaba charcos mugrientos sobre el vistoso tejado. El aire contaminado de la noche olía a ozono, presagio de relámpagos que se avecinaban. Selene ignoró la fiereza del viento y la lluvia y se mantuvo inmóvil sobre la cornisa. Estaba ansiosa por encontrar a su presa, por un poco de acción con la que disipar la melancolía que atormentaba sus pensamientos. Lanzó una mirada llena de impaciencia hacia el reloj de la torre del edificio gemelo del Klotild, situado al otro lado de la bulliciosa Avenida Szabadsajto. Eran las nueve menos cuarto. El sol se había puesto hacía horas, de modo que, ¿dónde demonios estaban los malditos licanos?

Debajo de ella, las abarrotadas aceras estaban cubiertas por una manta de paraguas que le impedía ver a los peatones que desafiaban la tormenta. Frustrada,

Selene apretó los puños y sus afiladas uñas se clavaron en las marfileñas palmas de sus manos. Los equipos de vigilancia habían informado sobre actividad licana en aquel barrio pero ella no había detectado todavía un solo objetivo. *¿Dónde os escondéis, salvajes animales?*, pensó con irritación.

Estaba empezando a pensar que su presa la había evitado, que la manada de lobos había cambiado de emplazamiento aprovechando el día y había encontrado una guarida mejor escondida en otra parte. Desde luego, no sería la primera vez que una roñosa manada de licántropos lograba cambiar de situación antes de que los Ejecutores dieran con ellos.

Estaba temblando bajo el cuero, pues el tiempo inclemente empezaba a afectarla a pesar de su ropa ajustada y su determinación. La idea de abandonar y dejarlo por aquella noche resultaba tentadora, pero no, no era una opción. Una expresión de tozuda determinación se dibujó en su rostro mientras se sacudía de encima aquella debilidad momentánea. Esa noche había licanos en las calles, estaba segura, y no estaba dispuesta a dejarlos escapar aunque eso significara seguir acurrucada bajo la lluvia casi hasta la salida del sol.

Sus aguzados ojos registraron las atestadas calles que discurrían debajo de ella. Al principio no encontraron nada sospechoso. Pero entonces... *¡Alto! ¡Ahí!* Entornó la mirada al avistar a dos individuos de aspecto poco recomendable que se abrían camino por una acera abarrotada. Utilizando sus paraguas, codos y miradas asesinas, los dos peatones avanzaban a codazos entre los numerosos peatones que habían decidido desafiar a la tormenta. Sendas chaquetas de cuero los protegían del viento y la lluvia.

• • •

Un siseo furioso escapó de los pálidos y rojizos labios de Selene. Incluso en forma humana, los licanos llenaban sus venas de odio y repulsión. La forma que habían adoptado por el momento no podía engañarla: ella sabía perfectamente que los dos rufianes no eran en realidad seres humanos, sino animales repugnantes que trataban de hacerse pasar por tales.

Se ajustaban a la perfección a lo que se decía de ellos en los informes de inteligencia. El más grande de los licántropos, una masa de ciento y pico kilos de pura voracidad asesina, respondía al nombre de Raze. En la mansión, algunos analistas sostenían que en la actualidad era el macho alfa de la manada de Europa central mientras que otros tenían la teoría de que existía otro licano aún por identificar que superaba en rango al propio Raze. Sea como fuere, el matón calvo tenía aspecto de ser un adversario formidable; no podía esperar a llenarle el cuerpo de plata.

Su compañero, un licano de menor tamaño y peso, unos ochenta kilos, era a todas

luzes un espécimen menor. Era caucásico de apariencia, tenía nerviosos rasgos de rata y una descuidada mata de pelo castaño. Mientras Selene los observaba, Raze empujó sin miramientos al otro licano, cuyo nombre era según todos los informes, y siguió avanzando por la congestionada acera, impulsado por sólo los Antiguos sabían que malvado propósito.

Al mirar más allá de los licanos tratando de averiguar adonde se dirigían, sus ojos se vieron atrapados por un momento por los de un joven apuesto que caminaba bajo la lluvia una media manzana por delante de Raze y Trix. Dotado de una belleza tosca, con cabello claro y un flequillo fino y encantador, vestía de manera despreocupada, con un guardapolvos, unos pantalones oscuros y unas zapatillas. Ningún paraguas protegía su esbelta figura de la tormenta y caminaba a buen paso en dirección este con las manos en la cabeza. Había algo en su manera de comportarse que sugirió a Selene que el atractivo joven era un norteamericano. Sintió cierto pesar al ver que no podía echar un vistazo a sus ojos desde más cerca.

¡Eso no importa!, se reprendió con dureza, horrorizada por haber permitido que un humano la distrajera de su misión aunque fuera por un solo momento. No hubiera tenido tiempo de andar mirando a los jóvenes ni aunque en su vida hubiera habido espacio para el romance, cosa que desde luego no era así. Ella era un soldado, no una doncella de mirada soñadora ni una lasciva seductora. Le había cedido su inmortalidad a la cruzada contra los licanos y matar hombres-lobo era la única pasión que se permitía.

¿Y después de la guerra? Una vez más, sus recelos con respecto al futuro penetraron en su consciencia, mezclados con las tentadoras posibilidades de una existencia completamente nueva. *¿Entonces qué?* Pero primero, se recordó, había batallas que librar... y licanos que matar.

Atenta de nuevo a Raze y Trix, Selene levantó la mirada para ver si su guerrero había detectado también a los dos licanos. Una sonrisa de satisfacción se encaramó a sus labios al comprobar que, en lo alto de un edificio de oficinas neo-gótico situado al otro lado de un callejón mugriento, Rigel había sacado ya su cámara digital y estaba ocupado tomando fotos de la pareja que caminaba debajo de ellos sin sospechar nada. *Ya debería saber que siempre está atento*, pensó, complacida por la rapidez y profesionalidad del vampiro. La serena y angelical expresión de Rigel contradecía su eficacia como Ejecutor. Había matado más licanos de los que Selene podía recordar.

Como ella, el otro vampiro estaba escondido detrás de una gárgola situada sobre las calles. El aullido del viento imposibilitaba que Selene oyera el sonido de la cámara de Rigel, pero no tenía la menor duda de que el caro aparato digital estaba en pleno funcionamiento mientras Rigel se aprovechaba de su posición de ventaja para capturar todas las imágenes posibles de sus adversarios. El examen de las fotos ayudaría más tarde a Selene a confirmar las presas de aquella noche.

Asumiendo, por supuesto, que la cacería marchara bien. No era tan necia como para subestimar a los licanos a los que cazaba.

Completado su trabajo de reconocimiento, Rigel bajó la cámara. Selene vislumbró el brillo de sus ojos turquesa a la luz de la luna. Su cabello peinado hacia atrás con fijador y sus refinadas facciones eslavas le prestaban un (completamente no intencionado) parecido con el joven Bela Lugosi, en los tiempos en los que el legendario Drácula de las películas era un ídolo en los escenarios húngaros. Rigel ladeó la cabeza como un pájaro y dirigió la mirada al otro lado de la solitaria calle que separaba ambos edificios, esperando la señal de Selene para proceder.

Ésta no se molestó tan siquiera en comprobar la posición de Nathaniel, segura de que el tercer vampiro, como buen Ejecutor, estaría igualmente preparado. Miró hacia abajo y contempló en silencio cómo pasaban los dos licanos por debajo. Se movían con parsimoniosa determinación, ajenos aparentemente a la presencia de los vampiros. Selene se preguntó por un instante qué funesto desvarío habría sacado a Raze y Trix de su oculta madriguera.

No importa, decidió mientras seguía a los disfrazados hombres-bestia con ojos llenos de odio. La mera visión de las viles criaturas aceleró el pulso de su corazón inmortal y provocó el impulso instintivo de borrar a las voraces bestias de la faz de la Tierra. Imágenes de tiempos pasados desfilaron en un destello fugaz delante de sus pensamientos.

Unas niñas gemelas, de no más de seis años, gritando de terror. Una chica mayor, casi una adulta, con la garganta abierta en canal. Un hombre de cabello cano con un atuendo antiguo y con el cráneo abierto y la pulposa materia gris a la vista. Un acogedor vestíbulo, con las paredes cubiertas literalmente de sangre. Cuerpos mutilados y miembros, propiedad antaño de espíritus amados profundamente, destrozados y arrojados por todas partes como pétalos de flores carmesí...

Las heridas todavía abiertas emergieron a la superficie desde las profundidades del corazón de Selene. Sus dedos se posaron sobre las frías empuñaduras de metal de los revólveres gemelos que llevaba bajo la gabardina y contempló con furia silenciosa a Raze y a su encorvado acompañante. Las intenciones de los licanos eran lo de menos aquella noche, decidió. Sus planes estaban a punto de cancelarse... de forma permanente.

Más de veinte metros más abajo, las presas de Selene dejaron atrás la manzana. Caminaban sin el menor cuidado sobre charcos grasientos mientras se dirigían a empujones a la Plaza Ferenciek. Conteniendo la respiración, aguardó el transcurso de un latido y a continuación hizo una seña a sus camaradas de armas. Sin un momento de demora, saltó desde la cornisa.

Como un espectro ataviado de cuero, cayó en picado cinco pisos sobre el suelo de dura piedra. La mortal caída hubiera acabado casi con toda seguridad con la vida de

una mortal pero Selene aterrizó con la diestra elegancia de una pantera, con tal suavidad y gracilidad inhumanas que parecía estar corriendo aun antes de que sus botas de cuero hubiesen tocado los adoquines cubiertos de lluvia.

Era una suerte que el mal tiempo hubiera vaciado de humanidad aquella calle secundaria a diferencia de lo que ocurría en las abarrotadas avenidas de las proximidades. No hubo ojos, humanos o no-humanos, que asistieran con asombro al preternatural descenso de Selene o escucharan el sigiloso roce del cuero húmedo que había anunciado la aparición de Rigel al otro lado de la esquina. Selene recibió la aparición del otro vampiro con un levísimo movimiento de la cabeza y a continuación levantó la mirada mientras Nathaniel —una aparición pálida con una mata de fluido cabello negro— caía sobre los adoquines desde arriba, a poca distancia de los otros dos Ejecutores.

Un trío de verdugos de ojos acerados, infinitamente más letales que cualquier vulgar asesino humano, Selene y sus camaradas se fundieron con la muchedumbre que recorría la Avenida Szabadsajto. Mucho más sutiles que sus torpes presas, empezaron a seguir con habilidad a los dos licanos, ninguno de los cuales daba señales de haber reparado en su presencia. *Como debe ser*, pensó Selene mientras sonreía al pensar en la matanza que se avecinaba. Sentía el peso reconfortante de las Berettas de 9-mm contra las caderas.

La abarrotada plaza, llena de humanos inocentes, no era evidentemente el lugar apropiado para tender una emboscada, pero estaba segura de que acabaría por presentarse una oportunidad si seguían a los licanos el tiempo suficiente. *¡Con suerte, estarán muertos antes de saber que los han atacado!*

La urbana Pest, en oposición a la palaciega Buda, situada al otro lado del Danubio, era un centro lleno de vida equipado con todas las comodidades de la vida moderna. Bares llenos de humo y cafés de Internet jalonaban la Plaza Ferenciek, así llamada en honor a un príncipe transilvano del siglo XVIII. En las esquinas de las calles se veían brillantes cabinas amarillas que contenían modernas terminales de ordenador desde las que tanto los turistas como los residentes podían encontrar información y direcciones. Las guías urbanas de última tecnología coexistían con los viejos buzones rojos y los parquímetros celosamente vigilados.

Selene vio que Raze volvía un instante la cara para lanzar una mirada furtiva hacia atrás y se ocultó detrás de una alta cabina telefónica de color verde. Por suerte, el cauteloso licano no parecía haberla visto y siguió su camino.

Una señal luminosa que mostraba una gran M de color azul sobre un fondo blanco, atrajo su atención. Por lo que parecía, Raze y Trix estaban dirigiéndose hacia la señal, que indicaba una entrada a la estación de Metro situada bajo la plaza. *Por supuesto, comprendió; los licanos se encaminaban al Metro para coger la línea M3 y dirigirse después a quién sabe dónde.*

Aquello no la preocupaba demasiado. Ahora que había localizado a las dos esquivas presas, no iba a dejarlas escapar tan fácilmente. Con un gesto, Selene indicó a sus camaradas las demás entradas de la estación y los tres vampiros se dispersaron sin hacer ruido y se fundieron con el alborotado mar de paraguas como seres etéreos compuestos tan solo de sombras y lluvia insustanciales...

Capítulo 2

¡Mierda!, pensó Michael Corvin mientras se dirigía a toda prisa hacia la entrada del Metro, con las dos manos en la cabeza en un fútil intento por impedir que el chaparrón nocturno lo calara por completo. El joven norteamericano se flageló en sus pensamientos por haber olvidado el paraguas en su minúsculo apartamento. *Por suerte sólo está cayendo la tormenta del siglo*, pensó mientras, un poco confuso, sacudía la cabeza. Tenía el cabello castaño pegado a la cabeza y un reguero de helada agua de lluvia se colaba bajo el cuello de su cazadora de nylon y le provocaba un escalofrío por toda la columna vertebral.

¡La noche ya ha empezado mal y eso que ni siquiera he llegado todavía al trabajo!

Consultó su (*¡Gracias a Dios!*) impermeable reloj de pulsera. Si se daba prisa, podía llegar al hospital a tiempo para el cambio de turno de las nueve en punto, siempre que el metro no fuera con retraso. Entonces sólo tendría que sobrevivir nueve horas y pico en Urgencias antes de volver a salir. *Probablemente seguirá lloviendo*, pensó.

Una luna gibosa se asomaba entre las agolpadas y negras nubes de tormenta que cubrían el cielo. Michael hizo una mueca al ver la luna... y pensar en las largas horas que se avecinaban. No esperaba con impaciencia la guardia de aquella noche. La unidad de traumatología de urgencias parecía enloquecer cada vez que se aproximaba la luna llena y al hinchado disco amarillento del cielo sólo le faltaba una pequeña franja para alcanzar ese estado.

Cuando el tiempo estaba así no podía evitar preguntarse si emigrar a Hungría había sido una buena idea.

Con las zapatillas empapadas, se dirigió chapoteando a los escalones que bajaban a la estación del metro. «*Bejarat*», rezaba la señal metálica que había sobre la entrada, para gran alivio de Michael. «Entrada» y «Salida» eran dos de las primeras palabras que había aprendido al llegar a Budapest hacía meses, junto con el equivalente en húngaro de «¿Habla usted inglés?» («*¿Beszel angolul?*») y «No entiendo» («*Nem ertem*»).

Por suerte, su húngaro había mejorado mucho desde entonces.

Al llegar al final de las escaleras, descubrió con frustración que el túnel de hormigón que se abría más allá estaba abarrotado de húngaros empapados que trataban de cerrar sus paraguas, lo que le obligó a pasar varios segundos más bajo la copiosa lluvia. Cuando por fin pudo refugiarse en la estación, parecía una rata mojada y se sentía como tal. *Oh, bueno*, pensó, tratando de mantener el sentido del humor a pesar de la situación. *Si quería estar seco en todo momento, debería haberme instalado en el Sahara.*

Aunque Budapest había sido la primera ciudad europea en construir un sistema de metro, allá por 1894, la línea azul, la M 3, llevaba en funcionamiento desde los años 70. Como consecuencia de ello, la estación de la Plaza Ferenciek era esbelta y de aspecto moderno, con impolutos suelos de baldosa y prístinas paredes sin pintadas. Michael sacó un billete azul pálido (válido por treinta días) de su bolsillo y lo introdujo en la máquina más cercana. Se formó un charco a sus pies mientras la gravedad hacía lo que podía por secarlo.

Completamente empapados, se echó el pelo hacia atrás mientras las escaleras mecánicas lo llevaban a al andén, que estaba lleno a rebosar. Una buena señal, comprendió; la gran multitud significaba que no había perdido el metro.

Mientras pasaba una mirada despreocupada por la empapada muchedumbre, se quedó sin aliento al reparar en una mujer preciosa que había en el andén, apoyada en un quiosco. Una visión asombrosa y espectacular, vestía de cuero negro desde el cuello hasta las botas altas. La larga gabardina negra, anudada a la cintura, no lograba ocultar su esbelta y atlética figura y sus facciones de porcelana poseían una belleza y un encanto ajenos al tiempo. La melena castaña, severamente recortada, le otorgaba una electricidad sensual que hizo que a Michael se le acelerara el pulso. Parecía fuera de lugar en medio del mundano bullicio de la estación de metro: una exótica aparición, salvaje, misteriosa, sugerente...

Todo lo que yo no soy, pensó con sarcasmo. Atrapado del todo por aquella aparición asombrosa, fue incapaz de apartar la mirada incluso cuando ella alzó la cabeza y lo miró directamente.

Durante un momento interminable, sus ojos se encontraron. Michael se vio sumergido en unos enigmáticos estanques de color castaño que parecían contener profundidades insondables, imposibles de sondear o comprender para él. La misteriosa mujer le devolvió la mirada y sus ojos parecieron penetrar hasta el fondo de su cráneo. Su expresión gélida y neutra no revelaba la menor pista sobre lo que estaba ocurriendo tras aquel rostro perfecto. Casi sin darse cuenta, Michael se encontró deseando no parecer tan fascinado.

Los orbes de color castaño lo examinaron sin disimulos y, por un segundo pasajero, Michael creyó detectar en ellos un destello de interés, mezclado acaso con un rastro de pesar y remordimientos inefables. Entonces, para su alivio y su decepción, la mujer apartó la mirada y la dirigió hacia el andén, que empezó a examinar de un lado a otro. *¿Quién eres?*, se preguntó Michael, consumido por algo más que mera curiosidad. *¿De dónde vienes? ¿Qué estás buscando?*

La escalera mecánica lo estaba llevando hacia abajo, más cerca de la mujer del quiosco. Michael tragó saliva, mientras en su interior se preguntaba si tendría el valor suficiente para decirle algo. *Discúlpeme, señorita*, ensayó mentalmente, *pero no he podido evitar quedarme boquiabierto al mirarla...*

Sin embargo, justo cuando las escaleras mecánicas llegaban al andén y Michael ponía el pie sobre ésta, un tren de color azul brillante entró como un trueno en la estación, acompañado por una bocanada de aire frío y un ensordecedor estruendo. La repentina llegada del tren sobresaltó a Michael y quebró por un momento el hechizo que la encantadora desconocida le había echado, y cuando se volvió para buscar de nuevo a la dama en cuestión, descubrió que había desaparecido por completo de su vista.

—Maldición —musitó entre dientes. Las puertas del metro se abrieron con un siseo y los impacientes peatones se lanzaron a su interior. Michael pasó unos segundos más buscando a la hechicera vestida de cuero y a continuación entró a regañadientes en el vagón.

Probablemente sea lo mejor, pensó, aunque sin llegar a convencerse ni de lejos. Una voz amplificada habló por los altavoces de la estación para pedirle a los transeúntes que esperaban en la plataforma que se hicieran a un lado y dejaran salir a los pasajeros. *Ya llego tarde al trabajo*.

• • •

Oculto bajo la sombra de la escalera mecánica, Selene observó al joven norteamericano de grandes ojos mientras se volvía hacia el esbelto tren azul. Por segunda vez en menos de diez minutos, tuvo que reprenderse por permitir que aquel apuesto desconocido la distrajera de su misión. No obstante, no le quedó más remedio que admitir que su corazón muerto había dado un vuelco cuando lo había visto venir por la escalera mecánica y que su mirada fascinada se había detenido en el semblante cincelado del joven mucho más de lo que hubiera debido. *La vejez debe de estarme volviendo tonta e infantil*, pensó enfurecida, incapaz de quitarse de la cabeza el recuerdo de los pálidos ojos del americano.

Raze y Trix aparecieron en las escaleras unos instantes después de que hubiera desaparecido el inapropiado objeto de su atención. La visión y el olor odiosos de los licántropos hicieron que volviera en sí. Mientras los observaba con atención, la pareja se unió a la turba que descendía del tren que acababa de llegar. Más allá, ocultó con destreza entre las sombras y los rincones del andén, Rigel también mantenía vigilados a los dos licanos. Selene y él intercambiaron una mirada y a continuación abandonaron al unísono sus escondrijos para ir detrás de sus detestables presas.

Selene dio gracias por su presencia cuando los dos licanos se separaron y se dispersaron entre la muchedumbre como un par de lobos convergiendo sobre un despreocupado ciervo. Indicó a Rigel que se encargara de Raze, que se estaba encaminando aproximadamente en dirección al otro vampiro, mientras ella permanecía cerca de Trix. Sabía que Nathaniel seguía en el exterior, vigilando las entradas a la estación por si se presentaban refuerzos licanos inesperados.

Hasta el momento, todo bien, pensó mientras se mantenía a una distancia prudente de los licanos. El movimiento de la muchedumbre los llevó hacia las puertas abiertas de vagones y Selene, llena de curiosidad, se preguntó hacia dónde se estarían dirigiendo los licanos. ¿Quizá a su última guarida?

Lanzó una mirada a Raze, quien se encontraba junto a las puertas del vagón, aproximadamente en mitad del andén. Para su sorpresa, se detuvo de repente y olisqueó el cargado aire de la estación. *Demonios*, pensó, instantáneamente en guardia, *no me gusta la pinta que tiene esto*.

Sus manos reptaron hacia las Berettas gemelas que llevaba escondidas bajo la gabardina, al mismo tiempo que Raze se volvía de improviso y se percataba de la presencia de Rigel. Su rostro de caoba oscura se llenó de repente de pánico, introdujo la mano bajo su propia chaqueta y sacó una Uzi modificada.

—¡SANGRIENTOOOS! —gritó con una profunda voz de bajo. El cañón de su arma automática escupió fuego y el abarrotado andén del metro se convirtió en una escena de pánico descontrolado.

El severo fuego de la Uzi resonó como un eco cacofónico por los subterráneos confines de la estación de metro, sin conseguir ahogar los aterrorizados chillidos del gentío. Hombres y mujeres frenéticos se echaron al suelo o corrieron en estampida hacia la salida más próxima. Selene y Rigel buscaron refugio detrás de sendas columnas de hormigón mientras sacaban sus armas. Rigel llevaba una MP5 semiautomática mientras Selene confiaba como de costumbre en sus viejas Berettas.

Ignorando a los aterrorizados humanos, Raze roció la plataforma con una lluvia de fuego automático. Selene se asomó desde detrás de la columna. Mientras la descarga descascarillaba el esmalte de las baldosas blancas que cubrían el pilar de hormigón, la vampiresa reparó en que la Uzi del licano estaba utilizando una munición que nunca había visto hasta entonces. La cascada de balas resplandecía literalmente con una luz interior tan brillante que hacía daño a la vista con solo mirarla.

En el nombre de los Antiguos, ¿qué...?, pensó confundida. Sus dedos apretaron los gatillos de las Berettas para responder al fuego del licano con una descarga de balas de plata.

• • •

Nathaniel caminaba frente a la entrada del metro, bajo la protección del toldo de un restaurante que había al otro lado de la calle. *También sirven a aquellos que sólo esperan*, pensó recordando las inmortales palabras de Milton. Nathaniel había visto al gran poeta en una ocasión, en Londres, en 1645, mientras perseguía a una banda de licanos renegados en medio del caos y el baño de sangre de la Guerra Civil Inglesa. *Es una lástima que no lo convirtiéramos en inmortal...*

El vampiro ataviado de cuero vigilaba las calles y callejones que rodeaban la estación a fin de que sus camaradas no se vieran sorprendidos por otra manada de licanos en plena cacería. No le gustaba que sus compañeros tuvieran que seguir a los dos licanos en un tren, dejándolo atrás, que seguramente es lo que ocurriría, pero confiaba en que los otros Ejecutores se pusieran en contacto con él en cuanto hubieran llegado a su destino. Si la suerte no le daba la espalda, no se perdería toda la acción.

El inconfundible restallar del fuego automático, proveniente de los túneles del metro que se extendían bajo la plaza, perturbó la quietud de la noche. Empezaron a sonar alarmas mientras bajaba los escalones a toda prisa. Los aterrorizados transeúntes que escapaban de la carnicería corriendo escaleras arriba dificultaban su avance, pero el impasible vampiro los arrojaba a un lado como si fueran muñecas de trapo.

¡Aguantad!, pensó mientras aterrizaba con destreza sobre el suelo cubierto de barro del metro. Era perfectamente consciente de que Selene y Rigel se enfrentaban a un número idéntico de licanos sedientos de sangre. Con una Walter P-88 en cada mano, corrió hacia el torniquete, impaciente por prestar a los demás Ejecutores la superioridad numérica que necesitaban. El continuado estrépito de los disparos no hacía sino alimentar su urgencia. A juzgar por el sonido, parecía que sus camaradas estaban resistiendo pero, ¿por cuánto tiempo?

Las suelas de sus botas golpeaban con fuerza el suelo de baldosas. Los traumatizados humanos, pálidos y sin aliento, se arrojaban contra las paredes del túnel para evitar la figura armada y ataviada de negro que corría como un loco en dirección al estrépito de la subterránea batalla. Nathaniel, que no pensaba en otra cosa que en reunirse con Selene y Rigel, no prestaba la menor atención a los agitados mortales.

¡Resistid!, les pidió en silencio. *¡Ya voy!*

• • •

La incandescente munición barría descontroladamente la subterránea plataforma. Las resplandecientes balas acertaban a muchas de las luces del techo, que explotaban como fuegos artificiales y levantaban una lluvia de chispas sobre el suelo de cemento. Las luces restantes parpadeaban penosamente, cubriendo la estación de sombras cada vez más alargadas.

¿Qué coño es esto?, pensó Michael, que de repente se había encontrado en medio de un tiroteo a gran escala. Junto con varios transeúntes aterrorizados, estaba escondido detrás de una máquina expendedora de billetes mientras las explosiones resonaban en sus oídos, más ruidosas aún que los gritos estridentes de los histéricos pasajeros. El amargo olor de la cordita llenaba sus fosas nasales.

No podía creer lo que estaba pasando. Hacía un minuto estaba caminando hacia el vagón de metro que acababa de llegar, buscando todavía a la mujer despampanante vestida de cuero negro y de repente dos grupos habían empezado a disparar en la atestada plataforma. Escondido como estaba, Michael no podía ver lo que estaba ocurriendo pero su cerebro seguía tratando frenéticamente de encontrarle algún sentido a la situación.

¿Un ajuste de cuentas de mafias rusas?, especuló. El centro de Pest no era exactamente la Cocina del Infierno pero el crimen organizado había prosperado en las naciones del antiguo Pacto de Varsovia desde la caída del Muro de Berlín. Puede que fuera un episodio de una guerra entre bandas rivales.

Una adolescente, de unos diecisiete años, salió corriendo hacia las escaleras mecánicas. Estaba a punto de alcanzarlas cuando se vio atrapada en un salvaje fuego cruzado. Un proyectil explosivo le destrozó una pierna y cayó al suelo como una marioneta de brillantes colores cuyas cuerdas acabaran de ser cortadas de cuajo. Empezó a brotar sangre de debajo de su minifalda mientras ella miraba conmovida su pierna perforada. El brillante color rojo de la sangre confirmó a Michael que la bala había perforado la arteria femoral. Era imposible oír sus jadeos por encima del estrépito del tiroteo pero vio que su pecho subía y bajaba erráticamente mientras su rostro empezaba a perder el color.

¡A la mierda!, pensó Michael. Sin elección, se mordió el labio inferior y salió de detrás de la máquina expendedora. Avanzó lo más agazapado posible por la línea de fuego, como un médico militar. Unas insólitas balas luminosas pasaban por encima de su cabeza y creaban danzantes puntos azules en la periferia de su campo de visión pero siguió adelante hasta alcanzar a la adolescente herida, que estaba tendida en la plataforma en medio de un charco cada vez más grande de su propia sangre.

Cayó de rodillas a su lado y empezó a aplicar presión de manera febril al miembro herido. La sangre caliente le empapó los pantalones y le quitó parte del frío que le había dejado la tormenta otoñal del exterior. La adrenalina fluía por sus venas, proporcionándole la energía que necesitaba para ayudar a aquella chica.

—Te vas a poner bien —le aseguró, alzando la voz por encima de los gritos reverberantes y las detonaciones y disparos. Trató de conseguir que la chica le mirara los ojos mientras seguía aplicando presión a su herida con las dos manos. La pegajosa sangre arterial se le escurría entre los dedos.

Para su frustración, los ojos violeta de la adolescente estaban ya vidriosos y no enfocaban. Su rostro estaba pálido, con una leve tonalidad azulada y su piel estaba húmeda y fría. *La estoy perdiendo*, comprendió al reconocer los síntomas de un shock hipovolémico.

—No, no, no —balbució—. No cierres los ojos. Quédate conmigo. —Los párpados de la chica cayeron alarmantemente y él le cogió la cara y la levantó con un

movimiento brusco hacia la suya—. Quédate con...

Otro estallido de fuego automático sacudió el andén e interrumpió los desesperados intentos de Michael por despertar a la semi-inconsciente chica. Sus pestañas, cubiertas por una gruesa máscara oscura, parpadearon débilmente y a continuación se abrieron de pronto en respuesta al atronador ruido de las armas *¡Eso es!*, pensó Michael mientras protegía la cara cenicienta de la chica con su propio cuerpo. Cada nuevo disparo hacía que se encogiera, convencido de que sentiría la mordedura de las balas en cualquier momento.

¿Era sólo su imaginación o de verdad había logrado frenar la rápida hemorragia de la chica? Durante un segundo pasajero, se vio mentalmente transportado de regreso a una solitaria acera de New Haven, donde otra joven moría lentamente frente a sus ojos. *¡Otra vez no!*, pensó al tiempo que sentía que un viejo dolor le atravesaba el corazón. *No te vayas*, conminó a la muchacha húngara mientras expulsaba de su mente el recuerdo de la otra chica. *No voy a dejar que mueras.*

Aunque tenga que morir yo...

Capítulo 3

Al otro lado del andén, Selene se encogió al ver cómo hacían pedazos los disparos de Raze la columna de hormigón que la protegía. Volaron trozos de piedra pulverizada sobre su rostro mientras otra de aquellas balas antinaturalmente brillantes pasaba a escasos centímetros de ella. Enfurecida, se limpió el polvo de la cara con el dorso de la mano antes de asomar la mano para disparar con una de las Berettas sin mirar.

Lanzó una mirada hacia su izquierda y vio que Rigel estaba igualmente atrapado detrás de otra columna, aunque un poco más adelante. Había un sólido quiosco de publicidad a medio camino entre los dos. Selene inclinó la cabeza hacia la estructura e hizo un gesto a Rigel. Éste comprendió y asintió.

Disparando sin parar con las dos manos, se lanzó hacia la parte trasera del quiosco al mismo tiempo que Rigel, que se encontró con ella tras un póster montado del Ballet Nacional de Hungría. A su alrededor, por todas partes, estallaban balas de acero luminoso contra las paredes y el techo de la estación de metro, convirtiendo las baldosas en una explosión de fragmentos y astillas rotas.

Selene y Rigel se refugiaron detrás del colorido quiosco, espalda contra espalda.

—¡Sea cual sea la munición que están utilizando —exclamó ella. Su acalorada observación sonó como un susurro en medio del estrépito del tiroteo—, no la había visto hasta ahora!

—Ni yo —contestó Rigel. La preocupación arrugaba las suaves superficies de sus rasgos perpetuamente juveniles. ¡Como si la munición ordinaria no fuese suficientemente peligrosa por sí sola!

De un golpe, Selene metió un cargador nuevo en la Beretta de su mano derecha y se arriesgó a asomarse para echar un vistazo al otro lado del quiosco. Para su sorpresa, se encontró con que el guapo joven americano estaba atendiendo a una chica humana que había caído herida en mitad de la plataforma. Enarcó una ceja, impresionada por el valor del joven (aunque no por su sentido de supervivencia). *He visto algunos vampiros, pensó, menos valientes en un tiroteo.*

El fuerte aroma de la sangre de la chica llegó a la nariz de Selene y automáticamente su boca empezó a salivar. *Nada de eso*, se dijo con firmeza. La sangre inocente llevaba siglos prohibida.

Alarmada, abrió los ojos al ver que el licano pequeño, abrumado aparentemente por la sed de sangre, cargaba desde atrás contra el arrodillado mortal. Aunque Trix no había sido tan temerario como para abandonar su forma humana en un lugar tan concurrido, su naturaleza animal empezaba a manifestarse en sus ojos color cobalto inyectados en sangre, sus largos incisivos y sus uñas afiladas como cuchillas. Una

baba blanca y espumosa se formó en las comisuras de sus labios mientras se abalanzaba sobre el humano con las garras extendidas.

Concentrado en la muchacha a la que estaba atendiendo, el compasivo americano no parecía haberse percatado de la presencia del enloquecido licántropo que se le echaba encima. *Olvídalo*, pensó Selene enfáticamente. Pero no soportaba la idea de ver al valiente joven destrozado por alguien como Trix. Apuntó al licano y apretó el gatillo. *¡Traga plomo, cerdo apestoso!*

¡BLAM! Una bala de plata hizo blanco en su hombro y lo hizo caer. Selene esbozó una sonrisa fría a pesar de que el joven americano no se había dado cuenta de lo cerca que había estado de la muerte y la mutilación.

Las puertas del metro que acababa de llegar habían permanecido abiertas en medio del tiroteo, puede que con la esperanza de proporcionar una vía de escape a los transeúntes inocentes que se habían visto atrapados. Tras caer al suelo impulsado por la bala, Trix aprovechó una de estas puertas para subir al tren, aferrándose con una mano el hombro herido.

El suelo del vagón estalló bajo sus pies mientras los disparos de Selene lo seguían sin darle cuartel. Trix cruzó el vagón y se abalanzó sobre la puerta cerrada que había al otro lado. Unos dedos poderosos se hundieron en la goma que separaba las dos puertas neumáticas y el licano emitió un gruñido de esfuerzo mientras sus sobrehumanos tendones trataban de abrirlas a la fuerza.

Selene continuó disparando y las balas que salían de su arma devoraron el suelo en dirección al licano. Los desgraciados pasajeros del metro se ocultaron detrás de sus asientos pero Selene, confiada en su capacidad de acertar sólo al objetivo al que estaba apuntando, no soltó los gatillos de las Berettas. No tenía la menor intención de permitir que el herido licano escapara con vida.

Con un gruñido salvaje, Trix hizo un último y furioso esfuerzo y las puertas cerradas de metal se abrieron con una bocanada de aire presurizado. El licano se arrojó apresuradamente por la abertura y cayó sobre las vías que había al otro lado del tren.

¡Condenación!, maldijo Selene, enfurecida porque su presa había logrado escapar en el último segundo. Se disponía a ir tras él cuando vio que Raze corría frenéticamente hacia ella desde el extremo norte de la plataforma. Su Uzi chorreaba fuego como un auténtico volcán.

Incapaz de perseguir al licano de menor estatura, como hubiera querido, volvió a ocultarse detrás del quiosco. *Muy bien*, pensó. Sus pistolas apuntaban hacia arriba y los cañones se encontraban a escasos centímetros de su rostro, llenando sus pulmones con el olor embriagador de la pólvora y el metal caliente. La adrenalina despertó el especial icor de los muertos vivientes en sus venas. *Me encargaré del perro grande.*

• • •

—Mierda. Mierda. Mierda.

Trix se dejó caer contra las ruedas del vagón parado. Le ardía el hombro derecho, donde la zorra vampiresa le había acertado con su plata. Con una mueca de agonía, hundió los dedos en la herida, una tarea aún más complicada por el hecho de que en su forma humana era diestro. El olor de su propia sangre al resbalar por su pecho y formar un charco a sus pies lo enfureció.

¡Jodidos sangrientos! Deseaba transformarse, adoptar una forma más primaria y poderosa, pero le era imposible. Sólo los licanos más viejos y poderosos eran capaces de transformarse tras haber sido heridos con plata. Gracias a la bala de su hombro, Trix estaba confinado en su forma humana hasta que el veneno metálico se hubiera disipado de su sangre, cosa que podía llevar horas... o días.

Sus dedos excavaron dolorosamente la carne y el cartílago destrozados hasta que al fin localizaron los restos ensangrentados de una sola bala de plata. El aplastado proyectil estaba resbaladizo y resultaba difícil de sujetar y además el odiado metal le quemaba los dedos, pero Trix apretó los dientes y se lo arrancó violentamente de la herida. Brotó vapor de las yemas en carne viva de sus dedos mientras éstas, en contacto con la plata, siseaban y crepitaban. Con un gruñido nacido en el fondo de su garganta, arrojó el proyectil lo más lejos posible y lo oyó caer a varios metros de distancia, entre las vías.

—¡Hijo de puta! —gruñó. ¡Ahora sí que estaba cabreado!

Se lamió los dedos chamuscados y a continuación metió un cargador nuevo en su arma, un Magnum Desert Eagle del calibre.44. Se asomó por la rendija de las puertas del vagón y disparó contra el andén.

Su corazón de bestia empezó a latir con entusiasmo al ver que, en la vía derecha de la plataforma, Raze estaba destrozando con fuego automático el quiosco en el que se ocultaban los vampiros.

¡Sangrientos maricones!, pensó enfurecido mientras sumaba con entusiasmo su propio fuego al de Raze. A bordo del tren, los aterrados humanos temblaban y se orinaban encima pero Trix reservó todo su hirviente desprecio para los vampiros. *¡Les vamos a enseñar a esas sabandijas arrogantes a no meterse con nuestra manada!*

• • •

En un momento de prudencia, una mano humana había desconectado las escaleras mecánicas que conectaban con el andén. No *importa*, pensó Nathaniel mientras bajaba los escalones inmóviles a velocidad de vértigo. Su larga cabellera negra revoloteaba tras él mientras corría. Más abajo, el andén era escenario de un estrepitoso tiroteo. *¡Y yo que pensaba que iba a perderme la acción!*

El ataque de los licanos caía sobre el quiosco desde dos direcciones diferentes y había atrapado a Selene y Rigel en un estrecho rincón de la estructura, que estaba siendo reducida rápidamente a escombros por el fuego implacable de sus enemigos. Su situación, comprendió la Ejecutora, estaba volviéndose insostenible por momentos.

Sin embargo, y a pesar de su propia y desesperada situación, no podía dejar de preocuparse por la suerte del heroico americano. ¿Seguía ileso o tanto la muchacha herida como él habían caído en el fuego cruzado? *Es una lástima que nuestra guerra tenga que poner en peligro a humanos inocentes*, se dijo con sincero pesar.

Justo a tiempo, una inesperada y vigorosa ráfaga de fuego automático hizo de Raze su objetivo y el gran licano se vio obligado a dar media vuelta y buscar la protección de un cercano vagón de metro. Selene volvió la mirada hacia atrás y vio que Nathaniel estaba bajando las escaleras mecánicas, precedido por un constante chorro de balas de plata arrojado por sus pistolas Walter.

¡Bien hecho!, pensó llena de orgullo por la oportuna intervención del valiente Ejecutor. La fortuita llegada de Nathaniel era justo lo que necesitaban para volver las tornas y enseñarles una lección a aquellos animales furiosos. *¡Ahora los superamos en número!* Rigel y ella aprovecharon la ocasión para abandonar el reventado quiosco y correr por la plataforma hasta refugiarse detrás de un pilar de hormigón en mejor estado. Lanzó una mirada preocupada hacia el buen samaritano y la chica que estaba tratando de salvar, que seguían en medio del andén. Milagrosamente, los dos parecían estar con vida.

Pero aunque habían conseguido repeler a Raze, su subhumano cómplice seguía agazapado al otro lado del asediado vagón. El cañón de su arma se encendió repetidamente —*¡BLAM, BLAM, BLAM!*— y una ráfaga de munición incandescente acertó a Rigel en el pecho.

El vampiro retrocedió tambaleándose y chocó de costado contra una pared. Los brillantes proyectiles cortaron la correa de la cámara y el compacto aparato digital cayó y rodó sobre el suelo del andén. Rigel se tambaleó con torpeza y trató de permanecer en pie. Su rostro, de ordinario seráfico, estaba contorsionado ahora por una agonía y un sufrimiento indescriptibles. Mientras Selene lo miraba, horrorizada, empezaron a brotar rayos de luz furiosa de sus heridas y de los desgarrones de su atuendo de cuero negro. La cegadora luz recorrió ardiendo el cuerpo paralizado del vampiro y lo incineró desde dentro.

Selene sintió el calor atroz sobre sus propias facciones marfileñas. Horrorizada y conmovida por lo que le estaba ocurriendo a su amigo, trató de seguir mirando, aunque sólo fuera para poder informar a sus superiores de lo que había presenciado, pero el acerado fulgor se volvió tan brillante que tuvo que apartar la mirada con los ojos llenos de lágrimas carmesí.

El nauseabundo olor de la carne quemada llenó la estación de metro mientras la antinatural luz se encendía como una supernova por un instante antes de extinguirse al fin.

Selene abrió los ojos justo a tiempo para ver cómo chocaba contra el suelo el cadáver carbonizado de Rigel. Salía humo del cuerpo del vampiro, que estaba tan quemado y ennegrecido que resultaba imposible de reconocer. Era como si lo hubieran dejado bajo el sol para morir.

¡No!, pensó Selene, embargada por la sorpresa y la incredulidad. *¡Esto no puede estar ocurriendo!* Conocía a Rigel y había luchado a su lado desde hacía años y sin embargo la ruina humeante que tenía ante sus ojos no dejaba lugar a la duda: su inmortal camarada había sido destruido para siempre.

Una ira devastadora se apoderó de ella. Giró sobre sus talones mientras su corazón angustiado clamaba pidiendo venganza y abrió fuego sobre Trix, quien recibió otra bala de plata en el hombro, a menos de dos centímetros de la anterior. *¿Duele, bastardo?*, pensó Selene con afán de venganza y saboreando la expresión del rostro del licano. *¡Espero que duela muchísimo!*

¡Ojalá la plata actuase tan deprisa como aquella nueva y obscena munición de los licanos!

Estaba claro que el herido licano había tenido más que suficiente. Tras ocultarse de nuevo al otro lado del vagón de metro azul metálico, se volvió y huyó galopando por el túnel de la estación. La cobardía del monstruo hizo que Selene esbozara una sonrisa amarga. Semejante comportamiento era más propio de un chacal que de un lobo.

Corre mientras puedas, se mofó en silencio. A pesar de la abrumadora sed de venganza que poseía su alma, Selene conservaba la frialdad suficiente para recoger la cámara caída de Rigel y sacar rápidamente su disco de memoria. Tras guardarlo en su bolsillo, dejó caer la cámara y salió corriendo detrás de Trix. Cargó por el pasillo central del vagón, paralela al licano que huía al otro lado.

Por la ventana de la derecha vio que Trix se encaminaba hacia un túnel escasamente iluminado. Sintió la tentación de dispararle por el cristal transparente de la ventana pero tenía miedo de que alguna bala rebotaba pudiera herir o matar a algún pasajero humano. Los humanos eran civiles en la guerra que libraban y Selene siempre se había esforzado por ahorrarles daños colaterales. Una deferencia que no tenía la menor intención de mostrarle al despreciable licántropo que corría fuera del tren.

El recuerdo de los humeantes restos de Rigel le dio alas a sus pies mientras iba atravesando un vagón detrás de otro y pasaba como un relámpago vestido de cuero frente a los paralizados y conmocionados humanos que se encogían de terror en sus asientos. Sujetaba la Beretta con tanta fuerza que sus dedos se hundieron en la

empuñadura y dejaron huellas en la superficie de polímero de alta resistencia.

Llegó al final del vagón de cola y sacó los colmillos al mismo tiempo que Trix rodeaba el vehículo y se alejaba por las vías. ¿Pretendía perder a Selene entre los oscuros escondrijos del sombrío túnel?

Vana esperanza. Selene ni siquiera frenó antes de arrojarse de cabeza contra la ventanilla trasera del vagón. El cristal estalló sobre la vías mientras ella salía como un proyectil del tren, con la parte trasera de su gabardina negra aleteando tras de sí como las alas de un murciélago gigantesco.

Cayó al suelo con la gracia de un atleta olímpico y ejecutó una voltereta perfecta antes de ponerse en pie y echar a correr. Arma en mano, se lanzó tras el licano con toda su fuerza y velocidad preternaturales y se adentró en la intimidante negrura del túnel sin vacilar un solo segundo.

¡Voy a cogerte, animal asesino, aunque tenga que seguirte hasta el mismísimo Infierno!

• • •

Allá en el andén, cerca de la mitad del tren, Nathaniel se estaba quedando sin munición. Se ocultaba detrás de la escalera mecánica mientras Raze y él intercambiaban disparos de manera vehemente. El salvaje licano se había refugiado en un abarrotado vagón del metro, desde *ti* que trataba en vano de acertar a Nathaniel con una de sus balas de fósforo. El vampiro, veterano de muchas batallas, se mantenía bien oculto. Tras haber visto lo que aquellos proyectiles le habían hecho a Rigel, no sentía el menor deseo de probar en persona su efecto incendiario.

Aún no puedo creer que Rigel haya caído de verdad, *pensó con sombría incredulidad*. ¡Ha ocurrido tan deprisa!

Plata silbante y partículas radiantes de luz se entrecruzaban en el aire, convirtiendo el espacio que había entre la escalera mecánica y el vagón del metro en tierra de nadie. Raze siguió disparando su Uzi sin asomarse por la puerta hasta que el cañón de su arma quedó en silencio de repente. Nathaniel vio que el licano lanzaba una mirada ceñuda a la Uzi y comprendió que debía de haberse quedado sin munición.

Y justo a tiempo, *pensó el vampiro con alivio*. *Su arma se había quedado también sin balas. Metió las manos en los bolsillos de la gabardina para buscar otro cargador y las sacó vacías.*

—¡Joder! —masculló entre dientes mientras veía cómo se encaminaba Raze hacia la parte trasera del tren.

Sin tiempo ni capacidad para recargar su arma, Nathaniel la arrojó a un lado y corrió hacia el siguiente vagón, con la esperanza de cortar el paso a Raze. *Esos licanos van a pagar por lo que le han hecho a Rigel*, se prometió. *¡Lo juro por mi*

vida eterna!

El licano pasó gruñendo junto a los petrificados pasajeros que se acurrucaban en el suelo. Abrió la compuerta que conducía al siguiente vagón y atravesó de un salto el espacio que los separaba. Sorprendidos y enfrentados de repente con un matón de mirada salvaje y armado con un arma semiautomática que todavía humeaba, los humanos del siguiente vagón empezaron a chillar.

Corriendo en diagonal por el andén, Nathaniel veía pasar a Raze por las ventanillas del tren. No iba a poder llegar a la siguiente puerta antes que el licano de modo que, en lugar de intentarlo, se protegió la cabeza con las manos y atravesó de un salto una de las ventanillas laterales del vagón. Los cristales. El cristal se hizo añicos con un estruendoso crujido y el vampiro entró como un meteorito en el tren y derribó a Raze. Su impulso empujó al licano contra la ventana del lado opuesto y chocó contra la ventanilla del lado opuesto, que se hizo añicos. Tras sacudir el cuerpo entero para librarse de los efectos del impacto, Raze fulminó al Ejecutor con una mirada de inhumanos ojos azul cobalto. Abrió la boca y una dentadura de caninos e incisivos serrados se mostró a la luz. Un gruñido atávico escapó de sus labios.

El licántropo a medio transformar agarró a Nathaniel con ambas manos y arrojó al vampiro hacia la parte delantera del tren. Contra su voluntad, Nathaniel resbaló por el suelo en dirección contraria pero no tardó en detenerse e incorporarse de nuevo. Los iris de color de sus ojos desaparecieron, dejando tan solo tras de sí el blanco y las pupilas. Sus propios colmillos entrechocaron con furia y de sus dedos extendidos brotaron unas uñas afiladas como navajas.

Estaba más que dispuesto a enfrentarse cuerpo a cuerpo a Raze si era necesario, pero el licano tenía otras ideas; le dio la espalda a Nathaniel y se dirigió a toda velocidad hacia la parte trasera del tren.

No tan deprisa, pensó el vampiro mientras echaba a correr tras él. Siguió al licano un vagón tras otro y poco a poco le fue ganando terreno. Las piernas de Nathaniel eran una imagen borrosa de velocidad sobrenatural que lo impulsaban en pos de su muy poco humana presa.

En cuestión de segundos, habían llegado al vagón de cola, donde Nathaniel reparó en las señales dejadas por una lucha anterior. Había agujeros de bala en el suelo, y la ventanilla del otro extremo del vagón, montada sobre la puerta de salida de acero pintado, estaba hecha pedazos. Nathaniel se preguntó por un breve instante qué habría sido de Selene y del otro licano pero entonces vio que Raze, a menos de cuarenta metros de distancia, corría hacia la salida en cuestión.

Recurriendo a unas reservas ocultas de energía y velocidad, el resuelto vampiro dio un salto y volvió a derribar a Raze. Sus garras se aferraron con fuerza a la basura licana mientras chocaban con fuerza contra la salida trasera y su impulso combinado arrancaba la pesada puerta de acero de sus goznes.

Unidos en un abrazo de muerte, Raze y Nathaniel salieron volando del tren. Chocaron contra las vías y rodaron sobre los rieles de hierro oxidado. El fuerte impacto los separó y se alejaron el uno del otro dando vueltas antes de volver a ponerse en pie.

Vampiro y licano se miraron en un túnel cubierto de sombras. El parpadeo de las luces fluorescentes creaba un efecto hipnótico que se sumaba a la insólita escena de pesadilla que se estaba desarrollando detrás del metro. Depredador contra depredador, las dos letales criaturas de la noche empezaron a dar vueltas la una alrededor de la otra, mostrando las garras y los colmillos demoníacos. Los espeluznantes ojos blancos del Vampiro resplandecían con inhumana malicia mientras que Raze respondía con unos ojos tan fríos e impenetrables como los de un tiburón... o un lobo.

De repente, Nathaniel se sintió terriblemente expuesto y vulnerable. Un escalofrío de aprensión sacudió sus inmortales huesos mientras, bajo la luz pulsátil de las erráticas luces, su adversario licano empezaba a *cambiar*.

La grotesca transformación resultaba sólo visible en rápidos y fragmentarios atisbos.

Pelos negros como escarpas brotando de la cara, la cabeza y las manos de Raze.

Un hocico de lobo sobresaliendo de un semblante humano plano.

Unas fauces entreabiertas y llenas de resplandecientes colmillos amarillos.

Saliva resbalando por unas mandíbulas inmensas y voraces.

Matas de erizado pelaje de color gris asomando entre los desgarrones de la ropa.

Unas patas terminadas en garras abriéndose camino por entre los restos de unas botas de cuero.

Unas orejas humanas creciendo y cubriéndose de vello.

Los ojos de color cobalto contemplaron cómo ganaba el inhumano monstruo de varias formas más de medio metro de estatura y sus poderosos hombros se ensanchaban en la misma medida.

Unas garras del tamaño de un cuchillo de carnicero...

Nathaniel tragó saliva. Tenía la boca tan seca como el Valle de los Reyes, donde hacía tiempo había practicado la arqueología al lado de Howard Cáster y Lord Carnarvon. De repente comprendía que había cometido un grave error táctico al enfrentarse al desesperado licano lejos de la mirada inhibitoria de los mortales. Mientras Raze había conservado su forma humana, Nathaniel había sido un rival más que digno para él en combate cuerpo a cuerpo, pero contra un licántropo transformado del todo sólo los más poderosos vampiros Antiguos tenían alguna oportunidad.

Seis siglos de inmortalidad pasaron frente a sus ojos mientras se apartaba de la colosal bestia. Otro fragmento de Milton pasó por sus pensamientos:

*De Cerbero y la más negra Medianoche nacido,
En la caverna Estigia engendrado
Entre horribles formas, y aullidos e impías visiones...*

Con un gruñido horripilante, el hombre-lobo cayó sobre Nathaniel como un voraz monstruo prehistórico. Sus afiladas garras atravesaron el cuero de su ropa como si fuese papel higiénico y desgarraron la carne no-muerta que había debajo. El condenado vampiro trató en vano de detener a la enorme y salvaje criatura, pero la bestia del infierno era demasiado fuerte, demasiado grande. Unas mandíbulas poderosas se cerraron sobre la garganta de Nathaniel y los colmillos de marfil destrozaron su cuello. Brotó un aullido horrendo y la fría sangre de vampiro regó los raíles del metro.

En los últimos instantes de su existencia, Nathaniel rogó que Selene no corriera la misma suerte espeluznante.

Capítulo 4

¡Corre todo cuanto quieras!, pensaba una enfurecida Selene mientras perseguía a Trix por el enrevesado túnel del metro guardándose mucho de tocar el rail electrificado. La escasa iluminación no suponía gran dificultad para ella —los vampiros poseen excelente visión nocturna— pero la resuelta Ejecutora se hubiera adentrado en una oscuridad completa de haber sido necesario. *¡No vas a escapar de mí!*

La ardiente muerte de Rigel seguía grabada a fuego en su memoria y había atizado las llamas siempre vigorosas del odio que le profesaba a la raza de los licanos hasta convertirlas en un incendio furioso. Apretaba con fuerza su Beretta, impaciente por tener la oportunidad de vengar con plata al rojo vivo la muerte de su camarada.

El licano desapareció detrás de una curva pero Selene estaba sólo unos pocos segundos tras él. Sin embargo, cuando dobló el recodo descubrió con asombro que Trix se había esfumado aparentemente sin dejar ni rastro. *¿Qué...?*, se preguntó, confundida, mientras se detenía entre los raíles de hierro. *¿Dónde demonios...?*

Sus ojos de vampiro examinaron el suelo del túnel y no tardaron en descubrir un rastro de huellas aún húmedas y gotitas de sangre que se dirigía hasta un hueco poco profundo abierto en la pared de la derecha del túnel subterráneo. Sin dejarse intimidar por la densidad de las sombras que cubrían el sospechoso nicho, se acercó al lugar con la mirada clavada en el suelo en busca de más indicios sobre el paradero de Trix. *No puede haber ido muy lejos*, se dijo, decidida a ver muerto al licántropo antes del amanecer.

Una bocanada de aire caliente, acompañada por un lejano rugido interrumpió su búsqueda. *¿Qué demonios?* Selene se revolvió en dirección al inesperado sonido y a continuación asomó la cabeza al otro lado de una curva. Los ojos se le abrieron con alarma al ver que el tren, que había abandonado la estación donde se había librado la batalla, se precipitaba en su dirección. El resplandor de los faros la cegó como si fueran hostiles rayos de sol.

¡Muévete!, le gritó su cerebro. *¡Ahora!*

Dio un salto hacia el agujero y se pegó todo lo que pudo a la pared interior del nicho. Apartó la cara del tren en carrera al mismo tiempo que éste pasaba como un rayo a su lado. Su epidermis metálica pasó a escasos centímetros de su expuesta y blanca mejilla. El sonido atronador de los vagones corriendo enloquecidos sobre los rieles de hierro ahogó el mundo entero, mientras una violenta bocanada de aire hacía que su gabardina se sacudiese salvajemente. Las ventanillas de los vagones despedían luces fugaces al pasar, como un espectáculo estroboscópico. Al mirar abajo, Selene vio que el inconstante resplandor se reflejaba en una oxidada rejilla de drenaje. *¡Ahá!*,

pensó, a pesar del estruendoso paso del tren. *De modo que hacia abajo, ¿no?*

El tren de color azul de la línea M3 tardó una eternidad en atravesar aquel trecho de la vía, pero Selene vio al fin cómo se perdían sus faros de cola en la distancia, en dirección norte. Tras dejar escapar un suspiro de alivio, cayó de rodillas junto a la rejilla de metal, que estaba mojada y cubierta de resbaladizo moho. La levantó con las dos manos y a continuación se detuvo un momento para echar un vistazo al interior del agujero que acababa de abrir.

El suelo del túnel de drenaje, que discurría por debajo de la línea del metro, estaba oculto bajo el agua de la lluvia que fluía vigorosamente pero Selene no creía que fuera lo bastante profundo para ocultar a Trix o para que se hubiera ahogado. *Si él se atreve a afrontar la riada, yo no voy a hacer menos*, decidió, dando gracias a que, a diferencia de lo que aseguraban las supersticiones, los vampiros no sintieran genuina aversión hacia el agua corriente.

Se dejó caer en el oscuro y ruinoso túnel y se hundió hasta los tobillos en la turbia corriente. La lluvia había borrado cualquier huella de barro que hubiera podido dejar su enemigo, de modo que vaciló un instante sin saber en qué dirección seguir. Husmeó el aire y captó un rastro de sangre derramada recientemente, a su derecha; el hombro herido de Trix, supuso, que no había podido curar gracias a la presencia tóxica de la bala de plata.

Asqueada, arrugó la nariz. A diferencia de lo que le ocurría con la sangre humana, que la atraía invariablemente a despecho de sus mejores intenciones, la sangre sucia de un licano no poseía el menor atractivo para ella; de hecho, entre los suyos se consideraba anatema hasta el hecho de pensar en probar la esencia mancillada de un licano. A pesar de los colmillos que se habían abierto paso por sus encías, tenía la intención de acabar con Trix de la manera correcta: con fuego purificador y plata.

Con el arma preparada, se aventuró cautelosamente en la dirección de la que provenía el olor de la sangre, pero su avance fue recibido por el flogonazo del cañón de una pistola y el traqueteo de un arma semiautomática. Como polillas enrabiadas, tres balas incandescentes atravesaron su gabardina y pasaron a muy poca distancia del corsé de cuero que protegía sus costillas.

Cuidado, se previno para sus adentros. No permitas que la rabia por la muerte de Rigel te vuelva poco cautelosa. A él no le gustaría eso.

Entrevió por un segundo a Trix al otro extremo del túnel de drenaje y rodó sobre sí misma para apartarse de su línea de fuego. Al tiempo que daba una suave voltereta, devolvió el fuego. El ruido de las armas resonó de manera atronadora en los estrechos confines del túnel.

Trix falló.

Ella no.

El licano cayó de espaldas sobre el suelo sumergido del túnel. Mientras su mano

derecha seguía sin soltar la fría empuñadura de acero de la pistola, se convulsionó espasmódicamente sobre su espalda como un pez sacado del agua. Salía humo caliente de los agujeros de bala que recorrían su pecho.

Selene no perdió el tiempo para acabar con él. Siseando como una pantera enfurecida, pisó el cuello del licano y sin el menor atisbo de misericordia le vació en el pecho el cargador de plata de su arma. Los rostros de las niñas, del anciano y de la doncella destrozada volvieron a pasar por un instante por sus pensamientos, en esta ocasión unidos a la desgarradora imagen de Rigel envuelto en una hemorragia de luz letal. *¡Muere!*, pensó con toda la pasión de su odio, como siempre que tenía a su licano a su merced. *¡Muere, animal sediento de sangre!*

El cuerpo de Trix se sacudió bajo la fuerza explosiva de las detonaciones y no quedó inmóvil hasta que la Beretta de Selene trató de seguir disparando con el cargador vacío. Retrocedió un paso y contempló el cuerpo destrozado del licano con fría satisfacción. Su mirada se posó sobre el Desert Eagle modificado que aún empuñaba la mano del muerto licano. *Seguro que Kahn quiere inspeccionar esta nueva arma*, pensó.

Tras guardar la Beretta en la pistolera, se inclinó y le arrancó el arma a Trix de la mano, que empezaba ya a manifestar la rigidez de la muerte.

La dolorosa radiación de la munición explosiva la obligó a apartar la mirada mientras expulsaba metódicamente el cargador.

Se hizo un silencio espeluznante sobre el solitario túnel, interrumpido sólo por el gorgoteo sibilante del agua. Entonces llegó un rugido atronador desde arriba, desde las vías del metro. ¿Otro tren a toda velocidad, se preguntó Selene con inquietud, o algo más peligroso?

•••

Ahora que no estaba atrapado en la débil forma de un hombre, Raze se solazaba en su fuerza y velocidad. La forma humana tenía ciertas ventajas, sí, como por ejemplo los pulgares oponibles y la capacidad de pasar sin ser detectado entre la inocente manada de los mortales pero cuando se convertía en lobo recobraba su yo más auténtico y primitivo. Las armas de fuego y los cuchillos estaban bien pero no había nada comparable al gozo desnudo y exultante que proporcionaba el abrir en canal a un adversario con tus propios colmillos y garras.

La sangre de su última presa aún le manchaba el negro pelaje y tenía restos de carne no-muerta y cartílago entre los amarillentos y serrados colmillos. Pero la carne del vampiro macho no había hecho más que despertarle el apetito. Ahora quería a la hembra. *Dos eliminados*, pensó al recordar con entusiasmo cómo había quemado vivo al primer vampiro la munición ultravioleta de Trix. *Sólo queda uno*.

Su hocico de lobo olisqueó el aire y determinó en cuestión de instantes en qué

dirección se habían alejado Trix y la zorra vampiresa. Confiaba en que su camarada no hubiera abatido ya a la sanguijuela; estaba impaciente por arrancarle la carne a su bonito cuerpo para a continuación destrozar sus huesos entre los dientes y sorber el tuétano.

En el fondo de la mente de Raze, su mitad humana recordaba en parte que aún tenía que llevar a cabo una misión de vital importancia, una misión que había sido interrumpida por la aparición inesperada de los vampiros, pero el lobo era ahora quien estaba al mando y los planes a largo plazo tendrían que esperar. Había probado la sangre y quería más.

Encontraré más tarde a ese miserable humano, se prometió a sí mismo antes de echar a correr por el túnel en pos de su presa.

Su hocico se arrugó de impaciencia al pensar en la carne fresca mientras localizaba la rejilla abierta y se dejaba caer en el túnel de drenaje. El hombre-lobo, que caminaba erguido, tuvo que encorvarse para avanzar por el mohoso conducto mientras rozaba con las orejas peludas los ruinosos ladrillos.

El ruido de varios disparos le llegó desde más adelante y de repente, de manera inesperada, se hizo el silencio. El olor amargo de la pólvora llegó hasta su nariz canina. ¿Había eliminado Trix a la vampiresa, se preguntó, o al contrario? Caminando sobre un suelo cubierto de agua turbia, se encaminó hacia el ruido de la fugaz batalla, con las afiladas garras extendidas.

El hecho de que captara sólo el aroma de sangre de licano, no el templado icor rojo que fluía por las venas de los vampiros, era causa de una preocupación que se vio reforzada por la visión de la vampiresa inclinada sobre el cuerpo caído de su hermano licántropo. Envenenado por la maldita plata de los vampiros, Trix había muerto en forma humana, incapaz de cambiar de apariencia como él.

La vampiresa inclinada le estaba dando la espalda, aparentemente ajena a su proximidad. Unos labios carnosos de color negro se retrajeron con voracidad y expusieron a la luz los caninos manchados de sangre del hombre-lobo mientras avanzaba sigilosamente, ansioso por vengar la muerte de su camarada. Los músculos se tensaron anticipando el momento y empezó a brotar saliva de las comisuras de sus labios. La vampiresa era presa fácil...

Con un rugido feroz, se abalanzó sobre ella, que lo sorprendió revolviéndose a velocidad sobrehumana y arrojándole cuatro discos de plata parecidos a monedas. Unas puntas afiladas como navajas salieron de los discos y los convirtieron en letales estrellas de plata.

Los fragmentos de una agonía desgarradora se mezclaron con un acceso de rabia animal cuando los shuriken se hundieron en el colosal torso del hombre-lobo. Retrocedió un paso y gruñó de furia mientras sus garras cortaban el aire infructuosamente. *¡Maldita sangrienta!*, gruñó para sus adentros, pero la furibunda

imprecación brotó como un gruñido inarticulado. *¡Pagarás por esto, zorra traicionera!*

Pero la vampiresa había desaparecido ya.

• • •

La gabardina rasgada aleteaba tras ella mientras Selene huía como alma que lleva el diablo del licántropo herido. No era tan necia como para creer que un puñado de estrellas voladoras fuera a detener a un macho alfa como Raze transformado por completo. Tras haber gastado sus últimas balas para abatir al más pequeño de los dos licanos, la prudencia era mucho más aconsejable que el valor.

Tendría que esperar a otra noche para matar a Raze. *Al menos he vengado a Rigel*, pensó mientras sus botas chapoteaban sobre el agua de lluvia llena de lodo. Sólo esperaba que también Nathaniel hubiera sobrevivido.

Selene corrió por su vida, mientras la adrenalina fluía a chorros por sus venas no-muertas. Al cabo de un rato, se detuvo un instante para tratar de averiguar si la estaban siguiendo y descubrió con sorpresa que un estallido de gruñidos frenéticos y salvajes vítores humanos llegaba desde algún lugar próximo. *¿Qué demonios es eso?*, pensó.

Tras doblar un recodo, se encontró con varios rayos de luz filtrada que se colaban por una rejilla de metal no muy diferente a la que había utilizado para acceder al el viejo sistema de drenaje. Los bulliciosos rugidos y gritos parecían venir de la misma dirección que la luz desconocida.

Intrigada a pesar de la situación en la que se encontraba, Selene se aproximó con cautela a la rejilla y trató de distinguir algo entre los listones oxidados. Sin embargo, antes de que pudiera ver nada, escuchó el sonido de unas zarpas pesadas que se acercaban ruidosamente por el túnel, acompañado por un gruñido grave que se hacía más amenazante a cada segundo que pasaba.

Raze, cada vez más próximo.

Maldición, pensó mientras comprendía que no tenía tiempo para investigar qué era lo que estaba provocando aquel escándalo al otro lado de la rejilla de metal. Escapar de Raze tenía que ser su primera y única prioridad.

Pero volveré, se juró mientras se alejaba corriendo como una loca del hombre-lobo. Unas garras monstruosas arañaron el suelo del túnel mientras ella buscaba la ruta más rápida de regreso a la superficie. *Voy a averiguar todo lo que está ocurriendo aquí... si es que consigo salir de estos túneles con vida.*

Capítulo 5

El abandonado túnel estaba abarrotado de licanos, tanto machos como hembras. Aullando y ululando se agolpaban entre las ruinas subterráneas, iluminadas por la luz errática de unas toscas antorchas encajadas aquí y allá entre los ladrillos de las paredes. El suelo supuraba agua y en el aire mohoso reinaban los olores del humo, el sudor, las feromonas y la sangre. Las grasientas y sucias ropas de los licanos contribuían más aún a la peste generalizada. Sombras antropomórficas bailaban sobre las paredes cubiertas de telarañas y los suelos de roca estaban cubiertos de huesos blanquecinos y roídos, humanos y de otras criaturas. Las ratas se escabullían por los extremos del túnel, alimentándose de los horripilantes desechos de los licanos. Las botellas vacías de cerveza y Tokay tintineaban al rodar entre los pies de los presentes. La escena entera estaba dotada del frenesí amotinado y descontrolado de una reunión de Ángeles del Infierno o una bacanal de piratas del siglo XVIII.

Desde el centro de la muchedumbre, el anillo de licanos que se había formado alrededor del irresistible espectáculo y que se empujaban unos a otros sin miramientos para poder ver mejor, llegaban gruñidos animales.

Dos gigantescos licántropos macho estaban librando un fiero combate, lanzándose dentelladas y atacándose con las garras mientras daban vueltas el uno alrededor del otro como sendos perros de presa furiosos. Las matas de pelaje gris y negro volaban cuando las babeantes bestias intercambiaban golpes y mordiscos y se abalanzaban salvajemente la una sobre la otra para tumultuoso deleite de la muchedumbre. Sangre fresca manchaba los rostros deleitados de los espectadores licanos, que parecían enanos en comparación con los licántropos de casi dos metros y medio. Los cráneos cubiertos de pelaje de las criaturas se alzaban por encima de las cabezas de una audiencia principalmente humana.

—¡Cógelo! —gritó un enardecido licano, aunque no estaba demasiado claro a cuál de los monstruosos hombres-bestia estaba jaleando—. ¡Destrózalo!

—¡Eso es! —exclamó otro espectador mientras daba un pisotón en el suelo. Una rolliza rata negra se escabulló en busca de un escondite—. ¡No retrocedas! ¡Busca su garganta!

Penoso, pensó Lucian mientras contemplaba el triste espectáculo. Con un suspiro fatigado, levantó la escopeta.

¡BLAM! La resonante detonación irrumpió entre los gritos y los aullidos como una hoja de plata abriéndose camino por el corazón de un hombre-lobo. La ruidosa muchedumbre guardó silencio y hasta los dos licántropos que estaban combatiendo pusieron freno a su brutal enfrentamiento. Ojos sobresaltados, tanto humanos como lupinos, se volvieron hacia la solitaria figura que se había detenido al final del

ruinoso túnel.

Aunque de apariencia engañosamente liviana, Lucian se conducía con el porte y la gravedad de un líder nato. Amo incuestionable de la horda licana, poseía un aire de cultivado lustre del que carecían sus súbditos. Sus expresivos ojos grises, su larga cabellera negra y la barba y bigote pulcramente recortados le otorgaban la apariencia de una especie de Jesucristo urbano. Se peinaba el cabello hacia atrás y se lo recogía en una coleta, exponiendo una frente de proporciones shakesperianas. No parecía tener muchos más de treinta años, aunque sus verdaderos orígenes se perdían en las impenetrables nieblas de la historia. Y además estaba vivito y coleando, a pesar de su muerte supuesta, acaecida casi seis siglos atrás.

Su atuendo marrón oscuro era considerablemente más caro y elegante que la ropa barata y de mala calidad con que se cubrían sus súbditos. La cola de su abrigo de lustroso cuero ondeaba tras de sí como la túnica de un monarca. Sus guantes y botas eran igualmente suntuosos y brillantes. Llevaba alrededor del cuello una cadena con un colgante en forma de luna creciente. El resplandeciente medallón reflejaba la luz de las antorchas y llenaba de deslumbrantes rayos la escasamente iluminada catacumba.

Los acobardados licanos se apartaban con nerviosismo de su camino mientras avanzaba lleno de confianza entre la multitud con una humeante escopeta apoyada en el hombro. Pasó una mirada de desaprobación por los rostros de sus sicarios, quienes se encogieron de aprensión. Todos inclinaron la cabeza en un gesto de sumisión hacia su líder.

—Estáis actuando como una manada de perros rabiosos —dijo con desdén, en un húngaro con cierto acento británico—. Y eso, caballeros, resulta sencillamente inaceptable. En especial si pretendéis derrotar a los vampiros en su propio terreno. En especial si pretendéis sobrevivir. —Miró por encima de las cabezas agachadas de los espectadores cubiertos de sangre hasta encontrar a las dos poderosas bestias infernales que habían estado luchando—. ¡Pierce! ¡Taylor!

La muchedumbre se abrió por la mitad para mostrar a dos gladiadores humanos, cuyos cuerpos desnudos estaban cubiertos de sangre y sudor. Sus pechos jadeantes mostraban numerosos cortes y arañazos y ellos jadeaban de fatiga. Parecía como si dos acabaran de correr una maratón al medio de un campo de rosales, pero en sus ojos seguía brillando un resplandor de deleite y rapacidad animales.

Deberían reservar su celo depredador para nuestros adversarios, pensó Lucian, horrorizado por semejante desperdicio de sangre y energía. Y lo más triste de todo es que aquellos eran sus lugartenientes de más confianza.

Unos ojos grises y fríos examinaron a la pareja con abierto desprecio. Pierce, el más alto, era un musculoso caucasiano cuyo cabello negro, crecido hasta la altura de su cintura, le hacía parece un bárbaro de tebeo. Taylor, su adversario, era también

blanco y tenía el cabello y el bigote de un color entre castaño y rojizo. Los dos estaban en posición de firmes, con las cabezas inclinadas y los dedos extendidos a ambos lados, como si sus manos ostentasen aún garras del tamaño de dagas.

Lucian sacudió la cabeza. *Puedes sacar al hombre del lobo*, pensó, *pero no puedes sacar al lobo del hombre*.

—Poneos algo de ropa encima, ¿queréis?

• • •

La estación de metro de la Plaza Ferenciek, escenario reciente de un tiroteo y una matanza, estaba ahora abarrotada de oficiales de la policía y forenses húngaros. Al igual que sus camaradas americanos, los policías locales vestían uniformes azul marino y lucían expresiones pétreas en el rostro. Michael observó cómo examinaba una pareja de forenses los restos chamuscados de lo que parecía la víctima de un incendio. *Es curioso*, pensó mientras parpadeaba lleno de confusión, *no recuerdo que hubiera ningún fuego...*

Pálido y conmocionado, estaba apoyado contra un pilar cubierto de agujeros y balazos mientras un oficial achaparrado, que se había identificado a sí mismo como sargento Hunyadi, le tomaba declaración. Los pantalones y la camiseta del joven y aturdido norteamericano seguían empapados de sangre. Milagrosamente, ni una sola gota era suya.

—¿Tatuajes, cicatrices o alguna otra marca distintiva? —preguntó el policía, que estaba tratando de elaborar una descripción de los atacantes.

Michael sacudió la cabeza.

—No. Como ya le he dicho, todo ocurrió muy deprisa.

Su mirada pasó por encima de los hombros del oficial y se posó en los dos enfermeros que estaban subiendo a la adolescente herida a una camilla. La desgraciada muchacha había perdido mucha sangre pero parecía que iba a superarlo. Dejó escapar un suspiro de alivio. Daba gracias por poder haberla mantenido con vida el tiempo necesario para que llegara la ayuda. *No es de extrañar que no me acuerde del aspecto de los atacantes*, pensó. *¡Estaba demasiado ocupado con una arteria cortada!*

Hunyadi asintió mientras apuntaba algo en su cuaderno. Tras él, los enfermeros empezaron a girar la camilla de la chica en dirección al montacargas.

—¡Doctor! —gritó uno de ellos a Michael—. ¡Si quiere que lo llevemos, será mejor que se apresure!

El policía dirigió la mirada a la chapa de identificación del hospital que llevaba Michael en la chaqueta.

—Lo siento —dijo éste mientras se encogía de hombros—. Tengo que irme.

¡Gracias a Dios!, pensó, ansioso por abandonar el escenario de aquella

carnicería. Se volvió un instante mientras corría detrás de los enfermeros y gritó.

—¡Lo llamaré si recuerdo algo importante!

Como de alguna manera pudiera encontrarle algún sentido a lo que había ocurrido allí aquella noche.

• • •

La mansión, conocida durante mucho tiempo como Ordoghaz («Casa del Diablo») se encontraba a una hora al norte del centro de Budapest, en las afueras del pintoresco pueblecillo de Szentendre, en la orilla occidental del Danubio. La lluvia seguía cayendo sobre el parabrisas tintado del Jaguar XJR de Selene mientras se aproximaba a la intimidante verja de hierro de la enorme finca de Viktor. Las cámaras de seguridad la examinaron exhaustivamente antes de que las puertas coronadas de escarpas se abrieran de manera automática.

A pesar de las condiciones climatológicas, el Jag recorrió la larga y pavimentada vereda tan deprisa como su conductor se atrevió. Kahn y los demás tenían que saber lo antes posible lo que había ocurrido en la ciudad, aunque Selene no estaba impaciente por presentarse allí sin Rigel, cuyo cadáver ennegrecido había tenido que dejar atrás, ni Nathaniel, que había desaparecido y a quien podía darse también por muerto. *Dos Ejecutores caídos en una sola noche*, pensó consternada. *Kraven va a tener que tomarse esto en serio... espero.*

Ordoghaz, un gran edificio gótico que databa de los tiempos en que los señores feudales regían Hungría con puño de hierro, se erguía amenazante frente a ella. Sobre sus colosales muros de piedra se alzaban afiladas agujas y almenas y su suntuosa fachada estaba adornada con arcos de medio punto y majestuosas columnas. El tenue brillo de las velas podía verse al otro lado de las estrechas y lancetadas ventanas, lo que sugería que las actividades nocturnas de Ordoghaz seguían todavía en plena ebullición. Una fuente circular, situada al otro lado del paseo desde la amplia arcada de la puerta, lanzaba un chorro de agua espumosa y blanca al frío aire de la noche.

Hogar, dulce hogar, pensó Selene sin demasiado entusiasmo.

Tras aparcar junto a la entrada principal, subió a toda prisa los escalones de mármol y cruzó las pesadas puertas de roble. Unos criados vampiros que esperaban junto a la puerta se ofrecieron a hacerse cargo de su abrigo pero ella los apartó sin contemplaciones, concentrada en informar cuanto antes a quienes había que informar. El disco extraído de la cámara de Rigel y que contenía información vital sobre sus asesinos descansaba en su bolsillo.

El vestíbulo era tan impresionante como el exterior de la mansión. Tapices y óleos de incalculable valor colgaban de las lustrosas paredes forradas de roble. Los mosaicos de mármol cubrían el suelo hasta el pie de una majestuosa escalera imperial que ascendía a los pisos superiores de Ordoghaz. Una inmensa lámpara de cristal

resplandecía sobre el regio salón y dio la bienvenida a Selene al llegar de la noche.

Tras apartar un tapiz colgante, entró a paso vivo en el gran salón, que estaba decorado con sumo gusto en suaves tonos rojos y negros y un rico marrón nogal. Había candelabros ligeros colgados de las paredes y del techo y su brillo iluminaba una alfombra de lana de color rosa con un diseño floral. Sobre las antiguas mesas de caoba y bajo las molduras de elaborada talla que corrían a lo largo de los bordes del techo descansaban lámparas ornamentales con pantallas opacas de color negro. Las ventanas estaban cubiertas por gruesas cortinas de terciopelo de un color borgoña muy intenso que mantenía a raya a cualesquiera ojos que hubiesen logrado atravesar la cancela y pretendiesen espiar desde el exterior de la casa.

Una bandada de elegantes vampiros perdía el tiempo en estos lujosos escenarios, tendidos con aire indolente sobre divanes forrados de terciopelo, cuchicheando en los rincones o intercambiando risillas y chismes. El trino de las agudas carcajadas se mezclaba con el suave tintineo de las copas de cristal llenas de tentador líquido carmesí. Por entre las sonrisas hastiadas de elegantes vampiros y vampiresas, ataviados con los últimos diseños de Armani y Chanel, asomaban colmillos tan blancos como perlas.

El rostro de Selene se endureció. No tenía demasiada paciencia para quienes eran como aquellos. Aunque sin duda vampiros, aquellos presuntuosos no eran Ejecutores, sino meros diletantes y libertinos no-muertos, más interesados en sus propios placeres epicúreos que en la interminable batalla contra los odiados licántropos. *¿Es que no saben que hay una guerra?*, se preguntó, puede que por millonésima vez.

La decadente atmósfera hedía a perfume caro y plasma humeante pero, a pesar de los numerosos cuerpos que llenaban el salón, la temperatura seguía siendo agradablemente fresca. Los vampiros eran criaturas frías por naturaleza.

Su repentina aparición no llamó demasiado la atención. Unas pocas cabezas curiosas se volvieron hacia ella y examinaron a la empapada Ejecutora con ojos aburridos y carentes de todo interés antes de continuar con entretenimientos más sugerentes. Apenas causó una onda en el flujo de cuchicheos sofisticados y réplicas ingeniosas que recorría de un lado a otro la lujosa cámara.

No importa, pensó Selene. Aquellos no eran los vampiros con los que tenía que hablar. Sus ojos recorrieron la habitación con la esperanza de localizar al propio Kraven, pero el amo temporal de la mansión no estaba a la vista.

Una sonrisa amarga se encaramó a sus labios. Si Kraven no estaba allí, presidiendo las celebraciones del salón, ella sabía dónde debía de estar...

•••

No por vez primera, Kraven dio gracias a los dioses oscuros por el hecho de que, al contrario de lo que aseguraban el mito y el folclore, los vampiros fueran

perfectamente capaces de admirar su imagen en los espejos.

Estaba posando con el pecho desnudo frente al espejo triple de su suntuosa suite privada, que antaño había pertenecido al propio Viktor. El vestidor tenía el tamaño de un pequeño apartamento y estaba lujosamente decorado con elementos elegantes de calidad y diseño superlativos. Un armario de proporciones colosales contenía el considerable guardarropa del regente, mientras que una intrincada alfombra persa protegía la fina pedicura de sus pies. Una lámpara de Tiffany hecha a medida brillaba sobre su cabeza ofreciéndole la luz que necesitaba para admirarse a sí mismo.

El espejo de cuerpo entero ofrecía tres visiones igualmente sobrecogedoras del cuerpo de Adonis del señor de los vampiros. Una melena de bucles ensortijados que crecían hasta los hombros le proporcionaba el aire romántico de un Heathcliff o un Byron mientras que su pecho y bíceps de proporciones perfectas resultaban impresionante hasta un vampiro. Unos negros y penetrantes ojos, complacidos por lo que estaban viendo, le devolvían la mirada desde el espejo central. Sólo el tono rosado de la piel, más claro de lo que era normal en un vampiro, sugería los siglos de indulgencia que se había concedido.

No está mal para setecientos y pico, se dijo con admiración. Kraven había sido un caballero desde al menos el Renacimiento...

Dos atractivas vampiresas, ni siquiera con una vida a sus espaldas cada una de ellas y por consiguiente menos para él que criadas y tan hechizadas aparentemente por su perfección física y aparente masculinidad como él mismo, lo atendían con toda diligencia. Arrodilladas a su lado, lo ayudaron a ponerse unos pantalones de seda hechos a medida. Primero un pie y luego el otro, sus fríos y ansiosos dedos trazaron los contornos hinchados de su esculpida musculatura mientras se los subían hasta las piernas y a continuación procedían lentamente a abrocharle los botones desde arriba, centímetro a centímetro. Tras intercambiar una mirada de soslayo, se echaron a reír como colegialas perversas.

A Kraven le complacía la adoración de las criadas. *Que se diviertan*, pensó con magnanimidad. ¿Por qué no iban a sentirse privilegiadas de poder poner las manos sobre el amo y señor de la mansión? ¿Acaso no era el vampiro más importante de todo el continente?

Y muy pronto sería mucho más que eso.

Las puertas de sus aposentos se abrieron de par en par y lo sacaron a la fuerza de sus dichosas ensoñaciones. Se volvió y vio a Selene, precisamente Selene, irrumpiendo en la privacidad de sus habitaciones. El cabello castaño de la Ejecutora estaba empapado y desordenado de manera muy poco favorecedora; sin embargo, Kraven sintió una punzada de lujuria al ver las hermosas facciones de la vampiresa. Era una lástima que, a juzgar por su expresión severa, Selene no estuviera aquella noche de un humor más amoroso.

¿Qué pasará ahora?, pensó Kraven con amargura.

Las criadas se apartaron instintivamente mientras Selene atravesaba la habitación. Tras empapar a conciencia su alfombra persa, introdujo una mano en la gabardina y arrojó un objeto pesado sobre la faz lacada de la antigua mesa de caoba de Kraven. Éste observó, no sin cierto desagrado, que el objeto en cuestión era una especie de arma de fuego. Kraven no veía nada especialmente llamativo en la pistola pero saltaba a la vista que Selene pensaba de manera diferente.

Unos vehementes ojos castaños se clavaron en los suyos.

—Tenemos un problema muy serio —afirmó.

• • •

El dojo se encontraba en el último piso de la mansión, en un antiguo ático reconvertido. A diferencia de la opulenta decoración que predominaba en el resto de Ordoghaz, la zona de entrenamiento, dedicada en exclusiva a las artes de la guerra, tenía un aspecto espartano. El suelo estaba cubierto de colchonetas que, junto con un campo de tiro insonorizado, ocupaban la mayor parte del espacioso desván. Sobre las gruesas paredes de piedra se apoyaban numerosos armeros que mostraban exóticas armas blancas y de fuego. La plata brillaba en todos los filos y todas las superficies.

Aparte de sus aposentos privados, este ático bien armado era uno de los pocos lugares de la mansión en los que Selene se sentía verdaderamente a gusto. Era un lugar para los guerreros.

—Voy a tener que hacer algunas pruebas, eso está claro —dijo Kahn, que sostenía la brillante bala con unos fórceps. Unas gafas de seguridad tintadas le permitían examinarla a corta distancia—. Pero desde luego se trata de alguna clase de fluido radiante.

Una mezcla de preocupación y curiosidad iluminaba las agudas e inteligentes facciones del comandante y maestro armero de los Ejecutores. Un vampiro de aspecto imponente y ascendencia africana, Kahn vestía completamente de negro. Hablaba inglés con un fuerte acento Cockney que había adquirido durante un largo período de esclavitud a bordo de un navío mercante.

Kahn tenía varios siglos ya y sus orígenes estaban envueltos en misterio. Algunos decían que había luchado junto al gran Shaka, mientras que otros susurraban que el enigmático Ejecutor había aprendido las artes de la lucha antes de ser iniciado en el vampirismo. Lo único que Selene sabía con toda seguridad —lo único que *necesitaba* saber— era que el compromiso de Kahn con la guerra era tan sólido como el suyo. A diferencia de los inmortales diletantes que había visto en el salón, Kahn no tenía tiempo que perder.

Puso la bala en su mesa de trabajo, junto a las piezas desensambladas de la pistola de Trix. Las luces del techo resplandecieron sobre la superficie de ébano de su cráneo

afeitado.

Selene se llevó una mano a los ojos para protegerlos de la molesta radiación de la bala capturada.

—Munición ultravioleta —se maravilló en voz alta.

—La luz del día utilizada como arma —Asintió Kahn mientras se quitaba las gafas tintadas—. Y, a juzgar por lo que me has descrito, sumamente efectiva.

Selene se encogió para sus adentros al recordar la ardiente muerte de Rigel. Aún podía ver cómo brotaban los rayos de luz corrosiva de su cuerpo destrozado. *Al menos no sufrió demasiado*, pensó. Un amargo consuelo. *Murió en cuestión de segundos*.

Kraven, por su parte, no podía haberse mostrado menos interesado o impresionado.

—¿Pretendes que crea que un animal salvaje os atacó con munición de alta tecnología diseñada específicamente para matar vampiros?

Con aire levemente distraído, estaba de pie junto a la mesa de trabajo con Kahn y Selene. Llevaba una camisa de algodón de color oscuro con un collar de brocado bajo una elegante chaqueta negra. Los engarces de plata de sus anillos despedían destellos de piedras preciosas. Como de costumbre, su actitud aburrida molestaba a Selene. Sospechaba desde hacía mucho tiempo que Kraven había servido como Ejecutor sólo para ascender de posición en el seno del aquelarre. En una organización jerárquica basada principalmente en la antigüedad, una reputación de héroe de guerra proporcionaba un atajo bastante eficiente a los escalones superiores de la sociedad vampírica. La muerte del famoso Lucian le había hecho famoso y, al menos por lo que Selene sabía, desde entonces había avanzado a lomos de ese triunfo. Para su perpetuo asombro, el regente vampírico carecía de toda paciencia para cualquier cosa que interfiriera en sus hedonísticos entretenimientos, y eso incluía evidentemente a esta improvisada reunión.

A poca distancia, apoyadas contra un armero antiquísimo lleno de dagas y cimitarras de plata, dos de las núbiles doncellas de Kraven puntuaban obedientemente cada una de sus afirmaciones con un coro de risillas. La presencia de las criadas en la sala indignaba a Selene. No tenía nada contra las frívolas *filies de chambre*, a quienes difícilmente podía culparse por su inmadurez, pero su lugar no era un consejo de guerra. ¿Es que Kraven no podía pasar sin sus adoradoras ni el corto espacio de tiempo que durara la reunión?

—No, apuesto a que se trata de un diseño del ejército —replicó Kahn en respuesta al sarcástico comentario de Kraven. Señaló con un gesto de la cabeza el brillante proyectil ultravioleta—. Una especie de bala trazadora de alta tecnología.

La impaciencia de Selene iba rápidamente en aumento.

—No me importa de dónde haya sacado estas cosas —declaró. No quería perder

la perspectiva—. Rigel está muerto y Nathaniel podría seguir allí. Deberíamos reunir a los Ejecutores y regresar en mayor número.

Ni siquiera era medianoche. Quedaban horas de sobra antes de que llegara el amanecer.

—Imposible —dijo Kraven sin titubeos—. En este momento es imposible. Y más para llevar a cabo una incursión gratuita. —Sacudió la cabeza como si la mera idea fuera un completo absurdo—. Sólo quedan pocos días para el Despertar y esta casa ya vive en un estado de inquietud tal como están las cosas.

Selene no daba crédito a lo que oía.

—¿Gratuita? Abrieron fuego sobre nosotros a la vista de los mortales. —Sólo eso, pensó, violaba las reglas tácitas que gobernaban el largo y secreto conflicto que había enfrentado a vampiros y licanos—. Y a juzgar por la conmoción que oí en el túnel, allí...

—Tú misma has dicho que en realidad no viste nada —la interrumpió Kraven. Cruzó los brazos sobre el pecho, desafiándola a contradecirlo.

Selene aspiró hondo para contener su temperamento. Le gustara a ella o no, Viktor había puesto a Kraven al mando del aquelarre como recompensa por su histórica victoria en las montañas de Moldavia. Éste no era momento de atizar viejas rencillas.

—Sé lo que oí —insistió en cuanto estuvo un poco más calmada—. Y sé lo que me dicen las entrañas—. Y te digo que podría haber docenas de licanos en los túneles del metro. Quién sabe, puede que hasta centenares.

Un completo silencio respondió a la ominosa afirmación de Selene. Hasta las dos risueñas criadas callaron y prestaron atención, horrorizadas por la mera idea de una horda de licanos oculta prácticamente bajo sus mismas narices. Kraven pareció incómodo por un instante pero a continuación adoptó un aire de divertida incredulidad.

—Los hemos llevado al borde de la extinción —dijo sencillamente. Una sonrisa condescendiente se dibujó en sus facciones.

Hasta Kahn parecía poner en duda la afirmación de Selene.

—Kraven tiene razón —le aseguró—. Hace siglos que no existe una madriguera de esa magnitud... desde los tiempos de Lucian.

O eso hemos creído hasta ahora, pensó Selene con un presentimiento siniestro.

—Lo sé, Kahn. —No podía culparlo por su escepticismo—. Pero preferiría que me demostraras que estoy equivocada comprobándolo.

Kahn comprendió lo que quería decir y asintió. Se volvió hacia Kraven en busca del permiso del regente.

Kraven, por su parte, lanzó una mirada impaciente a su reloj. Exhaló un suspiro de exasperación.

—Muy bien —accedió—. Que tus hombres refuercen la seguridad en la mansión. Ordenaré a Soren que reúna un equipo de búsqueda.

Soren era el sabueso personal de Kraven y sólo respondía ante él. Selene siempre lo había considerado más un matón que un soldado, pues carecía de la disciplina y el compromiso de un auténtico Ejecutor. La sigilosa pero constante rivalidad entre los Ejecutores y el pelotón de matones de Soren era casi tan antigua como la misma guerra.

—Quiero dirigir el equipo en persona —declaró.

—De eso nada —dijo Kraven—. Soren se encargará.

Selene se volvió hacia Kahn con la esperanza de que el veterano comandante insistiera en que un Ejecutor se hiciera cargo de la investigación pero el vampiro africano no quiso desafiar la orden del regente. *Debe de pensar que no merece la pena presentar batalla por esto*, comprendió, decepcionada por la falta de fe de Kahn en sus instintos.

Acaso envalentonado por el silencio de Kahn, Kraven no pudo evitar mofarse un poco.

—Puede que hasta centenares —la imitó mientras sacudía la cabeza de la manera más condescendiente posible.

Selene se mantuvo firme.

—Viktor me hubiera creído —anunció con tono helado, antes de darle la espalda a Kraven y salir dando un portazo. *¡Ojalá Viktor volviera a estar entre nosotros!*, pensó con ansiedad y con una expresión neutra en el rostro que ocultaba una creciente aprensión. *¿Cómo es posible que nuestra seguridad y nuestro futuro dependan de un ególatra insufrible como Kraven?*

• • •

La descarada impertinencia de Selene había dejado sin habla al objeto de su desprecio. *¿Cómo se atreve a darme la espalda de ese modo?*, pensó Kraven, indignado. *¡E invocando el nombre de Viktor, nada menos! ¡Ahora yo soy el amo y señor de la mansión, no nuestro durmiente sire!*

Con el rostro enrojecido por una sangre que no era suya, Kraven fulminó con la mirada a Selene mientras ésta abandonaba la sala. Kahn evitó diplomáticamente toda mención a la abrupta marcha de la Ejecutora, pero ello no hizo que Kraven se sintiera menos desdeñado y humillado. Su mente buscó frenéticamente algún comentario ingenioso con el que salvar la cara.

Para su sorpresa, una de las criadas se le acercó sigilosamente y le puso una mano suave sobre el brazo.

—Yo nunca me atrevería a trataros así —dijo con voz seductora, mientras le acariciaba el brazo con un dedo, una invitación obvia a cualquier cosa que él pudiera

desear.

Kraven volvió la mirada hacia la rastrera vampiresa. De hecho, había olvidado por completo la presencia de sus dos sirvientes, pero ahora miró con más atención a la solícita doncella que tenía a su lado. Era una criatura esbelta y rubia, de ojos violetas y una figura de sílfide que apenas cubría su vestido negro de lentejuelas y sus largos guantes del mismo color. Una gargantilla de encaje de color negro rodeaba su cuello y ofrecía una velada imagen de la yugular.

¿Cómo se llamaba...?, pensó Kraven, ausente. Recordaba vagamente haberla iniciado en una discoteca de Piccadilly, menos de treinta años atrás. *Ah, sí... Erika.*

La muchacha apretó su delicado cuerpo contra el suyo, deleitada por su mera atención. Sus ojos adoradores prometían devoción y obediencia absolutas, en cuerpo y alma.

—Por supuesto que no lo harías —le informó con voz seca. Su tono desdeñoso golpeó a la enamorada vampiresa como un bofetón en plena cara. *¡Pensar que tiene la audacia de ofrecerme la obediencia ciega que ya me pertenece por derecho!* Su orgullo herido extrajo cierto consuelo de la expresión aplastada y escarmentada del rostro de la necia zorra. *Al menos hay alguien a quien puedo poner en su lugar*, pensó amargamente.

Se quitó de encima el brazo de la muchacha con frialdad.

—Y ahora corre y asegúrate de que Selene está convenientemente vestida y preparada para la llegada de nuestros importantes invitados.

Erika se alejó mansamente, mientras se le atragantaba un sollozo descorazonado. Kraven la observó mientras bajaba sumisamente las escaleras en compañía de su menos presuntuosa hermana en la servidumbre.

Ojalá Selene pudiera ser tan solícita, fantaseó. En todos los sentidos.

Capítulo 6

Ocultaba varios pisos por debajo del dojo, en el más profundo subsótano de la mansión, la sala de observación era, como correspondía, silenciosa como una tumba. Varios bancos de mármol jalonaban la estrecha cámara, orientados en dirección a lo que parecía ser un muro de piedra desnuda. Un solitario espejo de grandes dimensiones decoraba el granito pulido. El alto techo abovedado concedía al lugar el aire de una catedral gótica.

Selene se estremeció al entrar en la cámara. El aire acondicionado de la sala de observación se mantenía constantemente a una temperatura que resultaba incómodamente baja hasta para un muerto viviente. El eco de sus pisadas resonó ruidosamente en la sepulcral quietud de la cámara mientras se acercaba al espejo y contemplaba con aire pensativo su reflejo. Su rostro inexpresivo ocultaba las turbulentas ansiedades y pensamientos que la atormentaban por dentro.

Todo está ocurriendo demasiado deprisa, pensó. Dos vampiros muertos, la víspera del Despertar...

Un zumbido electrónico saludó su llegada y el aparentemente opaco espejo se volvió al instante transparente. Al otro lado del cristal apareció una sala de seguridad. Un vampiro llamado Duncan, manejaba los controles. Alzó una ceja inquisitiva y Selene asintió.

Sabiendo para qué estaba allí, Duncan pulsó un botón del panel de control. El resto de la pared de «piedra» se abrió por la mitad y se separó. Detrás de ella había una gruesa ventana de plexiglás. Selene se adelantó un paso y escudriñó el interior de la sombría cámara que había al otro lado del cristal.

Apenas iluminada, como una caverna, la cripta era el corazón de lento latir de Ordoghaz. Unos peldaños de granito pulimentado conducían a un área rehundida que se veía con claridad desde la sala de observación. En el centro de aquella especie de grada invertida, alojadas en el interior de un patrón concéntrico de círculos célticos entrelazados, había tres brillantes losas de bronce en el suelo. Cada una de estas losas circulares estaba decorada con una solitaria letra ornamental: A por *Amelia*, M por *Marcus* y V por *Viktor*.

Selene observó esta última con ojos llenos de angustia. Se apoyó en la barrera de plexiglás que la separaba de la tumba de su sire. Su frío aliento cubrió de vaho el aún más frío cristal.

Cómo desearía poder despertarte, mi señor, pensó anhelante. Necesito desesperadamente tu fuerza y tu sabiduría.

Todos los necesitamos.

Una serie de bustos de mármol que conmemoraban a muchos de los más grandes guerreros y líderes del aquelarre jalonaba el alargado pasillo. Este esfuerzo por inmortalizar la grandeza era bastante superfluo, habida cuenta de que los individuos honrados por él gozaban ya de la bendición de la vida eterna, pero hasta los vampiros tienen su ego.

Y sus sentimientos.

Erika caminaba por el vacío pasillo, mordiéndose el labio inferior con tal fuerza que notaba el sabor de su propia sangre. La otra criada, Dominique, se había marchado a hacer otro recado pero Erika apenas había advertido la desaparición de su compañera. Aún le dolía el corazón por la despreocupada manera en que Kraven la había despedido. El tono áspero e indiferente de su voz resonaba aún en sus oídos.

¿Cómo ha podido tratarme de esa manera?, pensaba embargada por la agonía. *¿Es que no sabe que yo haría lo que fuera por él?*

Si quería ser honesta consigo misma, Erika tenía que admitir que la atracción que sentía por Kraven no estaba sólo inspirada por la belleza y carisma innegables del vampiro. La envidiable posición que ocupaba en la jerarquía del aquelarre resultaba para ella tan irresistible como su mente y sus facciones. Como relativa recién llegada al aquelarre que era, con menos de una vida mortal a sus espaldas, Erika estaba atrapada en el peldaño más bajo de la orden de los vampiros. Y no se le ocurría mejor manera de ascender que unirse al más poderoso *nosferatu* de toda Europa. Aunque había nacido humano, a diferencia de los Antiguos de sangre pura, Kraven seguía siendo un vampiro al que había que tener muy en cuenta y Erika había pasado muchos días largos apartada del sol, en los modestos aposentos de los criados que compartía con otros cuatro o cinco recién llegados, fantaseando sobre cómo sería reinar en la mansión como consorte regia de Kraven.

¡Pero a él lo único que le interesa es esa máquina de matar con el corazón helado, Selene!

Un busto de Kraven, con el regio perfil capturado en la piedra cincelada, llamó su atención. Se apartó a propósito de su camino y derribó el busto de su pedestal. La esculpida cabeza cayó al suelo y estalló en un billón de fragmentos. Los fragmentos blancos como la nieve del mármol roto rodaron por el suelo en todas direcciones.

Así no eres tan guapo, ¿verdad, señor mío?

Un momento de deleite vengativo dio paso a la alarma cuando comprendió lo que acababa de hacer. Se detuvo en seco y contempló el estropicio que acababa de organizar. Presa del pánico, cayó de rodillas junto a los restos del busto. Tras lanzar una mirada furtiva a su alrededor, empezó a recoger apresuradamente los acusadores fragmentos y los ocultó detrás de los pliegues de un gran tapiz colgante.

Unas lágrimas carmesí empezaron a resbalar por sus párpados mientras su alma

angustiada se rebelaba contra la cruel injusticia de todo aquello. *¿Por qué Selene?*, se preguntó amargamente, desgarrada entre la desesperación y la indignación.

¿Por qué no yo?

• • •

Selene seguía contemplando la tumba de Viktor, embargada por la tristeza, cuando Erika entró de puntillas en la sala de observación, a su espalda. *Una de las acolitas que adoran a Kraven*, advirtió la Ejecutora sin darle demasiada importancia. No se molestó en volverse.

—Es una pérdida de tiempo, ya lo sabes —dijo la criada pocos momentos después, tras esperar en vano a que Selene reaccionara a su presencia.

—¿El qué? —preguntó Selene. Siguió mirando la cripta, de espaldas a la vampiresa rubia llamada Erika, si no recordaba mal.

Haciendo acopio de todo su valor, Erika se acercó a la atribulada guerrera. Hizo un ademán despreocupado en dirección a la losa de metal que señalaba el lugar de descanso de Viktor.

—Dudo mucho que Viktor quiera que se te hiele el culo aquí, contemplando su tumba durante horas y horas.

Por vez primera, Selene se volvió para mirar directamente a la otra mujer.

—No —asintió con vehemencia—. Él querría que todos los Ejecutores estuvieran en las calles ahora mismo, registrando hasta el último rincón de esta ciudad. —Apretó los puños a ambos lados de cuerpo y dio rienda suelta a su frustración—. ¡Maldito Kraven! Es un burócrata, no un guerrero.

—¿Qué diferencia hay? —preguntó Erika con descaro—. En cualquier caso es un capullo.

La respuesta de la chica cogió a Selene por sorpresa y la obligó a mirar con más detenimiento a la niña vampiresa. *Puede que tenga un poco más de cerebro e independencia de lo que he creído al principio.*

—Pero, claro —dijo Erika esbozando una sonrisa traviesa mientras se apoyaba lánguidamente en la gruesa ventana de plexiglás—, es un capullo diabólicamente guapo.

Aunque no puede decirse lo mismo de su gusto, pensó Selene mientras su evaluación de Erika descendía un peldaño.

—Confía en mí —le dijo—. Es todo tuyo.

Una expresión dolorida pasó momentáneamente por el rostro de la vampiresa rubia, lo que indicaba que Selene había puesto el dedo en la llaga, pero Erika logró reemplazarla casi al instante por una sonrisa forzada.

—Vamos —dijo—, tienes que prepararte.

Confundida, Selene parpadeó. No tenía la menor idea de qué le estaba hablando

Erika.

—¿Para qué?

La menuda doncella puso los ojos en blanco, como si no pudiera creer que Selene fuera tan despistada.

—La fiesta. El enviado de Amelia llegará en cualquier momento.

Ah, eso, pensó Selene sin demasiado entusiasmo. Su mirada pasó a la losa que marcaba la tumba de Amelia, que en el momento presente estaba vacía. En teoría, la Antigua ocuparía su lugar en la cripta cuando se produjera el Despertar de Marcus, pero Selene hubiera preferido otra transición de poder. *¡Ojalá pudiéramos avanzar un siglo y hacer que despertara Viktor en su lugar!*

• • •

Las ratas y arañas se alejaron escabullándose del cuerpo cada vez más frío, aterradas por el sonido alarmante de algo grande y poderoso que avanzaba por el mohoso túnel de drenaje. Aunque la lluvia había dejado momentáneamente de caer en las calles de la ciudad, por todas las alcantarillas quedaban charcos grasientos como testimonio del diluvio. Se oía el chapoteo de unas zarpas colosales al pisar los charcos de agua apestosa, mezclado con el sonido de unas garras de hueso que arañaban el suelo de ladrillos del túnel. Pequeños rayos de luz se filtraban por las oxidadas rejillas del techo y proyectaban la sombra de una bestia enorme sobre el tosco e irregular suelo.

Hubo un crujido y un chasquido de huesos que perturbó aún más a las alimañas que tenían su morada en las alcantarillas y se produjo una grotesca metamorfosis entre las densas sombras. El tupido pelaje emitió un susurro crepitante al convertirse en una tez morena y casi lampiña. Los sonidos animales se transformaron en gruñidos y gemidos, humanos y reconocibles.

De nuevo en forma humana, Raze echó a andar pesadamente por el húmedo y ruinoso túnel. Su cuerpo desnudo estaba empapado de sangre y tenía cuatro afiladas estrellas arrojadas alojadas dolorosamente en el pecho, que le provocaban una sacudida de agonía desgarradora a cada paso que daba. Por instinto, se llevó una mano al pecho para sacarse las estrellas pero la apartó en cuanto las yemas de sus dedos rozaron el maldito metal. *¡Jodida plata!*, gritó en silencio mientras se lamía los dedos escaldados. *¡Zorra vampiresa chupona de venas!*

Sus ojos humanos empezaban a acostumbrarse a la oscuridad. Raze jadeaba ruidosamente, como un perro, exhausto por sus heridas y por la espantosa tensión de la transformación. Había tratado de alcanzar a la escurridiza sangrienta que había acabado con Trix pero sus putos shuriken lo habían frenado y habían permitido que la zorra chupasangre escapara. Ahora no quedaba sino recoger los restos de Trix y regresar con Lucian para informar. Seguro que a su señor no le hacía mucha gracia enterarse de que los sangrientos habían interferido con la misión.

Durante un segundo, Raze consideró las preocupantes implicaciones de la aparición inesperada de los vampiros. ¿Era sólo otra expedición de caza o acaso los putos sangrientos conocían el interés que sentía Lucian por aquel mortal, Michael Corvin?

No, decidió enseguida. Eso es imposible. Los sanguinarios no tienen ni puta idea de lo que estamos haciendo. De lo contrario, nuestro topo nos habría avisado.

Convencido de que la confrontación de aquella noche era sólo un inconveniente casual y no una especie de ataque preventivo por parte de los vampiros, Raze se sintió embargado por una confianza renovada en el futuro. Ya habría tiempo para dar con Corvin. Por el momento, tenía otra cosa que hacer.

Echó a andar por el túnel, alargando las manos hacia las paredes de tanto en cuanto para sujetarse. Se le llenaron los brazos de limo mientras regresaba al trecho de túnel empapado de sangre en el que había encontrado a la despreciable vampiresa inclinada sobre el cuerpo sin vida de su compañero de manada.

Trix seguía en el mismo sitio en que lo había dejado, tendido de cara al techo en un charco de sangre y barro y con una expresión de agonía en el humano rostro. Un rastro de heridas sanguinolentas recorría todo su pecho. No cabía duda sobre las causas de su muerte. Raze advirtió con preocupación que su arma había desaparecido.

Echó la cabeza atrás y profirió un rugido de rabia y lamento. Trix no era más que el último miembro de la manada en caer presa de los sangrientos y su repugnante plata. No podía esperar a ponerle las manos encima a la maldita vampiresa... y hacerle pagar por la muerte de Trix. Contempló el cadáver lleno de plata con sangre en los ojos.

Podría ser peor, se consoló. Con el pecho manchado de sangre, el licántropo herido por la plata se inclinó y, gruñendo de dolor, cogió en brazos el cadáver del muerto. Al menos esta noche hemos matado dos sangrientos, el doble de los hombres-lobo que ha podido reclamar la zorra vampiresa. Aún notaba el fuerte sabor de la carne del descuidado sangriento macho entre los dientes y la munición ultravioleta había funcionado exactamente como les habían prometido y había incinerado desde dentro al otro vampiro. Dos de ellos por uno de los nuestros, reflexionó. No es mala proporción.

Sólo esperaba que Lucian pensara lo mismo.

Encorvado bajo el peso de su triste carga, Raze rehizo sus pasos por el antiguo sistema de alcantarillas.

Hacia abajo.

•••

El cuarto que Selene tenía en la mansión era casi tan espartano como el dojo del último piso. Aunque la elevada posición que ocupaba en el aquelarre la hacía

acreedora a una suite completa, con un balcón que daba al jardín delantero, el mobiliario era más bien escaso. Una mesa de acero de aspecto moderno le proporcionaba un sitio para trabajar, mientras que un diván ricamente tapizado le permitía descansar la cabeza cuando decidía hacer una parada. El retrato de una familia humana, formada por un padre, una madre, dos hijas y un par de gemelas, ocupaba un lugar de honor en la mesa. La foto enmarcada servía como recuerdo y como inspiración, y recordaba a Selene por qué odiaba a los hombres-lobo.

Como si le fuera posible olvidarlo.

La luz de la luna entraba en su cuarto por la ventana del balcón y proyectaba pálidas sombra azules sobre la severa alfombra blanca que cubría el suelo. La persistente lluvia golpeteaba contra los cristales de la ventana. Selene estaba sentada frente a su mesa, mirando fijamente la pantalla iluminada de su ordenador portátil, que ahora contenía el disco de memoria de la cámara digital de Rigel. Vestida todavía con la misma ropa, pasaba rápidamente las fotos que su compañero había sacado durante su vigilancia. Sus labios se abrieron para mostrar los colmillos y emitió un siseo venenoso al ver a los dos licanos asesinos vestidos de calle. Si *pudiera exterminaros a los dos...*, pensó, presa de un odio insaciable que no conocía descanso. No bastaría con la sangre de un solo licano para vengar la muerte de un Ejecutor.

Erika pasó por detrás de ella, con un elegante vestido entre las manos. El vestido, de color turquesa, tejido a mano e importado directamente desde París, se ajustaba a la perfección a las medidas de Selene, que habían permanecido intactas a lo largo de las generaciones. La solícita doncella había seguido a Selene hasta sus aposentos, obedeciendo en apariencia las instrucciones de Kraven. A la Ejecutor le hubiera gustado que Kraven estuviera tan preocupado por las actividades de los licanos como por la gran recepción de aquella noche.

La vampiresa rubia se acercó al espejo con marco de cromo que colgaba de una severa pared blanca. Posó delante del espejo, sosteniendo el vestido de encaje delante de su propio cuerpo.

—Ooooh, sí —dijo con el tono de una adolescente—. Definitivamente tienes que ponerte este. Es perfecto. —Dio una elegante vuelta delante del espejo y a continuación añadió entre dientes—. Puede que demasiado perfecto.

A pesar de estar concentrada en las fotos digitalizadas, Selene no dejó de advertir el tono de envidia que supuraba la voz de la joven vampiresa. Erika se encontraba a décadas de distancia, tanto en poder como en prestigio, de un atuendo tan elegante. El pequeño y corto vestido que llevaba la sirvienta era considerablemente más barato y más vulgar, lo que hacía que pareciera una cabaretera londinense más que una aristócrata no-muerta.

Sin embargo, los celos de la joven suponían la menor de las preocupaciones de

Selene mientras la diligente Ejecutora seguía examinando las imágenes digitales en busca de alguna pista sobre la misión que había llevado a los licanos a la ciudad. *¿A dónde pretendían dirigirse en el metro?*, se preguntó. No le cabía la menor duda de que lo que pretendían no era nada bueno. *Aquí hay algo que no encaja.*

Una melena de pelo castaño empapado, unida a un rostro atractivo e inocente, atrajo su atención. *Qué extraño*, pensó al reconocer al norteamericano bien parecido en el que se había fijado en la Plaza Ferenciek. Curiosamente, el guapo joven aparecía en muchas de las fotos tomadas aquella noche. Aunque a menudo estaba desenfocado o aparecía en los márgenes de las fotografías, el norteamericano era a pesar de todo una presencia continuada en las imágenes que pasaban en sucesión por su pantalla. *¿Una mera coincidencia*, se preguntó Selene, *o algo más?*

Cerró los ojos y examinó sus propios recuerdos. En su mente volvió a ver al joven caminando a toda prisa bajo el aguacero y a continuación haciendo cola para subir a las escaleras mecánicas que llevaban al andén del metro, seguido momentos más tarde, recordó ahora, por Raze y Trix, que caminaban entre la descuidada muchedumbre con algún propósito oscuro, como lobos hambrientos en pos de su presa. Recordó al licano de menor tamaño abalanzándose sobre el joven norteamericano con las garras extendidas.

Sus oscuros ojos se abrieron de repente.

—Iban detrás de ti —murmuró al caer en la cuenta.

Pero, ¿por qué?

Abrumada por una renovada sensación de urgencia, empezó a trabajar febrilmente con el teclado y el ratón de su ordenador. Tras seleccionar rápidamente la mejor foto del anónimo transeúnte, la amplió y ajustó su enfoque. Las facciones cinceladas del joven aparecieron en claro relieve y quedó claro que era el mismo individuo que había llamado su atención en la ciudad. Llevaba una chapa de identificación o algo parecido en la solapa de la chaqueta. Amplió la imagen sobre el pequeño rectángulo laminado, que resultó ser una placa de identificación para el personal de un hospital en la que se leía el nombre de «Michael Corvin».

Selene se reclinó en su asiento mientras examinaba con mirada inquisitiva los cálidos ojos castaños del misterioso desconocido. *¿Quién eres, Michael Corvin?*, se preguntó mientras apoyaba la barbilla en las manos. *¿Y por qué andaban detrás de ti esos licanos?*

Le había perdido la pista a Corvin una vez que el tiroteo había comenzado pero dudaba que hubiera acabado en los túneles del metro con Raze y ella. Recordaba el gratificante sonido que habían hecho sus estrellas de plata al clavarse en el velludo torso del hombre-lobo. Lo más probable era que la bestia herida se hubiese visto obligada a abandonar su presa, al menos por algún tiempo. *Probablemente escapó para lamer sus heridas en otra parte*, imaginó.

Pero, ¿por cuánto tiempo?

Aunque no hubiera podido explicar el porqué, Selene sabía que era de vital importancia localizar a Michael Corvin antes de que lo hicieran Raze y sus hermanos de raza. Para aquellos lobos significaba mucho más que carne fresca.

—Mmmm, es guapo —comentó Erika asomándose por encima del hombro de Selene. Había olvidado que la criada seguía en la habitación—. Para ser un humano.

—¿Quién es guapo? —preguntó una tercera voz.

Selene y Erika se volvieron al mismo tiempo y se encontraron con Kraven, resplandeciente en un traje nuevo de Armani, de pie en la entrada del aposento. En su interior, Selene reprimió un estallido de indignación. El regente ni siquiera había creído necesario llamar antes de entrar.

Erika, por otro lado, adoptó de inmediato sus modales de humilde criada. Bajó los ojos, se inclinó con mansedumbre y salió de la habitación sin hacerse notar y agachándose bajo el brazo extendido de Kraven al salir al pasillo. Selene se quedó a solas con el regente.

Sin esperar a ser invitado, éste entró en los aposentos privados de la Ejecutora con las manos a la espalda. Caminó hasta la ventana del balcón y se asomó a la tormentosa noche.

—¿Tengo que recordarte —dijo con aire condescendiente— que esperamos invitados muy importantes?

—No —respondió Selene con voz neutra—. Erika lo ha hecho al menos veinte veces en la pasada hora.

Kraven le dio la espalda a la ventana y dirigió a Selene una mirada dolida.

—Entonces, ¿por qué no te has puesto algo más apropiado? —Dirigió la vista al vestido de seda que Erika había dejado doblado sobre el diván—. Ya sabes que quiero que esta noche te sientes a mi lado.

Selene no hubiera podido pensar en una perspectiva menos halagüeña aunque no hubiera tenido asuntos más importantes de que ocuparse.

—No estoy de humor —dijo—. Llévate a Erika. Se muere por estar a tu lado.

Kraven sonrió, a todas luces divertido por las ridículas pretensiones de la criada. Se acercó al asiento de Selene y se inclinó hacia delante hasta que su rostro rubicundo estuvo demasiado cerca para el gusto de ella.

—Estoy seguro de que es así —susurró—, pero todos saben que eres tú a quien deseo.

¿Y qué?, pensó Selene, aburrida más allá de toda medida de las intentonas de Kraven. Habían repetido aquella misma escena incontables veces en el pasado. Esperaba que después de todos estos años hubieras cogido la indirecta.

Su aliento, cálido y con un intenso olor a plasma, resultaba desagradablemente caluroso sobre su mejilla. Trató de darle un beso pero, en el último segundo, ella lo

esquivó con habilidad, un truco que por desgracia había tenido ocasión de perfeccionar a lo largo de las décadas. Contrariado por su rechazo, Kraven se irguió en toda su estatura, muy rígido, y se echó atrás la leonina melena negra. Con el ceño fruncido, pasó una mirada desdeñosa sobre las botas y la ropa de Selene, que todavía mostraban los sucios recuerdos de su visita al mohoso sistema de alcantarillado de Budapest.

—Si quieres mi opinión, creo que te estás tomando demasiado en serio todo ese asunto de los guerreros. —Se volvió hacia el retrato enmarcado de la familia que descansaba sobre la mesa—. No puedes cambiar el pasado, por muchos licanos que mates. —Su mirada insensible dejó un rastro de imaginarias huellas viscosas sobre el precioso retrato—. Lo sabes, ¿no?

Selene le lanzó una mirada de advertencia. Se estaba acercando peligrosamente a un terreno que para ella era sagrado. Comprendiendo acaso que había ido demasiado lejos, Kraven reuló levemente. Esbozó una sonrisa amistosa, como si quisiera sacar el aguijón de su sarcástico comentario.

—Y además —continuó por un camino discurría mucho más lejos de una confrontación—, ¿de qué sirve ser inmortal si te niegas los placeres sencillos de la vida?

Resulta complicado disfrutar de esos placeres, reflexionó ella con mordacidad, cuando un licano te está destrozando la garganta y dándose un banquete con tus intestinos. Aspiró profundamente. No quería volver a librar viejas batallas. Puede que deba tratar de aprovechar la presencia de Kraven ahora que tengo su atención.

Señaló la foto ampliada de la pantalla del portátil.

—¿Ves a este humano?

Ahora fue Kraven quien dejó escapar un suspiro de impaciencia. Se tomó un momento para inspeccionar la manicura impecable de sus uñas, que aparentemente eran más importantes para él que la muerte de dos Ejecutores.

—¿Qué pasa con él?

—No estoy segura —empezó a decir Selene— pero empiezo a sospechar que los dos licanos...

Kraven la interrumpió al ver que el repentino resplandor de unos faros pasaba por delante la ventana. Selene comprendió que Soren acababa de llegar con los dignatarios del Aquelarre del Nuevo Mundo.

Maldita sea, pensó. Sus invitados no podían haber sido más inoportunos. ¡Justo cuando estaba a punto de contarle a Kraven mi teoría!

El regente esbozó una sonrisa luminosa y su sombrío humor pareció cambiar de repente.

—Ahora, por favor, ponte algo absolutamente deslumbrante y date prisa. —Su pecho se expandió bajo el elegante traje de noche, como un gallo pavoneándose

frente al gallinero—. He planeado una velada gloriosa. Ya lo verás.

Se encaminó a la salida, pero Selene no había abandonado todavía la idea de explicarle sus preocupaciones con respecto a los licanos. Para bien o para mal, era el líder designado del aquelarre y tenía que estar al tanto de aquello.

—Kraven, esto es serio —le dijo—. Creo que el enemigo lo estaba siguiendo.

Kraven se detuvo en la puerta y se volvió hacia ella con una expresión de desconcierto en el rostro, como si Selene acabara de hacer un chiste malo y él no terminara de cogerlo.

—Eso es absurdo —dijo—. Si no es por la carne, ¿para qué iban a seguir los licanos a un simple humano?

Capítulo 7

Gemidos y sollozos ahogados escapaban de las bocas amordazadas de los dos cautivos humanos. Maniatados como pedazos de carne y desnudos hasta la cintura, los hombres colgaban de una barra de metal que discurría a todo lo largo del techo de la abandonada estación de metro. Les habían tapado la boca con mordazas de nylon y su carne mortal estaba llena de golpes y moratones.

Singe no prestaba la menor atención a los incoherentes gemidos de los hombres. Después de todo no eran más que cobayas de laboratorio. A él le interesaba la química de su sangre, no su conversación.

La derruida estación de metro había sido transformada en un improvisado laboratorio y enfermería. Había tubos de ensayo, jarras, redomas y materiales de laboratorio dispuestos en toscos bancos hechos de madera contrachapada y restos de metal reciclado. Del techo colgaban mugrientas láminas de plástico transparente que dividían la cámara fin compartimientos separados. Los improvisados fluorescentes proporcionaban la iluminación justa para que Singe pudiera llevar a cabo su trabajo. El oscuro y sucio local no estaba ni mucho menos esterilizado y el científico licano lo sabía perfectamente pero, ¿qué podía hacer? Esconderse bajo tierra tenía sus desventajas.

Fotos, mapas y notas garabateadas cubrían la práctica totalidad de las baldosas agrietadas de las paredes. Había cuadernos con canutillo que incluían larguísimas listas de nombres meticulosamente tachados. En el centro de aquel collage de papeles había un elaborado árbol genealógico presidido por un solitario nombre escrito en grandes letras negras: «CORVINUS».

Puede que hubiese interesado a los dos humanos maniatados el saber que sus nombres y sus rostros se encontraban entre los que podían verse en las abarrotadas paredes o puede que no. En las presentes circunstancias, Singe dudaba sinceramente que los dos desgraciados especímenes sintieran demasiado interés por los elementos más destacables de su árbol genealógico. *Qué pena, pensó. Es una historia fascinante.*

Singe, un licano de rostro ajado vestido con una manchada bata de laboratorio de color marrón, tenía el cabello escaso, la frente arrugada y una expresión maliciosa que recordaba a un zorro. Con toda meticulosidad, colocó una aguja hipodérmica de calibre treinta y tres en una jeringuilla vacía y a continuación se aproximó al mortal al que había denominado Sujeto B. Los ojos del humano se abrieron de alarma al ver la enorme jeringuilla y sus apagados gritos cobraron un tono más agudo. Forcejeó en vano contra sus ataduras, incapaz de liberarse.

Singe se colocó detrás del aterrado espécimen y esperó en silencio a que el

humano cejara en sus fútiles esfuerzos. Al cabo de unos momentos, el exhausto mortal dejó de debatirse y se dejó caer contra sus ataduras, resignado aparentemente a lo inevitable. Singe levantó la jeringuilla y, con total falta de entusiasmo, se la clavó al espécimen en la yugular.

El Sujeto B se retorció de agonía. Un chillido apagado atravesó su mordaza y sus venas torturadas se hincharon como las ramas de una planta trepadora.

—Vamos, deja de lloriquear —dijo Singe con impaciencia. No era famoso por su capacidad de inspirar consuelo. Su acento austriaco revelaba su nacionalidad—. No puede ser tan malo.

Abrió el émbolo y la jeringuilla se fue llenando de oscura sangre venosa. Esperó hasta tener varios centímetros cúbicos del viscoso líquido y entonces sacó abruptamente la aguja del cuello del espécimen. Siguió saliendo sangre de la punción, así que Singe se apresuró a taponarla con un vendaje por si acaso necesitaba mantener al espécimen con vida.

Un vendaje idéntico a éste recubría ya la garganta del otro espécimen, alias Sujeto A.

Dejando atrás al tembloroso humano, atravesó la enfermería hasta un mostrador toscamente cortado, donde había una redoma de cristal marcada con la etiqueta «B», donde vertió con frialdad y eficiencia el contenido de la jeringuilla. Sus cansados ojos castaños examinaron la redoma, ansiosos por ver cómo reaccionaba la sangre del sujeto al catalizador. Un cronómetro electrónico desgranó los segundos.

Es una lástima que no pueda publicar mis descubrimientos en ninguna de las revistas médicas establecidas, pensó. Singe había sido un prominente bioquímico en su Austria natal antes de ser reclutado para la camada por el mismísimo Lucian, quien le había ofrecido al moribundo científico la inmortalidad a cambio de su lealtad y su genio. Pero supongo que en tiempos de guerra es necesario un cierto secreto.

Una puerta situada en la parte trasera del laboratorio se abrió de par en par y Lucian entró, acompañado por una palpable aura de fuerza y autoridad. Su lustroso abrigo marrón barrió el suelo.

No perdió el tiempo con preámbulos.

—¿Algún progreso? —preguntó.

Singe inclinó la cabeza como gesto de deferencia frente al líder de su manada. Abrió la boca para contestar pero se vio interrumpido por el agudo zumbido de otro cronómetro electrónico. *¡Ah, perfecta sincronización!*, pensó con una sonrisa en los labios.

—Vamos a averiguarlo.

Volvió su mirada hacia otra redoma, ésta marcada como «A». Le dio una suave sacudida para asegurarse de que sus componentes se mezclaban bien y a continuación su expresión se pintó de decepción al ver que la solución carmesí se volvía

completamente negra.

—Negativa —anunció con tristeza. *De nuevo.*

Lucian frunció el ceño, evidentemente contrariado por los resultados del experimento. Singe, sin embargo, era consciente de que la ciencia avanzaba a base de prueba y error. *Más tarde o más temprano, tendremos que localizar al espécimen correcto.* Temblaba de placer con sólo pensar en el día glorioso en el que por fin dieran con el medio de acabar con sus primos vampiros de una vez y para siempre.

Pero aún no había llegado, por lo que parecía.

Una expresión filosófica se aposentó en sus rasgos lupinos mientras se acercaba a una de las voluminosas listas de nombres que llenaban las paredes. Con un suspiro de resignación, tachó el nombre del Sujeto A: «JAMES T. CORVIN».

• • •

Michael Corvin estaba leyendo el texto impreso y medio borrado de la puerta de su taquilla en el Hospital Karolyi. Un montón arrugado de papeles de color verde vómito quedaron dentro de la taquilla cuando Michael cerró la puerta con un chirrido metálico. Bostezando, se puso una camiseta negra y se dispuso a volver a casa.

Eran las cinco y media de la mañana. Habían pasado casi nueve horas desde el tiroteo en la estación de metro y la sangre de su ropa se había secado del todo pero Michael se sentía aún aterrado y conmocionado.

—¿Vas a casa?

Michael se volvió y se encontró con su colega, Adam Lockwood. El otro residente americano del hospital, un hombre larguirucho de cabello corto y negro, estaba a mediados de la treintena pero el agotamiento acumulado le hacía parecer mucho mayor. Sus gafas de montura de cuerno no lograban disimular los oscuros e hinchados círculos que rodeaban sus ojos. Llevaba un estetoscopio colgado del cuello y un par de hemostatos de metal asomaban por las solapas de su gastada bata blanca de laboratorio. Estaba tomándose la que debía de ser su novena o décima taza de café.

—Sí —respondió Michael—. Nicholas me ha dado unas horas libres.

Adam asintió con el aire de alguien que se estuviera solidarizando con él y Michael se preguntó si parecería la mitad de cansado de lo que se sentía. *Probablemente, pensó.*

—Por cierto —añadió Adam—, me ha dicho que ayer hiciste un trabajo magnífico con aquella chica.

Michael logró esbozar una sonrisa sombría antes de coger su gabardina y dirigirse a la salida arrastrando los pies. Estaba impaciente por regresar a su apartamento. Con suerte, estaría en la cama antes de que saliera el sol. Pero antes tenía que visitar a alguien.

Momentos después se encontraba en la Unidad de Cuidados Intensivos, mirando

desde el otro lado de un gran ventanal de cristal a la chica herida del metro. La adolescente húngara acababa de salir del quirófano, y estaba inconsciente y conectada a un equipo de soporte vital. Michael sintió un arrebató momentáneo de furia. La pobre chica no había hecho nada para merecer aquello. Sólo había estado en el peor momento en el sitio menos indicado.

Igual que Samantha, pensó, desolado.

Miró a la muchacha. Un monitor electrónico que mostraba formas de onda verdes e iluminadas, controlaba su presión sanguínea, temperatura corporal y pulso. Fluía sangre desde unas bolsas de plástico para reemplazar la que había perdido bajo la Plaza Ferenciek.

Al menos los cirujanos habían conseguido estabilizar su condición. Con un poco de suerte, lo conseguiría.

Está ciudad está yéndose directamente al infierno, pensó.

• • •

El Infierno se encontraba, en efecto, varios metros por debajo de Budapest, en un sistema de búnkeres subterráneos construido durante la II Guerra Mundial. La cavernosa excavación había sido utilizada en el pasado como almacén pero había caído en el olvido hacía mucho tiempo y eso había provocado que fuera sumiéndose en un estado de penoso abandono. Los suelos del bunker estaban llenos de escombros, entre charcos de agua estancada y apestosa. Colgaban cadenas oxidadas del techo abovedado que se extendía a gran altura y sus extremos rozaban contra los restos enmarañados de pasarelas metálicas en ruinas. Arañas, cucarachas y otras alimañas infestaban hasta el último rincón del olvidado santuario y se extendían por sus paredes, pero curiosamente, en el recinto del tamaño de un hangar no podía encontrarse una sola rata o ratón. Ni siquiera los más famélicos roedores eran tan estúpidos como para aventurarse en aquel purgatorio creado por el hombre.

Empleados ahora como rudimentarias chozas y barracones, los ruinosos refugios eran un hervidero de vida predatoria. Brillaban luces parpadeantes por las ventanas agrietadas y cubiertas de hollín. Los licanos humanos iban de acá para allá, dedicados a sus propios asuntos mientras que otros miembros de la manada, los que preferían la forma canina, vagueaban entre los escombros y los restos como perros de basurero. Entre las sombras brillaban bestiales ojos de color azul.

El húmedo techo goteaba agua y el eco de los constantes y diminutos chapoteos resonaba en las paredes desmoronadas y mohosas. Reinaba en el aire fétido el denso olor de los cuerpos sin lavar, tanto humanos como lupinos, pero a pesar de la numerosa población que habitaba el abandonado bunker, no había una sola fogata encendida. Caminaran a dos o a cuatro patas, los licanos preferían la carne cruda y sangrante.

Más allá de la enorme cámara central se extendía por todas las ruinas del viejo sistema de fortificaciones un oscuro y retorcido laberinto de pasillos medio derruidos por efecto de la guerra, estancias siniestras, ventanas cegadas y baldosas de porcelana hechas añicos, como un manicomio diseñado, construido y decorado de manera expresionista por los propios pacientes.

Desnudo y cubierto de sangre, Raze llegó tambaleándose por uno de aquellos corredores tenebrosos. Caminaba encorvado por el peso del cuerpo lleno de balas de Trix y encogido de dolor por las brillantes estrellas de plata que tenía clavadas en el pecho. A cada agónico paso que daba maldecía a los Ejecutores en general y a la zorra que le había arrojado las estrellas en particular.

Se acerca su hora, recordó y sacó fuerzas de las espantosas imágenes concebidas por sus deseos sobre la carnicería que se avecinaba. *¡Sólo dos noches más y esos apestosos vampiros tendrán por fin lo que se merecen! Lucian lo tiene todo planeado...*

Al fin, después de lo que se le había antojado una caminata interminable por el inframundo, logró llegar hasta la tosca enfermería, donde encontró a Lucian y a Singe. Un par de humanos muertos, con las gargantas cortadas limpiamente, colgaban aún de los techos manchados de hollín de la estación. Al ver sus miradas sin vida, Raze supuso que aquellos sujetos experimentales debían de haber resultado tan poco satisfactorios como los anteriores, lo que contribuyó a que se sintiera aún más enfurecido y avergonzado por haber dejado que el estudiante de medicina norteamericano se le escapara.

¡Malditos sangrientos!, volvió a pensar. *¡Todo ha sido por su culpa!*

Depositó el cuerpo ensangrentado de Trix sobre una mesa de examen vacía y a continuación miró a Lucian y Singe. En su rostro podían leerse las huellas del dolor y el agotamiento pero sabía que Lucian querría que le diera su informe antes de pensar siquiera en descansar o recibir asistencia médica.

—Nos tendieron una emboscada —dijo con voz tensa mientras se apoyaba en la mesa de metal. Su profunda voz resonaba como un tambor hueco—. Ejecutores, tres en total. Matamos a dos pero uno de ellos logró escapar. Una hembra.

Lucian recibió la noticia con una expresión severa e inescrutable.

—¿Y el candidato?

Raze bajó la cabeza. De haber tenido una cola, la hubiera escondido entre las piernas.

—No conseguimos atraparlo —admitió.

Lucian dejó escapar un largo suspiro de exasperación. Mientras apretaba los puños a ambos lados del cuerpo se volvió lentamente hacia la ventana manchada de grasa y dejó que su mirada se perdiera al otro lado.

—¿Es que tengo que hacerlo yo todo personalmente? —musitó entre dientes.

Raze estuvo a punto de replicar algo pero en el último momento cambió de idea. *Mejor que me redima con actos, no con palabras*, decidió mientras se juraba que no permitiría que Michael Corvin —u otro candidato cualquiera— se le escapara de nuevo. *¡Y que el cielo se apiade de cualquier vampiro que se interponga en mi camino!*

El cuerpo que había quedado sobre la mesa de examen atrajo la atención de Singe.

—Mira qué estropicio —dijo mientras contemplaba con aire circunspecto los agujeros sanguinolentos del pecho de Trix.

—Munición argéntea. De alto contenido —le informó Raze—. Le impidió transformarse.

El científico austriaco no parecía demasiado impresionado por la violenta muerte de Trix. Cogió un par de fórceps de acero inoxidable y empezó a revolver en las heridas del pecho del licano muerto. Los sonidos carnosos hechos por la exploración descuidada del doctor provocaron náuseas a Raze pero al cabo de unos momentos, Singe logró extraer una brillante bala de plata con forma de champiñón.

—No tiene sentido buscar las demás —declaró. Guardándose mucho de no tocar con sus propias manos el tóxico fragmento, el científico lo dejó caer sobre una bandeja de metal manchada de sangre—. La plata ha penetrado en sus órganos. La regeneración es imposible en este punto.

Raze ya se había dado cuenta. Reconocía un licano muerto en cuanto lo olía. *Ésta te la debo, zorra*, pensó mientras recordaba a la hembra. *A ti y al resto de tu raza*.

Tras haber acabado con Trix, Singe lanzó una mirada de aprecio al propio Raze.

—Ah, pero para ti aún hay esperanza, amigo mío.

Se le acercó e inspeccionó sus heridas. Las puntas de plata de los shuriken sobresalían de su piel morena.

—Vamos a echar un vistazo más de cerca a estas feas estrellitas, ¿te parece?

Sustituyó los fórceps manchados ahora de sangre por una llave inglesa negra de acero y sujetó con ella una de las estrellas arrojadas del pecho ancho y lampiño de Raze. El herido licano se preparó para sufrir.

—Relájate —le dijo Singe mientras introducía la llave en un agujero de la estrella y empezaba lentamente a aplicar presión. Giró la llave y Raze se encogió de dolor. Mordió con todas sus fuerzas para no gritar pero un gemido estrangulado escapó de su garganta. Ajeno al evidente sufrimiento del otro licano, Singe utilizó la llave para activar el mecanismo de apuntado de la estrella. *Clic*. La punta de la estrella se replegó al interior del disco de plata y el doctor sacó lentamente el arma de la carne de Raze, un agónico milímetro tras otro—. ¿Lo ves? —anunció mientras sostenía en alto el disco de plata—. No ha sido tan malo.

Para ti es fácil decirlo, pensó Raze mientras fulminaba con la mirada al sonriente

científico licano. El proceso de extracción había sido dolorosísimo y aún había que sacar otras tres estrellas.

A varios pasos de ellos, Lucian decidió al fin salir de su silencio meditabundo.

—Los vampiros no se han dado cuenta de que estabais siguiendo a un humano... ¿verdad, Raze?

El tono de urgencia de su voz se abrió paso a través del dolor que estaba sufriendo Raze.

—No —replicó el maltrecho licano, al mismo tiempo que Singe introducía la llave inglesa en la siguiente estrella—. ¡Aaaarrgh!

Clic. La segunda estrella salió de su pecho. Raze jadeó y tragó saliva antes de volver a hablar:

—Quiero decir, creo que no.

La incertidumbre de su voz escamó a Lucian. Avanzó hacia Raze para extraer la información del mismo modo que Singe estaba extrayendo la estrella venenosa.

—¿No lo crees o no lo sabes?

Singe insertó la llave en la tercera estrella y Raze necesitó todo su autocontrol para no encogerse de dolor.

—No estoy seguro —balbuceó, en medio de un nuevo arrebato de agonía—. ¡Rrrrgggg!

Clic. Las puntas afiladas de la estrella se replegaron pero el arma se negó a abandonar el músculo y el hueso de Raze. Singe tuvo que mover la llave de un lado a otro durante un rato, lo que dolió como el infierno, pero finalmente el disco de plata se soltó.

—Ooh, este último estaba realmente metido —comentó Singe con alegría al tiempo que lo dejaba caer en la papelera con el resto de los desechos de plata. Raze advirtió que la bolsa de basura tenía el símbolo que se utilizaba universalmente para los desechos biológicos. Por lo que a los licanos se refería, la plata era tan tóxica como el plutonio.

Que me lo digan a mí, pensó con irritación. Un rugido empezó a formarse en el fondo de su garganta. Sus manos se convirtieron en garras y las afiladas uñas empezaron a extenderse imperceptiblemente.

Un cronómetro electrónico zumbó en ese momento y Singe se apartó de él y le concedió un momento de respiro. El científico austriaco inspeccionó apresuradamente una fila de tubos de ensayo de cristal que contenían un fluido líquido. Raze había pasado el tiempo suficiente en aquel laboratorio para saber que aquél no era el resultado que Singe y Lucian estaban esperando.

—Negativas, todas ellas —dijo Singe sacudiendo la cabeza—. Nos estamos quedando sin candidatos rápidamente. —Se acercó al árbol genealógico de la pared y subrayó un nombre situado cerca del fondo del complicado gráfico—. Así que debo

insistir con toda vehemencia en que echemos un vistazo al tal Michael Corvin.

Lucian dirigió a Raze una mirada mordaz y a continuación salió sin decir palabra de la enfermería. Singe se volvió hacia Raze con una expresión divertida en su rostro marchito.

—Enhorabuena, creo que acabas de colocarte a la cabeza en su lista negra. Después de los vampiros, claro.

¡No ha sido culpa mía!, pensó Raze, indignado. No sabía qué era lo que más lo enfurecía, si el desprecio silencioso de Lucian o la mofa del doctor. Encolerizado, decidió no esperar a que Singe aplicara la llave a la cuarta y última estrella. Gruñendo como un perro rabioso, se arrancó el proyectil de la carne con las manos desnudas, ignorando el ardiente calor que le provocaba la plata. Las afiladas puntas de la estrella le desgarraron la carne mutilada y desnuda. Manó sangre de la herida y brotó humo de sus dedos mientras Raze echaba la cabeza atrás y aullaba con todas sus fuerzas.

Capítulo 8

En el gran salón la atmósfera era refinada, civilizada. El *Das Wohltemperierte Klavier* de Bach sonaba suavemente como música de fondo mientras la élite del aquelarre daba la bienvenida a sus distinguidos visitantes de Norteamérica. La bebida carmesí, de un pedigrí especialmente delicado y servida en unos cálices de cristal destellante, fluía por la recepción con largueza. Las damas y los caballeros vampiros, ataviados con sus mejores y más elegantes galas, flirteaban decorosamente con sus honrados invitados.

Kraven hubiera debido de sentirse en su elemento. La recepción de gala era precisamente la clase de evento elegante y refinado en la que se sentía como pez en el agua. Pero en cambio ahora, mientras aguardaba junto a la entrada del salón, recibiendo los exagerados cumplidos de los dignatarios extranjeros y devolviéndolos a su vez, estaba distraído y se veía incapaz de divertirse. Sus ojos examinaban sin descanso los rostros de los presentes tratando de encontrar a una vampiresa concreta pero Selene no se encontraba a la vista.

¡Que el Diablo se lleve a esa mujer!, pensó mientras le ocultaba su creciente frustración a los distinguidos invitados con los que estaba conversando. *¿Dónde demonios se ha metido ahora?*

Dirigió la mirada hacia un vampiro alto y de cabello negro que estaba observando la recepción desde un discreto rincón de la estancia. Era Soren, la imponente cabeza de la policía no-del-todo-secreta de Kraven. Aunque supuestamente era tan antiguo como el propio Viktor, Soren tenía la ventaja de ser muy poco ambicioso y prefería poner su considerable fuerza y falta de escrúpulos a disposición del líder de su elección. Irlandés de ascendencia, poseía los anchos hombros y la mirada siniestra propia de sus ancestros. Soren había sido antaño el guardaespaldas personal de Viktor; ahora lo era de Kraven.

El gigantesco jenízaro parecía un poco fuera de lugar en medio de aquella reunión de vividores, pero Kraven se sentía mejor cuando sabía que Soren y su grupo de vampiros escogidos se encontraban cerca por si ocurría algo inesperado. Hacía tiempo que había comprendido que le era necesario contar con una fuerza de seguridad propia, independiente de los obsesivos y a menudo intratables Ejecutores y Soren —pragmático, implacable y brutal cuando era necesario— había demostrado ser el vampiro apropiado para llevar a la práctica las partes más draconianas de los planes de Kraven.

Por desgracia, parecía que ni siquiera Soren era capaz de garantizar que Selene hiciera acto de presencia en un acontecimiento de semejante importancia. Lanzó a Soren una mirada interrogativa pero el pétreo guardaespaldas sacudió la cabeza de

manera casi imperceptible. Kraven resistió el impulso de dirigirse corriendo a los aposentos de Selene y arrastrarla hasta allí en persona. *Ya he tenido más que de sobra de su testarudez e insubordinación*, pensó en silencio, enfurecido. *Mi paciencia se está agotando*.

Un enjuto y epiceno vampiro que llevaba un pañuelo de seda roja sobre el esmoquin tomó el centro de la sala y golpeó el cáliz con la fina uña de su dedo índice para pedir silencio a los congregados. Kraven reconoció a Dimitri, el más viejo de los enviados de Amelia. El inmortal embajador esperó pacientemente a que las conversaciones de la sala remitieran y a continuación se aclaró la garganta. Kraven comprendió, con cierta impaciencia, que el viejo idiota iba a dar un discurso.

—Puede que nuestras nobles casas estén separadas por un gran océano —dijo Dimitri con voz sonora— pero ambas están igualmente consagradas a la supervivencia de nuestros sagrados linajes. Cuando la ilustre Amelia, a quien me honro de servir, llegue para despertar de su sueño a Marcus, dentro de dos noches, volveremos a estar unidos como un solo aquelarre.

Alzó su cáliz para emplazar a los demás aristócratas a hacer un brindis.

—*Vitam et sanguinem* —recitó.

Vida y sangre.

Un coro de tintineos de cristal secundó el brindis y Kraven levantó su propia copa, dando gracias a que el pomposo enviado hubiese sido parco en su discurso. Kraven echó un vistazo a la puerta, esperando ver a Selene haciendo una entrada tardía pero se vio decepcionado una vez más. *¡juro*, pensó lleno de justa indignación, *que de no haberla elegido para ser mi reina, nunca le permitiría semejante afrenta!*

Una mano fría le dio un suave tirón en el codo y al volverse se encontró con la misma criada estúpida de antes —Erika— a su lado. Llevaba, tal como demanda la ocasión, un vestido oscuro de lentejuelas, con guantes negros hasta los codos, que no parecían demasiado llamativos en medio de la deslumbrante generosidad en el adorno de que hacían gala los demás vampiros. *¿Qué demonios quiere ésta ahora?*, se preguntó Kraven, enojado por la intrusión.

La delicada doncella se llevó un dedo recatado a los labios y a continuación señaló el oído de Kraven. Carcomido por la curiosidad, Kraven se inclinó y permitió que le susurrara al oído. Su enfado contra la criada se vio al instante ahogado por una furia volcánica dirigida contra otra persona. *¡No me lo puedo creer!*, pensó, estupefacto. *¿Cómo se atreve?*

Sin molestarse en ofrecerle sus disculpas a sus estimados invitados, salió hecho una furia del salón. Subió de dos en dos los peldaños de la escalera imperial de la mansión hasta llegar a la puerta de roble que guardaba los aposentos de Selene. La abrió de par en par y entró sin anunciarse. En efecto, la habitación estaba tan vacía como Erika le había asegurado.

En el exterior se encendió el motor de un coche y Kraven llegó corriendo a la ventana justo a tiempo de ver cómo salía el Jaguar de Selene por la puerta exterior y se perdía en la oscuridad de la noche.

¡Maldición! Enfurecido, hizo rechinar los dientes mientras las luces traseras del Jaguar desaparecían en la distancia. Consultó su reloj. Eran más de las cinco de la madrugada. El sol se alzaría en cuestión de horas. *Así que, en el nombre de Hades, ¿dónde se cree que va tan deprisa,* se preguntó, presa de una furia incontenible, *y precisamente esta noche entre todas las noches?*

Se apartó de la ventana, perplejo y gravemente ofendido. Al examinar la habitación en busca de alguna pista para el inexcusable comportamiento de Selene, vio que su portátil estaba todavía encendido sobre la mesa. Aparentemente, en su apresuramiento había dejado el aparato encendido.

Congelada en la pantalla se veía la imagen de un insignificante mortal, extraída aparentemente de una base de datos de empleados de un hospital. La foto en color de un joven de cabello castaño venía acompañada por el nombre del humano, Michael Corvin, y diversos fragmentos de información: edad, nacionalidad, dirección y cosas así.

Kraven advirtió con desdén que el tal Corvin no tenía más que veintiocho años. Era un cachorro hasta para los mortales.

¿Quién...? Kraven recordaba vagamente que Selene había dicho algo ridículo sobre que los licanos estaban siguiendo a un humano, pero no terminaba de imaginar qué era lo que podía tener de importante un vulgar mortal. *¿Por éste,* pensó indignado, *me ha dejado sin acompañante en mi propia recepción?*

Fuera quien fuese aquel Michael Corvin, Kraven sentía hacia él una profunda antipatía.

• • •

El viejo edificio de apartamentos estaba a años luz de la majestuosa elegancia de la mansión. El vestíbulo enmoquetado necesitaba desesperadamente los servicios de una aspiradora, mientras que las paredes enyesadas estaban manchadas y cubiertas de grietas en algunas zonas. En el techo zumbaba y crepitaba un fluorescente de luz áspera.

Bien, pensó Selene. Aquella era exactamente la clase de vivienda de clase baja en la que podría encontrarse un estudiante de medicina. *Debe de ser el lugar correcto.*

Según su ficha de empleado, el misterioso Michael Corvin vivía en el último piso de aquel edificio de apartamentos de cinco plantas, que se encontraba a un corto paseo de la estación de metro de la Plaza Ferenciek. Recorrió el pasillo vacío contando los números de las puertas hasta llegar al apartamento de Corvin, el 510. Unos números de cobre deslustrado, clavados en una puerta de madera

contrachapada, le confirmaron que había llegado al lugar que estaba buscando.

Se detuvo al otro lado de la puerta y consultó su reloj.

Las cinco y cincuenta. Quedaba menos de una hora hasta el amanecer.

Con tan poco tiempo como tenía, no podía perder unos minutos preciosos forzando la cerradura. En lugar de hacerlo, abrió la puerta sin esfuerzo de una patada.

A diferencia de los vampiros del mito y las películas, ella no necesitaba ser invitada para entrar en el apartamento.

• • •

En la Unidad de Cuidados Intensivos del Hospital Karolyi reinaba un desagradable olor a antiséptico. Pierce daba gracias a que en su forma humana su olfato no estuviera ni de lejos tan aguzado como cuando era un lobo.

Taylor y él habían llegado al hospital disfrazados con los característicos uniformes azules de los policías húngaros para buscar al esquivo Michael Corvin. Pierce estaba impaciente por tener éxito allí donde Raze había fracasado: capturar al humano, complacer a Lucian y por consiguiente mejorar su posición y la de Taylor en el seno de la manada.

Por desgracia, parecía que Corvin se había marchado ya y su colega, un humano de aspecto cansino llamado Lockwood, no estaba siéndoles de gran ayuda.

—Lo siento —les dijo el larguirucho médico mientras se encogía de hombros—. Han debido de cruzarse con él al llegar.

Pierce le había explicado que su compañero «agente» y él no querían más que hacer a Corvin algunas preguntas más sobre el incidente del metro. El licano se había recogido la larga melena en una cola de caballo para pasar más fácilmente por policía.

—¿Sabe dónde podemos encontrarlo?

Lockwood levantó las manos.

—Tiene un turno partido. Tendrán que probar en su casa o esperar a que regrese.

Con el ceño fruncido, Pierce intercambió una mirada impaciente con Taylor. El otro licano seguía teniendo un feo corte en la mejilla, recuerdo de la batalla que habían librado en su guarida. Pierce recordaba haberle hecho aquella herida con sus propias y ensangrentadas garras y lamentaba que Lucian hubiera detenido la pelea antes de que alguno de los dos hubiera podido reclamar la victoria. *¡Sé que le hubiera vencido!*, pensó salvajemente. *¡Mis fauces eran fuertes, mis colmillos estaban manchados de rojo!*

Puede que Lockwood reparara en la avidez de sangre que brillaba en sus ojos o puede que sólo captara el nerviosismo tenso de los dos licanos; en cualquier caso, un tono de preocupación se insinuó en su voz:

—Michael no estará metido en un lío, ¿verdad?

•••

A pesar de lo temprano de la hora, Michael Corvin no se encontraba en casa. Para Selene no supuso ninguna sorpresa. Sabía que los estudiantes de medicina trabajaban muchas veces con horarios insólitos. *Más o menos como los vampiros*, pensó con ironía.

Aquella no era la única cosa que tenía en común con Corvin. Al igual que sus propios aposentos en Ordoghaz, el apartamento del humano transmitía una sensación de severo utilitarismo. El mobiliario era funcional, no decorativo, y las paredes desnudas y encaladas ofrecían muy pocas pistas sobre su personalidad y sus gustos. El neutro apartamento, carente de rasgos distintivos, casi hubiera podido pasar por una habitación de hotel.

¿Por qué pueden los licanos estar interesados en este humano? Selene se aprovechó de la ausencia de Corvin para registrar su apartamento con la esperanza de descubrir algún indicio sobre el misterio. Con precisión casi quirúrgica llevó a cabo un exhaustivo recorrido por sus escasos efectos personales. No tuvo que encender la luz; la visión vampírica era lo único que necesitaba para sondear los oscuros rincones del piso.

Un montón de correspondencia en una mesita lateral no contenía nada sospechoso, sólo facturas y publicidad. La estantería era igualmente inocua y en ella no encontró más que varios textos médicos, un diccionario Inglés-Húngaro y unas cuantas de novelas de bolsillo, en inglés, naturalmente. De misterio y terror, sobre todo. Nada digno de mención. Ni siquiera los típicos ejemplares de *Drácula* o *Un hombre Lobo en París*.

En el apartamento no había tampoco armas, drogas, pornografía ni ninguna otra cosa ilícita o peligrosa en alguna medida. Nada de balas de plata, estacas de madera, ajo... nada. Su pequeña nevera no contenía más que comida congelada; ni plasma ni carne humana. Michael Corvin parecía ser exactamente lo que aparentaba: un ser humano normal y corriente, aunque un poco lejos de casa.

Entonces, ¿por qué buscándolo estaban Raze y los demás licanos?

Estaba a punto de abandonar su búsqueda cuando topó por puro accidente con un sobre de manila arrugado guardado en el fondo de un cajón, que se le había pasado por alto en su anterior registro. Lo abrió cuidadosamente y descubrió en su interior un montón de fotografías en color.

Una cabalgata de rostros desconocidos le sonrió. Los amigos y familiares de Corvin, supuso. El propio joven de cabello castaño aparecía en muchas de las fotos, con su sonriente rostro capturado en multitud de contextos poco sospechosos: fiestas de cumpleaños, graduaciones, acampadas, días de playa, viajes de esquí y cosas por el estilo.

Las alegres imágenes, radiantes de calidez y diversión y camaradería, provocaron una peculiar melancolía en la resuelta vampiresa. Se le hizo un nudo en la garganta mientras examinaba las despreocupadas fotos, que de improviso se le antojaban un recuerdo de la humanidad que había perdido con el paso del tiempo. Se acordó del retrato amarillento que descansaba sobre su propia mesa y se preguntó por que guardaría Corvin aquellos recuerdos dorados donde no estaban a la vista de nadie.

¿Acaso no se da cuenta de lo afortunado que es?

Llegó a una conmovedora fotografía en la que Corvin posaba con una mujer desconocida, abrazados frente a una puesta de sol que quitaba el aliento, una de esas que Selene no había visto desde que aprendiera a temer al sol. El afecto y la complicidad que había entre la pareja resultaban innegables. Se profesaban un amor profundo, feliz, inevitable.

Selene sintió un anhelo casi físico. Sus ojos castaños se humedecieron. ¿Había conocido alguna vez un amor como aquél? Lo cierto era que no, tuvo que admitir. No era más que un jirón de niña, de rostro fresco y virginal, cuando Viktor la convirtiera, hacía siglos. Desde entonces, su existencia inmortal había sido consumida en tal medida por la guerra sagrada contra los licanos que había terminado por olvidar los sencillos y mundanos placeres de la amistad y la familia.

Y del amor.

La misma mujer, morena y radiante, aparecía en varias fotografías. ¿La novia de Corvin? ¿Su chica? ¿Su amante? ¿Su esposa? Selene sintió un súbito e irracional ataque de celos.

Ya basta, se dijo con firmeza. Estaba perdiendo el tiempo. Estaba claro que aquellas fotografías inocentes no contenían explicación alguna para el incomprensible interés de los licanos por Corvin.

Tras dejar caer las fotos al suelo como si fueran basura, regresó a la estantería abarrotada de Corvin para asegurarse de que no se le había pasado nada por alto en su anterior registro. Pasó un dedo enguantado sobre los lomos de los libros y una vez más no encontró más que un montón de libros de medicina. *¿Es posible que los licanos estén tratando de reclutar a un médico?*, especuló. Alguien tenía que sacarles las balas de plata de sus mugrientos cuerpos. *¿Pero por qué Corvin? ¿Y por qué ahora?*

Un estetoscopio colgaba de un clavo no muy lejos de la estantería. Pasó el dedo por la goma con aire meditabundo, mientras se preguntaba cuánto tiempo iba a esperar a que Corvin regresara a casa. El amanecer se acercaba y estaba lejos de la mansión...

El teléfono sonó y la sobresaltó.

Capítulo 9

Michael escuchó el teléfono mientras caminaba por el vestíbulo en dirección a su apartamento. Durante un momento consideró la posibilidad de correr para cogerlo pero era muy tarde y estaba demasiado cansado. Para eso estaban los contestadores automáticos.

Sin embargo, no pudo por menos que preguntarse quién lo estaría llamando a esas horas de la mañana. ¿Alguno de sus amigos de los Estados Unidos se habría olvidado de las seis horas de diferencia entre Long Island y Budapest? *Lo más probable es que se hayan equivocado de número.* O puede que Nicholas quisiera que hiciese un turno extra.

De eso nada, pensó. Entre el baño de sangre del metro y la locura que la cercanía de la luna llena provocaba en el servicio de Urgencias, él ya había cumplido por aquella noche. En este momento lo único que quería era disfrutar de un par de horas de sueño ininterrumpido.

Sus ojos soñolientos se abrieron de sorpresa, sin embargo, al ver que la puerta de su apartamento estaba entreabierta. *¿Qué demonios es esto?*, se preguntó mientras su contestador automático se ponía al fin en funcionamiento. Michael escuchó su propia voz, extrañamente distorsionada por el barato trasto, proveniente del interior del apartamento:

—Eh, aquí Michael. Ya sabes lo que tienes que hacer.

Transmitió el saludo en inglés y a continuación lo repitió en un húngaro algo vacilante mientras el Michael de verdad entraba cautelosamente en su apartamento. *No puedo creer lo que me está pasando, joder*, pensó, alarmado y exasperado a un tiempo. *¡Primero el tiroteo y ahora esto!* ¿Estaba interrumpiendo un robo o los ladrones habían huido ya de la escena del crimen? Michael esperaba fervientemente que fuera esto último. Todavía, si hubiera algo en el apartamento que mereciera la pena robar...

El contestador automático emitió un pitido agudo y Michael se quedó parado mientras la máquina grababa un mensaje frenético:

—Eh, Mike, soy Adam. —Michael detectó un grado insólito de ansiedad en la voz de su amigo—. Mira, la policía acaba de estar aquí buscándote y me ha dado la impresión de que creen que estás involucrado en el tiroteo. Les he dicho que eso era imposible...

¿La policía? Michael reaccionó sorprendido, un segundo antes de que una sombra emergiera con la fuerza de un estallido de la oscuridad, lo empujara contra la pared y lo inmovilizara allí. Entrevió una cara femenina oculta entre las sombras. Unos dedos poderosos, dotados de una asombrosa fuerza, lo sujetaban por la

garganta. Una voz fría y dura exigió respuestas:

—¿Quién eres? ¿Por qué te buscan?

Michael estaba demasiado asustado y sorprendido para responder. Bajó la mirada y descubrió con asombro que sus pies estaban separados no menos de quince centímetros del suelo. *¿Cómo es posible?*, se preguntó, boquiabierto. *¿Quién coño es éste? ¿Darth Vader?*

Su atacante se inclinó hacia delante. La luz del pasillo reveló su rostro y descubrió con asombro que era el de la preciosa mujer morena que había visto en la estación del metro. El reconocimiento inundó su rostro.

—Tú...

Antes de que pudiera siquiera empezar a procesar lo que estaba ocurriendo, el apartamento entero se estremeció. Tres objetos pesados cayeron sobre el tejado y provocaron una lluvia de yeso sobre sus cabezas. *¿Uh?*, pensó, incapaz de seguirle el paso a la sucesión de acontecimientos inesperados. *¿Qué coño acaba de caer al tejado?*

Siseando como una gata, la misteriosa mujer soltó a Michael y sacó una pistola de aspecto letal de entre los pliegues de una gabardina de cuero negro. Sin perder un instante, vació el cargador entero sobre el techo. El estruendo explosivo del fuego automático resonó en los oídos de Michael.

El asalto de gran calibre dirigido contra el tejado provocó un coro de feroces rugidos proferidos por quienquiera —o lo que quiera— que se encontrara allí. Michael temblaba como una hoja, sin saber qué era lo que más lo asustado, si el ensordecedor tiroteo o los horrendos aullidos.

—¡Al suelo! —le gritó la mujer.

¡Y una mierda!, pensó Michael y se abalanzó contra la puerta.

• • •

A diferencia de Michael, Selene sabía exactamente qué era lo que había en el tejado. Sus oídos veteranos reconocieron el trote monstruoso de tres licántropos transformados. *Deben de estar desesperados por coger a Corvin*, comprendió, *si están tan dispuestos a mostrar sus formas bestiales.*

Sacó el cargador vacío de la Beretta y volvió a cargar apresuradamente antes de volverse hacia el perplejo humano, que hasta el momento no había dado señales de saber lo que estaba ocurriendo. Para su consternación, descubrió que estaba sola en el apartamento.

Michael Corvin se había ido.

¡Maldición!, pensó llena de frustración. Salió corriendo al pasillo justo a tiempo de ver cómo se cerraban las puertas del ascensor delante de Corvin.

¡Estaba escapando!

Hubo un estallido de madera y cristal a su derecha mientras, uno tras otro, tres enfurecidos hombres-lobo irrumpían por la ventana de la escalera de incendios del otro extremo del pasillo. Con los colmillos al aire y un fulgor en los ojos de color cobalto, echaron a correr hacia ella por el mal iluminado pasillo. Brotaba saliva espumosa de sus fauces abiertas.

Selene buscó apresuradamente una salida. Por desgracia, el otro extremo del pasillo terminaba en la puerta cerrada de un apartamento. Y lo que era peor, las únicas escaleras se encontraban al extremo opuesto, *detrás* de los hombres-lobo.

Estaba atrapada... ¿o no? Tras pensar un instante, abrió fuego sobre las enfurecidas bestias al mismo tiempo que sacaba la segunda Beretta del cinturón. La descarga de balas de platas apenas frenó el asalto de los voraces hombres-lobo. Ahora estaban en un estado de furia asesina y nada que no fuera la muerte iba a detenerlos. Era imposible que abatiera a los tres lobos antes de que uno de ellos la hiciera pedazos.

Era hora de buscar una salida rápida. Giró sobre sus talones y disparó al suelo con la segunda arma dibujando un patrón circular alrededor de sus botas. Las astillas volaban en todas direcciones alrededor de sus tobillos y un agujero irregular se abrió debajo de ella.

La gravedad hizo su trabajo y cayó por el agujero sobre el pasillo del siguiente piso. Aterrizó con fuerza en medio de una polvorienta avalancha de madera destrozada y moqueta. Lanzó una mirada rápida hacia el ascensor, pero éste acababa de pasar por aquel piso en dirección al vestíbulo. *Estupendo*, pensó con sarcasmo. Corvin seguía huyendo de ella.

Giró sobre sus talones y corrió hacia la escalera, su única vía de escape. Se encontraba al otro extremo del pasillo, a unos treinta pasos de distancia. Si se daba prisa, puede que aún lograra eludir a los hombres-lobo y llegar al primer piso antes que Corvin.

Un rugido ensordecedor sonó sobre su cabeza y una zarpa aterradora asomó por el agujero del techo. Selene se agachó justo a tiempo y gracias a eso logró librarse por los pelos de ser decapitada. Disparó de nuevo a los licántropos y llenó el techo de plata al rojo vivo mientras corría hacia las escaleras.

El estrecho pasillo se convirtió en una prueba infernal: más brazos de licántropo atravesaron el techo tratando de atraparla antes de que alcanzara la seguridad de las escaleras. Volaban chispas de las lámparas reventadas y unas zarpas afiladas como cuchillos cortaban el aire a su alrededor. El clamor de los aullidos de los hombres-lobo despertó a todos los vecinos del edificio. Selene oyó a la gente que se desesperaba torpemente y profería exclamaciones de terror al otro lado de las finas puertas de madera contrachapada.

Una zarpa lupina la sujetó por el alargado cabello castaño y las garras de hueso le

rozaron el cuero cabelludo. Selene dio un fuerte tirón y logró escapar de la asesina presa de la criatura. *Por poco*, se dijo. Ojalá hubiera tenido un escuadrón entero de Ejecutores para respaldarla. Las probabilidades en su contra eran de tres contra uno... o peores.

Puede que venir a buscar a Corvin no hubiera sido una idea tan buena.

• • •

Dentro del ascensor, Michael se encogió al escuchar los estruendosos gruñidos y el ruido de los disparos que penetraban en la dudosa seguridad del compartimiento de metal mientras iba descendiendo hacia el vestíbulo. Sus ojos castaños siguieron con ansiedad su descenso hacia el primer piso con la absurda esperanza de que el ascensor acelerara. Su mente aterrorizada trataba febrilmente de encontrarle algún sentido a todo aquello. ¿Quién era la mujer y qué eran esos animales que había oído en el tejado? *Es como si un safari entero se hubiera presentado allí*, pensó, con la sensación de que estaba atrapado en una pesadilla especialmente incoherente. Un tiroteo en una estación de metro era una cosa, un episodio de guerra urbana de principios del siglo XXI. Algo horrible pero no insólito. Pero, ¿una super-modelo vaciando un cargador contra el techo infestado de animales rabiosos de su propio apartamento, y a las seis de la mañana? ¿De dónde coño había salido todo eso... y qué tenía que ver con él?

Con una sacudida, el ascensor se detuvo en el primer piso y Michael dejó escapar un suspiro de alivio.

—Vamos, vamos —musitó mientras esperaba lo que parecía una eternidad a que la puerta se abriera y lo dejara salir. Sus zapatillas golpetearon el suelo con impaciencia hasta que las puertas se abrieron... frente a un desconocido que esperaba en el vestíbulo.

—Hola, Michael —dijo el hombre, en un inglés con marcado acento británico. Enjuto, con barba, de unos treinta y cinco años, con unos ojos grises dotados de gran inteligencia y una mata de pelo negro crecida hasta los hombros, el extraño esperaba con calma frente a la puerta del ascensor, con las manos unidas a la espalda. Al igual que la amazona armada que había invadido el apartamento de Michael, el desconocido llevaba una larga gabardina de color marrón sobre un atuendo igualmente oscuro que incluía un par de guantes. Un brillante amuleto de metal colgaba de su cuello. Le sonrió a Michael mostrando unos dientes que parecían demasiado blancos y afilados.

Por lo que creía, no lo había visto nunca, ni siquiera en el tiroteo de la estación del metro.

Antes de que ninguno de ellos pudiera decir otra palabra, unos disparos sonaron de repente en el vestíbulo. Varias balas acertaron al desconocido y su cuerpo se puso

tenso. Otro disparo le rozó la sien y abrió una sanguinolenta herida en un lado de la cabeza.

Sorprendido por el impacto, el hombre se arrojó al interior del ascensor y derribó a Michael al hacerlo. Cayeron al suelo con fuerza y la sacudida dejó a Michael sin aliento. Se encontró tendido de cara al techo, enredado con el desconocido. Mientras las manos de éste se movían instintivamente hacia su cabeza, empezaron a caer regueros de sangre por su rostro. Había una mueca de dolor en su semblante, pero parecía más molesto que asustado.

¿Quién coño es este tío?, pensó Michael. Curiosamente, sentía más miedo que preocupación por la víctima del disparo. *¿Y quién nos está disparando?*

Al levantar la mirada por encima de la cabeza del hombre herido, Michael vio que la mujer del apartamento aparecía de repente en la puerta del ascensor. Guardó las humeantes pistolas en su cinturón mientras se agachaba y cogió a Michael por la pierna. Una vez más, la pasmosa fuerza de la chica lo cogió desprevenido.

Tirando de su pierna, lo arrastró sin el menor esfuerzo por el suelo del ascensor hacia el vestíbulo. Sin embargo, antes de que pudiera sacarlo del todo, el otro hombre se abalanzó sobre él como un demonio cubierto de sangre y le clavó los dientes en el hombro.

¡Mierda! ¡Me ha mordido!

Lanzó un aullido de asombro y dolor mientras sentía que unos incisivos afilados como navajas se hundían profundamente en su carne. Pero la fuerza de la misteriosa mujer era demasiado grande; en un abrir y cerrar de ojos se lo arrancó a los afilados colmillos y lo llevó consigo al vestíbulo de su apartamento, donde lo levantó de un rápido tirón.

La herida de su hombro estaba sangrando pero la mujer ataviada de cuero parecía tener demasiada prisa como para percatarse de ello. Lo cogió por la muñeca y salió corriendo hacia la puerta que daba a la mugrienta callejuela. Michael no trató siquiera de resistirse; tal como estaban las cosas, lo único que quería era escapar del psicópata del ascensor.

La chica abrió la puerta de una patada y huyeron a la carrera del edificio. Había vuelto a empezar a llover y el agua empapaba la capota de un brillante Jaguar plateado aparcado en la acera.

Bonitas ruedas, pensó de manera absurda mientras ella abría la puerta del copiloto y lo obligaba a entrar de un empujón.

• • •

Lucian tenía la boca llena con la sangre del humano. Tirado todavía sobre el suelo del ascensor, el licano herido resistió el impulso de tragarse el caliente y sabroso fluido. En lugar de hacerlo, buscó a tientas en su bolsillo hasta dar con el frasco de cristal

que milagrosamente había logrado sobrevivir al ataque de la vampiresa. Tras quitarle el tapón, escupió toda la sangre en el estéril receptáculo de cristal.

Misión cumplida, pensó con frialdad.

Sin embargo, no podía permitir que Michael Corvin cayera en manos de los vampiros, no si el norteamericano era el que estaban buscando. Aunque los chupasangres no estuvieran al corriente la importancia potencial de Corvin, Lucian había esperado demasiado tiempo como para dejar que un posible candidato se le escapara de las manos.

Sin embargo, antes que nada tenía que hacer algo con la apestosa plata.

Las balas de la vampiresa alojadas en su carne quemaban con una intensidad de mil demonios. A menos que se librara rápidamente de ellas, su veneno se extendería por todo su organismo y lo mataría con la misma seguridad que si la vampiresa le hubiera arrancado la cabeza. La cáustica presencia de la plata ardía como ácido por debajo de su piel.

Se puso trabajosamente en pie ignorando la palpitante agonía y se arrancó la camisa. Un rastro de heridas de bala aún abiertas recorría su pecho, las suficientes para haber matado a cualquier hombre o a un licántropo normal. Lucian contó al menos media docena de agujeros de bala. *Esto no va a ser fácil*, comprendió.

Aspiró profundamente y miró el techo. Una expresión de intensa concentración se dibujó en sus ensangrentadas facciones mientras cerraba los ojos y enfocaba su consciencia en expeler el veneno de su cuerpo. Los músculos se tensaron debajo de su piel mientras los tendones del cuello se estiraban como cables de acero. La sangre palpitaba en sus sienes. Sus fauces estaban tan apretadas como sus puños.

Al principio, no ocurrió nada. Entonces, una por una, las heridas abiertas se fueron contrayendo y expulsaron las retorcidas y deformadas balas en algo que parecía una grotesca mofa de un parto. Una bala planchada de roja sangre rebotó con un ruido metálico contra el suelo del ascensor, seguida por una cadena de sonidos idénticos.

El rostro ceniciento de Lucian seguía siendo una máscara de absoluta concentración. Había tardado siglos en llegar a dominar aquel truco e incluso ahora requería de toda su energía y disciplina mental. Fue como si pasaran unas horas agónicas, pero en realidad sólo tardó varios minutos en extraer hasta la última traza de plata de su cuerpo inmortal.

Dejó escapar un jadeo exhausto y sus hombros se hundieron al liberar la tensión mientras el último proyectil de plata caía al suelo con un tintineo.

Y ahora, pensó mientras lamía la sangre de Michael que había quedado entre sus dientes, *ha llegado el momento de reunirse con el señor Corvin... y esa zorra de gatillo fácil.*

• • •

—¿Qué coño está pasando aquí? —exigió Michael, sentado en el asiento del copiloto del Jaguar plateado. No sabía si lo estaban secuestrando, rescatando o ambas cosas a la vez.

La misteriosa mujer ignoró sus frenéticas preguntas. Apretó a fondo el acelerador y el Jaguar salió del callejón haciendo chirriar el pavimento. La brusca aceleración empujó a Michael contra su asiento y lo acalló de momento.

Volvió la cabeza hacia la ventanilla trasera, miró el edificio de apartamentos, su hogar desde que llegara a Budapest, y vio con asombro y terror que el lunático salía caminando por la puerta, con la frente y el pecho desnudo cubiertos de sangre. *¿Qué coño...?*, pensó Michael, pasmado. Sentía un dolor de mil demonios en el sitio en el que el sanguinario británico le había mordido. *Creía que lo había matado a tiros.*

Lo cierto era que el extraño no tenía el aspecto de un hombre que acabara de recibir varios disparos. Al ver el Jaguar, salió corriendo tras él a velocidad imposible. *¡Esto no puede estar pasando!*, pensó Michael embargado por una estupefacta incredulidad. El loco empapado de sangre estaba *ganándole terreno* a un coche deportivo, como si fuera el Hombre de los Seis-Zillones-de-Dólares o algo por el estilo. Michael se quedó boquiabierto al ver que el desconocido caníbal golpeaba al vehículo como un animal salvaje y daba un salto como si estuviera propulsado por cohetes.

¡Ka-runch! Su perseguidor chocó con el maletero del Jaguar, haciendo que tanto Michael como la mujer misteriosa saltaran en sus asientos. Michael creyó que se le iban a salir los ojos de las órbitas al ver que el infatigable desconocido trepaba al techo del coche a pesar de que estaba lloviendo a cántaros y corrían a más de cien kilómetros por hora.

La cosa estaba empeorando por segundos. *¿Quiénes son todos estos tíos?*, se preguntó Michael con desesperación. *¿Y qué quieren de mí?*

• • •

El metal empapado de lluvia era frío y resbaladizo pero los poderosos dedos de Lucian se aferraron igualmente a él y se hundieron en el aluminio laminado utilizando unas uñas semejantes a agujas que eran varios centímetros más largas de lo que habían sido apenas un segundo atrás. Haría falta algo más que mal tiempo para arrebatarse su presa después de los siglos que había pasado planeando su venganza contra los vampiros. Puede que Michael Corvin fuera la clave para la victoria definitiva de Lucian y no estaba dispuesto a permitir que una zorra escurridiza se escapara con el desgraciado norteamericano.

El viento gélido le arrojaba lluvia a la cara y mientras Lucian trepaba al techo del vehículo se llevó la mayor parte de la sangre que había perdido por la herida de la

cabeza. Su largo cabello negro aleteaba de un lado a otro en el vendaval. Su mano izquierda se clavó con fuerza en la moldura de cromo del costado izquierdo del vehículo mientras echaba atrás el puño derecho y se preparaba para golpear con todas sus fuerzas.

¡Sha-shank! Una hoja de acero al carbono, de color negro, doble filo y treinta centímetros de longitud, salió de su manga impulsada por un resorte. *¿Quién necesita transformarse,* pensó con sarcasmo, *cuando tiene de su lado la tecnología moderna?*

• • •

Michael miró el techo del Jaguar embargado por el miedo y la confusión. Ya no veía al sanguinario y aparentemente indestructible desconocido pero sabía que estaba allí, a escasos centímetros de sus cabezas. De repente recordó los pesados golpes que había oído en el techo del edificio, antes de que saliera corriendo como alma que lleva el diablo de su apartamento. ¿Había ocurrido hacía sólo cinco o diez minutos? Costaba creerlo.

Todo estaba ocurriendo demasiado deprisa. Michael contuvo el aliento. No sabía lo que iba a ocurrir ahora y le daba miedo pensarlo. ¿Qué podía hacerles el desconocido desde el techo del vehículo? *Algo malo,* supuso. No estaba demasiado impaciente por averiguarlo. *Algo muy, muy malo.*

Como si quisiera colmar sus más sombrías expectativas, un afilado cuchillo de color negro atravesó el techo de metal del Jaguar. La hoja de doble filo se hundió repetidas veces en el techo sobre el asiento del conductor, tratando de alcanzar a la mujer desconocida que había al volante.

—¡Cuidado! —gritó Michael, pero fue demasiado tarde. La hoja encontró lo que estaba buscando y se clavó en el hombro de la chica. Ésta lanzó un grito de sorpresa y dolor y a continuación pisó el freno. Las ruedas chillaron como almas en pena mientras el Jag se detenía abruptamente. Michael dio gracias a Dios por los cinturones de seguridad, que eran lo único que había impedido que salieran despedidos contra el parabrisas azotado por la lluvia.

Su atacante no tuvo tanta suerte. El brusco frenazo lo catapultó desde el techo del coche... Mientras Michael observaba sin dar crédito a sus ojos, chocó contra el suelo y rodó hasta detenerse a varios metros de distancia. Estaba tirado de bruces sobre los empapados adoquines. Michael temía que estuviera gravemente herido... hasta que vio que levantaba la cabeza y empezaba a incorporarse.

¿Qué hacía falta para detener a ese tío?

Sangrando copiosamente por el hombro herido, la mujer pisó a fondo el acelerador. El Jaguar salió despedido directamente hacia el desconocido, quien estaba poniéndose ya en pie. Los neumáticos chirriaron sobre el pavimento húmedo.

—¡No! —gritó Michael instintivamente.

El Jaguar golpeó al desconocido con un sonido nauseabundo y lo puso en órbita.

• • •

El coche chocó contra Lucian de frente y su parte delantera golpeó todo su cuerpo de los hombros para abajo. La fuerza del impacto le destrozó las costillas y lo dejó sin aliento. Contra su voluntad, sus pies abandonaron el asfalto y salió despedido y dando vueltas hacia el cielo iluminado por la luna.

Un humano ordinario hubiera quedado inconsciente por el impacto, si no muerto, pero Lucian, un licántropo de sangre pura, no era humano ni lo había sido nunca. Aunque fundamentalmente era más canino que felino, giró en el aire como una pantera y cayó a cuatro patas muchos metros por detrás del deportivo de la vampiresa. Sus ojos oscuros despidieron un fulgor de rabia a duras penas controlada mientras observaban cómo se alejaban las luces traseras del Jaguar y se perdían finalmente en la noche.

Ésa tenía que ser Selene, supuso, recordando la formidable reputación de cierta Ejecutora. El topo que tenían en el aquelarre de los vampiros les había hablado a menudo de Selene y del intenso odio que profesaba a todo lo relacionado con los licanos. Lucian siempre había sospechado que sus caminos se cruzarían algún día pero aquel no era exactamente el desenlace que había previsto. Husmeó el aire y olió la fría sangre de la vampiresa en su hoja.

El cuchillo negro regresó al interior de su manga con un chasquido metálico. Sus puños enguantados se cerraron y apretaron, llenos de frustración. Las costillas fracturadas empezaron a curarse dolorosamente. La primera sangre había sido de Lucian y sin embargo, de alguna manera, ella había conseguido escapar con el premio.

No *por mucho tiempo*, se juró. Michael Corvin era demasiado importante para sus planes. Lucian se llevó la mano al bolsillo y descubrió con alivio que el preciado frasco de sangre había sobrevivido a su encuentro con el capó del Jaguar. *Una victoria parcial, pues*, decidió.

Tenía la sangre del humano. Eso bastaría.

Por el momento.

Capítulo 10

El Jaguar salió a toda velocidad del callejón y tomó la curva a más de ochenta kilómetros por hora. El espeluznante giro empujó a Michael contra el asiento. El hombro derecho, donde había recibido el mordisco del desconocido, le ardía de dolor.

A pesar de ello, Michael estaba más preocupado por el hombro de la mujer misteriosa. Su herida estaba sangrando copiosamente, mucho más que la suya. Sus años de instrucción médica se hicieron cargo de la situación y trató frenéticamente de aplicar presión ala herida del cuchillo del desconocido. Para su sorpresa, la sangre de la mujer parecía extrañamente fría en la palma de su mano.

—¡Para el coche! —le gritó. Ya era suficientemente difícil tratar de curar una herida como aquella con las manos desnudas, así que de hacerlo en un coche lanzado a toda velocidad, mejor ni hablar. Había ido en ambulancias que corrían en casos de emergencia a menos velocidad que el Jaguar—. ¡Para el coche!

La mujer se quitó de encima su mano de un manotazo enfurecido y a continuación sacó la pistola y le apuntó con ella.

—¡Aparta! —le ordenó.

Michael cogió la indirecta e hizo lo que se le pedía. Se reclinó en su asiento, con la mirada inquieta clavada en el cañón del arma. A juzgar por lo que había visto hasta el momento, no creía que se tratara de un farol.

—Está bien, está bien —le aseguró mientras levantaba las manos en un gesto conciliatorio. Lanzó una mirada momentánea por la ventanilla trasera pero no había ni rastro del loco con el cuchillo. No es que Michael esperara verlo. El Jaguar había dejado ya la escena del ataque a dos manzanas de distancia. Resultaba difícil creer que el desconocido pudiera seguir tras ellos tras haber sido atropellado de aquella manera, pero a estas alturas ya no sabía qué creer.

El Jaguar corría en dirección oeste, hacia el Danubio, pasando por las calles de adoquines y las intersecciones como si hubiera un tiranosaurio pisándoles los talones. La lluvia que estaba cayendo en el exterior reflejaba las luces de las farolas y señales de tráfico, envolviéndolas en un aura borrosa roja, verde o amarilla que volvía aún más irreal y onírica la demencial escena que estaba viviendo. El parabrisas estaba cubierto por una película de agua que dificultaba la visión pero a pesar de ello Michael divisó el imponente esqueleto de acero del puente Erzsebet, llamado así por una emperatriz del siglo XIX que fue asesinada por un anarquista.

Su mirada atribulada se vio atraída hacia la conductora herida del Jaguar. El rostro de la mujer estaba, si tal cosa era posible, más blanco que de costumbre. Tenía una mano en el volante mientras con la otra sostenía la pistola con la que apuntaba a Michael a la cara.

—Mira —dijo éste tratando de razonar con ella—. Has perdido mucha sangre. — Al recordar la frialdad de su sangre supuso que habría sufrido ya un shock—. Si no paras, vas a conseguir que nos matemos los dos.

—¿Quieres apostar algo? —dijo ella con tono desafiante mientras esbozaba una leve sonrisa a pesar del dolor. Pisó a fondo el acelerador y Michael se vio empujado una vez más contra el asiento. A cierta distancia, las colosales agujas blancas del Puente de Erzsebet se cernían sobre ellos, más altas a cada minuto que pasaba.

Michael había tratado en el pasado con pacientes reacios a cooperar, pero nunca uno tan tozudo como ella.

—¡No lo digo en broma! —gritó por encima del rugido del poderoso motor del Jaguar.

—¡Ni yo! —repuso ella. Su mirada estaba clavada a la carretera. ¿Era sólo su imaginación, o sus párpados estaban empezando a cerrarse alarmantemente?—. ¡Ahora cierra la boca y estate quieto! Estoy perfectamente.

Michael no se lo tragó. Horrorizado, se sujetó al salpicadero mientras la mujer corría por la Avenida Szabadsajto como una maníaca. *¿Quién se cree que nos está persiguiendo?*, se preguntó. *¿Todo el ejército húngaro?*

Una vez más, volvió a recordar las pesadas formas que habían caído sobre el techo del apartamento, seguidas por los rugidos de unas bestias inhumanas...

La entrada al puente se encontraba justo delante de ellos. Al principio, Michael creyó que iban a cruzarlo, pero en el último momento, la chica dio un brusco volantazo, tomó la Avenida Belgrado y siguió hacia el norte paralelamente al Danubio. Las boutiques y las tiendas dejaron paso a los embarcadores y los almacenes mientras el Jaguar pasaba como un trueno por la adormecida orilla. Las enormes grúas de acero, silenciosas e inactivas, se erguían como mantis religiosas sobre los muelles ruinosos, mientras los oxidados cargueros, portadores de mercancías llegadas de las cuatro esquinas de Europa y más allá, se mecían anclados junto a la orilla, esperando a que el amanecer trajera una horda de marineros y estibadores recién levantados. Vallas metálicas protegían palés de madera en los que se apilaban hasta gran altura cajas, cajones y bolsas de diversos tamaños.

¿Dónde demonios me lleva?, se preguntó Michael mientras miraba ansiosamente por las ventanas. *¿Tenemos alguna posibilidad de llegar con vida?*

La oscuridad envolvía los muelles en una sábana negra, pero hacia el este un tenue rastro rosado coloreaba el cielo, visible sólo en las ranuras verticales que separaban los modestos rascacielos del centro de Pest. No faltaba mucho para el amanecer.

Gracias a Dios, pensó Michael. No podía esperar a que llegara el fin de aquella noche aterradora, de una forma o de otra. Se volvió lentamente hacia la mujer y descubrió con horror que su cabeza empezaba a balancearse de un lado a otro como si

se estuviera quedando dormida. Sus ojos parpadeaban. Parecía que le costaba mantenerlos abiertos. El arma de su mano se estremecía como si fuera una enferma de Parkinson.

¡Lo sabía!, comprendió Michael, consternado. No le hacía nada feliz descubrir que estaba en lo cierto. Frente a sus ojos embargados por el pánico, la mujer herida se desplomó sobre el volante. Su cabeza cayó hacia delante y la pistola resbaló entre sus dedos y cayó sobre la consola de cuero negro que la separaba de Michael.

Sin control, el Jaguar se desvió bruscamente. Michael trató de sujetar el volante pero el coche iba demasiado deprisa y el cuerpo flácido de la mujer estaba en medio. Los neumáticos chirriaron sobre el resbaladizo asfalto mientras el Jaguar viraba a la izquierda, atravesaba dos carriles y se dirigía peligrosamente hacia los muelles.

Paralizado por el miedo, Michael no podía apartar la mirada del parabrisas. Impotente y con el corazón latiendo como un tambor. Vio cómo atravesaba el Jaguar una valla de protección en medio de una lluvia de chispas anaranjadas. Entró dando tumbos en un dique rocoso, sin que sus amortiguadores computerizados de última tecnología hicieran gran cosa por mitigar las sacudidas que zarandeaban a su pasajero de un lado a otro. Su hombro herido de Michael chilló de agonía, al unísono con el alarido agudo que se abrió camino desde sus pulmones.

La parte delantera del Jaguar chocó contra un bloque de cemento y el coche dio una vuelta de campana y salió despedido en dirección al río. Michael se sentía como si estuviera dentro de una licuadora encendida. *Ya está*, comprendió en un arranque de aterradora claridad. *Voy a morir*.

Y ni siquiera sabía por qué.

Entonces el Jaguar echó a volar y por un instante un silencio espeluznante reemplazó los chirridos y crujidos ensordecedores. Michael escuchó los latidos acelerados de su propio corazón y los jadeos entrecortados que escapaban de sus labios. Curiosamente, no escuchó ningún ruido procedente de la mujer inconsciente. Ni siquiera sabía si seguía respirando.

Por el parabrisas delantero vio cómo se les echaba encima como un maremoto la superficie iluminada por la luna del Danubio. El morro del Jaguar chocó contra el río con un estrépito tremendo. El cinturón de seguridad de Michael cedió al fin y su cabeza chocó el parabrisas como un obús y partió el cristal en mil pedazos.

Trató de mantenerse consciente a pesar de que estaba viendo las estrellas y oía un zumbido agudo en el interior de su cráneo. Si perdía ahora el conocimiento jamás despertaría. El Jaguar estaba hundiéndose ya bajo la superficie del río. Michael se dio cuenta de que sólo le separaban unos minutos de una muerte por asfixia.

Una turbulenta oscuridad se los tragó mientras el coche se hundía hacia el fondo del Danubio levantando con las ruedas, que todavía no habían dejado de girar, una oleada de burbujas y residuos. Al otro lado de la telaraña de grietas que cubría el

parabrisas, no se veían más que sombras de color verde.

Trató desesperadamente de abrir la puerta del copiloto pero descubrió que su misteriosa secuestradora la había cerrado con seguro electrónico, presumiblemente para impedir que él saltara del coche en cuanto bajara de ochenta kilómetros por hora. Lanzó una mirada de consternación hacia la mujer inconsciente y entonces reparó en la pistola, que seguía tirada sobre la consola central. Se le ocurrió una idea absurda: recogió la pistola y disparó al parabrisas.

El agudo eco de la detonación resonó dolorosamente en el interior de los estrechos confines del sumergido Jaguar. El cristal se partió y el agua helada entró en tromba. El chorro le golpeó en plena cara y le empapó todo el cuerpo. Inhaló profundamente para llenar sus pulmones con el máximo oxígeno posible y de este modo tratar de alcanzar la superficie. Puede que aún tuviera la oportunidad de escapar con vida de todo aquello.

Mientras el compartimiento se inundaba, volvió la mirada hacia el cuerpo inconsciente de la mujer. A pesar de que el agua helada estaba empezando a engullirla, seguía sin hacer nada por ponerse a salvo. Michael titubeó, desgarrado entre el sentido de auto-preservación y un impulso sorprendentemente intenso que le pedía que rescatara a aquella mujer en peligro. Lo había raptado y amenazado pero, a pesar de todo, Michael sintió horror ante la posibilidad de que muriera sin haber llegado a saber cómo se llamaba.

Qué coño... Soltó el arma dejando que se hundiera hasta el suelo del coche y cogió a la mujer entre sus brazos. Su casi olvidado entrenamiento de socorrista, que no había utilizado desde el verano en que trabajara en Coney Island, regresó a su mente en un instante mientras atravesaba con la mujer en brazos el parabrisas y se adentraba en las turbias profundidades del río.

Batió las piernas con todas sus fuerzas en dirección a la superficie, tratando de ignorar que el frío de las aguas se le colaba hasta los huesos. Octubre no era el mejor mes para nadar en el Danubio. La inconsciente mujer era un peso muerto entre sus brazos, tan lacia e inútil como un saco de patatas. La sujetaba con fuerza por debajo de las axilas, con las manos unidas delante de su pecho. Su liso cabello castaño le acariciaba la cara y las oscuras trenzas se mecían en la corriente como algas marinas.

La luz de la luna que se adentraba en las acuosas tinieblas llamaba a Michael como una baliza, indicándole en qué dirección estaba la superficie. La gravedad tiraba de sus tobillos mientras él ascendía hacia la resplandeciente y plateada luz con agonizante lentitud. Le ardían los pulmones, necesitados de aire, y tuvo que morder con fuerza para no inhalar el propio río. Era consciente de que hubiera podido nadar más deprisa con los brazos libres pero a pesar de ello se negó a soltar su preciosa carga.

Su escaso suministro de oxígeno estaba a punto de agotarse cuando finalmente su

cabeza y sus hombros emergieron a la superficie del río. Tosiendo y escupiendo, inhaló el aire fresco a bocanadas mientras las olas lo mecían de un lado a otro. A escasos centímetros de su cara, la cabeza de la mujer flotaba de un lado a otro y tuvo que esforzarse para mantener su boca y su nariz encima del agua. Sus hermosos rasgos estaban tan fríos y blancos como el hueso pulido. La sangre ennegrecía las pequeñas olas que lamían su hombro herido.

¿Quién eres?, se preguntó mientras cambiaba de posición para poder rodear con el brazo el esbelto talle de la mujer y utilizaba el otro para nadar. *¿Y por qué es tan importante para mí el saberlo?*

Luchando contra la corriente, que lo estaba alejando rápidamente de la tumba del Jaguar, Michael nadó de costado hacia la orilla. La noche seguía envolviendo en sombras los muelles, a pesar de la rosada promesa del amanecer. Gritó con voz débil pidiendo ayuda pero el agotamiento le robó todas las fuerzas y después de tragar agua negra varias veces abandonó el intento y dedicó todas sus energías a alcanzar la orilla oriental del río.

Sus patéticos gritos ni siquiera despertaron a la mujer que tenía en brazos. Tenía miedo de que sufriera una hipotermia y ni siquiera sabía con certeza seguía con vida. *Voy a sentirme como un auténtico idiota, pensó, si me ahogo tratando de rescatar a una muerta.*

Tardó lo que parecía una eternidad en ganar la orilla. Cuando salió arrastrándose de la limosa orilla, por debajo de un embarcadero de madera medio podrido, no sentía el cuerpo del cuello para abajo. Las desgastadas rocas que sobresalían de la orilla del agua estaban cubierto de fango y moho, lo que hizo que le fuera muy difícil avanzar llevando a rastras a su inconsciente compañera hasta aquel espacio claustrofóbico y húmedo. La resbaladiza y verde cara inferior del muelle se encontraba a escasos centímetros de su empapada cabeza, así que apenas tenían espacio para maniobrar. La basura que arrastraba la corriente llenaba la pequeña y repugnante cala formada por las aguas del río. Michael sintió una especie de camaradería extraña con las botellas rotas, las latas de cerveza vacías, las cajetillas de tabaco arrugadas, los trapos grasientos y los demás desperdicios arrojados sin el menor cuidado al río. Al igual que ellos, no tenía la menor idea de por qué había terminado allí, empapado y hecho un guiñapo, bajo los muelles.

Al menos sigo vivo, pensó. Algo es algo.

Con la respiración todavía entrecortada, se concedió un momento para recobrase del agotador salvamento. Quería apoyar la cabeza en el suelo y dormir durante uno o dos años pero no podía abandonarse del todo hasta que se hubiera ocupado de la mujer. Por lo que él sabía, era posible que necesitase atención médica inmediata.

Echó agua por la boca mientras la ponía de costado sobre las resbaladizas rocas. Al hacerlo entrevió por un instante unos dientes de color blanco perla y unos

incisivos curiosamente afilados. Tenía los ojos cerrados y los preciosos orbes castaños que recordaba haber visto en la estación de metro no estaban ahora a la vista. Le levantó con suavidad para comprobar el estado de las pupilas, que estaban muy dilatadas. Sintió un débil pulso en su garganta. Michael supuso que estaría sufriendo un colapso, hipotermia, pérdida de sangre o todo lo anterior a la vez, por no mencionar que había estado a punto de ahogarse. De hecho, parecía un milagro que hubiera sobrevivido.

Su herida, advirtió entonces, había dejado al fin de sangrar. *Gracias al cielo por estos pequeños favores*, pensó.

No tenía tiempo que perder. Con los dientes castañeteando, la colocó de cara al cielo y a continuación juntó las manos y le apretó con fuerza el abdomen: una, dos, tres veces. *¡Vamos!*, la conminó en silencio. El agua que caía de su cabello y su barba resbalaba sobre el cuerpo ataviado de cuero de su paciente. Sus ojos escudriñaban el rostro de ella en busca de alguna señal que indicara que estaba respondiendo a sus cuidados. *Respira para mí. ¡Respira!*

Se negaba a abandonarla. *¡No puedes hacerme esto!*, pensó. Recordó el brillo desafiante de sus ojos cuando había apoyado el arma en su cara, recordó la fría sonrisa de su rostro de porcelana mientras conducía a toda prisa y sin miedo por las calles de la ciudad para arrebatárselo al loco del vestíbulo... y a lo que quiera que hubiera en el techo del edificio. Por vez primera, se dio cuenta de que era muy posible que le hubiera salvado la vida, aunque no terminaba de comprender el porqué. *¡No puedes morir!*, protestó con vehemencia mientras observaba sus facciones hermosas y privadas de vida. Aun inconsciente y manchada de barro como estaba, era la mujer más hermosa que había visto en toda su vida. *¡Ni siquiera sé quién eres!*

De repente ella se estremeció y vomitó agua helada por la nariz y los oídos, y Michael sintió que su corazón daba un brinco de alivio. La chica tosió y escupió y apartó la cabeza unos centímetros del fango. Sus ojos parpadearon y se abrieron lo justo para ver a Michael, arrodillado junto a ella.

Trató de ofrecerle una sonrisa tranquilizadora, actuando como un médico con un paciente. Su preparación acudió una vez más al rescate y le abrió la camisa para comprobar la gravedad de sus heridas. Después de todo era posible que se hubiese lastimado en el choque, además de la herida de cuchillo de su hombro.

Por debajo del empapado tejido negro, su piel era tan suave y blanca como el marfil. Estaba alargando la mano hacia su caja torácica para sondearla con suavidad cuando un fuerte mareo se abatió sobre él y la cabeza empezó a darle vueltas. Su visión se hizo borrosa y la oscuridad estrechó sus límites en la periferia de su campo de visión. Sacudió la cabeza tratando de vencer el sopor que se estaba apoderando de él y fracasó por completo. Se tocó la cabeza y se encogió de dolor. Tenía los dedos ensangrentados.

Mierda, pensó mientras recordaba que se había golpeado la cabeza contra el parabrisas, tengo una conmoción.

Capítulo 11

Pierce y Taylor habían regresado a la enfermería con las manos vacías. *Esto empieza a resultar aburrido*, pensó Singe. ¿Cómo se suponía que iba a continuar con sus experimentos sin un suministro adecuado de especímenes? Lanzó una mirada al árbol genealógico de la pared. El tal Michael Corvin estaba demostrando ser más esquivo que todos los demás juntos.

El científico licano paseaba arriba y abajo de la sala mientras los dos cazadores fracasados le informaban sobre el desenlace de su misión en la superficie. Sendos uniformes de policía robados, en cierto modo las prendas menos apropiadas que podían llevar en aquel momento, ocultaban sus poderosos físicos. Singe los miró con escepticismo. Al igual que la mayoría de los licanos, Pierce y Taylor se fiaban más de su fuerza animal y sus colmillos y garras que de sus cerebros. El propio Singe era una excepción a este respecto.

Igual que Lucian.

Al menos a la pareja de colosos le había ido mejor que a Raze, puesto que ellos no habían regresado al inframundo con el cuerpo lleno de plata. No requerían de sus atenciones, aunque lo cierto es que no le hubiera hecho ascos a un desafío quirúrgico para mantener la mente y el cuerpo ocupados mientras esperaba a tener noticias de la excursión de Lucian por el mundo exterior. Elevó una plegaria a los meramente metafóricos dioses de la ciencia pura para pedirles que Lucian tuviera éxito allí donde habían fracasado sus torpes sicarios.

Una puerta se abrió de par en par en la parte trasera de la reconvertida estación de Metro y Lucian entró a grandes zancadas en la pequeña enfermería. Las esperanzas de Singe se esfumaron cuando vio que también el líder de la manada había regresado *sin el* botín. Trató de impedir que su decepción se hiciera visible por miedo a provocar la cólera del otro licano.

La chaqueta de cuero de Lucian estaba llena de agujeros de bala y la camisa que llevaba debajo estaba hecha jirones, lo que permitía ver un pecho hirsuto y blanco generosamente manchado de sangre. Singe lanzó una mirada interrogativa a las reveladoras marcas, pero Lucian sacudió la cabeza. Aparentemente, el solitario licano tampoco requería atención médica. Singe no estaba sorprendido. Sabía perfectamente que si inmortal líder era muy capaz de encargarse por sí sólo de las heridas menores (y las no tan menores).

Pero incluso aquel talento tan impresionante no sería nada comparado con las asombrosas capacidades que poseería Lucian cuando la meticulosa investigación de Singe diera sus frutos. *Estamos al borde de un descubrimiento extraordinario*, pensó con avidez, mientras sus brillantes e inteligentes ojos resplandecían al considerar las

pasmosas posibilidades prometidas por el experimento. *Mis teorías son perfectas, sé que lo son. Lo único que necesito es dar con el espécimen humano apropiado...*

—Ha escapado otra vez —dijo el científico con un suspiro mientras contemplaba las manos vacías de Lucian—. Impresionante. Puede que Raze no estuviera exagerando.

¿Acaso están los vampiros al corriente de nuestros ocultos designios?, se preguntó Singe, preocupado. Sabía lo lejos que podía llegar el enemigo para frustrar su experimento. *No, eso es imposible. Los chupasangres son demasiado vanos y decadentes para comprender el genio de mi hallazgo. Sólo nos están acosando por diversión, como siempre han hecho.*

Una sonrisa triunfante se dibujó en el rostro de Lucian. Introdujo la mano en uno de los bolsillos de su gabardina y sacó un frasco tapado y lleno con un denso fluido escarlata.

—Raze no trajo esto —señaló.

El rostro de Singe se iluminó mientras Lucian le arrojaba el frasco. El maduro científico lo sostuvo bajo la severa luz de los fluorescentes. Gracias al anticoagulante que contenía el frasco, la sangre parecía tan fresca como si acabara de ser derramada escasos minutos atrás. *Hola, Michael Corvin*, pensó Singe mientras examinaba con avidez la untuosa muestra de color rojo. *Estaba impaciente por conocerte.*

Un pensamiento preocupante lo perturbó. Tanto Pierce como Taylor le habían informado de que habían visto a Corvin en compañía de una Ejecutora, probablemente la misma que había matado a Trix varias horas atrás. Se volvió hacia Lucian y dejó que su inquietud se mostrara en su rostro ajado.

—Si Michael resulta ser el Portador —empezó a decir—, los vampiros podrían...

Lucian desechó sus preocupaciones con un ademán.

—Relájate, viejo amigo. He probado su carne. Sólo faltan dos noches hasta la luna llena. Pronto será un licano. —La sonrisa lupina de Lucian se ensanchó a ojos vista. Singe comprendió y asintió, mientras la intrigante y nueva revelación acallaba sus temores—. Pronto vendrá a buscarnos.

• • •

Unas persianas metálicas de protección empezaron a bajar sobre la ventana de la suite de Kraven. La recepción había terminado hacía tiempo y tanto los distinguidos invitados como los residentes permanentes de la mansión se habían retirado a dormir, pero Kraven no podía descansar. Contempló la cancela principal de la finca hasta que las persianas la ocultaron por completo a sus ojos.

¿Dónde demonios está esa mujer infernal?, pensó, con el hermoso rostro contraído por la amargura y el resentimiento. Cualquier otro vampiro hubiera sido castigado con toda severidad por un comportamiento tan poco respetuoso y sin

embargo Selene continuaba desafiándolo impunemente.

—Zorra frígida y castradora —musitó entre dientes. La ingrata zorra se estaba aprovechando de sus sentimientos hacia ella.

Una rendija de luz de sol reptó sobre la alfombra que tenía a sus pies y Kraven se apartó instintivamente de ella. Un segundo después, las persianas a prueba de luz llegaron al fondo de la ventana y dejaron completamente protegida la habitación de los mortales rayos.

Kraven confiaba en que Selene, dondequiera que estuviese, hubiera encontrado donde cobijarse del sol. *¡Sería muy propio de ella, pensó indignado, morirse antes de que haya tenido la oportunidad de castigarla por su comportamiento díscolo!*

De una vez y para siempre.

• • •

El sonido del agua que lamía la orilla despertó a Selene, y abrió los ojos sin saber muy bien dónde se encontraba. A pesar del palpitante dolor que sentía en la cabeza, la levantó un poco y se encontró tendida sobre la espalda en medio de una especie de estructura de madera reforzada. Unos maderos cubiertos de algas formaban una especie de techo a unos veinte centímetros por encima de su cabeza. Oía junto a sus pies el rumor reposado del río.

Un río, comprendió, no sin desconcierto. Estoy debajo de un muelle.

¿Pero cómo?

Tardó otro momento en darse cuenta de que no estaba sola. Una figura masculina yacía a su lado, con la cabeza apoyada sobre su hombro, como un amante. Durante un momento horrible temió haber sucumbido finalmente a los interminables cortejos de Kraven y entonces reparó con alivio en los despeinados rizos de color castaño de la durmiente figura, muy diferentes al cabello liso y negro de Kraven. *¡Alabados sean los Antiguos!, pensó.*

Parpadeó mientras la niebla se aclaraba en su mente. *Por supuesto, comprendió al reconocer al humano que tenía junto a sí.*

Michael Corvin.

Gran parte de los sucesos de la pasada noche regresaron a ella, aunque seguía sin saber cómo habían terminado Corvin y ella escondidos debajo de un embarcadero a la orilla de Budapest. Lo último que recordaba era estar huyendo como alma que lleva el diablo en su Jaguar de un licano inusualmente persistente. Y una hoja cruel hiriéndole en el hombro a través del techo de su coche...

Volvió la cabeza y descubrió que le habían vendado toscamente el hombro en cuestión con lo que parecía un trozo de la camiseta negra de Corvin. *¿Me venda la herida después de que entrara en su casa y lo secuestrara a punta de pistola?* No sabía si sentirse agradecida por sus esfuerzos o pasmada por su ingenuidad. *Bueno, es*

médico, recordó. *Supongo que se toma muy en serio su Juramento Hipocrático.*

Haciendo acopio de sus escasas fuerzas, trató de incorporarse todo cuanto le permitiera el techo de madera que tenía sobre la cabeza. Al dirigir la mirada a un lado sintió un fuerte dolor en los ojos y entonces, de repente, se dio cuenta de que había rayos de luz solar a su alrededor, por todas partes, penetrando por las diminutas grietas y agujerillos de los tablones. Los rayos dorados la rodeaban como una celosía de letales láseres.

—Perfecto —musitó con sarcasmo.

Consternada por la precaria situación en la que se encontraba, buscó en un gesto reflejo sus armas pero encontró vacías las dos pistoleras. ¿La había desarmado Corvin al mismo tiempo que le había curado el hombro herido? Incómoda sin un arma en la mano, registró el barro que tenía alrededor con los dedos pero al hacerlo se acercó demasiado a uno de los cáusticos rayos.

¡Pfffftttt! El rayo tocó el dorso de su mano e hizo que la expuesta carne blanca empezara a crepitar inmediatamente. Apartó la mano de una sacudida y se encogió de dolor mientras empezaban a brotar finos zarcillos de humo gris de sus nudillos escaldados. Introdujo con rapidez la mano en el frío barro y a continuación exhaló ruidosamente mientras la gélida humedad aliviaba en la medida de lo posible su chamuscada piel.

Maldición, pensó. Sabía que tenía que haberme puesto guantes para esta misión.

Ahora que había aprendido la lección permaneció absolutamente inmóvil, sin mover un solo músculo, mientras observaba cautelosamente los luminosos rayos que se colaban desde el exterior. La fragmentada luz del sol la había paralizado de manera efectiva. Casi no podía ni tiritar sin topar con uno de sus peligrosos haces.

Y no es que tuviese la menor idea de adonde hubiera podido huir ahora que el sol había salido o cómo iba a escapar a plena luz del día. Por primera vez, se acordó del Jaguar y se preguntó qué habría sido de él. *Supongo que es mejor que no lo sepa, pensó.*

¿Cuánto tiempo estaría atrapada allí? Se arriesgó a lanzar una mirada a su caro reloj sumergible, que había sobrevivido a la calamidad que la había conducido a aquella situación y descubrió con espanto que no eran ni las nueve de la mañana. Quedaban al menos diez horas largas hasta el anochecer.

Selene emitió un gruñido. Iba a ser un día *muy largo.*

• • •

Singe utilizó una pipeta bulbosa para añadir cinco gotas de la sangre de Michael Corvin a una redoma de cristal llena con una solución transparente de plasma. Lucian contuvo el aliento mientras observaba con toda atención cómo llevaba a cabo el científico su experimento.

¿Es posible, pensó el licano, que estemos llegando al final de nuestro experimento? ¿Era el desventurado norteamericano aquel al que llevaban tanto tiempo esperando?

—Es una pena que no tengamos más —comentó Singe mientras observaba el suministro agotado de sangre del pequeño frasco. Su líder y él se encontraban a solas en la triste enfermería de los licanos.

No tengas miedo, mi sagaz amigo, pensó Lucian, sin que su mirada ansiosa se apartara un solo instante de la redoma. Todavía notaba la sangre del humano en su lengua. *Si este test resulta positivo, ni todos los vampiros de la creación me impedirán traer a Michael Corvin a este laboratorio para que nuestro destino final pueda ser por fin completado.*

Singe puso en marcha un cronómetro y a continuación removió el contenido de la redoma con una varilla de cristal. Las gotitas carmesí reaccionaron al instante con el catalizador, mucho más deprisa de lo que Lucian o él hubieran esperado. En el interior de la solución se materializaron remolinos de color violeta, que perseguían la varilla como serpentinas en miniatura iluminadas por la luz del sol poniente. A diferencia de lo que había ocurrido hasta entonces, la mezcla no desarrolló el negro tinte del fracaso.

—Positivo —anunció Singe. Su rostro arrugado estaba sonriendo positivamente.

Lucian apenas daba crédito a sus oídos... o sus ojos. Después de tantas derrotas y decepciones, ¿podía ser cierto? Se arrodilló delante de la mesa de laboratorio para poder mirar directamente el arremolinado fluido; seguía sin haber rastro de la odiada transformación negra. En su rostro barbudo se dibujó una expresión de infantil maravilla mientras sus ojos ensimismados seguían el movimiento de las vivaces volutas violetas. Había esperado muchísimo tiempo a que llegara aquel momento.

La victoria es nuestra, pensó con certeza.

Cuando tenga a Michael Corvin en mis manos, quiero decir.

• • •

La luz del día empujaba a Selene hacia el cuerpo dormido del humano. A medida que el sol iba avanzando lentamente por el cielo, sus letales rayos reptaban centímetro a centímetro en dirección a Selene, obligándola a acercarse al cuerpo inconsciente de Corvin para no quemarse viva.

Junto con los rayos incandescentes, los sonidos del día penetraban los gruesos maderos del embarcadero por encima de su *cabeza*. Sonaban los pasos de los equipos de estibadores húngaros que llegaban a trabajar y empezaban a cargar y descargar los avarientos mercantes que navegaban arriba y abajo del Danubio. Los remolcadores hacían sonar sus bocinas en competencia con los ruidosos graznidos de las gaviotas. Selene anhelaba el silencio y la seguridad de su habitación de Ordoghaz y contaba

con que la bulliciosa actividad reinante ocultara su presencia debajo del muelle.

Lo último que necesito ahora es que un mortal bienintencionado tope aquí conmigo. Se estremeció al pensar en un grupo de rescate sacándola a rastras a la mortal luz del día. *Ya estoy en peligro sin necesidad de eso.*

Implacable en su avance, un inmisericorde rayo de luz solar iba acercándosele. El cuerpo de Corvin bloqueaba su ruta de escape. Se mordió el labio inferior y comprendió que no había otro camino.

Es hora de conocer un poco mejor al señor Corvin...

Rodó sobre su estómago en dirección contraria a la del avance de la luz, abandonó la fangosa orilla y, todavía vestida de cuero, se encaramó sobre el cuerpo tendido de Michael Corvin. Sus esbeltas piernas se montaron a horcajadas sobre la cintura del joven mientras apoyaba su peso sobre él y le miraba el rostro.

—*Discúlpeme* —dijo con tono sarcástico, ligeramente avergonzada por la proximidad casi íntima con el comatoso humano. *¡Y pensar que ni siquiera nos han presentado!* No pudo evitar reparar de nuevo en la tosca belleza de Corvin. A pesar de todo lo que habían tenido que pasar y del moratón púrpura de su frente, sus juveniles facciones eran innegablemente atractivas y su cazadora y su desgarrada camiseta negra se pegaban a un torso esbelto y atlético. *Si tenía que pasar un día encima de un humano desconocido, pensó, podía haber elegido especímenes mucho peores.*

Selene se movió torpemente sobre el misterioso Michael Corvin, tratando de ponerse más cómoda. Sentía el calor que irradiaba el cuerpo del hombre y lamentaba tener tan poco para compartir. Su mirada se vio atraída de manera irresistible a la jugosa vena que palpitaba en la garganta de Corvin; habían pasado horas desde la última vez que se alimentara y sintió la tentación de clavar los colmillos en el cuello del indefenso humano. Se lamió los colmillos, sedienta. ¿Sólo un traguito tal vez?

No, decidió con firmeza mientras se forzaba a apartar la mirada de la pulsante vena. A diferencia de otros vampiros, ella no se aprovechaba de humanos indefensos.

El rayo de sol, en su avance hacia el noroeste, no pasó sobre ella por escasos centímetros y reptó sobre los bonitos pómulos de Corvin. Selene observó con inexplicable fascinación cómo iluminaba las facciones del mortal y bañaba su rostro en luz dorada. Tenía la frente empapada de sudor y apretaba los párpados con mayor fuerza para mantener a raya la intrusiva luz.

Se agitó debajo de ella y gimió débilmente, pero no despertó. Selene cambió de posición, incapaz de apartar la mirada del enigmático extraño.

¿Quién eres, Michael Corvin?, se preguntó. ¿Y para qué te quieren los licanos?

Capítulo 12

Imágenes febriles pasaban marcha atrás por la mente de Michael:

Fragmentos de cristal negro convergían frente a sus ojos, unos fragmentos minúsculos que volaban por el vacío hacia atrás y formaban un patrón que no terminaba de discernir...

Cadenas de hierro arrancadas serpenteaban hacia un húmedo y malsano suelo de granito y los eslabones rotos tintineaban ruidosamente mientras volvían a unirse y las cadenas se clavaban con enorme fuerza al suelo...

Una preciosa mujer morena, ataviada con los restos desgarrados de un vestido antaño elegante, colgaba de las aterradoras garras de un aparato de tortura medieval. Un grito estrangulado abría sus mandíbulas y mostraba unos extraños dientes afilados bajo los labios carmesí. Sus espeluznantes ojos blancos estaban inyectados en sangre. De algún modo, Michael sabía que el nombre de la prisionera era Sonja y que era una especie de princesa, además del amor de su vida...

—*Sonja* —murmuró al mismo tiempo que el rostro de la mujer se tomaba borroso frente a sus ojos y se convertía en el de la mujer del metro que lo había salvado del loco del cuchillo y los dientes ensangrentados. ¿Quién?, se preguntó. Si tal cosa era posible, la mujer era aún más hermosa que la princesa cautiva. ¿Cómo?

—No te muevas —dijo la mujer, no Sonja. Una mano suave se apoyó con firmeza sobre su hombro—. Te has dado un buen golpe en la cabeza.

Michael parpadeó, confuso, y despertó, o algo parecido, reclinado sobre un tálburi. Todavía aturdido, miró a su alrededor y se dio cuenta de que ya no se encontraban junto a la orilla del río. Ahora estaba rodeado de paredes forradas de roble y muebles de aspecto antiguo.

—¿Tienes alguna idea de por qué esos... hombres te perseguían? —le preguntó la mujer misteriosa, mientras le miraba la cara con mucha atención. Michael sintió alivio al ver que estaba viva y bien, a pesar de que seguía sin saber quién era.

—¿Dónde...? —Michael trató de incorporarse pero el movimiento hizo que le diera vueltas la cabeza. Una alternancia de escalofríos y oleadas de calor recorrió su cuerpo. Su visión empezó a oscilar y sintió náuseas.

—Estás a salvo —le aseguró la mujer. Estaba a su lado, inclinada sobre él, con la cara a escasos centímetros de la suya—. Me llamo Selene.

Selene. Michael se aferró al nombre como si fuera un salvavidas mientras el oleaje de oscuridad lamía su consciencia. Estaba exhausto y sentía náuseas. Como si su cuerpo estuviera combatiendo alguna infección... y fuera perdiendo por goleada. Sentía un lejano dolor en el sitio en el que el loco del cuchillo le había mordido y la luz de la luna, que entraba en la elegante estancia por una rendija de la ventana, le

provocaba escalofríos. Sentía un extraño hormigueo en la piel y tenía el vello erizado, como si una corriente eléctrica estuviera recorriendo su cuerpo. Un aullido quejumbroso resonaba en el interior de su cráneo, como un timbrazo en sus oídos.

Y yo Michael, pensó por encima del cacofónico aullido. Abrió los labios para presentarse pero el esfuerzo lo dejó exhausto y se dejó caer sobre los cojines de terciopelo del sofá. Trató de mantener los ojos abiertos pero la fuerza primordial de la creciente oscuridad era demasiado grande para resistirse. El rostro de Selene se volvió borroso y su voz se perdió en la distancia mientras él sucumbía al olvido una vez más.

—Selene —susurró y se llevó su nombre consigo a la oscuridad.

• • •

Selene reprimió un suspiro de impaciencia al ver que Corvin volvía a perder la consciencia. Estaba claro que el golpe que había recibido en la cabeza y que le había dejado una fea cicatriz rodeada por un moratón oscuro, le había hecho mucho efecto. Llevaba como muerto casi once horas, tiempo suficiente para que el sol se hundiera al fin bajo el horizonte y Selene, liberada, pudiera abandonar su forzado cautiverio a la orilla del río.

Corvin había permanecido inconsciente mientras ella alquilaba un coche para reemplazar su perdido Jaguar y luego había dormido como un muerto durante el viaje de regreso a Ordoghaz. Selene lamentaba no haber podido llevarlo a urgencias pero ahora que los licanos lo estaban persiguiendo con tanto denuedo, estaba más seguro en sus aposentos.

Pero, ¿por qué te persiguen?, volvió a preguntarse. *¿Qué es lo que te hace tan especial? Aparte de tu cara y de tu tendencia a actuar como un buen samaritano, quiero decir.* Estaba claro que para interrogar al exhausto humano tendría que esperar hasta que se hubiera recobrado de lo ocurrido la noche anterior. Con suerte, puede que fuera capaz de responder unas pocas preguntas al amanecer.

Le mojó la frente con un paño húmedo, con especial cuidado alrededor del área del moratón. *Debería examinarlo con más cuidado*, pensó. Acababa de llegar a la mansión con su insensata carga así que todavía no había tenido tiempo de comprobar si tenía alguna herida más debajo de la ensangrentada chaqueta. Se dio cuenta de que no recordaba cómo se había lastimado la cabeza. *Debe de haber ocurrido después de que yo perdiera el conocimiento.*

Aunque la herida de su hombro estaba curada casi por completo, seguía sintiendo un dolor apagado en el lugar en el que había recibido el ataque del desconocido licano. El atisbo de un colgante de metal pasó por sus recuerdos fugazmente y volvió a preguntarse de quién se trataba. No había visto su cara en ninguno de los numerosos archivos que los Ejecutores mantenían sobre sus enemigos.

—De modo que —una voz impertinente interrumpió sus cavilaciones—, por una vez los rumores son ciertos.

Selene apartó la mirada del sofá y vio que Erika entraba despreocupadamente en su habitación. Frunció el ceño, disgustada. La atrevida criada rubia estaba invadiendo sus aposentos con tanta frecuencia que empezaba a sentirse como si le hubieran asignado una compañera de cuarto. Además, nada de aquello era asunto de Erika.

—Toda la casa está cotilleando sobre tu nueva mascota —dijo Erika con entusiasmo. Se acercó al sofá y examinó a Corvin con franca curiosidad—. Oh, dios mío. Vas a tratar de convertirlo, ¿no?

Selene puso los ojos en blanco.

—Por supuesto que no. —En todos los largos años que había pasado entre los no-muertos, nunca había convertido a un humano en vampiro. Su trabajo era matar licanos, no seducir inocentes. Y lo que Kraven y su séquito de inmortales diletantes dijera sobre ella no podía importarle menos.

Erika asintió, como si comprendiera lo que Selene quería decir. La vampírica sílfide rodeó lentamente el sofá, arrastrando las uñas pintadas por el borde de los almohadones de terciopelo de color borgoña.

—Tu postura por lo que a los humanos se refiere es digna de mención —reconoció.

Para Selene, los humanos eran estrictamente víctimas inocentes en la guerra contra los licanos pero, aparte de eso, jamás había pensado demasiado en ellos.

—No tengo ninguna postura —insistió, quizá con un tono que indicaba que estaba a la defensiva—. No tengo nada que ver con ellos.

—Exacto —señaló Erika con un brillo malicioso en la mirada. Sus blancos hombros sobresalían de la parte superior de su corpiño negro de volantes—. ¿Por qué lo has traído aquí, entonces?

Touché, pensó Selene. Por mucho que le molestara admitirlo, en eso no le faltaba cierta razón a la necia chiquilla. ¿Por qué se había tomado tantas molestias por un simple humano, aparte de por el instinto natural de privar de su presa a los licanos? Confundida, registró su propia alma en busca de razones mientras contemplaba el atractivo rostro moreno de Corvin. Si derrotar a los licanos era su único objetivo, ¿por qué estaba allí ocupándose de un humano comatosos como una especie de Florence Nightingale vampírica? ¿Qué le importaba a ella si vivía o moría?

—Me ha salvado la vida —dijo en voz baja después de pensarlo un momento. Ignoraba lo que había pasado exactamente después de que perdiera el conocimiento al volante del Jaguar pero estaba segura de que nunca habría podido llegar a la orilla de no haber sido por la ayuda de Corvin. ¿Y quién sino él podía haberle vendado el hombro herido?

Erika se quedó boquiabierta y unos colmillos blancos y afilados aparecieron a la

vista. Estaba claro que la idea de que un simple humano acudiera en auxilio de un vampiro —¡Y un Ejecutor, nada menos!— la dejaba pasmada. Se volvió hacia Corvin con más interés y puede que una pizca de celos. ¿Le envidiaba a Selene su Príncipe Encantado humano?

Selene experimentó un fuerte sentimiento de protección hacia Corvin. De repente se dio cuenta de que Erika no había dado ninguna explicación para su presencia allí. Entornó la mirada con suspicacia.

—¿Qué haces aquí?

Erika se encogió casi imperceptiblemente bajo la mirada severa de la Ejecutora y se apartó del sofá y su adormecido ocupante.

—Me ha enviado Kraven —dijo tragando saliva—. Quiere verte. Ahora mismo.

• • •

Sonaban truenos en el exterior y la lluvia azotaba las ventanas mientras Kraven y Selene discutían en los aposentos palaciegos de aquél. Los dos vampiros se estaban arrojando al cuello el uno del otro, figurada si no literalmente.

—Es del todo inaceptable —exclamó Kraven, indignado, mientras caminaba arriba y abajo sobre la alfombra persa tejida a mano. Sus furiosos ademanes cortaban el aire. Como de costumbre vestía un traje hecho a medida y completamente negro—. ¿Contradices mis órdenes y pasas el día lejos del refugio de la mansión... con un humano? ¿Un humano que luego decides traer *a mi casa*?

Selene no se amilanó. A diferencia de Kraven, ella no caminaba ni sacudía los brazos al hablar sino que permanecía tan inmóvil y compuesta como un Antiguo en hibernación.

—Por lo que a mí se refiere, ésta sigue siendo la casa de Viktor.

Kraven le lanzó una mirada envenenada. No le gustaba que le recordaban que sólo era el amo en ausencia de Viktor. Embargado por una furia creciente, se acercó a la ventana y se asomó a la noche tormentosa. Selene entrevió una brillante y gibosa luna por entre los abigarrados nubarrones de la tormenta.

—Mira —dijo bajando la voz. Su ajustada ropa de cuero seguía manchada de sangre y barro: no había tenido tiempo de cambiarse desde que regresara a Ordoghaz—. No quiero discutir. Sólo necesito que entiendas que por alguna razón Michael es importante para los licanos.

Kraven giró sobre sus talones y la miró con un fuego de ardiente suspicacia en los ojos.

—De modo que ahora es *Michael* —se burló en tono acusador.

Selene reprimió un suspiro de impaciencia. Lo último que necesitaba en este momento eran los celos de adolescente de Kraven. Había demasiado en juego.

—Kraven, ¿quieres escucharme? —Aspiró profundamente antes de tratar de

explicárselo de nuevo—. Hay algo...

Él la interrumpió sin contemplaciones.

—Se me escapa por qué estás tan obsesionada con esa teoría absurda. —Desechó sus preocupaciones con un ademán desenvuelto—. ¡Es imposible que Lucian sienta interés alguno por un simple humano!

¿Lucian? Selene no pudo ocultar su sorpresa. ¿Por qué estaba Kraven hablando de un licano muerto hacía tiempo? Hacía siglos que habían matado al infame Lucian. *No lo entiendo*, pensó Selene mientras trataba de desentrañar el sentido de la curiosa afirmación de Kraven.

Por fortuna, éste tomó su expresión meditabunda por algo completamente diferente.

—Aguarda —dijo con aire dramático, como un fiscal delante de un jurado—. Te has encaprichado de él. Admítelo.

—Vaya. Ésa sí que es una teoría ridícula —repuso ella, aunque con algo menos de vehemencia de la que le hubiera gustado. Sus palabras le sonaron extrañamente falsas incluso a ella misma.

Kraven se aprovechó del atisbo de indecisión de su voz.

—¿De veras? —exigió.

El destello de un rayo en el exterior se vio seguido por un trueno colosal que estremeció los cristales de las ventanas.

La tormenta estaba arreciando.

• • •

A solas en los aposentos privados de Selene, mucho más elegantes que los suyos, Erika examinó al inconsciente humano que dormitaba sobre el tálburi. Lo cierto es que era bastante guapo, aunque no al modo de dios griego de Lord Kraven. *No está mal para ser un humano*, decidió, *si a una le gustan esa clase de cosas...*

Aburrida, se tendió a su lado y disfrutó de la calidez del cuerpo mortal contra su carne fría. Pasó un dedo juguetón por su cuello, trazó la línea de la yugular con una uña y le enredó los rizos castaños con los dedos. Mientras tanto, trató de no pensar en que Selene estaba a solas con Kraven en su opulenta suite. *No seas tonta*, se reprendió mientras expulsaba de sus pensamientos las celosas fantasías que la atormentaban. Cuando había enviado a Erika a buscar a Selene, Kraven estaba claramente indignado y enfurecido. A juzgar por la expresión iracunda de su rostro, era mucho más probable que la azotara a que le hiciera el amor.

O eso esperaba ella.

Francamente, no me importaría recibir unos buenos azotes de Lord Kraven, pensó, *siempre que fuese por las razones apropiadas*. Era horriblemente injusto. ¡Selene disfrutaba de todas las atenciones de Kraven y ni siquiera las apreciaba!

Divertirse con el juguete de Selene le proporcionó cierta sensación de revancha. Inspeccionó la garganta desnuda del humano y reparó en una serie de pequeños agujeros en el hombro de su chaqueta. *¿Qué es esto?*, pensó abriendo mucho los ojos violeta. *¿Acaso la altiva Selene, a pesar de sus protestas, había sido incapaz de resistirse a la tentación de probar la mercancía?*

Intrigada, Erika le abrió el cuello de la camisa al humano. Como estaba buscando las marcas de un beso de vampiro, al encontrarse con la fea e hinchada marca de un mordisco en el inflamado hombro derecho del mortal se quedó estupefacta. Las crueles marcas de colmillos eran toscas y descuidadas, muy diferentes a la señal discreta que dejaban los de un vampiro, y unos pelos negros, erizados y gruesos asomaban en las profundidades de las sanguinolentas heridas.

—¡La puta...! —exclamó Erika mientras de repente perdía todo interés en probar la sangre del durmiente humano. No era una Ejecutora y nunca había visto hasta entonces a la víctima de un licano, pero reconocía un mordisco de licano cuando lo veía. *Lo han convertido*, comprendió con alarma y asco, y se apartó de la carne infectada. *¡Es uno de ellos!*

Un cegador destello iluminó la habitación. Sonó un trueno y el humano despertó de repente y profirió un grito con todas sus fuerzas. Aquello fue demasiado para Erika, que dio un respingo como una gata sobresaltada y se pegó al techo de la habitación mientras siseaba al humano que había debajo, que aún seguía gritando. Hundió las garras en el yeso, más de dos metros por encima de la cabeza del humano mientras éste, confundido, la miraba parpadeando con una expresión de asombro horrorizado, como un hombre atrapado en una pesadilla interminable.

Erika no sabía cuánto tiempo tardaba un humano en transformarse en licántropo pero no quería correr riesgos.

• • •

El eco de las pisadas de Kraven resonaba por el pasillo jalonado de retratos, al unísono con los truenos que llegaban desde el exterior de la mansión, mientras caminaba con decisión virulenta en dirección a los aposentos de Selene, situados en el ala este. Selene iba tras él, temerosa por la seguridad de Michael Corvin.

—¿Qué vas a hacerle? —exclamó con voz inquieta.

Kraven ni siquiera se volvió.

—¡Lo que me plazca! —declaró sin dejar que nada frenara su marcha por la mansión. Sus garras extendidas temblaban a ambos lados de su cuerpo, como si ya estuvieran apretando la garganta de Michael.

¡No!, pensó Selene con ansiedad. Apretó el paso y fue tras él. Era consciente de que Michael estaba en grave peligro. A pesar de sus aires presuntuosos, Lord Kraven podía ser brutalmente letal cuando se enfurecía. *No puedo dejar que mate a Michael*,

pensó, desesperada.

Pero, ¿había alguna manera de detenerlo?

• • •

¡Tengo que salir de aquí!

Michael lanzó una mirada frenética a su alrededor, tratando desesperadamente de encontrar una salida. La situación entera era una locura: cuchillos y armas y una rubia que levitaba. No tenía la menor idea de dónde se encontraba o qué le había ocurrido a Selene pero sabía que tenía que alejarse a toda costa de todos aquellos lunáticos armados.

Una ventana iluminada por la luna atrajo su atención y se acercó a ella con paso tambaleante. La abrió de un empujón. Fuera estaba cayendo un aguacero de mil demonios y un soplo de aire helado le azotó la cara con su gélida humedad. Michael ignoró la lluvia y se asomó por la ventana. Para su consternación, vio que había una caída de casi siete metros hasta el suelo.

—¡Mierda! —musitó. Le dio la espalda a la ventana y se volvió hacia el interior... justo a tiempo de ver cómo caía la rubia del techo y le tapaba la salida al pasillo. La nínfula de cabello dorado fulminó a Michael con la mirada mientras siseaba como un gato enfurecido. Alzó las manos frente a su cara, con las crecidas uñas extendidas como garras. Le enseñó un dentadura blanca y brillante, con sus colmillos afilados y todo, que parecía sacada de una película de terror de Hollywood.

A la mierda, pensó Michael y decidió probar suerte en la ventana. Se encaramó al alféizar y saltó a la noche.

Cayó dos pisos en picado antes de aterrizar sobre el húmedo césped que había debajo. El golpe lo dejó aturdido y durante un segundo todo se volvió negro. Los ojos se le cerraron y de repente se encontró en otro lugar.

El negro cristal estalló hacia fuera cuando se arrojó de cabeza contra la vidriera que cubría la ventana. El tintineo del cristal roto resonaba todavía en sus oídos mientras aterrizaba sobre el rocoso patio. El olor de la cercana arboleda resultaba tentador para su olfato, una promesa de seguridad y libertad.

Rodó sobre su espalda y el cielo de la noche apareció ante sus ojos, frío y antipático, mientras las estrellas distantes lo miraban sin misericordia. Una luna del rojo color de la sangre, llena y gigantesca, pendía de allí, entre nubarrones hinchados, como un presagio enfurecido, proyectando una luz espeluznante sobre los elevados muros de piedra de la ancestral fortaleza.

Unos ladridos y gruñidos fieros irrumpieron en la escena y arrastraron bruscamente a Michael de regreso a la realidad. Sus ojos se abrieron de repente y recordó que estaba tendido en el césped. La regia mansión gótica se erguía sobre él, por completo diferente al imponente edificio de piedra de su... ¿qué? ¿Sueño?

¿Visión? ¿Recuerdo?

¿*De dónde coño ha venido eso?*, se preguntó, aturdido. La insólita y alucinante experiencia había sido más vivida que un sueño y más parecida a un recuerdo, pero sabía que él nunca había vivido nada parecido. *¡Creo que si hubiera saltado por una vidriera me acordaría!*

Los ladridos se hicieron más ruidosos y cercanos. Parpadeó repetidas veces para aclarar sus pensamientos y levantó su dolorida cabeza de la hierba mojada.

—¡La madre que me parió! —exclamó mientras sus ojos enfocaban la alarmante visión de tres rottweilers, que parecían los primos menos amistosos del Sabueso de los Baskerville, y que se le estaban acercando corriendo por el césped. Unos colmillos marfileños resplandecieron a la luz de la luna.

El pánico puso a Michael en movimiento. Se incorporó apresuradamente y, cojeando como un loco, corrió hacia el muro exterior de la finca, seguido de cerca por los ladridos furiosos de los perros.

De alguna manera sabía que nadie iba a contenerlos en el último segundo.

• • •

Kraven irrumpió hecho una furia en la habitación y Erika, sobresaltada, lanzó un agudo chillido. Ignorando a la sirvienta, el regente registró la habitación en busca del tal Michael Corvin con el que Selene estaba tan obsesionada. *Le romperé el cuello delante de ella, juró, y me beberé su sangre hasta la última gota.* Esbozó una sonrisa cruel al pensarlo. *Eso le enseñará a no anteponer sus caprichos a sus deberes para con el aquelarre... y conmigo.*

Pero el inconveniente humano no estaba a la vista. Frustrado, Kraven lanzó una mirada inquisitiva a Erika, quien señaló la ventana abierta con un gesto temeroso de la cabeza. Una brisa helada le azotó la cara y sacudió sus rizos oleosos y su chaqueta de seda mientras los ladridos de los perros llegaban hasta él desde el jardín.

—¡Maldita sea! —exclamó. ¿Por qué no podía estarse quieto ese maldito humano?

• • •

Con los sabuesos pisándole los talones, Michael se encaramó a la valla de hierro y trepó por encima de ella. Estaba exhausto y sus jadeos entrecortados pintaban el gélido aire de vaho. Con mucho cuidado para no clavarse ninguna de las oxidadas puntas de lanza de la valla, se dejó caer al otro lado. Los furiosos sabuesos metieron el morro entre los barrotes de metal y trataron de alcanzar con dentelladas y ladridos a su esquiva presa.

Adiós, perritos, pensó con sarcasmo mientras se alejaba de la valla. Una oscura

línea de robles y hayas prometía cobijo y la seguridad de un escondite así que se dirigió cojeando hacia los árboles mecidos por la tormenta. El viento le azotaba el rostro y las manos con gélida lluvia y el estallido de un trueno señalaba el paso de cada angustiado minuto.

¿Se estaba dirigiendo al norte o al sur, hacia la ciudad o lejos de ella? Michael no lo sabía y tampoco le preocupaba. Lo único que le importaba por el momento era alejarse lo máximo posible de los perros... y de aquella mansión de monstruos de pesadilla.

El hombro infectado le dolía espantosamente.

• • •

Kraven se acercó con impaciencia a la ventana al mismo tiempo que Selene entraba en el cuarto tras él. Puede que los perros hubieran acabado ya con el humano, pensó. No sería tan satisfactorio, desde luego, como matar a Corvin con sus propias manos pero decidió que bastaría con que la mascota de Selene fuera destrozada por los sabuesos. *Un final apropiado*, decretó en silencio, *para una criatura tan insignificante*.

Sus ojos de muerto viviente penetraron con facilidad la oscuridad del exterior. Sin embargo, y para su decepción, no vio a los rottwailers destrozando con entusiasmo el cadáver ensangrentado de Corvin. En su lugar, lo que vio fue a los perros ladrando con impotencia a la valla exterior y se vio obligado a llegar a una conclusión sumamente enojosa.

El humano había escapado.

• • •

Los relámpagos iluminaban la noche, expulsando las sombras por espacio de un microsegundo cada vez que se manifestaban. El trueno resonaba en los cielos, aunque sin acallar del todo el aullido lupino que resonaba en el interior del cráneo de Michael. Corría por los bosques como un preso fugado, helado y empapado y casi sin aliento. El corazón le latía furiosamente y no dejaba de mirar atrás, temiendo lo que quiera que pudiera estar siguiéndolo. Trastabilló y tropezó en una raíz que apenas había visto. Cayó hacia delante y se desgarró las palmas de las manos en la espesura pero no dejó de avanzar mientras volvía penosamente a ponerse en pie. Los charcos llenos de barro lo cogían por sorpresa y le empapaban por completo los destrozados calcetines y las zapatillas. El ladrido de los sabuesos lo seguía no muy lejos, urgiéndolo a continuar.

¿Y si abren las puertas?, se preguntó, mientras se imaginaba a los rottweilers siguiendo su rastro por el bosque. *¿Y si me echan los perros encima?*

Una neblina completa lo envolvió, pero un instante después fue deshecha por la llamarada de un nuevo relámpago. Las sombras se levantaron y se llevaron a Michael lejos de allí. A otro lugar, a otro tiempo.

Corría con los pies desnudos por un inmenso bosque oscuro y escuchaba tras de sí el estrépito que hacían sus perseguidores al atravesar la densa maleza. Miró atrás y los distinguió tras la niebla de la noche: figuras sombrías que avanzaban entre los troncos de los árboles de hoja perenne, destellos de luz de luna que resplandecían sobre el metal de sus cotas de malla y sus corazas. Se sentía completamente desnudo e indefenso frente a aquellas figuras guerreras.

Emergieron de la arremolinada niebla blanca, empuñando ballestas cargadas con letal plata. Implacables negociantes de la muerte, saltaban y corrían entre los frondosos pinos y abetos, tratando de avistar a Michael con claridad.

Múltiples siseos atravesaron la noche y una descarga de proyectiles de plata pasó silbando junto a sus hombros y fue a clavarse en el tronco de un grueso pino, a pocos pasos de él. El brillo argénteo de los letales proyectiles llenó su alma de miedo y repulsión.

Un gruñido de furia se formó en el fondo de su garganta. Una parte salvaje de su alma deseaba volverse y afrontar a sus perseguidores, responder a las armas y armaduras con garras y colmillos desatados, pero sabía que estaba demasiado débil, demasiado menguado por la tortura y el cautiverio. En otro momento, se juró. En otra noche.

Por ahora, no podía más que correr y correr, esquivando los proyectiles de plata afilada que pasaban zumbando junto a sus oídos...

Michael se encogió y por un instante temió ver el astil de un virote clavado en su pecho. Entonces la oscuridad cayó y volvió a levantarse, bisecada por un nuevo y cegador relámpago, y él volvió a encontrarse en el bosque azotado por la tormenta.

Miró a su alrededor embargado por la confusión. No había ballestas con viroles de plata, ni arqueros entre las sombras, sólo los ladridos furiosos de los perros guardianes, que iban disminuyendo de volumen a medida que se alejaba de la mansión sin nombre y la finca que la rodeaba. Los pinos de montaña, erizados de agujas, habían vuelto a trocarse por los desnudos robles y hayas de antes.

¿Qué me está pasando?, se preguntó. Ya nada tenía sentido, ni siquiera las febriles imágenes de su propia mente. Su hombro herido palpitaba en sincronía con los acelerados latidos de su corazón. Tiritaba incontroladamente, tanto de frío como por un creciente sentimiento de temor extremo. Por si los secuestradores asesinos y los gánsteres no fueran suficiente, ahora sus propios sentidos lo estaban traicionando. No entiendo nada de esto, pensó mientras se alejaba cojeando por el desconocido bosque sin saber si se encontraba muy lejos de Budapest y de la vida cotidiana que conocía. *¿Me estaré volviendo loco?*

• • •

Kraven se apartó de la ventana abierta. Al ver su expresión amarga y truculenta, Selene supo que algo había ido mal, para él y para los rottwailers.

El alivio la embargó e hizo lo que pudo para ocultárselo a Kraven. El imperioso regente vampiro ya estaba de un humor suficientemente malo. Malditos sean Kraven y sus infernales celos, dijo en silencio. ¡Jamás he alentado sus intenciones románticas!

Erika permanecía encogida y asustada cerca de la puerta, temiendo sin duda que Kraven la culpara por la fuga del humano. Selene en cambio creía que la esbelta criada no tenía nada que temer. La cólera de Kraven estaba dirigida exclusivamente contra ella.

—¡Déjanos! —le espetó a Erika, quien obedeció al punto dejando a solas a Selene con el amo de facto de la mansión.

Selene se volvió hacia él sin miedo. Estaba preparada para aceptar su castigo por haber llevado a Michael a Ordoghaz, pero no estaba dispuesta a disculparse por sus acciones y mucho menos a suplicar misericordia. Por alguna razón, Michael era de una importancia vital, y no sólo para ella, pensara lo que pensara Kraven.

La seguridad de mi propio aquelarre es lo único que me preocupa, se dijo para sus adentros. ¿O estoy siendo demasiado vehemente?

Kraven cruzó la habitación hasta ella. Sus ojos ardientes de furia se clavaron en los de ella. Selene mantuvo una expresión pétrea y resuelta, preparada recibir cualquier amenaza o ultimátum que el vampiro le tuviera reservados.

Pasó un momento silencioso y Kraven abrió la boca para empezar su diatriba. Selene se puso tensa, aguardándola, pero en el último segundo, Kraven cambió de idea y le propinó una fuerte bofetada con el dorso de la mano.

Capítulo 13

Un busto de cerámica, con una expresión notablemente salvaje, asomó de repente por detrás de un vistoso pilar de hormigón. ¡Blam-blam-blam! La escultura estalló de repente en cientos de fragmentos blancos, destrozada por una ráfaga de fuego automático.

Con el ceño fruncido, Selene esperó pacientemente a que apareciera otro objetivo. Un tufo a pólvora brotaba del cañón de su nueva Beretta automática.

La bofetada de Kraven aún le dolía. Había pensado que se le pasaría la frustración en el campo de tiro pero seguía tan enfurecida como antes. Sólo la ciega determinación de no causar más problemas y divisiones le había impedido devolverle el golpe a Kraven con sus propias manos. No podemos permitirnos el lujo de volvernos unos contra otros en este momento, pensó. No ahora que los licanos están planeando algo importante.

Otro objetivo de cerámica asomó por detrás de una fachada de metal. Éste tenía las facciones bestiales de un licano hembra a mitad de transformación. Selene lo hizo pedazos con toda eficiencia y siguió apretando el gatillo hasta que la Beretta dejó de disparar. Extrajo rápidamente el cargador, sacó uno nuevo y lo metió con un movimiento furioso.

Una risilla divertida sonó a su espalda.

—Desde luego, espero que nunca te cabrees conmigo —dijo Kahn. El maestro de armas se encontraba unos metros por detrás del campo de tiro, observando con amigable interés su sesión de prácticas.

Selene estuvo a punto de sonreír pero mantuvo la mirada clavada al otro extremo del campo de tiro. Su dedo se tensó en el gatillo. Estaba preparada para hacer picadillo hasta el último licano de pacotilla que apareciera en el dojo si eso era lo que hacía falta para enterrar el recuerdo humillante de la bofetada de Kraven. ¡No puedo creer que se haya atrevido a ponerme la mano encima! He matado más licanos en los últimos años que él en varios siglos...

—Para un momento —dijo Kahn antes de que el siguiente objetivo pudiera reclamar su atención—. Échale un vistazo a esto.

A regañadientes, Selene enfundó la pistola y se volvió hacia Kahn. El inmortal de color sacó una pistola de aspecto extraño de su cinturón y se la ofreció. Ella la sopesó en su mano para probar su equilibrio. Un arma bien hecha, concluyó, sin saber muy bien qué era lo que tenía de especial.

Kahn pisó con la bota un botón de color verde que había en el suelo. El mecanismo por control remoto hizo aparecer un nuevo objetivo de cerámica al otro extremo del campo de tiro. Unos colmillos de mármol esculpido acentuaban su

congelada expresión de furia.

—Adelante —le dijo Kahn—. Liquidada unos cuantos.

Con sumo gusto, pensó Selene, que no necesitaba que la animaran para disparar sobre los simulacros de licántropo. ¡Blam-blam-blam! Una densa agrupación de impactos de bala excavó el objetivo. Para su sorpresa, las heridas empezaron a supurar un brillante líquido metálico, como sangre de un cráneo destrozado.

—Saca el cargador —le ordenó Kahn.

Intrigada, Selene obedeció. Sus ojos se iluminaron. Las balas del cargador eran idénticas a la nueva munición ultravioleta de los licanos, salvo que éstas contenían un lustroso fluido metálico.

—Has copiado la munición de los licanos —comprendió.

Kahn sonrió con orgullo.

Sacó una de las balas llenas de líquido y le dio vueltas entre sus dedos.

—¿Nitrato de plata?

—Una dosis letal —le confirmó el maestro de armas.

—Excelente —declaró mientras su mente reparaba rápidamente en las notables ventajas de este nuevo tipo de munición—. Así no podrán sacársela, como hacen con las balas normales.

—Directa al flujo sanguíneo —dijo Kahn con un guiño. Selene previo un estupendo aumento en las bajas de los licanos—. Imposible de sacar.

Le devolvió el arma.

—¿Kraven está al tanto de esto?

—Por supuesto —respondió Kahn como si la pregunta lo sorprendiera—. Él lo aprobó.

Selene sintió cierto alivio al oír que Kraven estaba prestando alguna atención a la guerra contra los licanos. Supuso que Kahn le habría presentado la idea mientras ella estaba persiguiendo a Michael Corvin por la ciudad. ¡Ojalá pudiera convencer a Kraven de lo importante que es Michael!

Observó, perdida en sus reflexiones, cómo manipulaba Kahn su ingenioso nuevo juguete. Abrió la pistola, le sacó el cañón y procedió a examinar el ánima. Selene estaba apoyada contra la pared, pensativa. Acababa de recordar el extraño comentario hecho por Kraven aquella mañana.

—Dime una cosa, Kahn —preguntó al cabo de un momento—. ¿Tú crees que Lucian murió tal como cuentan?

La sonrisa de Kahn se ensanchó.

—¿Kraven ha estado contando batallitas otra vez?

Como cualquier otro Ejecutor, Khan creía que Kraven llevaba seiscientos años presumiendo de aquella victoria.

—A eso me refiero —insistió ella—. No es más que una historia. Su historia. No

hay pruebas de que matara realmente a Lucian. Sólo su palabra.

El tono desdeñoso de su voz evidenciaba el poco valor que le concedía a la palabra de Kraven.

La implícita acusación atrajo la atención de Kahn. Su sonrisa amigable se esfumó y le dirigió a la ejecutora una mirada mortalmente seria.

—Viktor lo creía —le recordó en voz baja—. Y eso es lo único que importa. —Apartó cuidadosamente las piezas desensambladas del arma y la miró con aire cansino—. Vamos a ver, ¿adonde quieres ir a parar?

Ella no tenía una respuesta inmediata, sólo la vaga e inquietante sospecha de que Kraven no se lo había contado todo. ¿Era posible que la constante hostilidad con que recibía su investigación se debiera a algo más que a los celos?

—A ninguna parte —musitó al fin. No quería cargar a Kahn con lo que por el momento no eran más que sospechas sin confirmar. Se encogió de hombros como si la cosa no fuera realmente importante, sacó la Beretta y se volvió de nuevo hacia el campo de tiro. Su pie pisó el botón que ponía en marcha los objetivos.

Apareció otro busto de cerámica. Selene imaginó el rencoroso y arrogante semblante de Kraven mientras lo reducía metódicamente a pedazos.

No hizo que se sintiera mejor.

• • •

La incesante lluvia no estaba mejorando el humor de Kraven. Un interminable reguero de agua fría corría por su nuca mientras Soren y él aguardaban en las sombras de una callejuela inmunda en uno de los peores barrios del centro de Pest, apenas a unas manzanas de distancia de los garitos infestados de drogadictos de las plazas de Matyas y Razocki. Bajo sus pies, el pavimento estaba cubierto de colillas y fragmentos de cristal. En las paredes mugrientas de piedra del callejón podían leerse eslóganes políticos y obscenidades, mientras que varios metros detrás de ellos, la lluvia caía sin descanso sobre el lateral de un paso a nivel de hormigón cubierto de graffitis.

Lo único bueno que tenía aquel tiempo apestoso, pensó Kraven, era que vaciaba las calles de estúpidos turistas, jueguistas y gentuza. Hasta la creciente población de indigentes de Budapest parecía haber buscado refugio en otra parte.

Bien, pensó con amargura. Se encorvó en el interior del largo abrigo negro y mantuvo el rostro bien oculto bajo el cuello, como una tortuga escondiéndose en su caparazón. Cuantos menos ojos presencien el encuentro de esta noche, tanto mejor.

Las campanas del reloj de una torre cercana tañeron para dar la hora. Kraven lanzó una mirada impaciente a su propio reloj. Eran casi las diez de la noche.

—¿Dónde demonios está? —musitó al musculoso vampiro vestido de negro que tenía a su lado.

Soren se encogió de hombros. Estaba vigilando con mucha cautela el callejón y los alrededores, atento al menor indicio de traición. Kraven se alegraba de tener a su lado al cuidadoso guardaespaldas pero deseaba regresar a Ordoghaz lo antes posible. No quería darle a Selene razones para cuestionar su ausencia.

Más agua de lluvia se coló por debajo del cuello de su abrigo y congeló un poco más su carne ya gélida. Estaba a punto de echarlo todo a rodar, de abandonar y regresar a casa, cuando una ominosa limusina negra aparcó en el bordillo de la calle mal iluminada en la que desembocaba el callejón.

Ya era hora, pensó Kraven con indignación. Su resentimiento escondía una inquietud profunda. Tras lanzar una mirada furtiva a su alrededor, salió del callejón seguido por Soren.

Una figura de piel negra salió del asiento del copiloto de la limusina. Kraven reconoció a Raze, un espécimen particularmente salvaje de la raza de los lupinos. Al musculoso licanos no parecían haberle sentado demasiado bien las estrellas de plata que Selene le había clavado la noche anterior. Qué pena, pensó Kraven. Nunca le había gustado Raze.

Soren y Raze intercambiaron una mirada de hostilidad. Muy parecidos en cierto sentido, los dos letales guerreros se odiaban fervientemente. Ambos esperaban con impaciencia la oportunidad de decidir cuál de los dos era más peligroso. Kraven hubiera apostado por Soren, más que nada por la innata superioridad del vampiro sobre el licano, pero no tenía la menor intención de soltarle la correa aquella noche. Las cosas ya estaban muy delicadas por sí solas.

Raze abrió la puerta trasera de la limusina e indicó a Kraven que entrara. Éste tragó saliva, incapaz de disimular del todo la incomodidad que sentía, y subió al coche. Mientras Raze cerraba la puerta, Kraven no pudo evitar mirar atrás una última vez para asegurarse de que Soren seguía allí. Entonces la puerta se cerró bruscamente y lo dejó aislado de su imponente guardaespaldas.

Barbilla alta, se recordó para sus adentros tratando de darse ánimos. No muestres debilidad. No soy yo el que tiene que temer el desenlace de este encuentro. No tengo nada de que disculparme.

A pesar de ello, tenía un nudo en la garganta.

El interior de la limusina estaba a oscuras y olía a moho. La luz parpadeante de una farola cercana penetraba débilmente el cristal negro de las ventanillas tintadas del vehículo. Al otro lado de la ventanilla, Kraven vio que Soren y Raze tomaban posiciones a ambos lados de la limusina. Se fulminaron el uno al otro con la mirada, dos soldados inmortales que aventaban su amarga rivalidad bajo la incesante lluvia.

Kraven apartó de mala gana la mirada de la ventana y le prestó toda su atención al asunto que se traían entre manos. Más nervioso con respecto a aquel encuentro de lo que se atrevía a admitir incluso a sí mismo, decidió pasar de inmediato a la ofensiva.

—¡Enfrentarse a un grupo de Ejecutores en público y dedicarse después a perseguir a un humano inútil no es precisamente lo que tenía pensado! —protestó con brusquedad mientras realizaba un expresivo despliegue de justa indignación. Helado, húmedo e incómodo, dejó que las sensaciones físicas que estaba experimentando se transmitieran a su voz—. Se os dijo que estuvierais en silencio y no os dejarais ver —continuó—, no que...

Una mano emergió de improviso de la oscuridad del otro asiento, sujetó a Kraven por el cuello e interrumpió su diatriba. Una figura ataviada de negro se inclinó hacia él. Sus ojos entornados no mostraban demasiada paciencia para con el histrionismo del empapado vampiro.

—Cálmate, Kraven —dijo Lucian. Como de costumbre, el medallón en forma de estrella brillaba sobre su pecho. Kraven nunca le había visto sin él.

Las uñas de los dedos del licano se extendieron y se convirtieron en garras afiladas como cuchillos que se clavaron en la carne de Kraven. El vampiro se encogió de dolor, y trató en vano de librarse de la poderosa presa de Lucian. Intentó decir algo pero casi no podía ni respirar. Lucian apretó y asfixió a Kraven un poco más.

—El humano no te concierne —dijo el licano con calma, como si en aquel mismo momento no estuviera ahogando a Kraven—. Y además —añadió con una sonrisa lupina—. Creo que ya hemos estado en silencio demasiado tiempo.

Lo soltó por fin. Jadeando, Kraven se dejó caer sobre el respaldo de su asiento. Lanzó una mirada funesta a Lucian con los ojos inyectados en sangre. No por primera vez, lamentó el día en que firmara una alianza con aquel repulsivo hombre-bestia. Algún día pagará esta afrenta, se prometió en silencio. En aquel momento había demasiado en juego como para ponerlo en peligro. Pero algún día. Y no muy lejano...

Tras recuperar el aliento, hizo lo que pudo por recobrar la dignidad.

—Mantén a tus hombres a raya, Lucian. Al menos por algún tiempo. —Lucian necesitaba que le recordaran que Kraven era su colega de conspiración, no su subordinado—. No me obligues a arrepentirme de nuestro acuerdo.

Lucian se rió en voz baja. Saltaba a la vista que la amenaza de Kraven no lo había impresionado. Sus uñas recobraron su tamaño normal mientras dirigía al petulante vampiro una mirada capaz de marchitar las flores.

—Tú concéntrate en tu parte —le dijo con un tono que no toleraba disenso alguno—. Recuerda que ya he sangrado por ti en una ocasión. Sin mí, no tendrías nada.

Sus ojos grises, que no conocían el miedo, desafiaron a Kraven a contradecirlo. Lo repitió con lentitud, subrayando cada palabra para darle mayor énfasis.

—No serías... nada.

Capítulo 14

En la mohosa atmósfera del archivo reinaba el peso de las edades. Las estanterías de roble oscuro se inclinaban bajo el peso de incontables volúmenes de saber e historia. Manuscritos miniados, trabajosamente ilustrados y copiados por monjes medievales, compartían las abarrotadas estanterías con los abundantes frutos literarios de las generaciones posteriores a Gutenberg. Memorias, historias y códices encuadernados en piel se guardaban en dobles filas o se amontonaban sobre el suelo en pilas en precario equilibrio que amenazaban con volcarse en cualquier momento. Había polvorientos artefactos —recuerdos de los siglos pasados— desperdigados aquí y allá entre numerosos registros escritos: un cáliz de bronce del siglo XIII, la curva cimitarra de un príncipe otomano muerto hacía siglos, una placa de plata en relieve que conmemoraba la Batalla de Vezekeny de 1654, un cetro de filigrana dorada con el símbolo regio de Transilvania... reliquias preciosas todas ellas de novecientos siglos de historia vampírica.

Selene tenía toda la apartada biblioteca para ella sola. No era nada nuevo; Kraven y su séquito de hedonistas sentían más interés por los placeres del presente que por los restos acumulados del pasado. Los arcaicos tomos estaban cubiertos de polvo y telarañas, lo que demostraba lo raro que era que el archivo recibiera la visita de alguno de los sibaritas que habitaban en Ordoghaz. Ni siquiera las numerosísimas criadas de la mansión entraban más que en raras ocasiones en aquellas estancias polvorientas. Por regla general, eran elegidas más por la belleza de su rostro y su figura y por su disposición complaciente que por su diligencia.

Igual da, pensó Selene. Tenía que realizar una investigación importante y no quería que la interrumpieran. Sus ojos recorrieron las atestadas estanterías en busca de los legajos específicos que necesitaba. Ataviada aún para la batalla, caminaba por la biblioteca con su traje de cuero manchado de barro. En el exterior, la tormenta todavía arreciaba. La lluvia azotaba los ventanales de medio punto de la biblioteca y proyectaba espeluznantes y acuosas sombras que danzaban sobre las paredes.

Su mirada se posó en la puerta rectangular de pino del inocente armario, encajado entre dos enormes estanterías de roble. A decir verdad, habían pasado casi setenta años desde que examinase aquellos archivos en persona pero recordaba vagamente que las crónicas referentes a las primeras décadas de la guerra se guardaban en aquel armario abandonado. En teoría, la información que buscaba debía de estar allí.

Dio un suave tirón al antiquísimo pomo de cristal y descubrió que la puerta del armario estaba cerrada. Por supuesto, pensó frunciendo el ceño. Sólo el cielo sabía qué se había hecho de la llave. Pero no estaba dispuesta a dejarse desalentar tan fácilmente, de modo que levantó la pierna y —¡Ka-boom!— arrancó la obstinada

puerta de sus goznes. La luz polvorienta se arrastró hasta el interior del armario y su contenido quedó al descubierto por vez primera en varias generaciones. Selene sonrió al ver varias docenas de tomos pesados, guardados en una vitrina de grueso cristal, tal como ella recordaba.

Eureka, pensó.

La vitrina no estaba cerrada, lo que le ahorró la necesidad de seguir rompiendo cosas. Tras abrirla, cribó con la mirada los volúmenes, examinando sus lomos y tapas desgastados por el tiempo. Seleccionó cuatro o cinco de los candidatos más prometedores y llevó los gruesos textos a una mesa de arce de estilo victoriano que dominaba el centro de la biblioteca. Sopló sobre las tapas y la mesa para quitarles las décadas de polvo acumulado y a continuación se sentó para inspeccionar las antiquísimas crónicas.

En un mundo perfecto, se hubiera tomado su tiempo para examinarlos con detenimiento y poder leer con cuidado hasta la última de las palabras. Sin embargo, tenía la sensación de que se le estaba acabando el tiempo, de modo que pasó rápida pero suavemente las reseca y crujientes páginas, en busca de las respuestas que necesitaba con urgencia.

Las columnas de caligrafía intrincada estaban acompañadas por imágenes medio borradas que representaban escenas de la larga cruzada contra los hombres-lobo. Al principio, Selene asintió de aprobación al ver los retratos de Ejecutores medievales cabalgando a la batalla y su corazón no-muerto se llenó de orgullo. Sin embargo, a medida que continuaba examinando los elaboradamente detallados grabados, empezó a encontrarse, con creciente consternación, con ilustraciones que más que batallas parecían representar masacres. Imágenes espeluznantes, dignas de Doré, mostraban a hombres y mujeres-bestia (reconocibles por sus pelajes y sus zarpas) torturados y quemados en la pira por sus ancestros. Cachorros medio humanos eran arrojados como combustible a las llamas o aplastados por los cascos de plata de los corceles de los Ejecutores, para quienes su condición no suponía garantía alguna de cuartel. Desde el otro lado de un abismo de siglos, el miedo y la angustia de los licanos se escuchaba alto y claro.

Frunciendo el ceño, pasó una página y se encontró con otra ilustración igualmente inquietante que mostraba a varios licanos encadenados, lo mismo machos que hembras, obligados a arrodillarse y marcados como ganado. Crueles Ejecutores, armados con picas y ballestas, asistían a la escena mientras la plata al rojo vivo se aplicaba al cuerpo de los desgraciados licanos y dibujaba los emblemas de sus nuevos amos en su misma carne.

—¿Qué es esto? —preguntó Selene con voz entrecortada mientras se apartaba de las horripilantes imágenes. ¿Mitos de la antigüedad? ¿Propaganda medieval?

Pasó un dedo por el amarillento pergamino tratando de encontrar alguna

explicación a las inquietantes ilustraciones del libro. Su frente marfileña se arrugó mientras trataba de descifrar el texto adyacente. Por desgracia, los diminutos caracteres parecían emplear una forma arcaica del magiar que estaba más allá de sus conocimientos. Contempló con frustración la diminuta e indescifrable caligrafía, que estaba astutamente entrelazada con varias imágenes en miniatura en las que se representaban los diferentes símbolos con los que se marcaba la carne de los aullantes licanos. Puede, pensó, que aquellas páginas constituyesen un catálogo de las diferentes marcas.

Al mirar con mayor detenimiento los misteriosos símbolos, no pudo dejar de observar que aunque las diferentes marcas variaban ligeramente de ilustración a ilustración, todos los diseños tenían como base una de las siguientes mayúsculas: V, A o M.

Como la insignia en las tumbas de los Antiguos.

Viktor, Amelia y Marcus.

A pesar de la ropa de cuero ajustado que vestía, un escalofrío recorrió el cuerpo de Selene. Mientras su mente le daba la espalda a las implicaciones inquietantes de los grabados medievales, apartó el volumen acusador y alargó la mano hacia un libro diferente.

Por suerte, este estaba escrito en Inglés Antiguo. Sin embargo, al pasar sus páginas se dio cuenta de que muchas de las ilustraciones y párrafos habían sido tapados con una generosa aplicación de impenetrable tinta india. Además, parecía que le habían arrancado docenas de páginas. Levantó el libro sobre la mesa y le dio la vuelta: no cayó ninguna de las páginas que faltaban.

Interesante, pensó Selene. Aquello resultaba cada vez más sospechoso. ¿Por qué se habría molestado alguien tanto en ocultar el pasado? ¿Qué oscuro secreto estaba tratando de esconder?

Mientras hojeaba el maltrecho volumen, topó con la imagen de un solitario macho licano, con las garras lupinas extendidas a ambos lados del cuerpo. Lo más curioso era que el rostro del licano había sido quemado por completo y cerca del borde superior de la imagen no quedaba más que un agujero circular.

Selene examinó con más cuidado el mutilado retrato. En el brazo derecho del licano sin cara se veía con toda claridad una marca que contenía una elaborada V mayúscula de grandes dimensiones.

V por Viktor, pensó casi sin querer.

Bajo el retrato, una leyenda borrosa rezaba:

«Lucian, azote de inmortales, señor de la horda de los licanos».

Selene esbozó una sonrisa sombría. Por fin estamos llegando a alguna parte, pensó. Eso era lo que había estado buscando.

Bajo el retrato decapitado de Lucian había otro grabado en el que se representaba una trabada batalla entre vampiros y licanos. Los vampiros, armados con espadas y ballestas de plata, atacaban una manada de licanos humanoides y lupinos, y cada bando infligía graves bajas al contrario. La caballería de los vampiros empalaba a los licanos en sus lanzas de plata, de tres en tres y hasta de cuatro en cuatro, mientras que en otra parte de la página, licántropos completamente transformados hacían pedazos a desgraciados vampiros con garras del tamaño de cuchillos y colmillos. Como fondo se veía humo y fuego que ascendían al cielo de la noche desde las bocas de varias cavernas de una montaña lejana. En el cielo, la luna, con los rasgos de un licano enfurecido, contemplaba la sanguinaria escena con rabia asesina en los ojos.

Selene reconoció, gracias a los egocéntricos relatos de Kraven, la crucial Batalla de los Alpes. Su dedo pasó sobre el párrafo de la siguiente página.

«De las docenas de almas valientes que se aventuraron en la infernal fortaleza de Lucian, sólo un vampiro sobrevivió: Kraven de Leicester, que fue recompensado con largueza, no sólo por haber entregado a las llamas el castillo sino por regresar con la prueba tangible de la caída del amo de los licanos: la piel con la marca al hierro, cortada del brazo de Lucian».

Al final de la página había lo que parecía un trozo de cuero seco de color marrón, plegado varias veces en forma de cuadrado. ¿La «prueba tangible», anteriormente mencionada? Arrugando la nariz con repugnancia, Selene desdobló con cuidado el miserable trozo de piel y encontró la estilizada V grabada en el fragmento.

Siguió la marca con la yema del dedo, consciente del significado histórico del objeto. No era un sencillo trozo de cuero, era un pedazo de piel arrancado de la carne de un licano caído. Su mirada pasó al retrato sin cara que encabezaba la página adyacente y comparó la marca del brazo de Lucian con la del repulsivo fragmento que tenía delante.

Las marcas eran idénticas.

¿*Qué me dices de esto?*, pensó, sin saber sí se sentía aliviada o decepcionada ahora que los archivos habían confirmado la historia de Kraven sobre la muerte de Lucian, que hacía seis siglos le había permitido ascender de inmediato a las posiciones superiores de la jerarquía del aquelarre. Por mucho que hubiera deseado coger a Kraven en una mentira, se alegraba de saber que el infame Lucian estaba realmente muerto.

¿*O no lo estaba?*

Al volver a mirar el retrato quemado de Lucian, Selene reparó en una mancha ennegrecida que había debajo del agujero que había reemplazado su cara. ¿Había algo bajo las antiguas cenizas? Se humedeció el dedo y limpió con mucha suavidad parte de la mancha. Un objeto de aspecto familiar apareció ante sus ojos.

¡Por todos los demonios del Infierno! Reconoció al instante el pendiente que

llevaba el licano anónimo que la había herido en el hombro y había estado a punto de matarla la noche anterior. No puedo creerlo, pensó, pasmada por su descubrimiento. ¿Es posible que ése fuera... Lucian?

De ser así, quería decir que el desliz anterior de Kraven era más revelador de lo que había temido al principio... y que el mayor enemigo de su pueblo estaba vivo y coleando.

Cerró el libro con fuerza. Hasta el último de sus nervios temblaba de alarma. Tenía que hacer algo, contárselo a alguien, antes de que fuera demasiado tarde. Lucian, señor de los licanos, seguía vivo... ¡Y estaba buscando a Michael!

Se levantó de un salto y se volvió hacia la puerta. Para su sorpresa, la ubicua Erika se encontraba parada en la entrada. *¿Otra vez?*, pensó Selene con impaciencia. *Voy a tener que ponerle una campanilla a esta inquisitiva criada.*

—Te he estado buscando por todas partes —se explicó la vampiresa rubia, aunque con voz un poco apagada. Recorrió el archivo con mirada desdeñosa, como si creyera que una vampiresa digna de ese nombre no debiera frecuentar un sitio semejante.

¿Y ahora qué pasa?, pensó Selene en respuesta a la queja de Erika.

—Ahora no —dijo bruscamente. Si Lucian había regresado y estaba urdiendo planes contra el aquelarre, complacer a Erika era la menor de sus preocupaciones.

Se dirigió a la entrada suponiendo que Erika se haría a un lado. Por el contrario, un esbelto y brazo blanco se movió con la rapidez de un rayo y bloqueó la salida.

—Lo han mordido. A tu humano —balbuceó la pequeña sirvienta—. Un licano lo ha marcado.

Selene parpadeó, sorprendida. ¿Se trataba de una especie de chiste perverso? Erika no podía estar hablando en serio.

—¿Te ha pedido Kraven que me dijeras eso? —preguntó con suspicacia.

—¡No! —Erika sacudió la cabeza—. He visto la herida con mis propios ojos. ¡Lo juro!

¿Es posible que esté diciendo la verdad? La mente de Selene regresó a toda prisa a la noche anterior, cuando había rescatado a Michael de aquel licano (¿Lucian?) en el edificio de apartamentos. Recordaba haber sacado a Michael a rastras de debajo del licano, después de que el hombre-bestia cayera encima de él en el ascensor. *¿Habría logrado el licano morderlo antes de que ella hubiera arrancado al aterrizado humano de entre sus brazos? Puede, admitió a regañadientes. En el apresuramiento y confusión de su fuga, todo era posible.*

¿Era Michael ahora uno de sus enemigos? ¿Lo había perdido irrevocablemente? No, decidió Selene de súbito. *Me niego a aceptar eso.* Michael era demasiado importante, para todos ellos, como para abandonar tan deprisa. La idea de verlo convertido en otro monstruo subhumano y voraz le destrozaba el corazón de un modo que ni siquiera podía empezar a comprender. De una manera o de otra, encontrará el

modo de salvarlo.

Clavó la mirada en Erika y a continuación se volvió hacia el brazo extendido de la criada. Erika se encogió visiblemente ante la pétrea mirada de Selene, bajó el brazo y se hizo a un lado para permitir que Selene cruzara el umbral y saliera al pasillo.

—Pero, ¿qué pasa con el Convenio? —preguntó Erika con nerviosismo mientras la otra salía de la biblioteca.

La inexperta criada no tenía que recordar a Selene el Convenio de la Sangre. Era el código sagrado por el que la vampiresa se había regido y había cazado durante toda su existencia como no-muerta. Temer por la seguridad de uno a quien los lobos habían reclamado iba en contra de todo lo que Selene había creído siempre y por lo que había luchado.

Me da igual, pensó, mientras se encaminaba a la cuestionable privacidad de sus propios aposentos. El grito de advertencia de Erika la siguió por el solitario pasillo.

—¡Ya sabes que está prohibido!

• • •

El Dr. Adam Lockwood bostezó antes de seguir con su ronda en el hospital. Estaba siendo una noche de mucho trabajo en la unidad de traumatología y la falta de personal no contribuía a mejorar las cosas. Por centésima vez aquella noche se preguntó qué habría sido de Michael Corvin. El otro norteamericano había faltado ya a dos turnos y no contestaba a las cada vez más urgentes llamadas telefónicas del supervisor. Espero que esté bien, se dijo el atareado residente. Michael siempre ha sido muy responsable, hasta ahora.

La atmósfera antiséptica del hospital llenaba sus fosas nasales mientras caminaba por la planta de camino a la salita de los médicos. Una jarra de café lo estaba llamando a gritos y Adam se dijo que una dosis de cafeína era precisamente lo que el doctor recetaba en aquel momento. Sin embargo, no hizo falta ningún estimulante para que el corazón le diera un vuelco cuando la puerta que había a su derecha se abrió de repente, unas manos poderosas lo sujetaron y lo introdujeron a la fuerza en una habitación de examen vacía.

¿Qué demonios...? Adam trató de gritar pidiendo ayuda pero una mano sudorosa le había tapado la boca. ¡No puedo creerlo!, pensó frenéticamente. ¡Me están secuestrando en mi propio hospital!

La puerta se cerró de un portazo y Adam quedó atrapado en la sala con su agresor. Una voz ronca le susurró al oído:

—No temas. ¡Soy yo, Michael!

¿Michael?

El aterrorizado doctor asintió para demostrar que había comprendido y la mano intrusa se apartó de su rostro. Adam resistió el impulso de gritar pidiendo ayuda y

optó por indagar un poco más antes de apretar el botón del pánico. Al menos le debía eso a Michael por su amistad.

Michael es un buen tío, pensó. Es imposible que sea peligroso, ¿o no?

La otra mano le soltó el hombro y Adam se volvió lentamente hacia su compañero. La luz de la luna entraba en la sala de observación por una ventana cerrada y lo que la extraña iluminación plateada reveló dejó a Adam estupefacto.

Michael tenía un aspecto horroroso. Seguía vestido con la misma chaqueta y los mismos pantalones manchados de sangre que llevaba la noche pasada, después de haberse visto atrapado en un tiroteo en el metro. Su destrozada ropa tenía ahora además manchas de hierba y de barro y parecía como si la hubieran arrastrado, y al propio Michael con ella, por algún frente de guerra dejado de la mano de dios.

El rostro de Michael estaba pálido y húmedo de sudor. Tenía los ojos inyectados en sangre y un feo cardenal de color púrpura en la frente. Tiritaba de manera incontrolable y sus manos se agitaban como ramas de árbol en un vendaval. Tenía numerosos cortes y arañazos en la cara, cuello y manos y unos cercos oscuros y lívidos rodeaban sus ojos enloquecidos. Parecía enfermo, febril, fuera de control. Adam apenas reconoció al capacitado médico al que había llegado a conocer durante los últimos meses.

—Por el amor de Dios, Michael, ¿qué te ha pasado?

La explicación de Michael no satisfizo al otro médico, que escuchó con creciente alarma cómo desgranaba su atribulado colega una historia absurda e irracional sobre persecuciones de coches, tiroteos, mujeres que levitaban, perros guardianes y monstruos que gruñían desde los tejados. Era absurdo y sin embargo Michael parecía espeluznantemente sincero mientras describía cada evento de pesadilla con la vehemencia de un paranoico. Paseaba erráticamente mientras hablaba, recorriendo el cuarto de arriba abajo como un animal enjaulado.

—Y desde que él me mordió —insistió— he estado teniendo estas... eh... no sé cómo las llamarías tú... ¿alucinaciones; ilusiones? —Se asomó a su interior para contemplar unas visiones infernales que sólo él podía percibir—. Lo único que sé es que me siento como si el cráneo se me estuviera partiendo por la mitad.

Adam trató de analizar el extravagante relato.

—¿Un hombre adulto te mordió?

Michael se levantó el cuello de la camiseta y le mostró una herida de aspecto espantoso en su hombro derecho. Al acercarse un poco más para examinarla mejor, Adam comprobó que consistía en cuatro profundas incisiones en el bien desarrollado trapecio de Michael. Para su consternación, el área que las rodeaba estaba caliente y decolorada; estaba claro que la zona se había infectado.

—¿Seguro que no fue un perro? —preguntó. Miró las marcas a través de los cristales manchados de sus gafas. A juzgar por el radio del mordisco, parecía que un

sabueso de gran tamaño era el responsable. Un gran danés, quizá, o un pastor alemán. Enfurecido, Michael lo apartó de un manotazo.

—¡He dicho que fue un hombre!

Adam se apartó con cautela, sobresaltado por el arrebató de su amigo.

—Está bien —dijo con el mismo tono tranquilizador que reservaba para los parientes protestones y los drogadictos en estado de ansiedad—. Pero eres tú el que ha hablado de alucinaciones, no yo.

Michael se encogió visiblemente, como si su repentino estallido lo hubiera dejado exhausto. Mientras se preguntaba una vez más si debía llamar a seguridad, Adam lo condujo con cuidado a la mesa de examen. Un escritorio cercano y un pequeño armario completaban el escaso mobiliario del cuarto.

—Vamos, siéntate.

El papel que cubría la mesa crujió mientras Michael obedecía a regañadientes. Se sentó de lado en la mesa acolchada con las piernas varios centímetros por encima del suelo. Ahora parecía más calmado pero Adam seguía preocupado por su inquietante comportamiento de hacía unos momentos. *Esta noche no es él mismo*, eso está claro.

Recurriendo a sus modales más tranquilizadoras, volvió a acercarse tímidamente a él y examinó con más detenimiento la hinchazón púrpura de la frente lastimada del residente.

—Preciosa —señaló con aire sarcástico—. A juzgar por su aspecto, yo diría que tienes una conmoción leve.

Sin embargo, tenía la sospecha de que la conmoción era el menor de los problemas de Michael. ¿Estará metido en drogas?, se preguntó. Michael nunca le había parecido la clase de tío que se metía en drogas pero con estas cosas nunca se sabía. De pronto se dio cuenta de que conocía muy pocas cosas sobre su vida fuera del hospital.

¿Por qué estarían esos policías tan interesados por él anoche?

Tras sacar un termómetro digital del bolsillo de su bata, el larguirucho doctor insertó el instrumento en el oído de Michael. Mientras tanto, éste cogió un poco de material médico de una mesa cercana y empezó a limpiarse las marcas del mordisco con un algodón empapado en alcohol.

A juzgar por la decoloración de la zona que rodeaba las perforaciones, Adam sospechaba que el alcohol no iba a ser suficiente. Lo más probable era que Michael fuera a necesitar antibióticos.

—Aunque tenga una conmoción —dijo Michael con voz áspera—, ese tío iba a por mí, igual que aquellos polis...

Adam tragó saliva. Se sentía culpable. Él acababa de pensar en lo mismo, o sea, en los policías. ¿Tenía Michael problemas con la ley? ¿Estaba involucrado de alguna manera con el tiroteo del subterráneo? Cuesta creerlo, pensó. Aunque lo cierto es que

él nunca había visto a Michael comportarse así o con ese aspecto.

El termómetro emitió un zumbido electrónico y Adam lo sacó de la oreja del paciente. Sus vagas sospechas con respecto a las actividades recientes de Michael se vieron aparcadas momentáneamente por la sorpresa que sufrió al ver la temperatura del joven, que alcanzaba la alarmante cifra de 40°C.

—Jesucristo —balbució—. Estás ardiendo.

Pero Michael estaba demasiado ensimismado en su enloquecida y alucinante narración como para reaccionar a la afirmación de Adam. Siguió farfullando entre dientes mientras se aplicaba un ungüento al hombro y empezaba a vendarse la herida.

—Y la mujer del metro, esa tal Selene, no estoy seguro, puede que... —sus ojos rojizos cobraron un brillo maníaco mientras su voz empezaba a aproximarse a la histeria—. ¡Demonios, por lo que yo sé, lo mismo podrían estar todos metidos!

Definitivamente había perdido la cabeza, concluyó Adam, no poco asustado por el modo en que estaba actuando su amigo.

—Por el amor de Dios, Michael —exclamó, con la esperanza de traerlo de regreso a la realidad—. ¿Metidos en qué?

—¿Es que no me has estado escuchando? —le espetó Michael. Adam se apartó de la mesa de examen—. ¡Ella me cogió como rehén!

Seguro, pensó Adam con escepticismo. Lo más probable era que la mujer de las pistolas de Michael no fuera más que una de esas alucinaciones que había mencionado. Esto es demasiado para mí solo, decidió Adam, y lanzó una mirada hacia la puerta. Está demasiado ido.

—Muy bien, muy bien —dijo, tratando de aplacar a Michael—. Cálmate. Voy a ayudarte a solucionar todo esto. —Empezó a caminar con lentitud hacia la puerta pero su intento de fuga provocó a Michael, quien saltó de la mesa y lo agarró por el brazo con mucha fuerza. Por un instante, Adam temió por su vida y el corazón empezó a palparle furiosamente—. ¡Au! Sólo voy a mi oficina para coger un número de teléfono. —Por favor, pensó, asustado mortalmente por su compañero, no me hagas daño, te lo ruego—. Un buen amigo mío es abogado. Él sabrá lo que tenemos que hacer.

¿Se lo tragaría Michael? Adam contuvo el aliento mientras esperaba la reacción de su amigo. Transcurrió un interminable momento, durante el cual toda su vida y su más o menos prometedora pasaron frente a sus ojos, pero al fin Michael lo soltó y volvió a dejarse caer sobre la mesa de examen.

—Lo siento —se disculpó con voz débil—. Lo que pasa es que...

Un abrumador sentimiento de alivio dejó a Adam temblando de rodillas para arriba. Ha estado cerca, pensó, y exhaló al fin. Estaba claro que Michael había perdido el control. Era capaz de cualquier cosa. Debo de estar loco por quedarme aquí solo con él. Tengo que conseguir ayuda... ¡De inmediato!

—No pasa nada —le aseguró a Michael, mientras esbozaba una tranquilizadora (y completamente fraudulenta) sonrisa. Una vez más, empezó a caminar hacia la puerta. Sus dedos tantearon torpemente a su espalda en busca del picaporte de la puerta—. Relájate. Volveré enseguida, te lo prometo.

Lo cierto es que estaba seguro de que Michael iba a abalanzarse sobre él como un loco en el preciso momento en que sus dedos giraran el picaporte pero, para su sorpresa y su deleite, el enloquecido residente le permitió abrir la puerta y salir al pasillo. Volvió a cerrar la puerta con cuidado, deseando tener una llave para cerrarla, antes de permitir que todo su miedo y su ansiedad acumulados se descargaran y lo dejaran pálido y temblando fuera de la sala de observación.

¡Lo he conseguido!, pensó mientras exhalaba un jadeo de alivio. Gracias a Dios. Bajo su bata de laboratorio, una película de sudor frío le pegaba la camiseta blanca a la espalda. Cerró los ojos y se tomó un momento para recobrar de la tensión psicológica provocada por el inquietante encuentro con Michael antes de buscar en su bolsillo la tarjeta que aquellos dos policías le habían entregado el día anterior. ¿Dónde coño la había puesto?

Ah, ahí estaba. Sacó el móvil y marcó apresuradamente el teléfono que aparecía en ella.

Los dos oficiales, Pierce y Taylor, llegaron con sorprendente rapidez, menos de diez minutos después de haber recibido la llamada de Adam. Sea lo que sea lo que quieren de Michael, dedujo el doctor, debe de ser serio.

Estaba seguro de que había tomado la decisión apropiada al contactar con la policía.

—Gracias por venir —murmuró a los oficiales. Hablaba con voz baja por si Michael estaba escuchando. Por toda la planta, las enfermeras y los pacientes observaban con curiosidad mal disimulada cómo guiaba a los policías a la sala en la que se encontraba ahora el agitado residente—. No sé lo que le pasa —balbució Adam con tono lastimero—. Nunca lo había visto de esta manera.

Los fornidos agentes asintieron bruscamente y se acercaron a la puerta cerrada con las manos en la empuñadura de las pistolas. Adam esperaba que no fueran demasiado duros con Michael. Probablemente debería informar a la embajada americana, pensó, a no ser que sea la policía la que se encargue. No estaba familiarizado con el procedimiento. Estaban casi en la sala de observación cuando se oyó un fuerte ruido al otro lado de la puerta. Un cristal se hizo añicos y Pierce y Taylor respondieron inmediatamente. Con las armas desenfundadas, cargaron contra la puerta y la abrieron de un empujón. Adam los siguió, aunque a una prudente distancia. Temía que se produjera una pelea e incluso un tiroteo pero el único sonido que salió de la habitación era el quejumbroso susurro del viento.

No lo entiendo. No había apartado la vista de la puerta un solo momento mientras

esperaba a que llegasen los policías. Michael no podía haber salido. ¿Y qué ha sido ese ruido?

Se asomó con aire asustado por la puerta de la sala de observación. El viento y la lluvia entraban por la ventana rota del otro lado de la habitación. El más alto de los policías, Pierce, corrió hasta la ventana, sacó la cabeza por el vano y miró la calle. Con el ceño fruncido, se volvió hacia su compañero y sacudió la cabeza. Adam supuso que Michael no estaba a la vista.

Los frustrados policías se volvieron hacia él con cara de pocos amigos.

—¡Estaba aquí! —insistió el doctor. Levantó las manos en un gesto que pretendía indicar impotencia. No es culpa mía, pensó a la defensiva, que su principal sospechoso haya saltado por la ventana. ¡Dado el estado mental en que se encontraba, he tenido suerte de que no me atacara!

Pierce y Taylor intercambiaron una mirada de contrariedad y a continuación salieron corriendo de la habitación sin prestar la menor atención a Adam. Un frío viento azotó la cara de éste desde la ventana abierta y cerró la puerta para cortar la corriente. Perturbado por la mirada de furia desnuda que había visto en los ojos oscuros de los policías, los siguió con la mirada.

—¡Eh! —les gritó. Corrió tras ellos para cogerlos antes de que abandonaran el edificio—. No van a dispararle, ¿verdad?

• • •

Michael esperó hasta que los pasos de Adam se perdieron en la distancia y entonces abrió cautelosamente la puerta del armario. Con cuidado de no agitar las perchas de metal que colgaban alrededor de su cabeza y sus hombros, contempló por la pequeña rendija la sala de observación iluminada por la luz de la luna. En el exterior, el estallido de un relámpago iluminó todos los rincones del cuarto.

No hay moros en la costa, decidió. Tras dar gracias a que Adam y los policías hubieran caído en su truco de la ventana, salió sigilosamente del armario. Miró a su alrededor con aprensión y se preguntó de cuánto tiempo dispondría hasta que volvieran a registrar la habitación. Tengo que irme de aquí pero, ¿adonde?

Acudir a la policía estaba descartado. Según el mensaje que Adam le había dejado en el contestador el día anterior, la policía sospechaba que tenía algo que ver con el sanguinario tiroteo del metro y, teniendo en cuenta todo lo que había ocurrido, Michael no estaba seguro de poder convencerlos de lo contrario. Parecía encontrarse en medio de aquel mortal embrollo.

La embajada americana de la Plaza Libertad tampoco era una buena opción. Si hasta Adam creía que estaba loco, ¿qué pensarían los sensibles chicos de la embajada de los EE.UU. cuando tratara de explicarles lo que le había ocurrido? *¡Demonios, si hasta yo estoy empezando a cuestionar mi cordura!*

Sintió un ataque de náuseas y una convulsión lo obligó a doblarse sobre sí mismo con las manos en las tripas. Apretó las mandíbulas con fuerza para no vomitar y luchó como un loco para contener el ataque. El sudor le cubrió la frente mientras en su interior se sentía como si le estuvieran dando la vuelta a las entrañas. Jesús, ¿qué es lo que me pasa?, volvió a preguntarse, angustiado. Nada de lo que había aprendido durante la carrera le ofrecía un diagnóstico razonable sobre su condición. Su visión cambió bajo la luz de la luna y por un instante perdió la noción de los colores. El hombro infectado le palpitaba en sincronía con el espantoso latido del interior de su cráneo. Le dolían los dientes como si estuvieran tratando de arrancárselos de las encías.

Pero no era sólo que estuviera físicamente enfermo. También se estaba volviendo loco. Los guerreros fantasmales, armados con ballestas y virotes de plata acechaban en los márgenes de su campo de visión.

Impresiones e imágenes fragmentarias que no tenían relación alguna con la vida que recordaba se mezclaban con los recuerdos como un as adicional en un mazo de cartas. Cerró los ojos por un instante y volvió a encontrarse en aquel bosque primitivo, perseguido entre los árboles y bajo la luz de la luna por figuras sombrías ataviadas con cota de malla y armadura.

¡Éste no soy yo!, pensó violentamente. ¡Esto no me ha ocurrido a mi! Pero seguía sintiendo el suelo húmedo del bosque bajo los pies desnudo, seguía oliendo la savia que fluía por los árboles mientras corría por su vida por aquel siniestro y boscoso paisaje onírico. La marca maldita del brazo dolía como una llama al rojo vivo. Notaba el sabor de su propia sangre en la lengua...

Estoy enfermo, comprendió, acongojado. Necesito ayuda.

¿Pero a quién podía recurrir? En medio de su desesperación, un rostro apareció en sus recuerdos. Unos inescrutables ojos castaños debajo de una melena de pelo largo y negro. Una piel tan blanca como la nieve inmaculada. Una exótica aparición, salvaje, misteriosa, sugerente...

Para bien o para mal, la única persona que podía ayudarlo a salir de aquella pesadilla.

Selene.

Capítulo 15

Se decía que el agua corriente era anatema para los miembros de la raza de los vampiros pero no era más que un mito; de lo contrario, Selene no hubiera podido disfrutar de la ducha que tanto necesitaba y que estaba escaldando su cuerpo desnudo con un chorro de agua deliciosamente caliente.

El arremolinado vapor llenaba su cuarto de baño mientras el vigorizante chorro caía sobre su piel para llevarse por fin los residuos de sudor, barro y sangre de su desgraciada excursión a la ciudad. En el fondo de la bañera de mármol blanco se formaba un charco de agua sucia alrededor del desagüe antes de desaparecer en las entrañas de la mansión. Selene se preguntó cuánto tardaría el sanguinolento riachuelo en llegar a las húmedas y apestosas alcantarillas en las que había combatido contra los dos licanos.

Hay algo ahí abajo. Lo sabía en el fondo de su corazón. *Puede que una enorme manada de Dios sabe qué.*

Por desgracia, la ardiente ducha no podía llevarse los temores que inquietaban su mente. ¿Seguía Lucian con vida? Accidentalmente, Kraven se había referido a él en presente pero, ¿demostraba eso el posible regreso de Lucian? ¿Y qué pasaba con Michael? ¿Había dicho Erika la verdad y había sido reclutado por el enemigo?

No, por favor, pensó apasionadamente. La relajante agua se llevó el jabón y el champú de su oscuro cabello y su piel de porcelana pero Selene sabía que no podía esconderse en el baño para siempre. Había demasiadas preguntas vitales que responder y se le estaba acabando el tiempo. *El Despertar casi está aquí, recordó. Amelia y su séquito llegarán mañana a la puesta de sol.* En la que, por una infeliz casualidad, resultaba ser la primera noche de luna llena.

Selene se estremeció al pensar en lo que la luna podía traer, para Michael como para toda la nación vampírica. Entonces se le ocurrió una estratagema desesperada, tan desesperada que normalmente la hubiera desechado por absurda pero que ahora se le antojaba la única alternativa posible. *Tengo que intentarlo,* decidió. *No hay otra opción.*

De mala gana, cerró la ducha y dejó que las últimas gotas de agua recorrieran su cuerpo. Tras salir de la bañera al cuarto de baño, se secó rápidamente con una toalla y a continuación se puso una túnica de algodón de color azul marino.

El vapor nublaba el espejo de gran tamaño que había sobre el lavabo. Decidida al fin, se acercó hacia allí y extendió la mano hacia el espejo. Sus dedos trazaron suavemente una cadena de letras sobre el cristal

VIKTOR

Se detuvo uno o dos segundos, embargada de reverencia por el nombre que había invocado. A continuación pasó la mano por el cristal y lo borró.

—Perdóname, te lo ruego... —susurró mientras inclinaba la cabeza en un gesto respetuoso. Aunque en el espejo no se veía más que su propio reflejo, no era a ella misma a quien se estaba dirigiendo. Levantó la cabeza y contempló el espejo con ojos angustiados—... pero necesito desesperadamente tu consejo...

• • •

El taxi corría por la solitaria vereda del bosque, llevando a Michael de regreso a la mansión. La noche cubría de sombras los robles y hayas esqueléticos que había a ambos lados del camino mientras él miraba por la ventanilla del coche y confiaba en recordar el camino correcto.

Pálido y tembloroso, estaba encogido en el asiento de atrás, con un puñado de billetes que había sacado en un cajero automático de la ciudad en las manos. Tenía un mapa abierto de las ciudades y pueblos del norte de Budapest sobre el regazo. Por lo que él sabía, estaba volviendo por el mismo camino que había seguido a primera hora de aquella noche para escapar de la mansión. *Szentendre*, se recordaba repetidamente, como si el nombre pudiera escapársele del magullado y dolorido cerebro. *La mansión de Selene se encontraba en las afueras de Szentendre...*

El taxi pasó por encima de un socavón y la sacudida hizo que la dolorida cabeza y los huesos de Michael protestaran a gritos. Se rodeó con los dos brazos, rezando para no vomitar en el taxi. El aullido de sus oídos resonaba como un zoológico enfurecido y cada vez que entreveía la luz de la luna sentía un fuerte dolor en los dientes y las encías. La luna estaba casi llena, advirtió, y brillaba con intensidad sobre el sombrío bosque.

¿Estoy haciendo lo que debo?, se preguntó. Se acordó de los salvajes rottwailers ladrando a sus talones, y se preguntó si estaría loco por volver a la mansión, a más de ochenta kilómetros de distancia de la ciudad. Entonces recordó el precioso rostro de Selene, inclinado sobre él y mirándolo, limpiándole la frente febril con un paño húmedo y comprendió que no tenía ningún otro lugar al que ir. *Sólo espero que Selene, quienquiera que sea, esté realmente de mi lado.*

El interior del taxi olía a tabaco, cerveza y goulash, lo que no contribuía a que el estómago de Michael se asentara. No recordaba la última vez que había comido antes de enloquecer, y sin embargo sentía más náuseas que hambre. Luchó por mantener los ojos abiertos, temiendo las visiones que lo esperaban en la oscuridad, pero no sirvió de nada. Un violento temblor sacudió su cuerpo y sus ojos rodaron dentro de las órbitas, hasta que sólo el blanco inyectado en sangre resultó visible.

¡CRACK! Un látigo, forjado aparentemente de plata sólida, salió restallando del vacío. El destellante látigo cayó sobre su cabeza y sus hombros. Quemaba y mordía

al mismo tiempo. El latigazo le abrió la carne y la sangre empezó a manar por su espalda, sobre incontables capas de cicatrice, antes de que la ardiente plata cauterizara la herida recién abierta. Entonces volvió a restallar y él sintió de nuevo su mordisco agonizante...

—¡No! —exclamó Michael. Sus ojos volvieron a la normalidad mientras escapaba de la vivida alucinación. Se llevó instintivamente una mano a la espalda para asegurarse de que las cicatrices eran estrictamente imaginarias. *Parecía tan real...*, pensó, jadeando, *¡Como si me estuvieran arrancando la carne del cuerpo!*

—¿Está usted bien, señor? —preguntó el taxista, un achaparrado inmigrante armenio mientras volvía la cabeza. Parecía como si creyera que se había equivocado al aceptar al maltrecho norteamericano como pasajero—. ¿Está teniendo uno de esos... cómo lo ha llamado... ataques?

—Estoy bien —mintió Michael. Asintió para asegurar al preocupado taxista que se encontraba perfectamente, a pesar de que nada podía estar más lejos de la realidad. *¿Qué demonios me pasa?*, pensó lleno de ansiedad. *¡No podré soportarlo mucho más tiempo!*

Puede que Selene supiera lo que le estaba pasando y se lo explicara. De lo contrario, no sabía qué más podía hacer. Devolvió a la fuerza sus pensamientos al presente para alejarlos de látigos de plata y torturas sanguinolentas y trató de concentrarse en la carretera que se extendía delante de sí. Se acercaba una intersección y Michael consultó el mapa que tenía en el regazo.

—Gire por ahí —dijo al taxista mientras señalaba hacia la derecha.

Selene tiene que ayudarme.

¡Tiene que hacerlo!

Capítulo 16

El guardia levantó la mirada cuando Selene entró en la sala de seguridad vestida con un traje limpio de cuero negro. Proteger la cripta y a sus dormidos moradores era un trabajo tedioso, así que sin duda agradecía la inesperada compañía. Cuidado, se dijo Selene para sus adentros, no permitas que averigüe tus intenciones.

—Kahn quiere verte —dijo con voz tensa.

Eso provocó una reacción inmediata. Selene sabía que el centinela, Duncan, tenía aspiraciones de ascender en la jerarquía de los Ejecutores. Se levantó de un salto del asiento que ocupaba tras el monitor de seguridad, impaciente por subir al dojo. Sin embargo se detuvo al llegar a la salida y lanzó una mirada preocupada al puesto que dejaba vacío.

—No te preocupes —le dijo ella—. Yo vigilaré el fuerte.

Duncan asintió, agradecido, y salió apresuradamente de la sala. Selene esperó a que sus pasos se hubieran perdido del todo en la distancia antes de apretar el botón que abría la entrada a la cripta. Tengo que apresurarme, pensó. Duncan no tardaría en descubrir que lo había engañado.

Bajó los gastados escalones de granito hasta el suelo de piedra. La temperatura pareció descender un par de grados con cada paso que daba de modo que su sangre estaba aún más fría que de costumbre al llegar al fondo de la cripta. ¿De veras voy a hacerlo?, pensó, insegura e intimidada por la enormidad de lo que estaba considerando. Hasta esta noche, jamás me hubiera atrevido ni a soñar con perturbar el descanso de un Antiguo.

En la cripta, que apenas estaba iluminada, reinaba un silencio completo. Los ojos de Selene atravesaron las sombras crepusculares del umbral para clavarse en las tres losas de metal que ocupaban el centro de los entrelazados círculos célticos del suelo. Sabía que sólo dos de las tumbas estaban ocupadas. El sarcófago de Amelia estaba vacío y esperaba la llegada de la Antigua la noche siguiente, cuando Marcus emergería de su sepulcro para ocupar su lugar como soberano de todos los aquelarres del mundo. Al menos, ése era el plan.

Selene tenía otra idea. Ignorando las otras dos losas, se dirigió al círculo de bronce bruñido decorado con una estilizada V. Se arrodilló junto a la tumba y sólo vaciló un instante antes de insertar los dedos en las frías ranuras de metal que rodeaban la V. Intacta desde hacía casi un siglo, la ancestral losa se resistió al principio. Sin embargo, ella tiró con todas sus fuerzas hasta que logró rotar el disco de bronce que activaba el mecanismo de la cerradura. Los intrincados diseños que decoraban la losa circular empezaron a girar de manera mecánica mientras Selene oía el apagado tronar de una maquinaria oculta que despertaba de su letargo. La losa

circular se dividió en cuatro segmentos triangulares y el sarcófago que había debajo quedó a la vista.

El sonido profundo de la piedra rodando sobre la piedra violó la quietud funeraria de la cripta. Selene se puso en pie y, conteniendo el aliento, se apartó un paso de la tumba. Ahora ya estaba comprometida. No había vuelta atrás.

Acompañada por la reverberación automática de un motor oculto, un gran bloque de piedra se elevó verticalmente desde el suelo como un ascensor del tamaño de un ataúd. El bloque siguió subiendo hasta que estuvo varios centímetros por encima de Selene y a continuación pivotó sobre su eje. Con un movimiento suave, ocupó su lugar en posición horizontal al suelo. Había una figura tendida sobre el bloque. Selene se acercó al féretro y contuvo un jadeo de asombro al ver la imagen asombrosa que tenía frente a sus ojos.

Tras casi cien años de sueño ininterrumpido, Viktor guardaba poca semejanza con el regio monarca al que ella recordaba. La figura esquelética que descansaba sobre el bloque de piedra se parecía más a una momia que a un vampiro: reseca, marchita y aparentemente sin vida, como una colección de huesos frágiles envuelta en una piel marrón tan frágil como el pergamino. Sus ojos cerrados acechaban al fondo de unas cuencas negras y hundidas mientras que los labios desecados se habían retraído de las encías y habían dejado a la vista unos colmillos amarillentos paralizados en una sonrisa de calavera. Los miembros antaño poderosos eran ahora sendos palos doblados rodeados por tiras de carne reseca como cecina y el abdomen poderoso se había hundido por debajo de la caja torácica, que estaba a la vista. Unos pantalones de satén negro le privaron de la visión de su marchita masculinidad.

Oh, mi sire, se lamentó. ¿Qué te ha hecho tu lago reposo? Aunque esperaba encontrar a Viktor en aquella condición, la espeluznante realidad supuso un sobresalto. Tuvo que recordarse que Viktor se había sometido a aquel interregno voluntariamente, como parte de una tradición reverenciada que se remontaba a la Antigüedad. El interminable ciclo de la Cadena servía a dos propósitos principales: primero, como un medio ingenioso para que los Antiguos compartieran el poder, impedía que se enfrentaran unos con otros asegurando que sólo uno de ellos estaba al mando cada siglo. Y en segundo lugar, proporcionaba a cada uno de ellos un respiro muy necesario de las demandas de la eternidad.

—La inmortalidad puede ser muy cansada —le había explicado Viktor en una ocasión, hacía un siglo, poco antes de entrar en su tumba—. Asistir a los interminables flujos y reflujos de las mareas de la historia, esforzándose por mantenerse al día de los vertiginosos cambios de la ciencia y la civilización... Hasta el más resistente de los Antiguos siente la necesidad de retirarse de vez en cuando, de pasar un siglo o dos en silencio y reposo, antes de alzarse de nuevo para afrontar el futuro con sabiduría y claridad renovadas.

Eso había ocurrido hacía casi un siglo. Selene sacudió la cabeza, tratando de reconciliar al inmortal majestuoso de su recuerdo con la figura cadavérica que descansaba sobre el sepulcro, tan silenciosa e inmóvil que daba miedo. Su pecho huesudo no subía y bajaba con el paso de los segundos fugaces. De no haber sabido con certeza que no era así, Selene hubiera jurado que la figura cadavérica que descansaba sobre la piedra estaba verdaderamente muerta, más allá de toda esperanza de resurrección. De hecho, para la pacata visión de la medicina moderna, Viktor estaba muerto.

Pero las apariencias podían engañar. Unos implantes de brillante cobre moteaban la garganta reseca de Viktor, los componentes hembra de un complicado sistema intravenoso de alimentación. Sabía que había más conexiones ocultas tras la espalda del comatoso vampiro, destinadas a sustentar a Viktor durante los siglos de su hibernación.

El aparato lo había mantenido con vida durante noventa y nueve años y trescientos sesenta y cuatro días exactamente. Si nadie intervenía, lo preservaría durante otro siglo.

Selene no podía esperar tanto.

Rápido, pensó, sabedora de que Duncan podía regresar en cualquier momento. Apartó la mirada de la carcasa aparentemente sin vida de Viktor para inspeccionar la estructura de elegante diseño que lo rodeaba. En la parte superior del sarcófago había una serie de recipientes de plata poco profundos que se unían con una boquilla de metal. Tanto los cuencos como la boquilla estaban tallados con calibraciones muy precisas y un brazo telescópico de metal conectaba el aparato, que se conocía como goteo catalítico, con el sepulcro propiamente dicho.

Mientras su inquietud y su resolución batallaban, Selene observó cómo se movía la boquilla a lo largo de la parte interior del ataúd y se situaba sobre el rostro momificado de Viktor. Aquí viene la parte difícil, pensó. Por lo que ella sabía, nunca se había intentado despertar a un Antiguo como ella pretendía hacer ahora. Sólo los Antiguos tenían el poder de organizar sus pensamientos y recuerdos en una única y cohesionada visión que conformaría un registro detallado de su reinado conjunto. Selene no podía más que esperar que Viktor oyera —y comprendiera— su súplica desesperada.

Se arremangó la camisa y se llevó el brazo a la cara. Abrió los labios, los colmillos quedaron a la vista y aspiró profundamente. ¡Que funcione, por favor!, suplicó. ¡El desenlace de la guerra podría depender de ello!

Sin más demoras, se mordió la muñeca y sintió que sus propios y letales colmillos se clavaban en la inmortal piel blanca. El agudo dolor de la incisión hizo que se encogiera y el salado sabor de su propia sangre estalló en su lengua, pero resistió el impulso de beber su esencia carmesí mientras ponía mucho cuidado en perforar sólo

las venas y no tocar las vitales arterias que discurrían a mayor profundidad por debajo de la piel. Sólo necesitaba un chorrito de sangre para este rito solemne, no un borbotante geiser rojo.

Tras permitirse sólo un sorbito del frío plasma vampírico, Selene apartó de mala gana la muñeca de su boca manchada de sangre. No hay nada comparable a la sangre de verdad, admitió con una punzada de remordimientos, aunque sea robada de mis propias venas. Llevaba demasiado tiempo sustentándose a base de pobres sustitutos.

Pero sus frustrados apetitos no eran lo que importaba ahora. Puso la muñeca sobre el cuenco principal del goteo catalítico y apretó la herida para acelerar el flujo. Oscura sangre venosa cayó desde su muñeca abierta al brillante cuenco y dio comienzo a su lenta y serpenteante procesión por el circuito. Un catalizador químico de naturaleza arcana, absorbido a través de un filtro osmótico en la base de cada cuenco, se mezcló con la sangre de Selene para desarrollar una sublime transformación alquímica, mientras el fino suero rojizo se encaminaba a la desecada boca de Viktor.

Selene observaba el reguero carmesí con remordimientos. Era consciente de que carecía de la fuerza mental y la disciplina necesarias para regular de manera precisa el flujo de recuerdos que transportaba su sangre. Lo único que podía hacer era observar cómo se abría camino el rojo fluido hacia la boquilla abierta y rezar para que su súplica no fuera recibida con demasiada severidad.

Dejando a Viktor y al aparato alquímico solos por un momento, corrió al fondo de la cripta, donde había una cámara sellada de plexiglás al otro lado de la tenue luz de los halógenos que iluminaban la cámara de los Antiguos. Un par de pilares de mármol rectangulares enmarcaba la entrada al compartimiento sellado, cuyo diseño aséptico y moderno contrastaba acusadamente con la sombría majestad medieval de la antigua cripta.

Aquella era la cámara de recuperación, que se utilizaba sólo una vez cada cien años. Las transparentes paredes de plexiglás eran una adición reciente, parte del interminable proceso por mejorar y poner al día la cámara en la misma medida en que avanzaban las innovaciones tecnológicas. A pesar de que sus recuerdos se adentrasen profundamente en las raíces de la historia, los Antiguos exigían y merecían lo mejor que la ciencia moderna podía proporcionar.

Selene entró en la cámara de recuperación y encendió las luces. Una camilla metálica con ruedas ocupaba el centro de la sala, rodeada por varias mesitas de cromo antisépticas y sofisticados monitores de diagnóstico. Una complicada maraña de tubos de plástico colgaba del techo como un extraño candelabro biomecánico.

Selene agachó la cabeza por debajo de los tubos y se dirigió a un pequeño refrigerador, cuya puerta cerrada con llave no fue rival para la fuerza preternatural y la determinación de la vampiresa. En el interior del frigorífico había docenas de

bolsas de plástico llenas de plasma humano y hemoglobina. Selene las sacó y las apiló sobre una mesa de acero que había junto a la camilla. ¿Será suficiente?, se preguntó. Ojalá no hubiera tenido que hacerlo todo sola. Es una pena que Michael no esté aquí, pensó con sarcasmo. Después de todo, él era médico, aunque Selene tenía serias dudas de que hubiera participado alguna vez en una operación como la que ahora estaba llevando a cabo.

•••

Mientras Selene preparaba apresuradamente la cámara de recuperación, las primeras gotas de su sangre catalizada completaron su viaje sinuoso por el circuito formado por los cuencos. Una gota de color escarlata pendía bajo el labio de la boquilla de cobre bruñido. Se hinchó e hinchó hasta que por fin la gravedad se la arrancó a su precaria posición.

La brillante gotita roja atravesó el espacio y aterrizó con un sonido húmedo sobre los labios agrietados y áridos de Viktor. Desde allí resbaló por el borde del abismo que separaba los labios de la momia y cayó como una lluvia sobre el severo y yermo paisaje de su garganta.

Más gotas de sangrienta lluvia cayeron de los cielos y humedecieron los tejidos inanimados con resultados milagrosos. Las membranas resquebrajadas absorbieron con avidez el mágico elixir. Las inertes células y corpúsculos se alzaron de entre los muertos y empezaron a recobrar la vida en progresión geométrica. Las venas y los capilares reseco reemprendieron sus antiguas tareas llevando la libación del corazón de Selene a las profundidades petrificadas del corazón y la mente no-muertos de Viktor, junto con un tropel de recuerdos e imágenes enmarañados.

Selene, bañada en la luz de una vela, el hermoso rostro cerúleo y sin sangre, de pie frente a una ventana, observando su propio reflejo. Un prístino camisón blanco cubre su hermoso cuerpo. Con los ojos muy abiertos, se baja el cuello del camisón e inspecciona la herida reciente de su esbelta garganta: dos puntos rojos lívidos justo encima de la yugular. Su labio inferior tiembla ligeramente mientras sus dedos silenciosos exploran la herida. Sus ojos llenos de temor son los de un inocente traumatizado, muy diferentes a los de la Ejecutora en que un día se convertirá.

Una figura sombría, reflejada apenas en el cristal, se acerca tras ella y le pone una mano tranquilizadora en el hombro. La mano de Viktor, intacta aún por el tiempo...

Las imágenes se aceleraron y se abrieron camino a fuego por su mente con ardiente intensidad. Los recuerdos eran desordenados, caóticos, sin una secuencia concreta, como si le estuvieran siendo administrados por un torpe aficionado.

Selene de pie frente al espejo cubierto de vapor de su cuarto de baño, sin pretenderlo en la misma postura que aquella noche del pasado lejano. Acaba de darse una ducha y tiene el cabello todavía empapado. Una bata de color añil oscuro oculta

parcialmente su húmeda carne de alabastro...

Tres hombres-lobo enfurecidos, tres masas de pelaje erizado y negro como la pez, cargan por un pasillo mugriento apenas iluminado por unas luces eléctricas parpadeantes. Sus amarillentos colmillos brillan con fiereza a la luz de los fluorescentes. Resbala espuma por las comisuras de sus fauces abiertas...

Selene y Kraven discuten acaloradamente en una suite palaciega. Sus rostros eternamente juveniles irradian emociones extremas y desprecio mutuo. Kraven levanta la mano y golpea con ella la mejilla de marfil de la vampiresa con la fuerza de un latigazo...

De nuevo frente al espejo, Selene escribe el nombre de Viktor en el espejo cubierto de vapor...

Los inconexos recuerdos se encendían y apagaban y se retorcían al pasar en frenético desfile por su consciencia. Poco a poco, Viktor estaba empezando a despertar y trataba de encontrarle sentido a las confusas imágenes pero el caleidoscópico bombardeo de visiones desafiaba su control.

Observado con desprecio por Selene, Kraven preside una sanguinaria orgía en el gran salón. Numerosas vampiresas en ropa interior le ofrecen sus gargantas y sus senos al regente, quien se atraca de la carne blanca y el líquido carmesí. Un sinnúmero de gotas de sangre resbalan por su barbilla y le manchan la blanca camisa de volantes mientras sus acólitos se acoplan con abandono en grupos de dos, tres y hasta cuatro y convierten el elegante salón en una escena de lujuria desenfrenada.

Numerosas prendas, algunas de ellas elegantes y caras, otras no tanto, cubren el suelo. Bocas ansiosas buscan venas complacientes y cada centímetro de carne desnuda recibe el agudo beso de unos colmillos afilados. La esencia colectiva de los orgiásticos vampiros circula por sus cuerpos entrelazados como la corriente sanguínea de un solo y vasto organismo. Los esclavos y sirvientes humanos, importados a un precio exorbitante desde Budapest y más lejos, participan del licencioso banquete, añadiendo una infusión de calor mortal a la fría sensualidad de la sangre de los no-muertos. Sonidos de succión y ansioso tragar presiden la escena, puntuados por gemidos y gruñidos de éxtasis. Las imágenes voluptuosas despertaron su propia sangre adormecida pero la encabritada cascada de imágenes siguió adelante sin detenerse, arrastrada en otra dirección por la implacable corriente.

Un joven humano, con el pelo y la ropa empapados por la tormenta, baja por una escalera mecánica a un andén de metro atestado de gente...

El cuerpo del propio Viktor descansa en un sepulcro acolchado, la carne inmortal momificada por el largo internamiento bajo la mansión...

La muñeca de una mujer —Selene— sangra sobre el cuenco principal del goteo catalítico, poniendo en marcha el proceso refinado por el tiempo por el que comparte sus turbulentos recuerdos con el cuerpo tendido en el sarcófago...

Basta. Congeló la sangrante muñeca con la mente. Recurriendo a sus poderes de concentración, que estaba recuperando rápidamente, detuvo la riada de recuerdos fracturados y a continuación obligó a dar la vuelta al sentido de la corriente para que las imágenes precedentes pasaran marcha atrás frente a sus pensamientos. Examinó los recuerdos inconexos de Selene con un control absoluto hasta encontrar el momento que estaba buscando, el que ella había deseado que experimentara.

Se encuentra de nuevo frente al espejo del cuarto de baño, contemplando su propio reflejo con ojos ansiosos.

—Perdóname, por favor —dice con solemnidad—, pero necesito desesperadamente tu consejo. Te pido disculpas por romper la cadena y despertarte antes de lo previsto, pero temo que todos podamos encontrarnos en grave peligro. Especialmente tú, mi señor, si sigues en tu estado de debilidad, porque tengo la sospecha de que el temible Lucian está vivo. Aquí. Ahora. En esta misma ciudad. Preparado para caer sobre nosotros durante el Despertar. —Traga saliva, visiblemente preocupada por la inquietante perspectiva, antes de volver a hablar—. Y lo más preocupante de todo es que, si mis sospechas se confirman, el propio Kraven está aliado con nuestro mayor enemigo.

Capítulo 17

Con el rostro contraído en una mueca ceñuda, Soren se aproximaba a la sala de seguridad que antecedió a la cripta. Kraven le había pedido que se asegurase de que nadie molestara a los Antiguos y Soren estaba decidido a no correr riesgos.

Su expresión ya malhumorada se ensombreció más todavía al ver que la garita estaba sospechosamente vacía. ¿Dónde está el guardia?, se preguntó, al tiempo que, instintivamente, se llevaba la mano a la pistola P7 de 9.mm que llevaba. No me gusta esto.

Con mirada cautelosa entró en la garita. Sus gruesos dedos apretaron un botón en el panel de control y esperó impasible a que el muro adyacente se abriera y la cripta del interior quedara a la vista. Al otro lado del grueso cristal transparente, la cripta parecía intacta. Las tres losas de bronce que señalaban las tumbas de los Antiguos estaban en su lugar, como durante casi el último siglo.

Intrigado, miró a su alrededor y no detectó evidencia alguna de pelea. Puede que el guardia se hubiera ausentado un momento para disfrutar de una escapadita furtiva con alguna de las criadas.

Soren esbozó una sonrisa despectiva. Kraven le arrancaría la piel a tiras por aquel fallo de seguridad, si es que Kahn no se le adelantaba. Aunque entonces se dio cuenta de que aquello no importaba demasiado; a partir de la noche de mañana, todo sería diferente. Y proteger a los Antiguos dejaría de ser causa de preocupación.

• • •

Con la espalda pegada a los fríos muros de piedra de la cripta, Selene se ocultaba en las sombras que se extendían más allá del círculo de luz proyectado por las suaves luces halógenas. Ella podía ver a Soren en la sala de seguridad pero, con suerte, él no se percataría de su presencia, especialmente porque la cripta parecía intacta. ¡Gracias a Dios que había devuelto el sarcófago y la losa circular a su posición correspondientes antes de que Soren llegara! Ya sería suficientemente malo que Duncan la sorprendiera. Lo último que necesitaba ahora era que el perro guardián de Kraven la cogiera con las manos en la masa.

Ya tendría tiempo más tarde de afrontar las consecuencias de sus drásticas acciones. Por el momento, no tenía ninguna gana de justificarse ante Kraven y sus matones. Responderé ante el propio Viktor cuando llegue el momento de dar cuentas.

Contuvo el aliento mientras Soren examinaba con mirada suspicaz la silenciosa cripta. ¿Iba a descubrirla después de todo? Trascurrieron unos segundos penosos e interminables hasta que el inmortal jenízaro le dio finalmente la espalda al cristal.

Pulsó un botón en el panel de control y cerró un par de puertas falsas de piedra que ocultaron el interior de la cripta.

Selene exhaló un suspiro de alivio. Ha estado cerca, se dijo. Se preguntó cuánto tiempo tendría que esconderse entre las sombras hasta que fuera seguro salir de la cripta.

Era, tenía que reconocerlo, una situación bastante apropiada para un vampiro.

• • •

Aquí hay algo que apesta, pensó Soren, metafóricamente. A pesar de que no había nada sospechoso aparte de la presencia inexplicable del guardia, el veterano guardaespaldas permaneció en guardia. Unos instintos templados durante generaciones de servicio al aquelarre y sus amos le decían que había problemas. Unas inquietudes vagas se agitaban en el fondo de su mente como lobos fantasmales. Puede que deba entrar en la cripta y registrarla.

Alargó el brazo hacia el panel de control con la intención de abrir la entrada a la cripta y estaba a punto de hacerlo cuando lo distrajo algo que acababa de aparecer en uno de los numerosos monitores de vigilancia de la garita.

Un taxi de los que solían verse por las calles de Budapest acababa de entrar en el camino que conducía a la entrada de la finca.

—¿Qué demonios...? —gruñó. Amelia y su séquito no debían de llegar hasta la noche siguiente, así que, ¿quién coño era el inesperado visitante?

Olvidada la cripta, Soren sacó rápidamente su teléfono móvil. Kraven tenía que saberlo cuanto antes.

• • •

—Aquí es —dijo Michael al taxista con voz áspera para indicarle que habían llegado al destino correcto. El imperturbable armenio lanzó a Michael una mirada dubitativa por el espejo retrovisor. Parecía impaciente por librarse de aquel pálido y maltrecho pasajero norteamericano.

Michael no podía culparlo. Debo de tener un aspecto horrible, comprendió mientras se dejaba caer sobre el respaldo del asiento trasero. La lluvia le había limpiado la mayor parte de la sangre y el barro de la chaqueta y los pantalones, pero sabía que le hacía muchísima falta una ducha, entre otras cosas. Tenía la piel húmeda y fría por debajo de la desgarrada y arrugada ropa. Le dolía la cabeza como si le estuvieran clavando un escalpelo en el cerebro y unos espasmos de dolor le estremecían las entrañas de tanto en cuanto y lo obligaban a llevarse ambas manos al estómago mientras profería ruidosos gruñidos. Enfebrecido y aturdido, se obligó a incorporarse y le entregó un fajo de billetes de color rosa y azul al taxista.

Probablemente le estuviera pagando de más pero en aquel momento no tenía la fuerza ni la claridad mental necesarias para calcular lo que debía.

—Gracias por el paseo —dijo con voz débil. Respiraba con laboriosos y entrecortados jadeos mientras salía penosamente del taxi. El taxista asintió bruscamente y no perdió un solo instante en dar la vuelta al sedán amarillo y acelerar en dirección a la carretera principal, como si no pudiese esperar a dejar tanto a Michael como la mansión tras de sí.

Me pregunto si sabe algo que yo ignoro, pensó Michael mientras observaba cómo desaparecían las luces traseras del taxi en la noche, seguidas por serpentinas de luz amarilla reflejadas sobre el asfalto húmedo. Por suerte el chaparrón de la noche había amainado y no era ya más que una tenue llovizna pero las zapatillas empapadas de Michael crujieron ruidosamente mientras, de mala gana, le daba la espalda a los límites exteriores de la carretera para encaminarse a las imponentes puertas de hierro que se alzaban más adelante.

Al otro lado de la elevada valla, se erguía ominosamente la misteriosa mansión, lanzando al cielo sus afiladas almenas y torreones. Arcos de medio punto y afilados aguilonos se sumaban a la severidad de la fachada del edificio. Parecía algo sacado de *Dark Shadows*, pensó, o puede que de *The Rocky Horror Picture Show*.

Una capa de densa niebla cubría el césped que rodeaba la casa. Michael recordaba haber corrido por su vida por aquel mismo césped hacía pocas horas, esa misma noche —¿Sólo habían pasado horas?— y se preguntó por enésima vez si no estaría cometiendo un terrible error al regresar a la mansión por propia voluntad. Los rottwailers, sus ladridos y las dentelladas que le habían lanzado a sus talones regresaron a memoria, junto con una siseante rubia pegada de manera inexplicable al techo.

Michael se estremeció, incapaz de saber si era el miedo o la fiebre lo que hacía temblar su cuerpo. Ya no hay vuelta atrás, se recordó débilmente mientras se acercaba con paso tambaleante a la puerta. La luna menguante se asomaba entre las nubes que cubrían el cielo, tan cegadora en su intensidad que Michael no podía mirarla directamente. Su incandescente resplandor plateado le daba calor en la cara y las manos. Hasta el último pelo de su cuerpo se erizó como si aquella luz vibrante lo hubiera electrificado.

¡Por favor, Selene!, pensó desesperadamente, incapaz de comprender las volcánicas convulsiones que le estremecían cuerpo y mente. ¡Espero que estés ahí para mí! La enigmática belleza morena era la única persona que podía explicarle la pesadilla que estaba viviendo... y ayudarlo a encontrar la manera de salir de ella.

Si es que existía.

• • •

Seguido por un grupito de criadas excitadas, Kraven entró en la sala de observación. Ignoró los necios cuchicheos de Erika y las demás, preocupado sólo por saber por qué Soren lo había hecho venir desde arriba. *Son casi las cuatro de la mañana*, pensó enfurecido. *Hoy quería retirarme pronto*.

Después de todo, tenía importantes asuntos que atender la noche siguiente.

Soren lo vio llegar desde el otro lado del espejo y activó rápidamente la puerta automática para que Kraven pudiera pasar a la sala de seguridad. El amo de la mansión reparó en la ausencia del guardia habitual pero no vio nada que pudiera justificar su presencia en aquel mórbido lugar.

—¿Y bien? —exigió con los brazos cruzados—. ¿Qué es eso tan importante?

Soren se limitó a señalar uno de los monitores en blanco y negro montados sobre el panel de control. Kraven parpadeó de asombro al ver que un humano de aspecto desaseado y mirada enloquecida, de unos veinticinco años de edad miraba con expresión estúpida la cámara de seguridad de la entrada delantera. El rostro le resultaba vagamente familiar pero estaba seguro de que no se conocían.

¿Qué te trae hasta nuestra puerta? Kraven frunció el ceño, inquieto. El momento de la aparición de aquel extraño, a menos de veinticuatro horas del Despertar, era especialmente poco auspicioso. *¿Por qué aquí?*, se preguntó con inquietud. *¿Por qué ahora?*

• • •

La abovedada cámara de observación estaba abarrotada en aquel momento de doncellas parlanchinas que competían por conseguir un sitio mejor desde el que poder ver lo que estaba ocurriendo en la sala de seguridad. Selene se aprovechó de la conmoción reinante para salir sin ser vista de la cripta.

La ropa negra y ajustada que vestía para la lucha contrastaba de manera muy marcada con los cortos y vistosos atuendos de las criadas, pero todas las miradas continuaban fijas en Kraven y en su silencioso jenízaro, lo que permitió a Selene unirse a la escena sin que nadie reparara en ella, al menos por el momento. *¿De qué va todo esto?*, pensó, intrigada y preocupada por la repentina aparición de Kraven. Hasta donde ella sabía, nadie se había percatado aun de lo ocurrido en la tumba de Viktor pero, ¿por qué otra razón podía haber avisado Soren a su siniestro amo?

Parte de ella sentía la tentación de no dejarse distraer por lo que estaba ocurriendo. *Limítate a salir de aquí*, le urgió la mitad más razonable de sí, antes de que Kraven descubra lo que has hecho. Sin embargo, otra parte de ella, impelida por la convicción intuitiva de que lo que quiera que estuviera ocurriendo allí era algo de importancia vital, la obligó a deslizarse lentamente hacia la puerta abierta del puesto de seguridad. Se abrió camino a empujones entre las chicas del servicio doméstico hasta que sólo la ubicua Erika se interpuso entre ella y la entrada a la garita. Se

asomó por encima de la joven vampiresa rubia tratando de averiguar qué era exactamente lo que Kraven y Soren se traían entre manos.

Kraven no visita casi nunca la cripta, recordó. Sin duda, no le agradaba que nada le recordara que sólo era el amo de la mansión en ausencia de Viktor. ¿Qué lo ha traído entonces hasta aquí?

Pero antes de que pudiera llegar a ver el monitor de seguridad que atraía la atención de todos, una voz turbada sonó entre el crujido de la estática por los altavoces de la garita.

—¡Dejadme hablar con Selene!

Sus ojos se abrieron llenos de alarma. A pesar de que estaba áspera y cascada, reconoció al instante la voz de Michael. *¡Demonios del infierno! ¿Qué le ha hecho venir aquí?*

Apartó a Erika con cajas destempladas y entró en la cabina de seguridad, donde sus ojos horrorizados no tardaron en confirmar lo que sus oídos ya le habían dicho. Allí estaba Michael, mirándola con desesperación desde el monitor. Para su consternación, comprobó que parecía aún más enfermo y lleno de pánico que horas atrás.

Han mordido a tu humano, la asombrosa advertencia de Erika, recibida hacía horas en el archivo, regresó sin ser convocada a la mente de Selene. *Lo ha marcado un licano.*

¿Podía ser cierto? ¿Había sido Michael infectado con el funesto mal de Lucian?

Kraven no le dio tiempo a reaccionar. Sumó rápidamente dos y dos y se volvió para enfrentarse a ella. Estaba lívido de furia y apuntó el monitor con un dedo acusador. Las gotas de lluvia resbalaban sobre la imagen de la pantalla, como lágrimas corriendo por la cara del humano.

—¿Ése es Michael?

La única ventaja del ataque de celos de Kraven fue que impidió que se preguntara qué estaba haciendo Selene en la cripta. Ignorando su estallido, ella alargó la mano y ajustó la WebCam digital montada sobre el panel de control para volver hacia sí el ojo implacable de la cámara.

—¿Ése es Michael? —exigió Kraven con un tono agudo que rebelaba que estaba a punto de perder los estribos.

Por supuesto que lo es, pensó ella, mordaz. La verdadera pregunta ahora era qué iba a hacer.

•••

Tiritando bajo el frío, Michael esperaba delante de la cámara de seguridad por control remoto, moviendo las piernas en un vano intento por mantenerse caliente. La arremolinada niebla gris parecía penetrar hasta el mismo tuétano de sus huesos y lo

helaba por completo mientras esperaba a que alguien de la mansión saliera o se percatara de que estaba allí. A ser posible cierta femme fatale armada hasta los dientes y de orígenes e intenciones inciertos.

Selene.

De repente comprendió que su nombre se debía a la luna, y que era muy apropiado. Como el brillante orbe lunar, ella parecía ejercer un influjo incontenible sobre su mente y su cuerpo, lo atraía a pesar de lo que dictaba el sentido común, y lo mantenía en el último lugar del mundo al que hubiera querido regresar.

¿Cómo voy a quedarme aquí fuera mientras me congelo el culo? Se apretó con fuerza con sus propios brazos, tratando de impedir que lo poco que quedaba de su calor corporal se perdiera en la niebla. A pesar de su impaciencia, sabía que no iría a ninguna parte hasta que averiguara si Selene estaba en el interior del espeluznante edificio de piedra o al menos al otro lado de la cancela de hierro. Estupendo, pensó con sarcasmo, ahora soy un fugitivo y un acosador.

De improviso, un monitor electrónico que había sobre la cámara y que hasta entonces había permanecido apagado cobró vida. El corazón le dio un vuelco. Sus ojos fatigados se abrieron de par en par al ver las facciones luminosas de Selene en la pantalla. ¡Gracias a Dios!, pensó mientras se acercaba a la cámara. Pulsó con un dedo tembloroso el botón del comunicador.

—¡Tengo que hablar contigo! —le gritó con voz frenética al auricular. Una tenue chispa de esperanza se encendió en su interior—. ¿Qué demonios está pasando? ¿Qué me está pasando a mí?

• • •

Selene se inclinó sobre el panel de control en dirección al intercomunicador.

—Ahora mismo salgo —le prometió con voz tensa.

No tenía tiempo ni de tratar de responder alguna de las angustiadas preguntas de Michael. Sabía que su vida dependía de alejarlo de Ordoghaz lo antes posible. Aunque Erika estuviera equivocada y Michael no estuviera convirtiéndose en un licántropo, los absurdos celos de Kraven ponían al humano en peligro mortal.

—¡Si sales con él —le advirtió Kraven mientras se erguía como un gallo hinchando el buche—, por Dios que no volverás a ser bienvenida en esta casa!

Selene le dio la espalda al panel y no pudo resistirse a darle una pequeña sorpresa.

—Ahora que Viktor está despierto —dijo mientras le miraba fijamente los ojos—, puede que tenga algo que decir al respecto.

Nada hubiera podido pagar la expresión de horror que se dibujó en el rostro del regente. Por vez primera en casi seiscientos años, Kraven se había quedado sin palabras. Una perplejidad aturdida hizo que se le hincharan los ojos.

Selene no esperó a que se recobrará de la sorpresa. Salió de la sala de seguridad

pasando junto a Erika, que observaba la escena desde el otro lado de la puerta con los ojos muy abiertos. La criada se quedó boquiabierta al ver que Selene se abría paso como un picahielos entre la bandada de vampiresas de la servidumbre.

—¡Espera! —le gritó Erika—. ¿Qué estás haciendo?

La única respuesta que recibió fue el eco de las pisadas de Selene mientras se perdía por el pasillo de mármol. ¿Habrá Kraven entrado ya en la cripta?, se preguntó Selene con malicia, ¿o estará todavía tratando de recuperar el control?

Era una pena que no pudiera quedarse para averiguarlo.

• • •

Las puertas de hierro se abrieron automáticamente y un sedán gris oscuro salió a toda prisa al camino. Selene no había mentido, comprendió Michael, cuando había dicho que saldría enseguida. No habían pasado ni cinco minutos desde que desapareciera de la pantalla del monitor.

Abrió la puerta del copiloto.

—¡Sube! —exclamó con una urgencia que aterrorizó al joven norteamericano.

Michael no podía dejar de recordar que la última vez que se había metido en un coche con aquella mujer casi habían terminado en el fondo del Danubio. Para esto he venido, tuvo que recordarse. Lanzó una mirada insegura hacia la mansión. ¿No?

Tragó saliva y subió al coche.

• • •

¿Viktor... despierto?

Kraven no daba crédito a sus oídos. *No puede decirlo en serio*, pensó con desesperación. *Debe de haber sido un chiste.*

Pero lo cierto es que Selene no era famosa por su sentido del humor.

El agitado regente mandó a Soren a buscar al centinela desaparecido y a continuación salió de la sala de control y se dirigió a la cripta. Temía mortalmente lo que pudiera encontrar en ella pero no podía vivir con la incertidumbre un solo instante más. El aire gélido de la cámara rivalizaba con el miedo helado que le atenazaba el corazón mientras sus ojos buscaban la losa de bronce que señalaba la tumba enterrada de Viktor.

¡Allí! ¡Gracias a la fortuna! El alivio lo inundó como un calmante baño de sangre al ver que la tapa del sarcófago de su amo seguía donde debía. Al mirar con más detenimiento descubrió que la tumba de Marcus también parecía intacta, así como la vacía que aguardaba ahora a Amelia. Todo marcha bien, concluyó, mientras se tomaba un momento para recuperar la compostura. Aspiró profundamente y exhaló el aire poco a poco. Selene sólo había estado jugando con él. ¡Maldita zorra

manipuladora!

Se volvió para salir de la cripta, urdiendo ya en su mente los diabólicos castigos que le infligiría a Selene si osaba volver a asomar su engañosa cara por la mansión de nuevo y se sobresaltó al encontrar una de las criadas frente a él. Su rostro esbelto y rubio estaba pálido, hasta para ser una vampiresa, y temblaba nerviosamente como si una manada entera de licántropos estuviera salivando sobre su carne desnuda. Unos orbes violetas llenos de pánico lo miraron.

¿Y ahora qué pasa?, se preguntó con irritación.

—Se lo advertí —balbuceó la muchacha casi sin aliento. Las palabras abandonaban sus labios como un torrente—. Se lo advertí pero no quiso escucharme. Nunca escucha... a nadie. —Kraven asumió que se estaba refiriendo a Selene—. Lo siento. Tendría que habértelo dicho antes. Tendría que...

Kraven le lanzó una mirada suspicaz.

—¿Decirme el qué?

—El humano. Michael. —Se encogió mientras hablaba y su cabeza se fue agachando hacia sus hombros—. En realidad no es humano. Es un licano.

La compostura que Kraven acababa de recobrar se evaporó en un mero instante mientras la pasmosa revelación de la pequeña doncella prendía fuego a su temperamento. La sangre enrojeció sus ojos y su cara mientras las venas hinchadas empezaban a latir violentamente en sus sienes. La criada se apartó temblando, temiendo la tormenta que se avecinaba.

—¿QUÉ? —rugió como un león agraviado, sin saber que a sólo unos metros de distancia, en el interior de la oscura cámara de recuperación, unos oídos muy antiguos habían reparado en su grito de furia... y estaban escuchando con mucha atención.

Capítulo 18

El oscuro bosque húngaro pasaba a toda velocidad ante las ventanas del sedán mientras Selene mantenía pisado a fondo el acelerador. Las ruedas levantaban remolinos de hojas caídas tras ellos, hojas que se remontaban sin descanso sobre el asfalto empapado de lluvia. La vampiresa conducía aferrando el volante con las manos y corriendo como un murciélago huyendo del infierno, aunque sin ser consciente de la ironía.

—Mira —dijo con voz tensa y sin apartar un solo instante los ojos castaños del asfalto—. No debes regresar allí nunca. Nunca. Te matarán. ¿Lo comprendes?

—¿Matarme? —La estridente confusión que se oía en la voz de Michael dejaba bien claro que no tenía idea de lo que estaba pasando—. ¿Pero quiénes sois vosotros?

¿Por dónde empezar?, se preguntó, sin saber lo mucho o poco que podía contarle a aquel agitado mortal... si es que era un mortal. Se arriesgó a lanzar una mirada a su izquierda y vio los desgarros que Michael tenía en la chaqueta por encima del hombro derecho. Oh, mierda, pensó con el corazón en un puño. Espero que eso no signifique lo que creo que significa.

Quitó una mano del volante y de un tirón brusco dejó al descubierto el vendaje manchado de sangre que el norteamericano tenía debajo de la chaqueta y la camiseta. Sus dedos se introdujeron debajo de la ensangrentada gasa y arrancaron con impaciencia el vendaje del hombro desnudo de Michael.

—¡Oye! —gritó éste con sorpresa, pero Selene no estaba prestándole atención. En aquel momento sólo le interesaba la fea herida, que consistía en una gruesa costra de la sobresalían varios pelos negros. ¡No!, pensó desesperada. La visión de la cicatriz había sido como el impacto de un rayo de sol. Aunque estaba empezando a curarse, el salvaje mordisco de un licántropo era inconfundible.

Erika había dicho la verdad. Michael se estaba convirtiendo en uno de ellos.

Selene dio un puñetazo en el salpicadero y el plástico endurecido se agrietó. ¡No es justo!, pensó, enfurecida. ¡Él no! ¡Michael no!

Él la miraba sin comprender lo que estaba ocurriendo. La inocencia de su ingenuo rostro norteamericano estuvo a punto de partirle el corazón.

¿En qué demonios me he metido?

El sedán aceleró por la nocturna campiña y se encaminó a velocidad de vértigo en dirección a Budapest... y a un futuro que Selene ni siquiera se atrevía a imaginar.

¿Y ahora qué hago?

•••

En la cripta, Kraven estaba fuera de sí.

—¿Cómo ha podido preferir a un asqueroso licano antes que a mí? —rugió. La mera idea hacía que le hirviera la sangre—. ¡Es... inconcebible!

Enfurecido, se volvió hacia la hermosa portadora de las increíbles noticias.

—Espera un momento —dijo, mientras se le ocurría una idea esperanzadora. Lanzó una mirada suspicaz a la acobardada sirvienta que, si la memoria no le fallaba, se llamaba Erika—. Tú eres la que está celosa, ¿no?

¿Podía ser aquél un intento torpe, por no mencionar carente de todo gusto, por privar a Selene de su afecto?

Sin embargo, la necia vampiresa reaccionó con espanto a la acusación implícita de sus palabras.

—¡No! ¡Os lo juro, mi señor, yo nunca os mentiría!

Por desgracia, Kraven la creía, así que no le quedaba más remedio que aceptar la obscena realidad de que, entre todas las criaturas, Selene había elegido precisamente a un licano para emparejarse. *Esta vez ha ido demasiado lejos, pensó con indignación. Ejecutor o no, ningún vampiro tenía derecho a confraternizar con el enemigo sin recibir un castigo.*

A excepción de su alianza secreta con Lucian, por supuesto.

Se disponía a abandonar la cripta cuando lo frenó en seco una voz reseca y susurrante que emergió de repente de las sombras que cubrían la parte trasera de la cámara subterránea.

—¿A qué viene este tumulto? —exigió la voz.

El rostro de Kraven se heló. *¡No, no puede ser!* En la comprensible furia provocada por el comportamiento criminal de Selene, había olvidado por completo lo que había dicho sobre Viktor al despedirse. Creí que sus palabras no eran más que una presunción vacía.

Tanto Erika como él se volvieron hacia la voz, que parecía emanar de la sombría cámara de recuperación. Kraven tragó saliva al ver que una figura esquelética salía arrastrando los pies de la parte trasera de la cámara y se acercaba a la pared de plexiglás que la separaba de la cripta. Un jadeo involuntario escapó de la garganta de la criada ante la visión grotesca que tenía ante sí.

Viktor, con el cuerpo demacrado envuelto en una túnica de seda, los estaba mirando desde el otro lado de la transparente barrera. Unos ojos fríos y blancos, como de cuarzo pulido, contemplaban la escena con intensidad desde la sombría oscuridad de sus cuencas oculares. Su rostro momificado lucía una expresión fría y autoritaria. Una intrincada red de tubos de plástico salía de su cuello y sus hombros y lo mantenía conectado a un mecanismo de alimentación suspendido por encima de su cabeza, de tal modo que parecía una marioneta demoníaca. Por los tubos intravenosos fluía brillante sangre arterial, que nutría al recién despertado Antiguo y restauraba sus

fuerzas.

¡Es un error!, protestó Kraven para sus adentros al ver cómo se desmoronaban sus cuidadosamente preparados planes delante de sus ojos. Se suponía que Viktor debía de estar en aquel mismo momento enterrado, no en pie y despierto cuando Kraven estaba a punto de alcanzar su mayor victoria. *¿Todavía puede salvarse el plan, se preguntó, o todas mis meticulosas y arriesgadas maquinaciones han quedado reducidas a nada?*

Erika cayó de rodillas junto a Kraven, lo que recordó a éste que debía hacer lo mismo. Con un remolino de pensamientos y su glorioso futuro arrojado de repente a la incertidumbre, el aterrado vampiro cayó de rodillas frente a su oscuro amo y señor.

•••

Michael se sujetaba con fuerza a la puerta del sedán mientras Selene conducía a toda velocidad por la autopista mojada. Una señal metálica anunció que se encontraban a sólo treinta kilómetros de Budapest, pero Michael estaba demasiado atento escuchando a Selene como para prestar mucha atención a sus progresos.

—Te guste o no —dijo ella con tono sombrío— estás metido en medio de una guerra secreta que se ha librado durante la mayor parte de un milenio... una lucha a muerte entre vampiros y licanos.

Michael no estaba seguro de haberla oído bien.

—¿Vampiros y... qué?

—Hombres-lobo —añadió ella al reparar en su expresión de desconcierto—. Hombres-lobo.

Michael se quedó boquiabierto. *¿Me estás tomando el pelo?*, pensó, incrédulo. *¿Vampiros y hombres-lobo? ¿Qué creía que era todo aquello, una especie de película de terror de serie B? ¡Por el amor de Dios, estamos en el siglo XXI, no en la jodida Edad Media!*

A pesar de su escepticismo, unos recuerdos extraños de las últimas cuarenta y ocho horas estaban pasando como destellos por sus pensamientos.

La chica rubia de la mansión, pegada al techo mientras le siseaba con unos colmillos afilados y blancos...

El desconocido del ascensor que le había clavado los dientes en el hombro...

El techo de su apartamento, del que llovían trozos de yeso mientras al otro lado caían pesadamente tres criaturas...

El rugido espeluznante de una criatura que no era de este mundo...

—¡No! —balbució Michael sacudiendo la cabeza. *Aquello era imposible. Los vampiros y los licántropos no existían, salvo para los psicópatas con delirios y los fetichistas de la sangre. Puede que sea eso lo que pasa*, pensó febrilmente en un intento por encontrarle un sentido racional a lo que Selene estaba diciéndole. *Podría*

ser algo relacionado con una secta, o puede que una guerra de bandas entre dos sectas rivales.

—Cree lo que quieras —dijo Selene, que había discernido la duda en sus ojos. Pasó una mirada furiosa por sus pálidas y sudorosas facciones—. Puedes considerarte afortunado. La mayoría de los humanos muere en el plazo de una hora tras haber recibido la mordedura de un inmortal. El virus que transmitimos es extremadamente letal.

¡No me hables de virus!, pensó. Soy médico. ¡Sé que todo eso es una gilipollez! Selene no se parecía a los licántropos de las historias, así que era de suponer que se consideraba a sí misma un miembro de la raza de los vampiros.

—Supongamos que tú me muerdes. ¿Qué pasará? ¿También me convertiré en vampiro?

—¡No! —exclamó ella con vehemencia mientras en su rostro se dibujaba una expresión ceñuda provocada por el mordaz comentario de Michael—. Morirías. Nadie ha sobrevivido jamás tras ser mordido por las dos especies... Y, por desgracia, los licanos te cogieron primero. —Sacudió la cabeza, asombrada por su propia y estúpida testarudez—. Según la ley, lo que debería hacer es parar el coche y matarte aquí y ahora.

Michael tragó saliva. Fuera o no una vampiresa, sabía por experiencia lo peligrosa que podía ser aquella mujer.

—Entonces, ¿por qué me estás ayudando? —preguntó con tono vacilante.

—¡No te estoy ayudando! —insistió ella, puede que con demasiada vehemencia—. ¡Yo persigo y mato a los de tu raza! ¡Soy una Ejecutora! Es mi deber. —Estaba mirando fijamente la serpenteante carretera que tenía delante y no se volvió a él una sola vez—. Lo único que quiero es saber por qué Lucian te busca con tanto interés.

¿Ejecutora? ¿Lucian? Aquello se volvía más confuso —y absurdo— a cada segundo que pasaba. Michael se dejó caer sobre el respaldo del asiento, abrumado por una «explicación» que no tenía el menor sentido. Levantó la mano y se tocó el chichón de la frente, un doloroso recuerdo de la última vez que había ido en coche con Selene. Puede que me haya equivocado al venir a buscarla, se dijo. Puede que esté perturbada.

Pero, ¿y si le estaba diciendo la verdad?

• • •

Con la cabeza todavía inclinada, Erika se levantó y salió en silencio y de puntillas de la habitación. Kraven se quedó a solas con Viktor. Demasiado perturbado por la inesperada resurrección de su amo como para prestar atención a otra cosa, apenas se percató de la marcha de la criada. ¿Seguía Soren esperando en la sala de seguridad? No es que importara demasiado; ningún guardaespaldas del mundo podría proteger a

Kraven de la ira de Viktor si el Antiguo decidía que el tembloroso regente había cometido algún pecado.

Maldita seas, Selene, pensó Kraven. ¿Qué has hecho?

—¿Sabes por qué me han despertado, sirviente mío? —preguntó Viktor. Su voz era un rumor reseco, un crujido emitido por unas cuerdas vocales petrificadas que habían guardado silencio durante casi un siglo.

—No, mi señor —respondió Kraven. Se arrodilló y miró el suelo con sumisión, incapaz de soportar la desgarradora mirada blanca de su amo—. Pero pronto lo averiguaré.

Viktor le indicó que se levantara.

—Quieres decir cuando la encuentres.

¿Luego Viktor sabía que Selene era la responsable de su despertar?

—Sí, mi señor —dijo Kraven rápidamente, rezando para que la impía Selene, y no él, fuera la que incurriese en el disgusto del Antiguo—. ¡Os doy mi palabra de que la encontraremos!

Viktor asintió con aire meditabundo. Sus calcificadas articulaciones crujieron y chirriaron.

—Has de traerla a mí —decretó—. Tenemos mucho que discutir, Selene y yo. Me ha mostrado muchas cosas perturbadoras. —Un tono ominoso se insinuó en su voz reseca—. Muy pronto nos ocuparemos de todo.

Kraven se amedrentó bajo la mirada del Antiguo. *¿Qué quería decir Viktor? ¿Qué era lo que le había mostrado Selene?* Durante un instante, Kraven estuvo seguro de que Viktor lo sabía todo: la alianza con Lucian, los planes para la noche siguiente, todo. Se estremeció. La muerte sería un castigo misericordioso para él si Viktor llegaba siquiera a sospechar cuáles eran sus verdaderas ambiciones. Lo más probable era que lo condenaran a una eternidad de tortura incesante por haber llegado a considerar una ofensa tan insólita.

Le hizo falta todo su valor para no salir huyendo de la cripta en aquel mismo momento. Kraven sintió que su resolución menguaba perceptiblemente mientras se forzaba a permanecer en presencia de Viktor y el esquelético Antiguo lo sometía al escrutinio marchitador de su mirada. Viktor se acercó un poco más a la pared de plexiglás que los dividía y Kraven apretó todos los huesos y músculos de su cuerpo para mantenerse rígido y en posición de firmes. Su rostro se convirtió en una máscara vacía que no mostraba nada.

—Este aquelarre se ha vuelto débil... decadente —dijo Viktor como si los inofensivos (aunque numerosos) vicios de Kraven estuvieran escritos en letras escarlata sobre su rostro y su figura. Kraven se sentía como Dorian Gray, enfrentado a las señales acusadoras de su retrato—. Quizá —continuó Viktor— debería haber dejado a otro al cargo de mis asuntos.

Una vez más, Kraven se preguntó que habría logrado Selene comunicarle al recién despertado Antiguo. Un destello de resentimiento contribuyó a fundir un poco el hielo del miedo que le atenazaba el espíritu. *Sólo una noche más*, pensó con malicia, *y las opiniones de Viktor sobre mis habilidades habrían dejado de importar*. Kraven mantenía sus secretos proyectos ocultos en las más profundas y clandestinas cámaras de su corazón inmortal. Puede que hubiera aún alguna posibilidad de éxito, a pesar del prematuro despertar del Antiguo.

Al contemplar con más atención a la fea criatura que tenía delante, Kraven se dio cuenta de que, de hecho, el poderoso Viktor estaba todavía recuperándose de su prolongado período de hibernación. Las piernas marchitas lo sustentaban a duras penas. Se llevó una mano huesuda a la frente mientras cerraba los ojos y los apretaba, incómodo, como si le doliesen las impresiones que estaban pasando por el interior de su cráneo inmortal.

—Sin embargo —admitió Viktor con solemnidad—. Los recuerdos de Selene son todavía... caóticos, sin sentido del tiempo o la secuencia.

Kraven era consciente de que no pasaría mucho tiempo antes de que Viktor volviera a ser él mismo del todo, pero pretendía aprovechar al máximo el breve período de recuperación del Antiguo. *Sólo una noche más*, volvió a pensar. *Eso es todo lo que necesito... lo que Lucian y yo necesitamos. ¡Entonces Viktor y los demás Antiguos lamentarían haber subestimado a Kraven de Leicester!*

Unos párpados resecos que parecían de papiro se abrieron con lentitud.

—Ya he descansado suficiente —declaró Viktor—. Lo que debes hacer ahora es convocar a Marcus. Es hora de que me informe de cómo están las cosas.

Kraven miró al Antiguo, horrorizado.

Por Dios, todavía no comprende lo que ha ocurrido. La confianza del vampiro se vio acrecentada ante la perspectiva de explicar a Viktor la auténtica enormidad de la inefable trasgresión de Selene. *¡Te ruego que recuerdes, mi amo, pensó con malicia, que la culpable es Selene, no yo!*

Con la boca tan seca como la de su momificado sire, Kraven señaló la tumba de Marcus.

—Pero... si sigue durmiendo, mi señor.

El pálido cráneo de Viktor se echó atrás como una cobra preparada para atacar. Sus ojos hundidos se abrieron alarmados y a continuación empezaron a arder con un fuego malvado. Su boca sin labios se contrajo en una mueca macabra. Los colmillos rechinaron.

Aterrorizado por la creciente furia de Viktor, Kraven retrocedió por el suelo de la cripta. Se apresuró a concluir su explicación antes de que la furia del Antiguo pudiera estallar sobre la más próxima criatura viviente, es decir, él mismo.

—Se espera la llegada de Amelia y de los miembros del Consejo mañana por la

noche... para despertar a Marcus, no a vos.

Una cólera sin palabras contrajo el horripilante rostro de Viktor y convirtió su semblante de calavera en el de un demonio vengativo. Kraven retrocedió tambaleándose y apartó la mirada del colérico Antiguo mientras terminaba nerviosamente de explicar la situación:

—Habéis sido despertado un siglo antes de tiempo.

Capítulo 19

Cuando por fin logró salir a trancas y barrancas de la cripta, Kraven se sentía como si un aquelarre entero de vampiresas voraces lo hubiera dejado seco. ¡Gracias a la Providencia!, pensó temblando, a un tiempo aliviado y sorprendido por haber sobrevivido al encuentro con Viktor. Había olvidado lo amenazante que podía llegar a ser su sire.

Al final, el autocrático Antiguo se había limitado a expulsar a Kraven de su presencia para poder ponderar las cosas en privado. Kraven lo había obedecido con sumo gusto y se había marchado con cierto alivio a sabiendas de que, al menos durante algún tiempo, el recién despertado Antiguo estaba confinado en los límites de la cámara de recuperación. No obstante, no era tan necio como para creer que Viktor languidecería demasiado tiempo en las tenebrosas entrañas de la mansión. Muy pronto Viktor saldría de la cripta en posesión de toda la fuerza y majestad de antaño.

Debo prepararme, pensó Kraven, antes de que sea demasiado tarde.

Para su asombro, se encontró con la sirvienta —Erika—, que lo esperaba en la cámara de observación que había al otro lado de la cripta. El resto de las chismosas doncellas había abandonado el lugar, sobresaltadas sin duda por la inquietante resurrección de Viktor, y sin embargo Erika se había quedado a esperarlo, apoyada con aire tenso sobre el borde de un banco de mármol tallado. En cuanto Kraven salió de la cripta se puso en pie de un salto.

—¡Mi señor!

Tras haber tenido que mantener a raya todos sus miedos y resentimientos durante su espantosa audiencia con Viktor, Kraven dio las gracias a la oportunidad de dar rienda suelta a sus emociones con alguien considerablemente menos imponente que el Antiguo. Aquella criada miserable era tan insignificante en el esquema de las cosas que podía permitirse el lujo de hablar con libertad delante de ella. En realidad era como hablarle a una habitación vacía.

—¡Esa zorra me ha traicionado! —gritó, aventando lo más amargo de su bilis para Selene y su compañero licano. Se apartó de las paredes insonorizadas de la cripta y puso una considerable distancia entre el horripilante espectro que residía ahora al otro lado y él mismo—. ¡Y ahora Viktor sabe todo lo que la ha estado obsesionando este tiempo!

Pero, ¿cuánto sabía o sospechaba Selene en realidad?

Erika, que se había acercado a él, se encogió al oír el acaloramiento con el que denunciaba a Selene. Estaba claro que no le gustaba que la pasión de su señor se dirigiera a otra vampiresa, por muy amarga que fuera su disposición. Seductora e insegura, alargó el brazo hacia él para tratar de reconfortarlo. Sus pequeñas manos se

posaron con suavidad sobre su brazo.

Irritado, Kraven la apartó sin miramientos. *¡Zorra estúpida!* Estaba furioso. *Lo último que necesitaba en aquel momento era que una lacaya enamorada se le echara encima. ¡Su vida eterna corría peligro!*

Erika se tragó un sollozo y se apartó de él, al tiempo que su rostro vampírico enrojecía de vergüenza y desconcierto. La evidente profundidad de su congoja se abrió camino entre las obsesivas preocupaciones de Kraven y lo invitó a reconsiderar la devoción de la criada. Puede que no fuera inteligente desechar con tanta rapidez a una devota tan ferviente.

—¡Espera! —le gritó.

Erika se detuvo como si acabara de caer un rayo sobre ella. Sus ojos violetas estaban inundados de lágrimas cuando se volvió hacia él. Un reguero carmesí manchaba sus mejillas.

Por vez primera en casi treinta años, Kraven miró a Erika de verdad e inspeccionó su cabello rubicundo, su piel sedosa y su preciosa figura. Los hombros blancos y desnudos y la garganta tentadora ofrecían la perspectiva de unos deleites cremosos bajo el negro y sugerente vestido. Aunque no fuera una diosa irresistible como Selene, era una auténtica preciosidad, había que admitirlo.

Se acercó a la paralizada doncella que lo miraba temblando, con las manos delante de los labios, como si temiera ponerle voz a las tumultuosas emociones que atormentaban su alma. Estuvo a punto de fundirse cuando Kraven le puso las dos manos sobre los hombros desnudos y le miró los ojos.

—¿Puedo confiar en ti? —le preguntó.

Ella asintió y sonrió. Sus ojos adoradores y su expresión radiante le dijeron todo lo que necesitaba saber. Sus deseos eran órdenes para ella.

• • •

El viejo y derruido edificio, situado en uno de los rincones menos atractivos del centro de Pest, era un montón de ladrillos feo y nada atractivo, a todas luces construido después de la guerra, cuando la ciudad estaba en manos de los soviéticos. Décadas de contaminación habían ennegrecido la fachada en su totalidad y las ventanas cegadas con planchas de acero y cubiertas de pintadas y graffiti evidenciaban que llevaba algún tiempo abandonado.

O eso parecía.

—Éste es uno de los lugares que utilizamos para realizar interrogatorios —le explicó Selene mientras subía el coche al bordillo. La lluvia había parado por fin pero las calles y callejones seguían mojados. La luna gibosa que asomaba entre los chatos edificios del vecindario se reflejaba en los grasientos charcos.

Tras aparcar el sedán en un cercano y discreto callejón, salió y subió con Michael

los resbaladizos escalones del edificio. Acto seguido, abrió el candado que mantenía cerrada la puerta principal. Entraron en un vestíbulo sombrío y Michael oyó ratas que escapaban, sorprendidas por la aparición de aquellos visitantes tardíos. Selene encendió una lámpara, quizá como concesión a la visión meramente humana de Michael, y recorrió el vestíbulo cubierto de basura con su haz frío y blanco. Una escalera ruinoso conducía a los pisos superiores y Selene empezó a subir los crujientes peldaños mientras iluminaba el camino con el foco.

Michael la siguió en silencio, mientras su cerebro a punto de estalla seguía tratando de asumir las revelaciones asombrosas que Selene le había hecho antes. O, más bien, decidir qué parte de la historia debía creer, si es que debía creer alguna. Hombres-lobo y vampiros... oh, Dios mío, pensó.

Lo más espeluznante de todo era que, en contra de todas las fibras de su mente racional y moderna del siglo XXI, estaba empezando a considerar la idea absurda de que era posible, sólo posible, que Selene estuviera diciendo la verdad. En cuyo caso él estaba metido en la peor de las mierdas imaginables.

—Bueno, ¿y qué es lo que haces? —preguntó cautelosamente mientras subían las escaleras, un fatigoso piso tras otro. Su cuerpo maltrecho y agotado protestaba contra la gravedad a cada paso que daba—. ¿Matar gente y beber su sangre?

Selene sacudió la cabeza.

—Hace cientos de años que no nos alimentamos de seres humanos. —A diferencia de Michael, a ella no parecía haberle afectado la agotadora subida—. Llama demasiado la atención.

Llegaron al final de las escaleras y abrió una gruesa puerta de madera en el sexto piso. Entró, encendió una luz y a continuación indicó a Michael que la siguiera. A falta de una idea mejor, éste lo hizo.

Entre libremente y por propia voluntad, pensó, recordando una línea de Drácula. Había leído el libro hacía años, en el instituto, pero nunca había creído que fuera a vivirlo en carne viva. *Pase a mi guarida...*

Unos fluorescentes que se fueron encendiendo en sucesión mostraron una sala pequeña y espartana equipada con escaso mobiliario. No había camas ni sofás, sólo varias sillas de metal, unos pocos armeros en las paredes y cajas de munición pulcramente apiladas en el suelo. Las paredes y el suelo estaban desnudas de toda ornamentación, excepción hecha de un viejo calendario pasado de fecha clavado en una de aquellas. Una especie de piso franco, comprendió Michael, a pesar de que hasta el día presente su conocimiento de tales cosas se debía simplemente a las novelas y películas de espías.

Selene pulsó un interruptor en la pared y se produjo un zumbido electrónico. Una serie de paneles de metal oxidado se deslizaron hacia abajo y apareció una ventana que daba a la calle. Se aproximó con cautela a la ventana y a continuación se arriesgó

a echar un vistazo al exterior y asintió para sí con aire sombrío.

Todo despejado, supuso Michael. Trató de no pensar demasiado en que, si Selene había dicho la verdad, estaba buscando hombres-lobo.

En un rincón del cuarto, junto a una caja de munición de madera, zumbaba un pequeño refrigerador portátil. Selene se apartó de la ventana y abrió la nevera. Michael vio en su interior lo que parecían varias docenas de bolsas de plasma. ¿Suministros médicos de emergencia, se preguntó, incómodo, o la cena?

Selene sacó un paquete del frigorífico y se lo arrojó a Michael. Para su propio asombro y a pesar de que estaba tan frío como la muerte éste lo cogió.

La sangre helada estaba fría al tacto, como un carámbano. Michael se resistió al impulso de pegársela a la dolorida frente y en su lugar inspeccionó el logotipo de la etiqueta.

—Industrias Ziodex —leyó en voz alta.

Reconoció el nombre. Ziodex era una de las compañías más importantes de la industria biofarmacéutica. El Hospital Karolyi utilizaba asiduamente sus productos.

—Es nuestra —afirmó Selene, lo que explicaba, entre otras cosas, quién pagaba el mantenimiento de la opulenta mansión—. Primero fue el plasma sintético. Ahora esto. Cuando sea aprobado, nos hará ricos.

Michael dio la vuelta a la bolsa y leyó la etiqueta. Sus ojos inyectados en sangre estuvieron a punto de salirse de las órbitas al comprender lo que tenía entre las manos.

—Sangre clonada —susurró, sin saber muy bien si debía sentirse impresionado u horrorizado. Como estudiante de medicina, sabía que se habían hecho investigaciones en aquel campo pero ignoraba que Ziodex estuviera tan avanzada.

—Espera —protestó. Se acababa de percatar de una contradicción—. Antes has dicho que los... vampiros —pasó con torpeza sobre la palabra— llevan siglos sin alimentarse de sangre humana. No creo que existiera la sangre clonada hace cien años.

—Por supuesto que no —dijo Selene. Para gran alivio de Michael, no se sirvió una refrescante pinta de plasma. Probablemente hubiera sido más de lo que podía soportar en aquel momento—. Por orden de los Antiguos, nos alimentamos de sangre de ganado. Hacerlo con los seres humanos era inmoral, además de peligroso. No teníamos ganas de atraer las horcas... y las estacas de madera, de la población enfurecida. —Le quitó a Michael la bolsa, que empezaba a deshelarse, y volvió a guardarla en la nevera—. El plasma sintético y la sangre humana clonada son innovaciones relativamente recientes.

Michael no tuvo valor para preguntar si la sangre clonada tenía el mismo sabor que la normal.

—Entonces, ¿los vampiros ya no beben sangre de verdad?

En cierto modo espeluznante, era casi una desilusión, algo así como descubrir que Lizzie Borden no había despedazado a sus padres en realidad.

Selene titubeó antes de responder y entonces se puso un poco a la defensiva.

—Bueno, no necesitamos beber sangre humana para sobrevivir, pero a algunos vampiros les gusta beber sangre real en ocasiones, por placer. —Evitó su mirada. Estaba claro que el tema le resultaba incómodo—. De otros vampiros, quiero decir, y de ciertos... donantes humanos.

—¿Donantes voluntarios? —preguntó Michael.

—En teoría —respondió ella con voz sombría. Michael tuvo la impresión de que algunos vampiros eran más escrupulosos que otros en lo referente a su alimentación. Creía que sabía a qué clase pertenecía Selene pero a pesar de ello se llevó la mano a la garganta. Al mismo tiempo, una parte de él seguía sin poder creer que estuviera participando en una discusión seria sobre los hábitos alimenticios de los vampiros.

O sea, vamos... ¿vampiros?

Un silencio incómodo se apoderó de la habitación. Las piernas temblorosas de Michael le recordaron lo enfermo y cansado que estaba y se dejó caer sobre la más cercana de las sillas de titanio, que parecía muy dura y capaz de sostener a un gorila adulto... o quizá a un hombre-lobo de tamaño monstruo. Su mirada perpleja vagó ausente por la habitación hasta detenerse en una mesa de acero de grandes dimensiones que había cerca. Sobre la mesa descansaba una bandeja llena de instrumentos quirúrgicos, cubierta por una capa grisácea de polvo y telarañas.

—¿Para qué es eso? —preguntó. El médico de su interior estaba escandalizado por la falta de esterilidad de los escalpelos y bisturís y otras herramientas, muchas de las cuales mostraban restos de sangre seca, herrumbre o una horripilante combinación de ambas. *¿Es que los vampiros no tienen que preocuparse de las infecciones?*, se preguntó, volviendo a emplear de mala gana la palabra con «v».

—Los licanos son alérgicos a la plata —le informó Selene. Sacó una de sus pistolas y la colocó sobre la mesa, junto a la bandeja del instrumental—. Tenemos que sacarles las balas deprisa o se mueren en medio del interrogatorio.

No había el menor remordimiento en su tono. Si acaso, parecía mucho más cómoda discutiendo técnicas de interrogatorio de lo que había estado al divulgar las interioridades del estilo de vida de los vampiros.

Michael la miró con horror. Trató de imaginar su exquisita belleza interrogando a un hombre-lobo prisionero y no lo consiguió.

—¿Y qué pasa después?

—Volvemos a meter las balas —dijo, y se encogió de hombros.

• • •

Lucian y Singe caminaban por un pasadizo en ruinas que discurría a gran profundidad

bajo la ciudad dormida. Al científico licano le desagradaba abandonar su laboratorio subterráneo pero Lucian había insistido en que Singe lo acompañara para supervisar los preparativos de la histórica noche del día siguiente. En cualquier caso, reconoció Singe para sus adentros, no tenía mucho más que hacer hasta que el humano, Michael Corvin, no hubiera sido liberado. En esencia, el experimento principal estaba en espera.

—Sería conveniente —dijo Lucian— vigilar con más atención a nuestros sedientos primos.

Singe comprendió que Lucian se refería a los vampiros. A diferencia de los miembros menos instruidos de la manada, Singe era muy consciente de los profundos vínculos genéticos que unían a los licántropos con sus adversarios no-muertos. Ambas razas compartían un mismo origen, oculto ahora bajo siglos de conflicto y superstición.

—Enviaré a Raze inmediatamente —le aseguró a Lucian. Un poco de vigilancia adicional no podía hacer ningún mal, en especial ahora que todo estaba en juego y que Raze se había recobrado lo bastante de sus heridas para encargarse de semejante misión.

Lucian se detuvo y puso una mano sobre el flaco hombro de Singe. El colgante metálico que llevaba al cuello atrapaba la luz de los parpadeantes fluorescentes del techo. Singe nunca había visto a su líder sin el brillante talismán. *Una curiosa manía*, pensó el viejo científico, pero una manía que jamás se hubiera atrevido a cuestionar. *Es raro que una criatura tan instruida y visionaria luzca sobre su persona una baratija tan arcaica.*

—Me temo que voy a tener que recurrir otra vez a ti, amigo mío —dijo Lucian—. El tiempo se agota y necesito la ayuda de mis mejores colaboradores.

Singe reprimió un suspiro de impaciencia.

Soy un científico, protestó en silencio. ¡Debo estar en mi laboratorio! ¿Pero quién era él para cuestionar las instrucciones de su amo? De no haber sido por Lucian, habría muerto de leucemia hacía generaciones.

—Como desees —asintió.

Capítulo 20

Michael estaba sentado en la incómoda silla de acero, exhausto pero incapaz de dormir. La cabeza la dolía con cada latido del corazón y tenía un nudo en el estómago. Unos bichos invisibles reptaban sobre todo su cuerpo y le obligaban a estar constantemente rascándose los brazos y las piernas. La luz de la luna que se filtraba por la ventana le picaba en los ojos pero se veía incapaz de apartar los ojos de ella. *¿Dice la verdad?*, se preguntó, a despecho de años de riguroso entrenamiento científico. *¿Dice Selene la verdad? ¿Me estoy convirtiendo en un hombre-lobo?*

Era una locura, una idea ridícula hasta para ser considerada un solo instante y sin embargo... ¿por qué seguía oyendo aquel aullido monstruoso en el interior de su cráneo?

Se volvió hacia Selene, temiendo preguntarle qué podían significar sus debilitantes síntomas. Ataviada de cuero, la mujer esperaba junto a la ventana abierta, vigilando la calle silenciosa. Sus dedos estaban apoyados en la empuñadura de la pistola automática, como si no pudiera esperar a encontrar un objetivo para sus balas de plata.

—¿Por qué los odias tanto? —le preguntó.

Selene frunció el ceño y cambió de posición para darle la espalda. A juzgar por su lenguaje corporal y lo que revelaba su expresión, lo que menos deseaba en aquel momento era mantener esa conversación.

—¿No puedes responder a la pregunta? —insistió. Si iba a condenarlo por convertirse en un hombre-lobo, al menos quería saber la razón. *¿Voy a ser yo tu próxima víctima*, se preguntó con angustia, *una vez que ocurra lo que... tiene que ocurrir?*

Esperó, muy tenso, pero no hubo respuesta. Miró lleno de impotencia a los contornos de lustroso cuero de la espalda de la mujer hasta que estuvo seguro de que iba a darle la callada por respuesta.

—Estupendo —musitó con amargura mientras volvía la mirada a los tablones de madera del suelo. Una mancha oscura decoloraba el suelo en el que estaba sentado. *¿Sangre seca de la víctima de un interrogatorio pasado?*

—Mataron a toda mi familia —susurró lentamente la vampiresa. Hablaba en voz tan baja que al principio Michael no estuvo seguro de haberla oído—. Se alimentaron de ellos.

Apartó la mirada de la ventana y clavó los ojos en Michael. En aquellos orbes enigmáticos y castaños, creyó discernir años de pesar y remordimiento sin cicatrizar. Un dolor viejo coloreó la voz de Selene.

—Me quitaron todo lo que tenía —dijo.

•••

Kraven estaba reclinado en un diván de terciopelo rojo, perdido en sus pensamientos. ¿Dónde estaba Selene ahora y qué estaría haciendo con esa escoria licana? Según Soren, había huido de la mansión con Corvin mientras Kraven estaba ocupado con Viktor en la cripta. Ahora mismo podría estar en cualquier parte, pensó enfadado. Dudaba que regresara a la mansión aquella noche.

No le gustaba nada que hubiera tantos cabos sueltos a menos de veinticuatro horas de su jugada final. Viktor despierto, Selene desaparecida, Lucian descontento... ¡Nada marchaba según lo planeado!

Aún puede funcionar, pensó desesperadamente, tratando de tranquilizarse. Sólo tengo que ser fuerte y no cejar. Sobre todo ahora que la victoria está tan próxima...

La puerta se abrió y Erika entró en la suite. *Ya era hora*, pensó Kraven. La había enviado a notificar la resurrección de Viktor a la servidumbre para impedir que los rumores y habladurías se extendieran sin control por la mansión. Como cierta medida de control de daños, se había atribuido el mérito del despertar del Antiguo y había ordenado a Erika que divulgase la historia de que había actuado siguiendo órdenes secretas de la propia Amelia y por razones que sólo ellos dos conocían. Con suerte, esta explicación improvisada transmitiría la impresión de que había mantenido el control de todo lo ocurrido, al menos hasta que ya no importase.

Muy pronto, se prometió, mi autoridad será incuestionable.

Se incorporó en el diván.

—Me alegro de que estés aquí —se dirigió a la criada, que llegaba tarde. Erika llevaba fuera unos quince minutos. A juzgar por su aspecto, había aprovechado parte de ese tiempo para retocarse el maquillaje y el peinado—. Ahora, es necesario que esto que voy a contarte se mantenga en el más estricto sec...

Erika lo sorprendió alargando la mano y poniéndole un dedo en los labios. Sus ojos violeta se clavaron en los suyos.

—Eso puede esperar —susurró.

Con una sonrisa seductora, se llevó las manos atrás y desabrochó los cierres del corpiño de encaje negro. El traje cayó al suelo y dejó a la luz un cuerpo femenino digno de una sílfide que no había envejecido un solo día desde aquella noche funesta en Piccadilly, veintisiete años atrás. Sus pies desnudos pasaron por encima del traje abandonado y llevaron la carne de la mujer al alcance de las manos de su sire.

Kraven estaba sorprendido, eso como mínimo. Aquello no era exactamente lo que había estado pensando cuando le había dicho a la ansiosa criada que regresara a su lado. Sólo pretendía ordenarle que mantuviera vigilado a Viktor en la sala de recuperación, so pretexto de ocuparse de sus necesidades, y lo informara de todo cuanto hiciera y todos a quienes viera.

Pero bueno, reflexionó mientras sopesaba sus opciones, *¿qué demonios?* Sus ojos oscuros devoraron la incitante desnudez de la rubia vampiresa. A pesar de las graves preocupaciones que lo agobiaban, descubrió que su cuerpo no-muerto respondía a los encantos generosamente desplegados de la mujer. *¿Por qué no?*, se dijo. En el presente momento necesitaba a todos los leales que pudiera conseguir y si aquello era lo que hacía falta para asegurarse la lealtad absoluta de la muchacha... bueno, había maneras peores de pasar las horas que faltaban hasta la salida del sol.

De modo que aceptó su provocativa invitación, rodeó sus esbeltas y blancas caderas con las manos y la atrajo hacia sí. Sus labios se posaron sobre su vientre y la carne tensa de la muchacha se estremeció incontrolablemente mientras la besaba y lamía en dirección a los pechos. Su piel era tan suave como la porcelana y tan fría como el agua de un arroyo de montaña, y su lengua voraz dejó un rastro húmedo por los contornos sensuales de su cuerpo núbil.

Erika jadeó una vez y entonces se mordió el labio inferior. Kraven sonrió al pensar en su capacidad amatoria; sin duda, la necia zorra había estado esperando este momento desde que se convirtiera en vampiresa.

• • •

—Había algo en el establo haciendo pedazos a los caballos.

Seguía de pie junto a la ventana abierta. Se le hacía raro hablarle de aquella manera, de un asunto tan personal, pero no podía hacer nada para impedirlo. También le parecía que hacía lo correcto, aunque no era capaz de explicar el porqué.

—No hubiera podido salvar a mi madre. Ni a mi hermana. Sus gritos me despertaron. Mi padre murió en el exterior, tratando de echarlos. Yo estaba en la puerta, a punto de ir a buscar a mis sobrinas cuando... unas gemelas, de apenas seis años. Masacradas como animales. Me llamaron a gritos... y luego se hizo un silencio.

—Jesús —susurró Michael.

A pesar de sus problemas y del bestial contagio que estaba recorriendo su cuerpo, su amable rostro estaba lleno de compasión y simpatía. A Selene se le hizo un nudo en la garganta y le costó seguir hablando. No recordaba la última vez que alguien había tratado de compartir su dolor.

—La guerra había llegado a mi casa, mi hogar. —Su voz era poco más que un susurro pero veía que Michael absorbía cada palabra que pronunciaba. Lágrimas carmesí se formaron en sus ojos, por vez primera desde hacía siglos. Al cabo de todos esos años, el recuerdo era todavía como una herida abierta—. Y lo próximo que supe fue que estaba en los brazos de Viktor. Llevaba días siguiendo a los licanos. Él los expulsó y me salvó.

El nombre de Viktor provocó una expresión de desconcierto en Michael.

—¿Quién?

—El más antiguo y poderoso de todos nosotros —le explicó—. Aquella noche, Viktor me convirtió en vampiresa. Su sangre me dio el poder que necesitaba para vengar a mi familia. Y nunca he mirado atrás.

Hasta ahora, añadió en silencio. ¿Qué tenía aquel humano que hacía que quisiera abrirse de aquella manera, arrancarse la armadura emocional que había encerrado su corazón durante eras? Sólo era un mortal, y encima estaba infestado por la maldición de los licanos.

—He visto tus fotos —balbuceó. Se dijo que sólo estaba cambiando de tema, concentrándose en Michael, que era lo que tenía que hacer—. ¿Quién era esa mujer? ¿Tu esposa?

Sorprendido, Michael apartó la cara.

• • •

La armería de los licanos se encontraba en un bunker abandonado muchos metros bajo la vibrante metrópolis. Caía agua sobre el suelo de hormigón del exterior del bunker mientras Lucian pasaba revista a sus tropas.

Varias docenas de licanos, cada uno de ellos con un arma semiautomática con munición ultravioleta, habían formado en el túnel, de espaldas a las ruinosas paredes de ladrillo. Figuras humanoides ataviadas de colores pardos aferraban sus armas preparándose para administrar una muerte ultravioleta a sus enemigos ancestrales. Los soldados licanos se pusieron firmes mientras Lucian pasaba frente a ellos y entraba en la improvisada armería.

Excelente, pensó. La manada parecía preparada para entrar en combate en cualquier momento.

Aunque mal iluminada y mugrienta, la armería era perfectamente funcional. Había comandos licanos yendo y viniendo, inspeccionando y limpiando sus armas de gran calibre, cargando munición ultravioleta y cosas por el estilo. Habían dispuesto una mesa plegable de aluminio en el centro de la sala para realizar con más comodidad la planificación de la operación de aquella noche. Pierce y Taylor, que habían cambiado sus uniformes de policía por ropas de cuero acolchadas, se encontraban junto a la mesa examinando un mapa detallado de la ciudad. Levantaron la mirada al ver que Lucian se acercaba.

—¿Cómo van las cosas? —preguntó éste con brusquedad.

Los dos licanos sonrieron como respuesta y sus blancos y afilados dientes brillaron en la oscuridad.

• • •

Ahora le tocaba a Michael revivir la peor noche de su vida. Se asomó con mirada

triste al pasado mientras Selene lo observaba desde el otro lado del cuarto.

—Traté de girar, pero a pesar de todo no nos vio. Nos arrojó al otro carril. Cuando volví en mí, me di cuenta de que parte del motor estaba ahora en el asiento delantero... y que ella estaba atrapada allí, a menos de quince centímetros de mí, en aquella... horrible posición. Debía de estar en shock, porque no paraba de preguntarme si me encontraba bien. Estaba más preocupada por mí...

Tuvo que parar, con un nudo de emoción en la garganta. El corazón de Selene se partió al escucharlo. Considerando su historia, era un milagro que hubiera vuelto a entrar en un coche y mucho más que hubiera soportado el trayecto en el Jaguar a toda velocidad de la noche pasada. Michael le había contado que habían acabado en las aguas del Danubio; sintió una punzada de remordimientos por haberlo sometido a una nueva experiencia traumática a bordo de un vehículo.

Michael parpadeó para contener las lágrimas y continuó:

—Si hubiera sabido entonces lo que sé ahora, habría podido salvarla. Detener la hemorragia, tratar la conmoción y el traumatismo —Selene oyó pesar y culpa en su voz—. Sin duda podría haberla salvado pero... en cambio, murió allí mismo, ni dos minutos antes de que llegara la ambulancia.

Para su vergüenza, Selene sintió cierto alivio al saber que la novia de Michael, una norteamericana llamada Samantha, estaba irrevocablemente muerta y enterrada, pero desechó la reacción considerándola indigna de sí. *Y además, ¿qué importaba eso? Michael sólo era un peón en la guerra contra los licanos... ¿no?*

—Después de aquello —continuó—, no vi ninguna razón para seguir en los Estados Unidos. Mis abuelos por parte de padre habían emigrado allí desde Hungría en los años 40, después de la guerra, y hablaban con mucho cariño de la Patria, así que cuando obtuve mi título me dije, ¿qué demonios? Simplemente me marché, para dejarlo atrás, para... no sé... para olvidar. —Se encogió de hombros con despreocupación, una actitud fingida que contrastaba profundamente con sus auténticos sentimientos—. En aquel momento me pareció una buena idea.

Probablemente te hubiera ido mejor si te hubieras quedado en América, pensó Selene, mordaz. De manera discreta, dirigió la mirada a la marca manchada de sangre del mordisco que tenía en el hombro.

—¿Y lo has hecho? —le preguntó—. ¿Lo has dejado atrás?

Él le miró los ojos.

—¿Y tú?

Selene no tenía respuesta para eso.

•••

¡Sí!, pensó Erika, extasiada. *¡Por fin!*

Los labios gélidos de Kraven exploraron sus pechos y sus afilados dientes

probaron el primero de los pezones y a continuación el segundo. Las fuertes manos de Kraven la sujetaron por la grupa, y su presa dejó una marca sobre su carne flexible. Ella pasó las manos por su lujuriosa melena negra y se aferró a su cabello suelto como si su vida inmortal dependiera de ello.

Erika no podía creerse su buena suerte. Finalmente sus más locas fantasías estaban convirtiéndose en realidad. Lord Kraven le estaba haciendo al amor a ella, no a Selene, ni a Dominique ni a ninguna otra de las chicas. El regente de la mansión, el amo del aquelarre, la había elegido a ella. ¡Había llegado!

Echó la cabeza atrás, sólo un instante, y utilizó sus uñas afiladas para abrirse una pequeña media luna por debajo del pezón izquierdo. Profirió un gemido ruidoso mientras su sangre empezaba a brotar de la herida.

La boca de Kraven regresó a su pecho y lamió el reguero carmesí. Erika emitió un gemido de éxtasis, echó la cabeza hacia atrás y se rindió al placer del momento mientras el vampiro chupaba su sangrante teta.

Quería que aquel momento durara para siempre...

• • •

En el exterior de la mansión, al otro lado de la cancela que delimitaba el perímetro, una furgoneta negra mate pasó lentamente delante de la entrada. El vehículo llevaba todas las luces apagadas de modo que resultaba casi invisible en la profundidad tenebrosa de la noche. Unos zarcillos arremolinados de densa niebla gris que la rodeaban contribuían a ocultar la furgoneta de ojos indiscretos.

Singe estaba sentado tras el volante del vehículo, escudriñando con facilidad la oscuridad con sus ojos de licano. Frenó a pocos metros de la entrada de la mansión y contempló a través de los barrotes de hierro de la valla el apartado edificio gótico que se elevaba al final del camino. La palaciega residencia, con sus columnas de mármol y sus agujas elevadas, era desde luego más grande e imponente que la tosca guarida subterránea de los licanos.

De modo que esto es Ordoghaz, pensó el científico. Sentía excitación y temor por encontrarse tan cerca de la fortaleza de sus enemigos. Un aquelarre entero de vampiros, con docenas de Ejecutores, se encontraba a menos de medio kilómetro de distancia... y completamente ajeno a su presencia.

O eso esperaba él.

Debería estar en mi laboratorio, pensó con cierto enojo. Las operaciones de inteligencia como aquella eran cosas de las que deberían encargarse Raze o Pierce y Taylor. Singe aprovechó un momento para suspirar por sus abandonados experimentos. No le gustaba que lo apartaran de su trabajo en un momento tan crítico, justo cuando se encontraba a punto de culminar su revolucionario descubrimiento. Por lo menos, debería estar buscando al esquivo señor Corvin para

que el experimento pueda seguir adelante, no espiando un nido de chupasangres desprevenidos.

Sin embargo, él no era quién para cuestionar las cosas. Con un suspiro de resignación, apartó la mirada de la mansión y volvió la cabeza hacia el interior de la furgoneta, donde un equipo de cinco comandos licanos estaba preparando sus armas. Sus rostros humanoides tenían expresiones de salvaje impaciencia. A diferencia del bioquímico, que no podía encontrarse más lejos de su elemento, los soldados parecían preparados, ansiosos y a punto para cazar.

En este caso, murciélagos.

• • •

—¿Quién empezó la guerra? —preguntó Michael.

Selene seguía vigilando desde la ventana. La luz de la luna proyectaba su silueta de esfinge sobre los maderos del suelo. A pesar de todo lo que estaba ocurriendo, no podía por menos que advertir lo preciosa que era.

—Fueron ellos —respondió—, o al menos eso es lo que siempre nos han dicho. —Sus ojos llenos de pesar estaban clavados en las calles desiertas—. Entre nosotros no se mira con buenos ojos a quien escarba en el pasado. Ni a quien hace otras muchas cosas. —Un rastro de resentimiento se insinuó en su voz—. Pero empiezo a pensar que en esta guerra hay más de lo que parece a simple vista.

¿*Cómo qué?*, se preguntó Michael y entonces se dio cuenta de que estaba dando crédito y considerando con seriedad las implicaciones políticas de una guerra entre vampiros y licántropos. ¿*De verdad me lo estoy tragando?*, se preguntó, incrédulo. Miró con detenimiento a la mujer de belleza exótica que había junto a la ventana. Con aquel traje de cuero ceñido, se parecía más a Emma Peel que a Amne Rice. ¿De verdad creía que era una vampiresa?

No lo sé, tuvo que añadir a su pesar. Lo cierto es que ya no sabía lo que creía.

Selene consultó su reloj de pulsera.

—Son casi las cinco de la mañana —anunció—. Debería volver.

Sí, antes de que salga el sol, comprendió Michael, horrorizado al ver que aquello tenía cierto sentido para él. ¿Había un confortable ataúd esperando a Selene en la mansión?

—¿Y qué pasa conmigo? —preguntó.

Ella hizo una pausa antes de responder.

—Viktor sabrá lo que hay que hacer —dijo al fin. Michael recordó que, según lo que Selene le había contado, Viktor era el jefe supremo de todos los vampiros. El hecho de que su vida dependiera de las decisiones tomadas por un Conde Drácula del mundo real no tranquilizaba a Michael—. Volveré mañana por la noche —le prometió.

De eso nada, pensó Michael. No le gustaba la idea de pasar las siguientes doce horas escondiéndose en aquel piso franco. Se levantó con dificultades y se puso la chaqueta.

—Bueno, lo que está muy claro es que no pienso quedarme aquí solo —declaró, tratando de ignorar que la cabeza le daba vueltas. Tuvo que agarrarse a un brazo de la sólida silla de titanio para no perder el equilibrio.

—Lo harás si quieres vivir —dijo Selene con voz severa. Se apartó de la ventana y se le acercó.

Michael cerró los ojos y esperó a que se le pasara el mareo. Tal como se sentía en aquel momento, no estaba muy seguro de que fuera a sobrevivir hasta la noche siguiente. Con cada latido de su corazón sentía un dolor palpitante en las sienes y la mordedura del hombre de la barba seguía ardiéndole. *Por lo que yo sé, puede que haya cogido la rabia.*

—Mira —le dijo a la mujer—, puedes ayudarme a volver al hospital o puedo hacerlo yo solo. —Un escalofrío recorrió su cuerpo entero al recordar su última visita al hospital, apenas unas horas antes. ¿Y si la policía seguía allí, buscándolo?—. En cualquier caso, tengo que hacerme unas pruebas para ver si me han... ya sabes... infectado con... algo.

Era incapaz de decir licantropía. *Aqué era el término correcto, ¿no?*

Selene mantuvo una expresión pétrea, aparentemente impasible a su petición. *Estupendo*, pensó Michael, irritado. Asintió y se volvió hacia la puerta. *Parece que ahora estoy solo.*

Selene lo cogió del brazo y, una vez más, Michael se sorprendió al comprobar lo fuerte que era. Su puño cerrado era como un grillete implacable.

Enfermo como estaba, sabía que no tenía la menor posibilidad de escapar. *Demonios, seguramente estaría igual de atrapado aunque estuviera en plena forma. Ella era muy fuerte.*

¿Tan fuerte como un vampiro?

¿Y ahora qué hago?, pensó, asustado. Le dio la espalda, sin saber si debía responder con furia o suplicar clemencia. *¿Cómo razonaba uno con un vampiro tozudo?*

Estaban cara a cara, a escasos centímetros de distancia. Los ojos de Selene —enigmáticos, inescrutables— miraban fijamente los suyos, su rostro de exquisita factura no ofrecía ninguna pista sobre lo que estaba ocurriendo tras aquellos inolvidables ojos castaños Michael empezó a abrir la boca, todavía sin saber muy bien lo que iba a decir, pero entonces, inesperadamente, Selene se inclinó sobre él y lo silenció con un beso.

Sus labios eran fríos pero exuberantes y delicados. El beso había cogido por sorpresa a la mente de Michael, pero su cuerpo respondió al instante, como si llevara

toda la noche esperando aquel momento. Puede que así fuera. Michael no se había dado cuenta hasta entonces de lo mucho que deseaba besarla. Cerró los ojos, saboreó la sensación y le devolvió el beso apasionadamente.

CLICK-CLICK. Un par de chasquidos metálicos irrumpieron en el momento y los ojos de Michael se abrieron al instante, confundidos. *¿Qué demonios...?* Bajó la mirada y descubrió con sorpresa que Selene lo había encadenado a la pesada silla de titanio.

—Oye, ¿qué coño estás haciendo? —dijo con voz entrecortada y sintiéndose traicionado, frustrado y decepcionado al mismo tiempo. Se apartó de Selene y dio un fuerte tirón a las esposas pero la sólida silla, construida para soportar los esfuerzos de un hombre-lobo capturado y en estado de frenesí, estaba clavada al suelo y se negó a ceder.

Estaba atrapado.

Selene lo miró implacablemente, sin mostrar ni un ápice del ardor y el afecto que sus húmedos labios le habían ofrecido apenas unos segundos atrás. Metió la mano debajo de la gabardina y sacó la pistola.

Michael tragó saliva y se preguntó si habría llegado su fin. ¿Había sido el beso parte de una retorcida tradición, ofrecido como bendición final para el condenado, o sencillamente había pretendido distraerlo el tiempo suficiente para poder ponerle las esposas? Sea como fuere, de repente era consciente de lo poco que sabía sobre aquella mujer y sobre lo que era capaz.

¡Y yo que pensaba que era mi última esperanza!

Lo que quedaba de sus fuerzas se evaporó y retrocedió arrastrando los pies hacia la silla. Se dejó caer pesadamente sobre ella, incapaz de permanecer en pie un solo segundo más. Vamos, mátame, pensó con amargura. Pero antes deja que descanse aquí un minuto más.

Pistola en mano, Selene se le acercó. Se inclinó y le miró los ojos. La voz que brotó de sus labios era neutra y carecía de toda emoción.

—Cuando salga la luna llena mañana por la noche, te transformarás, matarás y te alimentarás. —Sacudió la cabeza para silenciar sus objeciones—. Es inevitable. —Su acerada mirada se posó en las esposas de metal que lo mantenían encadenado a la silla—. No puedo dejarte libre. Lo siento.

¡Esto es una locura!, pensó Michael, enfurecido. Hubiera querido conservar las fuerzas suficientes para debatirse, al menos como forma de desafío. *¿Primero me besas y al cabo de un segundo me dices que voy a convertirme en un monstruo?*

Selene metió un cargador en su arma. Michael se preguntó cuántas balas tendrían su nombre. Sin embargo, en lugar de dispararle, ella sacó el cargador y lo sostuvo frente a él para que pudiera ver las resplandecientes balas de plata que contenía.

Igual que el Llanero Solitario, pensó, enloquecido.

—No es probable que una sola bala te mate —le explicó con voz monótona—, pero la plata impide la transformación... al menos durante unas pocas horas. — Volvió a meter el cartucho y le arrojó la pistola en el regazo—. Si no he regresado a tiempo, hazte un favor. Úsala.

Más tarde, Michael se daría cuenta de que podía haber apuntado a Selene con el arma y exigido que lo liberara (aunque probablemente eso no le habría servido de mucho contra un vampiro). En el momento presente, sin embargo, no pudo más que mirarla boquiabierto, estupefacto y asombrado por seguir respirando, mientras ella salía rápidamente de la habitación y daba un portazo. Escuchó el crujido de un candado, seguido varios segundos más tarde por el sonido de unos pasos que bajaban las escaleras.

Aturdido, recogió la pistola de su regazo y la levantó. La miró como si fuese un artefacto alienígena.

Úsala —le había dicho Selene.

No hablaba en serio, ¿verdad?

Capítulo 21

El sedán deportivo de color gris llegó a velocidad de vértigo a Ordoghaz, como si estuviera haciendo una carrera con el sol naciente. *Qué prisa*, pensó Singe con sarcasmo desde el interior de la furgoneta aparcada. La incapacidad de los vampiros para tolerar la luz del día era una debilidad que él y sus camaradas licanos no compartían. Se preguntó qué sería lo que había mantenido en las calles a ese chupasangre hasta tan tarde.

El conductor del sedán tenía tanta prisa que Singe no creyó probable que él o ella reparara en la furgoneta con las luces apagadas que acechaba en las sombras al otro lado de la entrada de la mansión de los vampiros. Se llevó unos binoculares a los ojos y vio que el conductor era una hembra de cabello oscuro ataviada con el distintivo atuendo de un Ejecutor. Al instante supuso que se trataría de la infame Selene, que ya había frustrado al menos dos intentos de capturar a Michael Corvin.

Para Singe, aquella era razón suficiente para quererla muerta.

No obstante, y esto resultaba profundamente decepcionante, parecía estar sola, lo que llevaba a preguntarse dónde estaría Michael Corvin en aquel momento. ¿Se encontraba el esquivo mortal en el interior de los imponentes muros de Ordoghaz o acaso la inmortal zorra lo había escondido en alguna otra parte?

Si ha vertido una sola gota de su sangre inmortal, pensó con veneno en la mirada, me aseguraré de que Lucian la haga torturar por el resto de la eternidad.

Tal como esperaba, el sedán no prestó la menor atención a la furgoneta escondida y se dirigió sin perder un segundo hacia la cancela de la mansión, que se abrió automáticamente para dejarla pasar. Mientras Singe observaba lleno de curiosidad, Selene se dirigió a toda velocidad en busca del refugio de los muros de la mansión. Según parecía, aquella vampiresa parecía estar siempre presente cuando Michael Corvin corría peligro, lo que la volvía muy interesante para el astuto científico licano. *Puede, se dijo, que esta misión no sea una pérdida de tiempo tan grande, después de todo.*

• • •

El insaciable Kraven siguió chupando el pecho de Erika hasta que ella perdió la noción del tiempo y el espacio. Completamente vestido todavía, el vampiro sostenía el desnudo cuerpo de la hembra sobre la alfombra que cubría el suelo del aposento mientras su boca sedienta le succionaba la voluntad. La sangre resbalaba por las comisuras de sus labios, fluía por su barbilla y le manchaba la camisa de negro brocado.

Erika sabía que debía protestar, resistirse antes de que su amo la dejara seca e incapaz de recobrase, pero era incapaz de soltar sus negros y fluidos rizos y mucho menos apartarse de sus fuertes y voraces labios. Al fin y al cabo eso era lo que había anhelado siempre, y una oleada orgásmica recorría incesantemente su cuerpo palpitante mientras, con los ojos muy cerrados, inclinaba su cabeza hacia atrás y le ofrecía a Kraven la garganta además del pecho por si decidía gozar también de su palpitante yugular. *¡Muérdeme! ¡Bébeme!*, se decía con lujuriosa avidez. *¡Hazme tuya!*

¡BEEP-BEEP! El insistente zumbido de un teléfono móvil irrumpió en el nirvana. Erika abrió los ojos al instante y sus labios dejaron escapar un gemido de consternación mientras, repentina, inconcebiblemente, la boca de Kraven se apartaba de su pecho y sus poderosos brazos dejaban ir su cuerpo. *¡Espera!*, quiso gritar al sentir que su cuerpo fuerte y masculino se apartaba de ella. *¡No pares!*

Con las piernas temblorosas, observó incrédula cómo el señor de la mansión, que apenas unos segundos atrás había estado unido a ella en un vínculo íntimo de sangre y deseo, cruzaba la habitación para sacar el teléfono móvil de un bolsillo de la chaqueta que había dejado colgada en una silla de ébano del siglo XVIII. Ignorando a Erika por completo, se llevó el teléfono al oído.

—¿Qué pasa? —preguntó con voz imperiosa, mientras se limpiaba la sangre inmortal de la vampiresa de los labios con el dorso de la mano.

Erika escuchó la voz de Soren, el adusto lugarteniente de Kraven, al otro lado del teléfono.

—Está aquí —dijo con voz seca.

Selene, comprendió ella al instante. Ahora su humillación era total. *¿Quién más podía ser?*

Con el rostro aún sonrojado por la esencia carmesí de Erika y la camisa aún manchada con el exceso escarlata de su salaz banquete, Kraven salió del cuarto sin decir una palabra, dejando a Erika desnuda y sola sobre la alfombra persa, abandonada, descartada y casi sin una gota de sangre en el cuerpo.

• • •

Soren ya había llegado a la puerta delantera cuando Kraven llegó hecho una furia al espacioso vestíbulo. El jenízaro de rostro pétreo estaba bloqueando la puerta con el cuerpo. Estaba claro que no iba a permitir que Selene entrara en la mansión antes de que saliera el sol.

Kraven apreciaba su fidelidad pero todavía no estaba preparado para ver cómo era reducido a cenizas el cuerpo perfecto de Selene.

—Déjala pasar —le ordenó con amargura.

Sin mostrar siquiera una pizca de gratitud por la misericordia de Kraven, Selene

apartó a Soren y entró en la mansión. Sus ojos entraron en contacto con los de Kraven y al instante se apartaron, llenos de desprecio. Pasó a su lado sin siquiera una palabra de saludo y mucho menos una disculpa por sus numerosas trasgresiones.

Asombrado por su insolencia, Kraven la siguió por el pasillo. Ahora que sólo quedaban unos minutos para el amanecer, la mayoría de los habitantes de la mansión se habían retirado a sus aposentos, pero algunos rezagados recorrían aún los pasillos, ocupándose de diversos asuntos de última hora antes de marcharse a sus habitaciones. Estos vampiros observaban la escena con una mezcla de curiosidad y preocupación, al tiempo que trataban de impedir que su atención no resultase demasiado evidente.

El rostro rubicundo de Kraven, dotado de color por la sangre de Erika, enrojeció aún más. Ya era bastante malo que Selene estuviera desafiando su autoridad, pero ¿tenía que hacerlo delante de testigos? El enojado regente ya podía oír los cómo le quemaban los oídos los cuchicheos.

Lanzó sus acusaciones a su espalda.

—¡No sólo has roto la cadena sino que has estado protegiendo a un licano! ¡Un crimen merecedor de la pena capital!

Ni siquiera la mención de la ejecución consiguió frenar el determinado caminar de Selene. Supuso que se dirigía a la cripta para hablar con Viktor; lo que suponía un flagrante desafío a su autoridad. *¡No, si yo tengo algo que decir al respecto!*, se juró furiosamente. La alcanzó antes de que llegara a las escaleras de la parte posterior de la mansión. La cogió del brazo y la arrastró por la fuerza hasta la relativa privacidad de una alcoba apartada. *Bajo ninguna circunstancia voy a permitir que hables con Viktor antes de que tú y yo tengamos unas palabras.*

Las persianas de metal descendieron sobre los cristales tintados de las ventanas y la alcoba quedó sumida en una oscuridad completa. Kraven obligó a Selene a darse la vuelta y a mirarle la cara. Pero no vio ni miedo ni remordimientos en su mirada desdeñosa y eso lo enfureció todavía más.

—¿Cómo has podido hacerme esto a mí? —gritó, mientras le clavaba los dedos en el brazo—. Avergonzarme de este modo... ¡Todo el aquelarre sabe que tengo planes para nosotros!

—¡No existe ningún nosotros! —repuso ella con voz desafiante. Sus ojos lo miraban con repugnancia.

Kraven perdió completamente los estribos. La lanzó con fuerza contra las ventanas selladas y las persianas de metal crujieron.

—Vas a presentarte ante Viktor para decirle exactamente lo que yo te mande. A partir de este momento, harás todo cuanto te diga. —Unos ojos blancos como la nieve y unos colmillos desnudos demostraron la profundidad de su disgusto—. ¿Está bien claro?

Selene respondió con un golpe rápido como el rayo. ¡Wham! La palma de su

mano golpeó la nariz del regente con la fuerza justa: no la suficiente para partirla pero sí para provocar un aturdimiento momentáneo.

Kraven cayó sobre una rodilla mientras empezaba a resbalar sangre por su mejilla. Selene aprovechó el momento para apartarse de su lado. Salió de la habitación como una exhalación, seguida tan solo por la cola de su gabardina.

Kraven probó el sabor de su propia sangre en sus labios. Por fortuna, después de haberse atracado con Erika, tenía de sobra. Sonrió mientras lamía la sangre que rodeaba su boca. Al menos había conseguido provocar alguna reacción en Selene, había quebrado su coraza de gélido desprecio. *No es el tipo de reacción que hubiera preferido*, pensó con un acceso de lascivia, *pero por ahora tendrá que bastar*.

Se puso en pie y echó a correr tras ella. Para salir al pasillo tuvo que abrirse camino a empujones entre un grupo de boquiabiertos nosferatu. La persiguió por la escalera de mármol que conducía a la cripta y llegó a su entrada subterránea justo a tiempo de ver cómo se cerraba tras su presa una impenetrable puerta de acero. Escuchó el ruido del mecanismo que indicaba que Selene estaba sellando la cripta desde dentro y que ahora estaba atrapado en la cámara de observación, incapaz de tomar parte en la reunión de Selene con Viktor.

—¡Maldita sea! —gritó, consumido por la frustración. ¿Quién podía saber lo que la traicionera Ejecutora le estaba diciendo a Viktor en aquel mismo momento?

• • •

Selene se acercó a la cámara de recuperación con miedo. La satisfacción genuina que había sentido al golpear el rostro de Kraven estaba esfumándose rápidamente mientras se enfrentaba a la perspectiva de tener que explicarle sus últimas acciones a Viktor. Kraven no mentía cuando la acusaba de violar las más sagradas leyes y tradiciones del aquelarre. No podía más que rezar para que Viktor pudiera entender por qué se había visto obligada a hacerlo.

Lo desperté con mi propia sangre, recordó con un rayo de esperanza. *Ya sabe lo que hay en mi corazón*.

La esquelética figura del Antiguo esperaba a que se aproximara, erguido con aire de majestad entre los aparatos de tecnología punta de la cámara de recuperación como si fuera una dorada sala del trono. Selene vio con cierto alivio que Viktor había recobrado ya parte de su perdida sustancia. Aunque seguía antinaturalmente enjuto y consumido, ya no parecía una momia. Había un poco más de carne en su cuerpo huesudo y su piel gris cenicienta no estaba ya tan rígida como un pergamino.

Unos ojos hundidos cayeron sobre ella con una extraña mezcla de pesar y júbilo. Los tubos intravenosos bombeaban roja sangre oxigenada a sus venas inmortales. La llamó con una seña para que se acercara a la barrera de plexiglás que los separaba.

—Acércate, chiquilla —dijo con voz áspera.

• • •

El guardia levantó una mirada sorprendida cuando Kraven entró en la garita de seguridad. Era uno de los hombres de Soren y había reemplazado al anterior centinela, que había sido privado de su rango y sus responsabilidades por su negligencia al dejarse engañar por Selene. Si Kraven sobrevivía a las próximas veinticuatro horas, tenía la intención de hacer que fuera azotado hasta la muerte.

Por ahora, sin embargo, tenía cosas más importantes de que ocuparse. Sin molestarse en ofrecer al nuevo centinela una explicación, cogió al sorprendido vampiro por los hombros y los sacó a la fuerza de la garita. A continuación cerró la puerta del pasillo de servicio para asegurarse de que nadie además de él pudiera ver lo que estaba ocurriendo entre Viktor y Selene.

¡Debo saber lo que está diciéndole!, pensó Kraven con frenesí mientras encendía apresuradamente el monitor de seguridad. Una mirada de ansiedad se dibujó en su rostro mientras contemplaba cómo se aproximaba la imagen televisada de Selene al despierto Antiguo. Tragó saliva, aterrado por lo que ella podía decir, a pesar de que estaba seguro de que no existía ninguna excusa que pudiera justificar los terribles crímenes que había cometido contra el aquelarre.

Absolutamente ninguna excusa.

• • •

Selene se inclinó reverentemente delante de Viktor y a continuación empezó a explicarse:

—He estado perdida sin vos, mi señor. Constantemente atormentada por Kraven y sus incansables atenciones.

Una sonrisa de calavera apareció en el horrible semblante de Viktor.

—Es la historia más antigua de los anales de la humanidad —dijo el Antiguo con tono de complicidad—. Lo que más desea es precisamente aquello que no puede tener.

Selene sonrió, agradecida a la comprensión de Viktor. Una abrumadora sensación de alivio la envolvió. Puede que aquel encuentro no fuera tan terrible como había temido. Todo cuanto he hecho ha sido para garantizar la seguridad del aquelarre. Sin duda Viktor ha de darse cuenta de ello.

La sonrisa desapareció del rostro de Viktor y su sonora voz cobró un tono más severo. Selene comprendió con un escalofrío que tal vez había cantado victoria demasiado pronto.

—Y ahora, dime, ¿qué te ha llevado a creer que Lucian todavía vive?

• • •

En la garita de seguridad desde la que estaba espionando, Kraven experimentó un escalofrío aún más intenso que el que Selene estaba sintiendo. Aquello era precisamente lo que estaba temiendo. Nada bueno podía salir del hecho de que Selene y Viktor pronunciaran el nombre de Lucian.

Se aproximó al altavoz de la garita, consternado por lo que estaba oyendo pero fascinado por cada palabra. *¡Mantén la boca cerrada, zorra traidora!*, pensó con acaloramiento. Hubiera querido poder extender la mano a través del monitor para ahogar a Selene y acallarla de una vez. *¡No tienes ninguna prueba!*

Su teléfono móvil sonó inesperadamente y Kraven dio un respingo.

—¿Qué coño pasa ahora? —musitó mientras sacaba el apartado. Su mirada ansiosa permaneció clavada en el monitor mientras se llevaba el teléfono al oído—. ¿Sí?

• • •

No tengo de qué avergonzarme, se recordó Selene. Respondió a la mirada severa de Viktor sin miedo en los ojos castaños y la barbilla muy alta.

—¿Pero qué más pruebas necesitas? —protestó. Le molestaba la herida de la muñeca que se había hecho antes para compartir su sangre y sus recuerdos con el Antiguo.

—Lo que me has dado son pensamientos e imágenes incoherentes —dijo Viktor con tono desdeñoso—. Nada más. Razón por la cual un despertar debe ser siempre realizado por un Antiguo, tú careces de las habilidades necesarias.

Ya lo sé, pensó Selene. Ni por un momento había esperado que el goteo catalítico devolviera a Viktor su poder igual que si Amelia o Marcus hubieran llevado a cabo el ritual. Normalmente, en circunstancias menos excepcionales, el goteo era el medio que utilizaban los Antiguos para mantener una progresión ininterrumpida de recuerdos a través de las edades y cada uno de ellos transmitía dos siglos de conocimientos y sabiduría acumulados al Antiguo que lo sucedía. Selene nunca había albergado la esperanza de realizar una transmisión tan perfecta pero sin duda, rezaba con toda su alma, parte de sus recientes descubrimientos y sospechas debía de haber penetrado en la recién despertada consciencia de Viktor. Los indicios que apuntaban a una conspiración eran demasiado alarmantes como para ignorarlos.

—Pero yo vi a Lucian —insistió—. ¡Le disparé! ¡Debéis creerme!

Los labios marchitos de Viktor se torcieron hacia abajo. Una cólera inconfundible tiñó su voz áspera de un tono amenazante.

— La Cadena nunca había sido rota —declaró ominosamente—. Ni una sola vez en más de catorce siglos. No desde que los Antiguos empezaron a atravesar a saltos las edades del mundo. Uno despierto mientras los otros dos duermen, así es como se hacen las cosas. —Sus ojos acusadores pasaron sobre ella—. ¡Ahora es el turno de

Marcus de reinar, no el mío!

• • •

Kraven caminaba de un lado a otro de la garita de seguridad. Sus ojos inquietos no se apartaban del monitor de seguridad mientras escuchaba la voz imponente que llegaba desde el otro extremo de la línea.

Hablando del diablo, pensó el maquiavélico regente sin el menor asomo de optimismo. Lucian le pedía información sobre la marcha de las operaciones de aquella noche. Kraven se sentía como si dos entidades igualmente formidables lo estuvieran desgarrando por la mitad. *¿A quién temo más?*, se preguntó. *¿A Viktor o a Lucian? ¿Al Antiguo o al más fiero de los licanos?*

—Ha habido complicaciones —balbuceó. No sabía cómo darle la noticia de la reaparición de Viktor al rencoroso líder de los licanos. ¿Lo culparía Lucian por el inesperado regreso de Viktor al mundo de los vivos?

Es todo culpa de Selene, pensó en silencio. *¡Suya y de su Romeo lupino!*

• • •

Selene trató de mantener la compostura bajo la mirada gélida de Viktor.

—Pero no tuve elección —arguyó en su defensa, consciente de que sus palabras podían significar la diferencia entre la inmortalidad y el olvido para especies enteras—. El aquelarre está en peligro y Michael es la clave. ¡Lo sé!

—Ah, sí —dijo Viktor con tono venenoso—. El licano.

Había en su voz una aspereza que Selene no había oído nunca. El venerado Antiguo había sido como un padre para ella desde la muerte de su familia mortal. Le hubiera confiado su vida.

Pero, ¿seguía él confiando en ella?

—Por favor —suplicó—. Dame la oportunidad de conseguir las pruebas que necesitas.

• • •

En la garita de seguridad, Kraven colgó el teléfono. Todavía le zumbaba en los oídos el sonido de la mordiente decepción de Lucian. Las últimas noticias de la mansión no habían divertido al licano. Kraven tenía la impresión de que su inestable alianza con Lucian estaba al borde de la ruptura. Se secó el sudor de la frente y volvió a dirigir toda su atención al monitor, justo a tiempo de oír cómo se mencionaba su nombre en el intercomunicador.

—Encargaré a Kraven que encuentre esas pruebas. Si es que existen —declaró Viktor.

Selene reaccionó con asombro a la afirmación del Antiguo, incapaz de ocultar lo dolida que se sentía.

—¿Cómo podéis confiar en él más que en mí?

—¡Porque —rugió Viktor— no es él quien ha sido mancillado por un animal!

El rostro de Kraven se iluminó. Nunca había visto al Antiguo tan furioso y sin embargo su asombrosa cólera parecía dirigida exclusivamente contra Selene.

Puede, pensó el regente, que mi suerte haya cambiado.

• • •

Descorazonada y con el corazón roto, Selene escuchó cómo pasaba revista el Antiguo a sus crímenes. El que en su voz estentórea se percibiera una nota de pesar era sólo un magro consuelo.

—Te quiero como a una hija —dijo Viktor con solemnidad— pero no me has dejado alternativa. Nuestras leyes existen por buenas razones... y es sólo gracias a ellas que nuestra raza ha sobrevivido tanto tiempo. No se te mostrará una pizca de misericordia. Cuando Amelia llegue después de la puesta del sol, el Consejo se reunirá para decidir tu suerte. —La austeridad de su semblante y el dolor de su tono no prometían de piedad—. Has roto la Cadena y desafiado al Aquelarre. Debes ser juzgada.

Y ella no albergaba demasiadas dudas sobre la naturaleza del veredicto.

• • •

Erika observó cómo era escoltada Selene por el salón y luego por la gran escalera por cuatro guardias armados. Sombríos, Kraven y Soren acompañaban al grupo en dirección a los aposentos de la acusada Ejecutora, en el ala oriental de la mansión. A pesar de su encuentro íntimo de hacía menos de una hora, como era de esperar, Kraven ni siquiera dirigió una mirada a Erika al pasar a su lado.

Un puñado de vampiros curiosos se había reunido a los pies de la escalera y estaban intercambiando rumores y habladurías en excitados susurros. *¿Era cierto lo que decían? ¿De verdad había despertado Selene a Viktor por su cuenta y riesgo, sin el permiso de Kraven? ¿De verdad se acostaba en secreto con un licano?*

Erika se abrió paso por entre la multitud sin apartar la mirada de Selene y su imponente escolta. La criada había vuelto a ponerse el uniforme de encaje pero se sentía como si hubiera sido violada y estuviera desnuda y a la vista de todos. No podía olvidar que Kraven la había dejado sin ropa y la había abandonado en el instante mismo en que había recibido la noticia de que Selene había regresado. Se sentía explotada, utilizada, como una botella de sangre vacía abandonada después de una borrachera.

Nunca le he importado, comprendió. Aún le dolían en el pecho las voraces atenciones de Kraven. *Ni por un momento.*

La única que le importa es Selene.

Tras apartarse del grupo de mirones inmortales, subió sigilosamente las escaleras en pos de Kraven y los demás. Nadie reparó en ella. Sólo era una doncella, al fin y al cabo, invisible, carente de importancia. Erika siguió a Selene y a sus carceleros a cierta distancia, hasta que el grupo llegó a la entrada a los aposentos de Selene. Entonces se refugió en una pequeña alcoba que no solía utilizarse.

Al asomarse desde el otro lado de la puerta y ver que Kraven desaparecía en la habitación detrás de Selene y cerraba la puerta tras de sí, sintió un ataque de celos. Soren y sus matones permanecieron en el pasillo, montando guardia con aspecto malhumorado como porteros de una discoteca de moda.

Sólo la presencia de los guardias impidió a Erika salir corriendo al pasillo y pegar la oreja a la puerta. A pesar de todo lo que había ocurrido desde la puesta de sol, o precisamente a causa de ello, anhelaba desesperadamente saber lo que estaba ocurriendo al otro lado de la sólida puerta de pino.

¿Qué podía estar pasando entre Kraven y Selene?

•••

Selene hubiera preferido que Kraven la dejara a solas. Su terrible confrontación con Viktor la había dejado exhausta y desmoralizada; lo último que necesitaba en aquel momento era la egocéntrica jactancia de Kraven.

—Deberías haberme escuchado y así nada de esto habría ocurrido —la reprendió con petulancia el regente—. Tendrás suerte si puedo convencer al Consejo de que te perdone la vida.

Al ver que Selene no respondía, y mucho menos suplicaba clemencia, giró sobre sus talones y se encaminó a grandes zancadas a la puerta. Para su sorpresa, Selene descubrió que aún le quedaba odio suficiente para hacer un último comentario de despedida.

—Dime una cosa —le preguntó con frialdad—, ¿Tuviste el valor suficiente para cortarle la piel del brazo o lo hizo el propio Lucian por ti?

Kraven trastabilló. Se revolvió presa de una desazón asombrada y la miró con los ojos tan llenos de furia como si acabara de golpearlo por la espalda. Su expresión de temor confirmó a Selene lo que sólo sospechaba: que Kraven estaba aliado con Lucian desde hacía mucho tiempo.

¡Traidor!, lo acusaron sus ojos inmisericordes.

Kraven tragó saliva y entonces, con gran esfuerzo, recobró la compostura. De alguna manera logró esbozar una sonrisa lasciva.

—Recuerda mis palabras. Muy pronto verás las cosas a mi manera.

Huyó de la habitación para no dar a Selene la oportunidad de decir la última palabra. La puerta se cerró con tanta fuerza que las lámparas de las paredes traquetearon. Selene oyó una llave que cerraba la puerta desde el otro lado. Ahora era prisionera en sus propios aposentos. Las persianas de metal cubrían la ventana que Michael había roto cuando había huido de la mansión. Por allí no podría escapar, no mientras el sol siguiera brillando al otro lado.

Se aproximó a la puerta del pasillo, incapaz de resistirse a la tentación de probar la cerradura. Puso una mano en el pomo de cristal.

—Ni se te ocurra —dijo Soren con brusquedad desde el otro lado de la puerta.

• • •

La puerta se cerró con fuerza y Erika dio un respingo. Oculta aún en la oscura alcoba, escuchó atentamente cómo le daba Kraven instrucciones a Soren y sus hombres.

—Que nadie abra esta puerta, ¿comprendido? No puedo permitirme el lujo de que mi futura reina vuelva a escaparse con ese licano.

Las palabras de Kraven le atravesaron el corazón como una estaca de madera.

Mi futura reina.

En ese momento comprendió que nada había cambiado. A pesar de las negativas y traiciones de Selene, a pesar de que Erika le había entregado voluntariamente su sangre y su cuerpo preciosos, Kraven seguía obsesionado con Selene.

Siempre Selene.

Erika se refugió de nuevo en la alcoba y se fundió con las sombras mientras Kraven pasaba a grandes pasos por el pasillo. La traicionada y despechada sirvienta sintió que los últimos rescoldos de su devoción morían, reemplazados por un ansia de algo muy diferente a todo lo que había anhelado hasta entonces.

Venganza.

Capítulo 22

La luz del sol entraba por la ventana del piso franco. Calentaba los huesos doloridos de Michael pero no hacía gran cosa por exorcizar los miedos y frustraciones que atormentaban su mente febril, que por fin, después de las largas y agónicas horas encadenado a la pesada silla, se había sumido en la inconsciencia. Empapado en sudor, se agitó con incomodidad en su asiento, mientras una nueva salva de imágenes inquietantes invadía sus sueños.

Un finísimo látigo hecho de hebras de plata lo azota y le arranca la carne de los huesos. Resbalan lágrimas por las mejillas de su amada Sonja mientras lucha fútilmente contra el aparato de tortura que la mantiene prisionera. Sus ojos blancos clavados en los de él, inundados con una mezcla conmovedora de miedo y pesar...

Como una bandada de gárgolas malignas, los miembros del Consejo de los vampiros, sentados sobre regios pilares de piedra, contemplan con total desprecio a los prisioneros. Sus rostros blancos como el hueso no guardan la menor piedad para Sonja o para él mientras presencian con gélido desdén las torturas de los dos cautivos...

No muy lejos, atrapados tras los barrotes hechos de una aleación de hierro y plata, los compañeros de manada de Michael protestan con gruñidos. Arrojan sus débiles cuerpos de hombre contra los barrotes de la mazmorra, desesperados por acudir en su socorro, pero sus enfebrecidos esfuerzos no dan fruto...

El látigo de plata vuelve a restallar...

Michael despertó de repente. Todavía sentía la mordedura salvaje del látigo. Parpadeó varias veces, confuso, sin saber muy bien dónde se encontraba. Tardó varios instantes en comprender que la tenebrosa mazmorra iluminada por antorchas había desaparecido, sustituida por el entorno más mundano del piso franco de Selene. Sin pensar, trató de frotarse los ojos con los nudillos y al hacerlo descubrió que una de sus manos estaba unida a la silla por unas esposas de metal.

Es cierto, recordó. Estoy atrapado.

La constatación de aquel hecho provocó una respuesta iracunda. Gruñendo de esfuerzo, tiró con todas sus fuerzas de la cadena. Se debatió de un lado a otro, tratando de soltarse con toda la fuerza de su cuerpo.

Las esposas no cedieron ni una fracción de milímetro.

—¡Hija de puta! —gritó Michael con voz entrecortada por el esfuerzo. No sirvió de nada. La pesada silla de titanio y él estaban unidos irrevocablemente.

Gracias a Selene.

¿Qué creía que estaba haciendo al dejarlo atrapado de aquella manera? Oh, sí, recordó. Temía que me convirtiera en una masa de pelo y colmillos cuando saliera la

luna llena.

—Hombre-lobo, y una mierda —murmuró. Se negaba a aceptar las locuras de Selene. *Sí, algo le estaba pasando, aún tenía temblores y fiebre, pero... ¿licantropía? ¡Dame un respiro!*

Mientras miraba a su alrededor en busca de una manera de escapar, su mirada se posó sobre la pistola que reposaba sobre su regazo. Cargada con balas de plata, nada menos, evidencia de la absurda situación a la que había llegado su vida. Recordaba haber utilizado una pistola parecida para salir del Jaguar de Selene hacía dos noches.

Espera un segundo, pensó mientras se le ocurría una idea. Era una salida desesperada y posiblemente peligrosa pero, ¿qué otras opciones tenía?

Temblando, levantó el arma. Su mano sudorosa se cerró sobre la fría empuñadura de acero. Antes de que tuviera tiempo de pensar demasiado en lo que estaba haciendo, apoyó el cañón del arma sobre la implacable cadena metálica. Cerró los ojos, volvió la cabeza y apretó el gatillo.

¡BANG!

El retroceso y la detonación fueron demasiado para él. Se encogió espasmódicamente y dejó caer el arma. La pistola rebotó sobre el suelo de madera y fue a detenerse poco más allá de su alcance. Qué más da, pensó. Dudaba que tuviera valor para volver a intentar aquel truco absurdo. Estaba seguro de que le había faltado poco para morir instantáneamente, alcanzado por algún fragmento de metralla.

Pero, ¿había funcionado? Con la respiración entrecortada, se volvió para inspeccionar las absurdamente resistentes esposas. El corazón se le encogió al instante.

La cadena no tenía ni un rasguño.

• • •

Kahn recorría el dojo arriba y abajo mientras sus tropas se preparaban para actuar. Media docena de Ejecutores, hombres y mujeres, estaban introduciendo cargadores de plata sólida en sus armas. Amelia debía llegar a la estación dentro de pocas horas, no mucho después de la puesta de sol, y Kahn quería asegurarse de que un equipo completo de seguridad la estuviera esperando. Con toda la actividad licana de las últimas noches, no convenía dejar nada al azar.

Es una lástima, pensó, que no hayamos tenido tiempo para producir en masa la nueva munición de nitrato de plata. Hasta el momento, el arma que reposaba todavía en el banco de trabajo era el único prototipo funcional.

Un rostro estaba sospechosamente ausente: el de Selene. Kahn no podía sino preguntarse qué le habría ocurrido a la capaz inglesa, a la que siempre había considerado una de sus más resueltas y valientes camaradas. *¿Será cierto lo que cuentan de ella?*, se preguntó, con los pensamientos ocultos detrás de una máscara de

frío profesionalismo. Le costaba creer que Selene, precisamente ella entre todos los inmortales, fuera a traicionarlos por amor a un licano.

Y sin embargo eso era lo que les había asegurado Kraven, con el respaldo presumible del propio Viktor. Aún tenía que hablar con Viktor en persona, puesto que no tenía acceso a la cripta durante el período de recuperación, pero le costaba creer que Kraven fuera tan necio como para acusar a Selene de traición sin contar al menos con la tácita aprobación de Viktor.

¿Y quién soy yo para cuestionar el juicio de un Antiguo? Kahn sacudió la cabeza y permitió que un gesto ceñudo revelara parte de la infelicidad que sentía. Había allí algo que no cuadraba. Había sido la propia Selene la que, dos noches atrás, en aquel mismo lugar, había tratado de convencerlo con vehemencia de que los licanos estaban preparando algo importante. ¿Cómo podía haber cambiado completamente el sentido de sus lealtades en menos de cuarenta y ocho horas? A menos que su acalorada demostración de inquietud no fuera más que una estratagema para desviar las sospechas...

Con un gesto furioso, Kahn insertó un cartucho en su AK-47 modificado. Odiaba toda esa mierda del doble juego y el espionaje. Él era un soldado, no un maestro de espías. *A mí dadme algo peludo y aullante para dispararle, pensó con amargura. A ser posible a corta distancia.*

Unos pasos en las escaleras lo alertaron de la llegada de Kraven al dojo. El regente vestía de etiqueta, sin duda por la proximidad de la llegada de Amelia. Su sedoso traje negro contrastaba poderosamente con la ropa de cuero reforzado que vestían Kahn y sus camaradas Ejecutores.

Kahn levantó el rifle y lo apoyó contra su pecho.

—Estamos preparados —informó a Kraven.

—Cambio de planes —le anunció el regente sin darle mayor importancia. Una sonrisa de satisfacción fue lo primero que advirtió a Kahn de que algo andaba mal—. Soren y su grupo serán los que recojan a la dama Amelia.

Kahn se quedó boquiabierto.

—Ése es nuestro trabajo —insistió. Y por buenas razones. Había supervisado en persona la seguridad durante los primeros cinco Despertares.

—Ya no —dijo Kraven con suficiencia, sin molestarse siquiera en disimular la perversa satisfacción que le provocaba la consternación del otro vampiro. Parecía casi imposible que Kraven hubiera sido un Ejecutor, y mucho menos el que había acabado con el poderoso Lucian.

¿Cómo puede hacer esto?, pensó Kahn, incrédulo. *¿Y por qué?* La seguridad de Amelia era un asunto demasiado importante como para jugar a la política con él. Los engranajes de la sospecha empezaron a moverse tras los astutos ojos de color castaño de Kahn mientras Kraven le daba la espalda al comandante militar de la mansión y

salía alegremente del dojo.

Puede que Selene no fuera la traidora entre sus filas.

• • •

El sol se ponía sobre la estación de Nyugati, en el extremo noroeste de Pest. Había una fila de limusinas negras aparcadas junto a una plataforma delimitada por cristales y de la que se había alejado expresamente a todos los seres humanos. Sentado en la primera de las limusinas, Soren observaba a través de las ventanas oscuras y polarizadas del coche cómo se hundía el sol tras el horizonte. Esperó a que los últimos rastros de luz del día hubieran desaparecido del cielo antes de emerger de la limusina con una expresión impasible en el rostro.

Flanqueado a ambos lados por fuerzas de seguridad armadas hasta los dientes, lanzó una mirada expectante a la vacía plataforma. En la distancia, en algún lugar situado al oeste, sonó el tronar inconfundible de una locomotora de vapor que se les acercaba.

Justo a tiempo, pensó con frialdad.

Al cabo de pocos segundos, un tren de pasajeros negro como la pez apareció a la vista, arrastrado por una locomotora de la década de los 30 en impecable estado de conservación. Un antiguo motor de vapor impulsaba los pistones de la locomotora mientras el tren privado entraba en la estación en medio de un chirrido de frenos y envuelto en una nube de vapor ardiendo.

Soren sacó un puntero láser de su bolsillo y, tal como estaba convenido, envió tres señales de color rubí en rápida sucesión al tiempo que el tren se detenía. Las señales tenían por objeto asegurar a los guardaespaldas de Amelia que la estación había sido acotada y asegurada por los hombres de Kraven.

Su señal fue respondida al poco por otra, visible a través de la ventana tintada del primer vagón de pasajeros. Soren imaginó a su colega a bordo del tren, informando al séquito de Amelia de que todo marchaba bien. Hasta el momento, todo estaba yendo según lo planeado.

Las facciones impávidas de Soren no permitían ni sospechar que algo extraordinario estaba ocurriendo, y tampoco cambiaron cuando una garra peluda apareció entre el humo que rodeaba el andén. Observó con tranquilidad cómo subían sigilosamente al tejado del vagón y a su costado cuatro enormes hombres-lobo, matas de pelaje negro y erizado sobre unos cuerpos grotescos y subhumanos.

• • •

Aunque tenía casi quince siglos de edad, la Dama Amelia poseía la belleza juvenil y el porte altanero de una supermodelo internacional. Con el lustroso cabello negro

recogido cuidadosamente detrás de la cabeza de perfección marmórea, miraba al mundo con imperiosos ojos de color verde. Un vestido de satén verde sin mangas exponía la belleza de los hombros delgados y blancos, mientras un colgante de plata y piedras preciosas, lo bastante grande para avergonzar a las joyas de la corona de muchos reinos mortales, descansaba sobre la impoluta perfección de su busto.

Acompañada por su séquito y sus guardaespaldas, caminaba por el centro de un vagón restaurante de recargada decoración en dirección a la salida. El viaje desde Nueva York vía Viena había sido muy largo y estaba impaciente por llegar a Ordoghaz. Allí, obedeciendo la más antigua tradición de su pueblo, se enterraría para pasar otros doscientos años de tranquilo reposo.

A decir verdad, anhelaba la quietud completa de la cripta. El siglo XX, lleno de guerras y tumultos entre los mortales, había sido muy cansado, y el que acababa de empezar no prometía menos. Estaba deseando dejar que Marcus se encargara de los desafíos futuros. Puede que el mundo fuera un lugar más ordenado la próxima vez que se levantara de la tumba, dentro de doscientos años.

Aunque lo dudo, se lamentó para sus adentros. La inmortalidad le había enseñado realismo, entre otras muchas cosas.

La regia procesión atravesó el vagón pasando junto a ricos paneles de madera de cerezo con molduras doradas. Globos luminosos teñidos de naranja imitaban llamas danzarinas en lo alto de unas lámparas eléctricas con forma de candelabros antiguos. La luz inundaba de un brillo suave el interior del tren. Un Ejecutor vestido de cuero y con un rifle automático apoyado en el pecho marchaba delante, mientras que las criadas y doncellas de Amelia marchaban sumisamente tras ella. Los distinguidos miembros del Consejo, cuyos elegantes atuendos se adornaban con insignias y emblemas que manifestaban su ilustre condición, seguían el paso de la Antigua y su séquito. Los más viejos entre ellos habían asistido ya a varios Despertares. Sin duda, esperaban que la transición se produjera con la misma tranquilidad que de costumbre.

Un sonido peculiar, como si algo estuviera arañando el techo del vagón, atrajo la atención de Amelia y sus acompañantes. Lanzó una rápida mirada al techo, lo mismo que varias de sus doncellas. Por espacio de un segundo, un destello de aprensión pasó por las facciones de la inmortal aristócrata. *¿Algo andaba mal?*

Al instante desechó la idea. Kraven y sus hombres ya habían asegurado el andén. Entre sus guardaespaldas y los Ejecutores de la mansión, era estúpido pensar que pudiera aguardarlos algún peligro.

Ha sido un viaje interminable, pensó. *No debo permitir que mis cansados nervios me jueguen una mala pasada justo ahora que llegamos al final.*

Al otro extremo del elegante vagón restaurante, un estrecho vestíbulo precedía las cerradas puertas de acero del tren. Amelia esperó con inhumana paciencia a que el jefe de los Ejecutores llegara al final del compartimiento y abriera la puerta.

Esperaba ver un andén iluminado por la luz de la luna y ocupado sólo por aquellos vampiros que hubieran sido honrados con la tarea de transportarla hasta Ordoghaz. Se preguntó por un momento si Kraven estaría allí para darle la bienvenida en persona o si la esperaría en la mansión. No le importaba demasiado. Kraven era el protegido de Viktor, no el suyo.

Sin embargo, cuando la puerta se abrió al fin, no fue un comité de bienvenida lo que apareció al otro lado, sino la forma gigantesca de un enfurecido hombre-lobo que se aferraba al costado del tren. Caía saliva de las fauces abiertas del monstruo. Tras él, dos o tres hombres-bestia más cayeron ruidosamente sobre el andén. Un aroma cargado y almizclado invadió el vestíbulo mientras el silencio era quebrado por gruñidos bestiales.

¡Por la Sangre del Ancestro! Un destello de sorpresa contrajo por un instante las facciones inmaculadas de Amelia, menos de una fracción de segundo antes de que la criatura se abalanzara sobre ella con aterradora velocidad y arrojara sin esfuerzo a un lado al sorprendido Ejecutor. Unas garras y colmillos afilados como navajas se clavaron en su carne inmortal...

• • •

En el andén, Soren y el resto del mal llamado equipo de seguridad observaron impasibles cómo escapaban los espeluznantes sonidos de una carnicería en el interior del tren. Gritos de angustia se mezclaron con el estruendo de los disparos y los rugidos de las bestias enfurecidas. La sangre inmortal manchó las ventanas polarizadas desde el interior y pintó cuadros abstractos de color carmesí sobre los cristales tintados.

Soren no intervino en el frenético banquete de los licántropos ni siquiera cuando los penosos gritos de Amelia y su séquito dieron paso a una húmeda y pegajosa sinfonía de crujido de huesos y desgarró de carnes.

Sí, pensó de nuevo. Todo estaba yendo según lo planeado.

Capítulo 23

Con la caída de la noche, las persianas de metal se levantaron en las ventanas de Selene y le ofrecieron una visión de los jardines de la mansión. Había guardias armados —gente de Soren, no de Kahn— en el espacioso patio delantera, armados hasta los dientes cada uno de ellos, y otros dos guardias estaban emplazados debajo de su ventana. Estaba claro que Kraven no iba a permitir que escapara de nuevo.

¿Cuándo se ha convertido Ordoghaz en un estado policial?, pensó con amargura. *¿Y por qué se ha puesto Viktor en mi contra?*

Su mirada abandonó el césped y se dirigió al cielo nocturno cuajado de estrellas. Las nubes de tormenta de las noches pasada se habían disipado al fin, así que nada oscurecía la espeluznante luminosidad plateada de la luna, que pendía enorme y llena sobre el horizonte.

La visión de la luna devolvió al instante sus pensamientos a Michael... y a la vil infección que lo estaba transformando desde dentro. *Le he dejado la pistola*, recordó con ánimo sombrío, *y las balas de plata*.

Pero, ¿tendría Michael la sabiduría de usar la Beretta a tiempo?

•••

Encadenado todavía a la silla de titanio, Michael dormitaba en el incómodo y desnudo suelo de madera, con la espalda apoyada en el inamovible asiento. Se agitaba y gemía en su sueño, asediado por recuerdos y pensamientos insólitos.

Corriendo como un loco por el denso bosque de los Cárpatos, mientras las flechas de plata de sus enemigos pasan volando por su cabeza como avispas enfurecidas...

Sintiendo el Cambio sobre sí, cobrando fuerza y vigor mientras envaina encantado su torpe forma humana. Crecen colmillos y garras para darle forma a la sanguinaria furia de su alma...

La luz de la luna caía sobre la forma inconsciente de Michael y hasta el último pelo de su cuerpo se erizaba como si estuviera electrificado.

•••

El polvoriento armario estaba en un rincón poco frecuentado de Ordoghaz y su presencia era sólo conocida al personal de servidumbre de la mansión. Erika dudaba que Kraven fuera capaz de encontrarlo —y a la caja de fusibles que contenía— aunque su vida eterna dependiera de ello.

Algunas veces, estar en el último peldaño de la jerarquía tiene sus ventajas, pensó la criada. Unas lágrimas secas manchaban sus mejillas de alabastro y el dolor

por la humillación que Kraven le había infligido seguía anidada en el fondo de su corazón roto. *Si se cree que puede arrojarme así sin más por Selene... bueno, será mejor que se lo piense dos veces.*

El armario estaba a oscuras y no tenía luces pero Erika veía bien en la oscuridad. Abrió un panel de metal, introdujo la mano y acercó uno de sus pequeños y blancos dedos a un interruptor. En el último segundo titubeó y contuvo el aliento mientras reconsideraba su temerario plan. ¿De veras iba a hacerlo?

¡Joder, sí!, se dijo indignada, y pulsó el botón.

• • •

En la cámara de recuperación, en lo más profundo de las entrañas de la mansión, Viktor estaba reclinado sobre una gran silla blanca cuyas dimensiones le otorgaban la apariencia de un trono. Permanecía inmóvil mientras su cuerpo famélico iba empapándose de una revitalizadora infusión de sangre humana fresca. El intrincado aparato de soporte vital zumbaba y gorgoteaba en el fondo del cuarto y las suaves luces alógenas exponían una figura cerúlea mucho menos cadavérica que antes.

Mientras la sangre lo iba nutriendo, Viktor reflexionaba sobre las inusuales circunstancias —de hecho, no conocían precedentes— que habían rodeado su prematura resurrección. La obscena traición de Selene ya era suficientemente decepcionante por sí sola pero además albergaba grandes dudas con respecto a Kraven. Estaba claro que Amelia y él tendrían mucho que discutir cuando la otra Antigua llegara aquella noche a la mansión.

Y entonces, resolvió en silencio, *se harán algunos cambios.*

De improviso, las luces se apagaron y su cadena de pensamientos se vio interrumpida. A pesar de que tenía los ojos cerrados, el cambio de luminosidad había sido demasiado acusado como para no percibirlo. Una sirena de emergencia que indicaba que se había producido una brecha de seguridad en la mansión empezó a aullar.

Viktor abrió los blancos e inhumanos ojos de inmediato.

Por el Ancestro, pensó lleno de furia, *¿Es que este caos no tiene fin?*

• • •

Las luces se apagaron por toda la mansión, desde la cripta al dojo, donde, varios pisos por encima de la cámara de recuperación, Kahn levantó una mirada sorprendida al producirse el inesperado apagón. Los generadores de emergencia empezaron a funcionar, las rojas luces de seguridad se encendieron y la zona de entrenamiento quedó envuelta en una lúgubre atmósfera escarlata. Kahn vio que sus Ejecutores lanzaban miradas a su alrededor mientras la confusión cundía entre sus filas. Desde

que el más viejo de sus moradores tenía uso de memoria, la mansión jamás había sido atacada.

¿Qué demonios?

•••

La ensordecedora alarma continuó sonando mientras Selene regresaba corriendo a la ventana. Se asomó y vio que los guardias de Soren, con las armas preparadas, corrían hacia el otro lado de la mansión.

Su corazón muerto empezó a latir más deprisa. Ignoraba cuál era la causa de la perturbación pero sabía que aquélla era su oportunidad. Tal vez pudiera llegar junto a Michael antes de que empezara a cambiar.

Sin embargo, antes de que tuviera tiempo de reaccionar, la puerta se abrió de par en par y Erika irrumpió en su habitación. Selene miró detrás de ella y vio que los centinelas de la puerta también habían desaparecido. Sin duda habían ido a ayudar a sus camaradas para investigar qué era lo que había hecho saltar la alarma. *Mejor que mejor*, pensó la Ejecutora, que no era de las que le miraban el diente a un caballo regalado.

Pero primero tenía que encargarse de Erika.

Sin una mera palabra a modo de explicación, la rubia vampiresa le arrojó a Selene una bolsa de nylon. La Ejecutora la abrió sin perder tiempo y descubrió con sorpresa que contenía un par de Berettas.

Confundida pero agradecida, lanzó a Erika una mirada intrigada. Hasta ahora, había creído que la criada estaba completamente sometida al influjo de Kraven.

—¿Por qué me estás ayudando?

Erika puso los ojos en blanco, como si le asombrara que Selene no la comprendiera.

—No lo hago —dijo enfáticamente—. Me estoy ayudando a mí misma.

Lo que tú digas, decidió Selene. Los asuntos personales de la criada eran la menor de sus preocupaciones. Esbozó una sonrisa agradecida cuando Erika le arrojó las llaves de un coche. Una extraña mezcla de júbilo y miedo contraía las facciones de la joven vampiresa.

Aún había un agujero en la ventana por la que Michael se había arrojado la noche pasada. Selene se acercó a él y saltó por encima del alféizar.

¡Aguanta, Michael!, pensó con ansiedad mientras las suelas de sus botas tocaban el húmedo césped. *¡Estoy de camino!*

•••

Singe casi se había quedado dormido tras el volante de la furgoneta cuando sus oídos

captaron el sonido de las puertas de la mansión al abrirse. Levantó la mirada justo a tiempo de ver que el mismo sedán de antes salía disparado de la mansión y arrojaba tras de sí una nube de gravilla al incorporarse con un giro furioso a la carretera que llevaba a la ciudad. Una vampiresa morena a la que empezaba a conocer ocupaba el asiento del conductor.

Selene.

El científico licano se puso inmediatamente en marcha y encendió el motor de la adormecida furgoneta. Después de haber pasado un día entero agazapado junto a la entrada de la guarida de los vampiros, no iba a permitir que ahora se le escapara su presa. No había nadie más con Selene en el coche, al menos nadie que él pudiera ver, pero puede que fuera a buscar a Michael Corvin.

Sin mí no, de eso nada, decidió. Los soldados licanos de la parte trasera de la furgoneta soltaron un gruñido de protesta mientras la furgoneta realizaba un acusado giro de 180° grados y aceleraba para tomar la carretera por la que se había alejado el sedán gris.

• • •

El aullido de la alarma zumbaba en los oídos de Kraven crispándole los nervios mientras abandonaba la privacidad de sus aposentos y salía al salón. Kahn y varios Ejecutores de aspecto tenso se acercaban corriendo por el oscuro pasillo. Los haces incandescentes de sus linternas recorrían las paredes. Los guerreros vestidos de cuero parecían haber entrado en modo de pánico total. No era una buena señal.

—¿Qué está pasando? —exigió Kraven. Hasta donde él sabía, este tumulto no tenía nada que ver con sus planes que había hecho con Lucian para aquella noche, aunque también era posible que el astuto comandante licano lo hubiera engañado.

Un escalofrío gélido recorrió su espina dorsal al pensarlo.

Kahn respondió a su pregunta sin circunloquios.

—¡Alguien ha desactivado los sensores del perímetro! —le explicó. Llevaba un rifle automático en las manos—. ¡Estamos cerrando la mansión!

Pero es demasiado pronto, pensó Kraven, alarmado. *Aún no he tenido tiempo de bajar nuestras defensas.*

El plan consistía en permitir que Lucian y sus fuerzas realizaran una incursión «por sorpresa» en la mansión. Kraven emplazaría sus fuerzas en puntos clave, al tiempo que dirigía a Kahn y a sus hombres a lugares en los que no pudieran estorbar. Más tarde, una vez que Lucian hubiera acabado en persona con Viktor y Marcus, Kraven se adelantaría y tomaría el control de los aquelarres del Viejo y el Nuevo Mundo sin que nadie se atreviera a disputárselos. A continuación firmaría una histórica paz con Lucian que dejaría a Kraven cubierto de gloria... y libre para disolver el cuerpo de los Ejecutores de una vez y para siempre y reemplazarlos por el

cuerpo de seguridad de Soren, cuya lealtad le pertenecía por completo.

¡Pero, claro, Selene tenía que complicar las cosas reviviendo a Viktor antes de tiempo! Ahora la crisis se le había adelantado y lo empujaba hacia una peligrosa confrontación que había tratado de evitar por todos los medios. ¿Podrá Lucian derrotar a Viktor, se preguntó el maquiavélico regente, ahora que el Antiguo ha recuperado gran parte de su legendaria fuerza?

Para contribuir aún más a la confusión, Erika venía corriendo detrás de Kahn y de su equipo de seguridad. Kraven sintió un acceso de irritación —*¿Ahora qué quiere esta estúpida zorra?*— hasta que el pánico de su rostro y su evidente estado de agitación llamaron su atención.

—*¡Es Selene!* —dijo con voz entrecortada—. Ha escapado para ir con él... con Michael.

Unos celos furiosos se llevaron los miedos de Kraven de su mente. Imaginar a Selene corriendo a los brazos peludos de su amante lo enfureció más allá de toda razón. Lanzó un grito furioso que alcanzó a todos cuantos podían oírlo:

—*¡Quiero la cabeza de ese licano en una bandeja!*

• • •

El sedán gris volaba por las calles de la ciudad en una loca carrera contra el destino y la insidiosa de la luna que estaba alzándose. Sentada al volante del vehículo, Selene entrevió el brillo de la luna entre los nubarrones apoltonados y se preguntó si sería ya demasiado tarde.

¿Habría Michael frenado la transformación disparándose una bala de plata o se habría convertido ya en una bestia incapaz de razonar? La mera idea de ver a Michael transformado en un hombre-lobo la angustiaba más de lo que se atrevía a admitir. Rezó para que el joven encontrara la fuerza con que resistir la infección hasta que ella llegara a su lado... aunque eso significara que tuviera que matarlo.

Dejó escapar un suspiro de alivio al ver que el edificio donde estaba el piso franco aparecía ante sus ojos. Había superado varias veces el límite de velocidad y casi la velocidad del sonido para llegar a Belgrado desde la mansión en menos de una hora. Sin embargo, ahora que había llegado a su destino se daba cuenta de que no tenía más plan que comprobar si Michael seguía siendo humano.

Y si es así, se preguntó, incapaz de seguir ignorándolo, ¿entonces qué?

No tenía la menor idea.

El sedán frenó con un chirrido y se detuvo en un callejón vacío junto al edificio. No se veía ninguna luz encendida tras las ventanas. El aquelarre mantenía el edificio desierto a propósito. Segundos más tarde, Selene corría por las escaleras de entrada y estaba abriendo la puerta principal. Entró en la desierta estructura tan silenciosa y veloz como un espectro.

En su apresuramiento, no advirtió la ominosa furgoneta negra que se había detenido al otro lado de la calle.

• • •

—¡Tras ella! ¡No dejéis que escape! —ladró Singe a sus soldados licanos. Sus ávidos ojos resplandecían con el deleite de la caza, una emoción vigorizante no muy distinta a la excitación densa del descubrimiento científico. Por lo que parecía, el esquivo Michael Corvin se encontraba sólo a unos metros de ellos, en algún lugar del interior del edificio de aspecto ruinoso en el que la vampiresa acababa de entrar.

Su corazón palpitaba furiosamente de impaciencia. Una vez que el espécimen estuviera en su poder, la última fase de su experimento podría comenzar. Sólo para asegurarse, llamó a Pierce y Taylor por teléfono móvil y los alertó de su localización.

—¡Recordad! —gritó a sus hombres segundos más tarde, mientras los soldados licanos salían en fila de la parte trasera de la furgoneta. Las armas semiautomáticas con su brillante munición ultravioleta resplandecieron a la luz de las farolas—. Hay que capturar al humano con vida... ¡a toda costa! —Fue tras ellos. No quería perderse la conclusión de su larga persecución. El sonido de sus pasos ascendió por las escaleras del edificio—. ¡La zorra vampiresa es prescindible!

• • •

Selene subía los escalones de dos en dos, temiendo lo que pudiera encontrar en el último piso del vacío edificio. Sin embargo, no estaba tan concentrada en llegar allí cuanto antes como para no reparar en los alarmantes sonidos de pasos que subían a toda prisa desde tres pisos más abajo. Alguien estaba persiguiéndola. A juzgar por el sonido, más de uno.

¿Quién?, se preguntó llena de inquietud. Se asomó por encima de la barandilla de hierro de la escalera. Casi esperaba ver aparecer un pelotón de resueltos Ejecutores pisándole los talones. No albergaba ninguna ilusión sobre el trato que le depararían sus antiguos camaradas después de lo que había ocurrido las últimas noches. *En su lugar, yo tampoco confiaría en mí*, reconoció.

Pero en lugar de un pelotón de élite de soldados no-muertos, se encontró con seis figuras fornidas con ropa marrón y raída. *No eran vampiros*, pues. *Licanos*.

Deben de haberme seguido, comprendió.

¡Y ella los había llevado directamente hasta Michael!

Los licanos corrían escaleras arriba tras ella. Superada ampliamente en número, Selene comprendió que sólo tenía unos instantes hasta que los hombres-bestia la alcanzaran. Desenfundó las Berettas y disparó a sus enemigos, quienes esquivaron sus balas pero siguieron subiendo las escaleras. Le dio la espalda a los intrusos y

subió corriendo el último tramo de escaleras hasta el quinto piso y luego se precipitó como una loca hacia la habitación vacía en la que había visto por última vez a Michael.

¿Seguiría allí? ¿Conservaría todavía algo de su humanidad? Selene contuvo el aliento mientras corría, confiando contra toda esperanza en que quedara algún rastro del desgraciado norteamericano para rescatar.

•••

Muerto para el mundo, Michael tenía la espalda apoyada en las frías patas de acero de la silla de interrogatorio. Una de sus manos tanteaba el aire vacío mientras unos recuerdos que no eran suyos llevaban su mente a un lugar y un tiempo muy diferentes.

Su mano se desliza delicadamente a lo largo del borde de un lavabo de mármol y explora una colección de peines y tocados ornamentales y botellas de perfume. Los hermosos objetos le son aún más preciados porque sabe que le pertenecen a ella.

Anhela volver a tocar a Sonja, del mismo modo y con la misma reverencia con los que ahora está tocando sus cosas...

Una erupción de fuego automático sacudió el edificio y arrancó a Michael de su enfebrecido delirio. Sus ojos inyectados en sangre se abrieron de repente y volvió a encontrarse en el piso franco, que de pronto no parecía demasiado franco. Los atronadores disparos parecían venir del otro lado de la puerta.

Michael seguía aturdido y desorientado cuando la puerta del apartamento se abrió y Selene entró corriendo en la habitación. Como de costumbre, vestía de cuero y llevaba una pistola humeante en la mano. Su felina gracia y su belleza impresionaron a Michael una vez más, a pesar de su estado enfebrecido, y se quedó sin aliento. Tras enfundar la pistola, la mujer sacó una llave del bolsillo de su gabardina y le abrió apresuradamente las esposas.

—Tenemos que irnos —dijo.

Libre al fin, Michael se apartó de la silla como si le diera asco.

—¿Qué pasa? —preguntó, alarmado y confundido. Se oía el ruido de varios pasos que subían por las escaleras del pasillo—. ¿Qué está ocurriendo?

Selene sacudió la cabeza. Estaba claro que no había tiempo para explicaciones. Desenfundó la pistola, apuntó a la pared que separaba la habitación del pasillo y descargó una lluvia de fuego contra la tenue barrera. El yeso estalló bajo la descarga de balas y llegaron varios gritos bestiales desde el pasillo. Michael oyó el sonido de unos cuerpos que caían al suelo mientras otras voces guturales proferían gritos de furia.

¿Eran esas voces las de enfurecidos hombres-lobo, se preguntó, o se trataba de los antiguos camaradas de Selene, que venían a por ellos? ¿Y cómo podía estar tan

loco para preguntarse tales cosas?

La larga gabardina de Selene revoloteó alrededor de su cuerpo mientras se volvía y abría fuego contra la ventana más próxima. El cristal destrozado estalló hacia fuera y llovió sobre la calle. Selene se volvió hacia Michael y gritó.

—¡Vamos, vamos, vamos! —le ordenó—. ¡Salta!

Michael se acercó con paso tambaleante a la ventana destrozada y se encaramó al alféizar. Dirigió la mirada hacia el pavimento, a más de veinticinco metros de distancia, y a continuación se volvió hacia Selene con tal incredulidad en los ojos que pareció como si se le fueran a salir de las órbitas.

Antes de que pudiera decir nada, cuatro pistoleros vestidos de oscuro echaron la puerta abajo. Sus armas dispararon repetidas veces, como una ristra de petardos, y unas balas luminosas dibujaron una aureola de fuego alrededor del marco metálico de la ventana a la que Michael se había encaramado. Se apartó instintivamente de ellos y cayó.

El alféizar desapareció de debajo de sus pies, reemplazado únicamente por el aire y la gravedad. Un chillido de pánico escapó de sus pulmones mientras caía en picado hacia una muerte segura, sacudiendo salvajemente brazos y piernas. Meses de experiencia en la unidad de traumatología pintaron una vivida imagen de su cuerpo destrozado sobre la acera.

Se acabó, pensó. Voy a morir.

Puede que fuera lo mejor...

El frío aire de la noche azotaba su cuerpo mientras caía. Michael apretó los párpados y se preparó para el inevitable (y casi con toda certeza mortal) impacto. Sin embargo, en el último segundo, su cuerpo rodó de forma instintiva en el aire y cayó de pie sobre el pavimento, completamente ileso.

Con los ojos muy abiertos, asombrado, Michael miró a su alrededor y entonces echó la cabeza atrás para mirar la ventana rota, cinco pisos más arriba.

Uau, pensó.

Después de todo, puede que hubiera algo de verdad en la historia aquella de los hombres lobo.

• • •

Un cartucho vacío cayó al suelo. Rodó sobre los tablones de madera hasta detenerse junto a cuatro cuerpos llenos de balas de plata. Sendos charcos de sangre se expandían desde los cuerpos y cubrían el suelo con una película carmesí.

El último inmortal que permanecía en pie, Selene, hizo una pausa en medio de la carnicería con la pistola humeante. Contempló con satisfacción los cuerpos de los licanos caídos. La vieja munición de plata seguía siendo tan eficaz como siempre. El olor de tanta sangre derramada provocó que se le hiciera la boca agua.

Por poco, reconoció. Hubiera dado cualquier cosa por saber por qué querían los licanos a Michael con tanta desesperación. *Aquí hay algo que todavía se me escapa.*

El chirrido de unas ruedas sobre el pavimento de la calle atrajo su atención. Corrió hasta la ventana, se asomó y vio que un coche patrulla frenaba a menos de un metro de distancia de donde Michael se encontraba. Un par de agentes de policía salieron del coche, agarraron a Michael sin miramientos y lo metieron a la fuerza en el asiento trasero del coche. Michael trató de resistirse y propinó un puñetazo en la mandíbula a uno de ellos, pero en su debilitado estado era imposible que derrotara a los dos hombres.

Maldición, pensó Selene. No creyó por un solo segundo que los atacantes de Michael fueran auténticos policías. Había reconocido la ferocidad característica de los licanos disfrazados. *Refuerzos*, se dijo, seguramente pedidos por los hombres-bestia a los que acababa de liquidar.

Apunto con la Beretta, decidida a no permitir que estos nuevos licanos le arrebatasen a Michael y apretó el gatillo. Pero en vez de lanzar una salva de letales balas de plata, la pistola se limitó a emitir un chasquido de impotencia.

Se le había acabado la munición. *¡Maldita sea!*

Sacó a toda prisa el cargador vacío pero ya era demasiado tarde. Antes de que hubiera tenido la oportunidad de recargar, el coche, aullando como si fuese tan lupino como sus ocupantes, se perdió en la noche. En cuestión de segundos había desaparecido en las bulliciosas calles de Belgrado.

Se habían llevado a Michael.

Sus hombros se hundieron, el brazo del arma cayó flácido a un lado de su cuerpo y se quedó inmóvil y en silencio en medio del destrozado apartamento, rodeada por los cuerpos sin vida de sus enemigos. Los charcos de sangre lamían los tacones de sus botas de cuero negro.

¿Y ahora qué hago?, se preguntó, embargada por la impotencia.

Un débil gemido invadió su desesperación. Selene le dio la espalda a la ventana y descubrió con sorpresa que uno de los licanos caídos seguía con vida: uno flaco y de mediana edad en apariencia, que se le antojó un poco menos brutal que sus compañeros. De hecho, con aquel pelo castaño cortado a cepillo y la frente llena de arrugas, parecía un profesor de escuela más que un soldado. Más viejo que el típico berserk licano, el intruso no parecía un candidato apropiado para un escuadrón de asalto. Se retorció impotente en el suelo, incapaz de salir de un espeso charco de su propia sangre.

Interesante, pensó Selene.

Capítulo 24

Kahn contempló con aprensión el enorme orbe de color ambarino que flotaba sobre él en medio del cielo. Aquella noche los hombres-lobo estarían en su estado de máximo salvajismo, se dijo, mientras en sus facciones de ébano se dibujaba una expresión ceñuda. *¿De quién habría sido la brillante idea de celebrar los Despertares en noches de luna llena?*

Flanqueado por un trío de Ejecutores armados hasta los dientes, Kahn patrullaba los jardines de la finca, cuya valla de hierro no parecía ya lo bastante sólida. Cruzó el césped en dirección a un guardia del perímetro que caminaba junto a la puerta principal.

Hubo un movimiento entre las sombras y tres grandes rottwailers se acercaron corriendo por el césped. Los peligrosos perros de presa saludaron con entusiasmo a Kahn, quien respondió con una serie de palmaditas afectuosas a cada uno de los ansiosos caninos. Brotaba saliva de sus poderosas mandíbulas.

—Eh, chicos. —Kahn no podía por menos que advertir las notables similitudes entre los babeantes perros guardianes y los enemigos licántropos del aquelarre. Presumiblemente, los rottwailers eran parientes más cercanos de los hombres-lobo que de los vampiros pero él no albergaba la menor duda sobre la lealtad de aquellos centinelas caninos. *Además, pensó, los murciélagos entrenados no resultan prácticos.*

—¿Alguna novedad? —preguntó al guardia, un vampiro llamado Mason.

Éste sacudió la cabeza.

—Hemos hecho la ronda dos veces. Y, créeme, los perros se habrían dado cuenta si algo se hubiera acercado a esa valla.

Kahn confiaba en el juicio de Mason y asintió. Era un Ejecutor, uno de sus hombres y no un miembro de la brutal fuerza de seguridad de Soren. Si Mason decía que no había licanos al acecho, él lo creía.

Sin embargo, seguía sintiéndose inquieto. Consultó su reloj y frunció el ceño al ver la hora.

—Amelia ya debería haber llegado —señaló, con la profunda voz llena de preocupación. Se volvió hacia los Ejecutores que lo acompañaban—. Quiero que salgáis de la propiedad y vayáis a ver qué la está reteniendo.

Se frotó la barbilla, pensativo. En teoría, Soren se encargaba personalmente de la seguridad de Amelia, pero la idea lo intranquilizaba cada vez más. *Hay algo aquí que no marcha bien, volvió a pensar. No me sentía tan inquieto desde que Lucian estaba con vida.*

• • •

La Dama Amelia ya no parecía tan inmaculada. Maltrecha y ensangrentada, estaba ahora postrada sobre el suelo del vagón restaurante, con la mejilla magullada apretada contra el suelo empapado de sangre. Mechones sueltos de pelo negro como el carbón le caían sobre la cara y su elegante vestido estaba hecho jirones sobre su cuerpo arañado y destrozado. El intenso tufo que despedía el pelaje de los licántropos infectaba el aire, mezclado con el deplorable aroma de la sangre inmortal derramada.

Su mente inmortal estaba tratando de concebir la enormidad del desastre. *¿Cómo se había producido semejante atrocidad? ¿Dónde estaban los Ejecutores de Ordoghaz?* Sus propios defensores estaban a su alrededor, hechos pedazos, destrozados por las garras y los colmillos de los enloquecidos hombres-lobo. Ahora mismo estaba oyendo cómo se daba un banquete una de las funestas bestias con la carne y los huesos sin vida de sus consejeros. Sólo la fuerza y la resistencia de un Antiguo la habían mantenido con vida hasta el momento pero se enfrentaba a la perspectiva muy real de que su vida eterna estuviera tocando a su fin.

¡No!, se rebeló, incapaz de aceptar la extinción tras tantos siglos de vida y poder. Ignorando el dolor que recorría todo su cuerpo, levantó laboriosamente la cabeza del suelo. Hizo acopio de las pocas fuerzas que le quedaban para tratar de escapar. *¡Debo escapar de aquí! ¡Debo sobrevivir!*

Una enorme zarpa cayó sobre su cabeza y la inmovilizó en el suelo unas garras afiladas se hundieron en su cuero cabelludo mientras el licántropo se inclinaba para acercarse a ella y le gruñía al oído. El caliente y pútrido aliento de la criatura le calentó la mejilla como si fuera un horno y le dio náuseas. Apoyando las palmas de las manos en el suelo, Amelia trató de superar la presión de la pesada zarpa del licántropo pero fue en vano; estaba demasiado débil para resistirse.

¡No puede ser!, protestaron inútilmente sus pensamientos. *Soy una inmortal, uno de los Antiguos... no puedo morir a manos de un sucio animal.*

El sonido de unos pasos sobre el suelo del tren se le acercó. Giró la cabeza y levantó la vista lo suficiente para poder ver a un hombre negro de gran estatura, ataviado con una chaqueta de cuero marrón, que caminaba con calma hacia ella. A diferencia de sus camaradas licanos, éste licántropo había conservado su forma humana; su cráneo desnudo era tan pelado como hirsutos los de los hombres-lobo. Amelia supuso que se trataba del macho alfa que había dirigido aquella emboscada blasfema.

El licano traía en las manos una brillante caja de metal. Sin decir palabra, la colocó en el suelo y abrió la tapa. Metió la mano y sacó un juego de jeringuillas hipodérmicas vacías. Las agujas vacías de las jeringuillas tenían al menos tres centímetros de longitud.

Los ojos blancos e inhumanos de Amelia se abrieron de terror al ver las crueles herramientas. *¡Mi sangre no!*, pensó, histérica. *¡En el nombre del Ancestro, no me*

saquéis la sangre!

Raze sonrió.

• • •

El coche patrulla corría por un barrio ruinoso y lleno de pintadas. La luz amarillenta de los faros competía con la severa iluminación blanca de las farolas. Las sirenas del vehículo aullaban sin descanso para abrir un camino franco en medio del tráfico nocturno. Fueran donde fuesen, tenían prisa por llegar.

En el asiento de atrás, separado de los dos agentes de policía uniformados por una placa de malla de acero, Michael estaba poniéndose más enfermo a cada segundo que pasaba. La frente le ardía como si estuviera incendiada y un palpito insoportable recorría su cuerpo entero. Una película de sudor frío le pegaba la sucia camiseta al cuerpo. Tenía la boca tan seca como el desierto de Kalahari. Jesús, esto no deja de empeorar. ¿Qué demonios me está pasando?

Quería pensar que los dos policías lo estaban llevando a un hospital pero no parecía probable. No le había dado la impresión de que aquellos hombres estuvieran demasiado preocupados por su bienestar. Se preguntó si serían verdaderos policías. Era una idea absurda pero se dijo que a estas alturas, tenía derecho a sentir una cierta paranoia.

Una gota de sangre cayó sobre la rodilla de sus mugrientos pantalones y se llevó una mano al labio superior. Cuando la apartó, estaba roja y pegajosa.

Mierda. Estaba sangrando por la nariz.

Volvió la mirada hacía la ventanilla del coche y contempló el paso fugaz de las aceras y edificios iluminados. Según parecía se dirigían al norte, siguiendo la ruta de la línea de metro más antigua de la ciudad, construida hacía más de un siglo. En aquel momento el coche estaba pasando por los bulliciosos barrios de mala catadura que rodeaban la Plaza Matyas. Michael veía a las prostitutas locales ofreciendo su mercancía con aire estólido bajo las farolas, sin prestar la menor atención al coche de policía que estaba pasando a poca distancia de ellas. Aunque ilegal, la prostitución se respetaba más o menos en los barrios menos respetables de la ciudad.

La mirada agotada de Michael se dirigió al cielo nocturno cubierto de nubarrones. De improviso, antes de que supiera lo que estaba ocurriendo, la luna llena asomó la cara por detrás de un banco de furiosas nubes de tormenta.

El brillante disco blanco provocó una respuesta inmediata. Los ojos castaños de Michael se dilataron y menguaron hasta convertirse en sendos puntitos negros. Su corazón latía con tal fuerza que sus oídos estaban llenos con lo que parecía la turbulencia desatada de un huracán interminable. Sus tripas se encogieron en su interior y expelieron un gemido torturado de sus agrietados y sangrantes labios. El estómago le dolía como si le estuvieran dando la vuelta desde dentro.

En el asiento delantero, los dos policías intercambiaron una mirada antes de volverse hacia el angustiado prisionero. Un destello de preocupación pasó por sus rostros malhumorados, como si temieran que Michael fuera a vomitar en cualquier momento.

—Oye, Taylor —dijo uno de los policías. Era el del cabello largo armado con una escopeta—. ¿Y si lo sacamos y le ponemos una inyección?

El conductor miró a Michael por el espejo retrovisor.

—No —murmuró a su compañero, cuyo nombre era, según había creído averiguar Michael, Pierce—. Se pondrá bien.

Taylor le habló directamente.

—Vamos, tío, aguanta. —Volvió a mirar la calzada—. Casi hemos llegado.

¿*Adonde?*, se preguntó Michael, pero lo único que escapó de su garganta fue otro gemido dolorido. Hasta el último músculo de su cuerpo estaba convulsionándose sin control. El latido de sus oídos estaba incrementándose de manera exponencial. Su visión era borrosa, el color estaba desapareciendo y el mundo estaba convirtiéndose en una sombras gris monocromática. Al mismo tiempo, su sentido del olfato se había incrementado poderosamente. Tanto, que la fétida peste de las calles empezaba a resultar insoportable. Se trago el nauseabundo olor y se llevó las manos al estómago. *Oh Dios mío*, pensó con una mueca. ¿*Cómo puedo sentirme así de mal y no morir?*

—Sí, lo sé —dijo Taylor en respuesta a los gemidos de Michael. Lo estaba mirando desde el otro lado de la sólida rejilla de metal. Michael creyó detectar un atisbo de simpatía en la voz áspera del conductor—. La primera vez es una putada, duele la hostia. Pero después de poco tiempo empezarás a controlarlo y podrás cambiar cuando quieras. La luna no supondrá la menor diferencia.

¿*Cambiar?* De algún modo, la palabra logró atravesar las palpitaciones de su cerebro. ¿Era eso lo que estaba sufriendo, el primer estadio de su transformación en un auténtico hombre-lobo? ¡*NO!*, pensó Michael embargado por el horror, sin importarle las convulsiones que lo estaban sacudiendo. *No es posible. ¡No es posible!*

Incapaz de articular palabra, gruñó con más fuerza. Taylor sacudió la cabeza y a continuación encendió la radio. Una ensordecedora canción de rock gitano llenó el coche patrulla.

Un violento espasmo sacudió a Michael de la cabeza a los pies. Su espalda se arqueó de agonía, como si lo estuvieran sometiendo a una sesión de electroterapia. Se mordió con fuerza el labio inferior y estuvo a punto de arrancarse la lengua. Su corazón palpitaba como un tambor de guerra dentro de su pecho mientras el cartílago que lo rodeaba empezaba a quebrarse y a crujir. Los tendones se retorcieron y serpentearon, haciendo que los huesos ensangrentados cambiaran dolorosamente de posición.

Toda su estructura ósea empezó a cambiar de forma. Embargado por el horror,

Michael se quitó la camiseta y contempló, hipnotizado a pesar del tormento que estaba sufriendo, cómo crujían y se partían sus costillas delante de sus mismos ojos y empezaban a moverse en cascada como teclas de piano bajo su piel palpitante. *¡Santa madre de Dios!*, pensó. En los más de ocho años que había durado su carrera, que incluía algunos episodios bastante espeluznantes en el servicio de urgencias, jamás había presenciado algo tan asombroso o grotesco. *¡Joder, supuestamente el tejido humano no se comportaba así!*

Una oleada de vértigo lo abrumó. Se agarró al asiento como un adolescente borracho con un delirium tremens de caballo. Trató de aferrarse con todas sus fuerzas a la vida, que ahora se le antojaba preciosa, mientras la metamorfosis aceleraba su ritmo.

Unas venas pulsantes de color negro agrietaron el blanco de sus ojos y se extendieron como trepadoras tropicales hasta que los sensibles orbes castaños de Michael adquirieron un antinatural tono cobalto. Su cara y su cuello empezaron a llenarse de manchones moteados parecidos a capilares reventados, y su piel se fue ennegreciendo. La carne pálida y desangrada adquirió un áspero tono grisáceo.

Las encías de Michael se hincharon al mismo tiempo que, empezando por los caninos, sus dientes se hacían más grandes y pronunciados. Muy pronto no pudo siquiera cerrar la boca a causa de la trampa para osos que formaban los colmillos afilados que sobresalían de sus mandíbulas. Necesitaba una boca más grande. Las uñas de los dedos empezaron a crecer a velocidad preternatural hasta convertirse en garras amarillentas y curvadas como garfios que se clavaron en la tapicería del asiento. El vinilo se desgarró con un fuerte ruido.

El sonido llamó la atención de Pierce. El hirsuto policía se volvió para inspeccionar a Michael desde el otro lado de la malla metálica.

—¡La hostia puta! —balbució—. ¡Está cambiando aquí mismo, en el puto coche! ¡Frena! ¡Frena!

Atrapado en plena transformación, Michael lanzó una patada salvaje contra la pantalla metálica que lo separaba de los dos supuestos policías. ¡Boom! El ensordecedor impacto metálico acalló por un instante la música de rock que emitía la radio.

Al volante, Taylor se volvió rápidamente y, para su sorpresa y asombro, se encontró cara a cara con Michael, que estaba ya a medio camino de completar su transformación. Unos ojos brillantes y azulados lo miraban desde debajo de una frente hirsuta y rugosa. Su nariz se había convertido en un hocico animal de temblorosas fosas nasales. Afilados caninos e incisivos asomaban desde el interior de unas fauces alargadas, casi lupinas. Resbalaba saliva por su barbilla mientras mostraba sus recién nacidos colmillos y los liberaba con un rugido furioso.

Cogido por sorpresa, el conductor perdió el control del coche, que se escoró hacia

la derecha, hizo un giro inesperado y se introdujo en una mugrienta callejuela adoquinada cuyas paredes parecieron abalanzarse sobre ellos. Taylor pisó el freno y el coche patrulla se detuvo con un chirrido de las ruedas, pero sus tres pasajeros salieron despedidos. El cuerpo convulso de Michael chocó con la malla que lo separaba de los asientos delanteros y la agrietó.

Ignorando el brusco frenazo del coche, el enloquecido norteamericano trató de salir del coche a la fuerza. Lanzó una patada salvaje a una de las ventanas y una telaraña de grietas se extendió sobre el cristal fracturado. Otra buena patada y el cristal fue historia.

Presas del pánico, Pierce y Taylor salieron del coche.

—¡Saca el equipo! —gritó Taylor a su camarada mientras él se acercaba a su prisionero para tratar de calmarlo—. ¡Pronto!

Ya fuera del vehículo, Pierce se inclinó sobre el asiento del copiloto y registró apresuradamente la guantera. Sacó un estuche de nylon sin marcas y lo abrió. En su interior había varias jeringuillas cargadas. Cogió una de ellas y mordió el capuchón de protección de la aguja con los dientes. Con un giro de la cabeza sacó el capuchón y a continuación lo escupió al suelo del callejón.

Mientras tanto, Taylor abrió la puerta trasera del coche patrulla y sujetó a Michael por los brazos y las piernas. Utilizando todo su peso, trató de derribar al humano medio transformado. Michael no tenía todavía el peso y el tamaño de un licántropo. De lo contrario el enfurecido policía no habría tenido ninguna posibilidad sin recurrir a su propia forma bestial.

—¡Vamos! —gritó a Pierce con impaciencia—. ¡Clávasela! ¡Clávasela!

Aquellos gritos no significaban nada para Michael, cuyo intelecto había desaparecido casi por completo bajo un maremoto de rabia primaria y abandono. Ahora lo único que le importaba era salir de los estrechos confines del coche patrulla. Podía oler la ansiedad de los dos frenéticos policías y el provocativo aroma sólo servía para enloquecerlo aún más.

Forcejeando, cogió a Taylor por la mandíbula y a continuación empujó su cabeza con todas sus fuerzas contra el marco metálico de la puerta. ¡Thwack! Taylor retrocedió tambaleándose, con las dos manos en el cráneo. Aturdido momentáneamente, el pelirrojo policía cayó de rodillas junto al coche. Una rabia púrpura ensombreció su semblante mientras hacía rechinar los dientes y fulminaba con una mirada de odio al poco cooperativo prisionero que llevaban en el coche.

Pero antes de que Michael pudiera aprovecharse de la momentánea incapacidad de Taylor, el segundo policía se le echó encima con la jeringuilla en la mano. Le clavó la punta de la hipodérmica en el cuello y Michael sintió un agudo dolor debajo de la barbilla. Pierce apretó el émbolo y una repentina sensación ardiente se extendió a partir de la vena yugular de Michael por todo su cuerpo.

Echó la cabeza atrás y lanzó un aullido de agonía.

Capítulo 25

Kraven se aproximó con nerviosismo a la pared de plexiglás que rodeaba la cámara de recuperación. Al otro lado de la transparente barrera vio a Viktor, de pie y expectante, enfundado por completo en una túnica de seda. Saltaba a la vista que el continuado flujo de sangre le había sentado muy bien al Antiguo. Kraven se quedó boquiabierto al ver cómo se había recuperado su cuerpo, descarnado hasta hacía muy poco. El Antiguo se parecía cada vez más a su antiguo yo, cosa que no casaba demasiado bien con los planes del regente.

¿Cómo demonios voy a arrebatarle a un ser así el control del aquelarre, aunque cuente con la ayuda de Lucian? La tremenda injusticia de la situación lo inflamó... ¡Maldita seas, Selene! ¿Por qué no podías dejar a Viktor bajo tierra, donde debía estar?

—He mandado a buscar a Selene, no a ti —dijo Viktor con una voz mucho menos seca y áspera que antes.

Kraven inclinó la cabeza.

—Ha desafiado vuestras órdenes y ha abandonado la mansión, mi señor.

Un destello de furia contrajo el semblante severo y anguloso de Viktor.

—Tu incompetencia nos está costando muy cara.

—¡No ha sido culpa mía! —protestó el regente—. ¡Se ha vuelto loca, está como obsesionada! Piensa que estoy detrás de no sé qué ridícula conspiración.

—¡Y aquí está la prueba! —exclamó una voz desafiante.

¡Por los dioses, no! El rostro de Kraven empalideció por completo mientras Selene pasaba a su lado, arrastrando a un licano de mediana edad por el cuello. Kraven lo reconoció: era uno de los servidores de Lucian.

Selene arrojó al licano delante de Kraven y lo obligó a ponerse de rodillas. El prisionero estaba cubierto de sangre y magulladuras y su raída ropa tenía los sanguinolentos orificios de entrada de varias heridas de bala. El regente estaba seguro de que era la propia Selene la que había herido de aquella manera al miserable espécimen de la raza licana.

Pero, ¿por qué había llevado a aquella criatura hasta allí? ¿De qué prueba estaba hablando?

•••

Unas argollas de acero de gran tamaño salieron del suelo. Pesadas cadenas de hierro se arrastraron sobre las pulidas baldosas de piedra. Unos grilletes de adamantina se cerraron con un chasquido y Singe se encontró postrado de hinojos y cargado de

cadenas como un campesino aterrado suplicando la clemencia de su soberano. Sus ojos inyectados en sangre despedían aún un tenue brillo de rebeldía. *Podéis someter mi cuerpo, pero no mi mente*, pensó con fiereza. *¡Mi amo y señor es Lucian, no un parásito chupasangre!*

En la refrigerada cripta hacía un frío de muerte. Singe tiritaba con sus cadenas y su cuerpo maltrecho sentía la agonía de docenas de heridas y golpes sin tratar. A pesar de que Selene le había extraído varias balas de plata en el piso franco para asegurarse de que no perdía la vida, aún podía sentir cómo se abría paso el lento veneno de la plata por sus venas y arterias. Levantó una mirada furtiva y evaluó la gravedad de sus circunstancias. Estaba atrapado en el interior de una cripta con al menos tres vampiros de gran poder, cada uno de los cuales lo miraba sin el menor atisbo de misericordia. El Antiguo que se encontraba tras la barrera de plástico transparente era obviamente Viktor. Lucian le había informado por teléfono de la inesperada resurrección del Antiguo, que había complicado sus planes en no poca medida. A pesar de su actitud desafiante, el licano austriaco no podía por menos que sentirse incómodo en presencia de una criatura tan primordial y poderosa. Gracias a sus investigaciones conocía bien las capacidades preternaturales de aquel inmortal. Viktor estaba, como máximo, a dos generaciones de distancia de la mismísima fuente de la maldición del vampirismo, lo que lo convertía en un adversario realmente peligroso.

El otro vampiro macho le preocupaba menos. Singe ya había visto a Kraven en alguno de los encuentros que había mantenido con Lucian. En aquel momento, el regente vampiro parecía en un estado de notable incomodidad. Singe podía ver en sus ojos que estaba deseando huir de la cripta y a pesar de ello se sentía obligado a quedarse y seguir fingiendo.

No pudo culparlo por estar nervioso, pensó Singe. *No con todos los secretos que esconde*. Disfrutaba con la inquietud del arrogante vampiro.

Y luego, por supuesto, estaba Selene.

—¡Cuéntaselo! —le ordenó bruscamente la Ejecutora—. Quiero que les cuentes exactamente lo que me has dicho a mí.

Singe titubeó. No quería sacrificar su valor para ellos divulgando todo cuanto sabía. Puede que hubiera alguna manera de conseguir que aquellos vampiros se enfrentaran entre sí.

Pero Selene no le dio tiempo a considerar sus opciones. Lo agarró del brazo e introdujo sus dedos en una de las heridas de bala de su hombro.

—¡Ahh! —aulló. El atroz dolor estuvo a punto de hacer que perdiera el conocimiento—. ¡De acuerdo! ¡De acuerdo! —Le sería imposible soportar aquella tortura mucho tiempo. Parecía que no le quedaba otra alternativa que contárselo todo a los chupasangres.

Selene aflojó un poco su presa pero no le soltó el brazo. Mantuvo los dedos en la herida, como un recuerdo táctil de lo que le esperaba si decidía volver a desobedecerla. Con la respiración entrecortada por el shock traumático infligido a su cuerpo, Singe tuvo que aspirar profundamente antes de poder hablar.

—Llevamos varios años —empezó a decir— tratando de combinar las dos razas...

• • •

Drogado y aturdido, Michael no se daba cuenta de que lo arrastraban por un túnel sombrío y malsano que discurría por debajo de la ciudad. Pocos metros por encima de su cabeza se oía el estruendo de los metros al pasar, que hacía trepidar los ladrillos medio en ruinas. De haber estado más atento y despierto, Michael hubiera tenido miedo de quedar enterrado vivo.

Llevaba las muñecas esposadas a la espalda y tenía un grueso trozo de nylon alrededor de la parte inferior de la boca, a modo de mordaza. Lo único bueno era que lo que le habían inyectado, fuera lo que fuese, parecía haber revertido la grotesca transformación provocada por la luz de la luna. Una vez más volvía a ser completamente humano. *¿Necesito receta para esto, se preguntó casi inconsciente, o puedo comprarlo directamente en la farmacia?*

Los supuestos policías —Pierce y Taylor— no dijeron palabra mientras arrastraban a Michael por un laberinto de corredores subterráneos y se limitaron a gruñir para quejarse del esfuerzo mientras arrastraban a su prisionero cada uno de un brazo. Por el rabillo del ojo Michael entrevió más figuras de grandes proporciones que iban y venían por aquel inframundo estigio. Hombres y mujeres envueltos en sombras, cuyos ojos y dientes refulgían en la oscuridad, se movían furtivamente por los túneles. A veces parecía que estuvieran royendo unos huesos de apariencia perturbadoramente humana. Algunas de las mujeres apretaban bebés contra sus pechos desnudos pero las malformadas criaturas se le antojaban a Michael más caninas que humanas. Niños de aspecto salvaje se perseguían por los túneles, aullando y ladrando como cachorros excitados mientras que, aquí y allá por todo el enrevesado laberinto, Michael veía de vez en cuando hombres y mujeres de mirada salvaje que copulaban a la vista de todos. Los gemidos y jadeos bestiales se sumaban al ambiente de barbarie de las catacumbas mientras los frenéticos amantes se acoplaban con total abandono, arañando y mordisqueando la carne de sus compañeros. La cargada atmósfera apestaba a sudor y pelaje y porquería.

Los ojos de Michael parpadeaban aceleradamente en sus cuencas. Poco a poco la narcosis que nublaba su pensamiento se estaba levantando y cada vez era más consciente de cuanto lo rodeaba. El tufo que inundaba los túneles atravesaba incluso la mordaza de nylon que le tapaba la nariz.

¿Dónde estoy, se preguntó, aterrado y desorientado, y qué demonios estoy haciendo aquí?

• • •

—... tratando de combinar las dos razas —continuó Singe mientras su memoria lo llevaba de vuelta a su estrecho y abarrotado laboratorio subterráneo. Recordaba haber puesto una muestra de sangre de licano en una plaquilla de vidrio y a continuación haberla examinado con el microscopio.

Luego había añadido otra gota de sangre, esta vez extraída de una botellita de plástico marcada como «vampiro». Al microscopio se podían discernir con toda claridad las características físicas que diferenciaban la sangre de vampiro de la de licano. Las dos especies coexistieron durante un breve minuto en un mar de plasma.

Entonces, como siempre ocurría, se produjo una reacción instantánea: las células sanguíneas de las dos especies se volvieron unas contra otras y consumieron la hemoglobina enemiga en una orgía pírrica de mutua destrucción de la que no salió una sola célula sana.

—... y hemos fracasado durante años —confesó Singe—. Era imposible. Incluso a nivel celular, nuestras dos especies parecían destinadas a aniquilarse mutuamente. —Hizo una pausa mientras recordaba la multitud de experimentos fallidos que había realizado, pero entonces un doloroso movimiento de los dedos de Selene lo obligó a continuar—. Esto es, hasta que encontramos a Michael.

• • •

Había un complicado árbol genealógico, que se extendía a lo largo de varias generaciones, clavado en la pared de la estación subterránea, que parecía haber sido convertida en una especie de laboratorio o enfermería improvisada. En lo alto del árbol, una banderola pintada proclamaba, «Familia Corvinus».

Michael contempló confundido el árbol mientras Pierce y Taylor lo maniataban a una mesa de observación abatible. Los hombres no querían correr riesgos, de modo que le ataron el cuerpo a la mesa con tiras de nylon, similares a la que le tapaba la boca. Tenía las muñecas esposadas detrás del frío metal de la mesa, de modo que sus brazos estaban doblados en un ángulo sumamente incómodo.

Esto tiene mala pinta, pensó Michael. ¿De qué lado estaban sus secuestradores, del de los vampiros o el de los hombres-lobo? A juzgar por el comportamiento animal del que había presenciado numerosas muestras de camino allí, parecía que de este último. Hombres-lobo, se maravilló. Era como si estuviera más allá de la sorpresa. La transformación que había estado a punto de culminar en el coche patrulla había borrado los últimos rastros de escepticismo de su mente. *He sido capturado por*

hombres-lobo.

Y además era uno de ellos, más o menos.

Mierda, pensó con sarcasmo. Había una pizca de humor negro en su absurda situación. Ocho años de facultad, una montaña de deudas y resulta que estoy destinado a convertirme en un hombre-lobo. Sacudió la cabeza, incrédulo. Jodidamente in-cre-i-ble.

Los dos licanos, como los llamaba Selene, inclinaron la mesa hacia arriba y la cabeza de Michael se elevó hasta encontrarse enfrente del elaborado árbol genealógico. Muchos de los nombres tenían por encima una línea de tinta negra, como si los hubieran tachado por alguna razón. Su aturdida mirada recorrió el árbol hasta su mismo fondo... donde encontró un nombre extremadamente familiar dentro de un círculo rojo.

• • •

—Un espécimen muy especial —continuó Singe. Aún le dolía la herida en la que Selene le había metido los dedos—. Un descendiente directo de Alexander Corvinus, un guerrero húngaro que llegó al poder durante los primeros años del siglo V... justo a tiempo de ver cómo era arrasado su pueblo por la peste.

El prisionero licano mantenía discretamente vigilado a Kraven mientras hablaba, pues sentía curiosidad por conocer los efectos de sus palabras en el traicionero regente que estaba jugando con dos barajas. Kraven estaba pasando un auténtico calvario, convencido sin duda de que Singe iba a implicarlo en la conspiración. Lanzó una mirada de soslayo a la salida y Singe se percató de ello.

Haces bien en pensarlo, se dijo el licano.

—Sólo Corvinus sobrevivió a la plaga. De alguna manera, su cuerpo fue capaz de mutar la enfermedad, de cambiarla para su propio beneficio. Se convirtió en el primer inmortal. —Hizo una mueca de dolor, consciente de que sus perspectivas de vida eterna estaban menguando a cada segundo que pasaba—. Y, años más tarde, engendró al menos dos hijos que heredaron el mismo don.

Al otro lado de la barrera transparente, Viktor asintió con impaciencia.

—Los tres hijos del Clan Corvinus —señaló con un tono de sarcástica diversión—. Uno de ellos mordido por un murciélago, el otro por un lobo y el tercero abandonado en la solitaria senda de la mortalidad como un humano normal y corriente. —El Antiguo emitió un bufido de desdén—. Una leyenda ridícula, nada más.

—Es posible —le concedió Singe—. Pero es incuestionable que nuestras dos especies tienen un antepasado común... y la mutación del virus original está vinculada directamente al linaje de Alexander Corvinus.

Sentado en su trono, Viktor hizo un gesto hacia el suelo de la cripta, donde había

una losa de bronce con una ornamental «M» grabada.

—Ahí yace un heredero de Corvinus, a menos de tres pasos de ti.

Singe sabía que Viktor se refería al inmortal conocido como Marcus.

—Sí —repuso—. Pero él ya es un vampiro. Necesitábamos una fuente pura, sin mancillar. Un duplicado exacto del virus mutado original que, según descubrimos, se transmitió al código genético de los descendientes humanos de Alexander Corvinus.

Recordó aquel momento glorioso en el laboratorio, cuando la sangre de Michael había dado positivo en el test, frente a los ojos jubilosos de Singe y Lucian. Se había apresurado a confirmar el resultado poniendo un poco de sangre en una plaquilla y mezclándola con idéntica cantidad de sangre de vampiro.

Había observado por el microscopio con atención mientras las células de sangre de vampiro se mezclaban con la hemoglobina humana de Michael para producir unas plaquetas bicelulares nunca vistas hasta entonces. Todo el proceso había tardado apenas segundos. Había sido tan rápido que había dejado a Singe estupefacto.

Pero aquél no había sido el fin del experimento. Singe había introducido a continuación una gota de sangre de licano en la muestra. Tal como siempre había esperado, las plaquetas dobles se habían fundido con las células de sangre licana para producir el objeto del experimento: una plaqueta tricelular de aspecto singular. Supersangre, en otras palabras, una mezcla de las mejores características de las tres razas.

—La sangre de Corvinus permite una unión perfecta —explicó a los tres absortos vampiros.

El rostro ancestral de Viktor se contrajo de asco.

—Esa unión es imposible —declaró enfáticamente— y proponerla siquiera es una herejía.

Singe levantó la cabeza tanto como le permitieron los grilletes y lanzó a Viktor una mirada rebelde.

—Eso ya lo veremos —dijo con una risilla—, una vez que Lucian se haya inyectado...

—Lucian está muerto —lo interrumpió el Antiguo.

Una sonrisa maliciosa se dibujó en el rostro de Singe.

—¿Y eso quién lo dice?

Los dedos de Selene soltaron la herida de Singe y se volvió para mirar a Kraven. Para su sorpresa, aunque no la del científico licano, el malvado regente había desaparecido.

La vampiresa apretó los puños, frustrada, a pesar de que la huida de Kraven había sido una confesión irrefutable de culpabilidad.

—¡Lo sabía!

Capítulo 26

Kraven subió corriendo las escaleras de la cripta para escapar de la ira de Viktor. Su rostro estaba demacrado y empapado de sudor. Imágenes de paranoia llenaban sus pensamientos. Una vez que aquel chismoso licano revelara que Lucian seguía vivo, que Kraven no había matado en realidad al ilustre comandante licano hacía seis siglos, no habría lugar seguro para él en Ordoghaz o más allá de sus murallas.

Una vez más, todo era culpa de Selene. ¡Maldita sea esa zorra ingrata!, pensó, enfurecido. Si hubiera aceptado la generosa oferta de gobernar a su lado, ninguna de aquellas catástrofes habría tenido lugar. ¡Y todo porque ha preferido a un asqueroso y mugriento licano antes que a mí!

Entró sin aliento en el gran salón. Como de costumbre, la estancia era escenario de una reunión elegante de vividores no-muertos. Ante la perspectiva de la llegada de Amelia, los sofisticados diletantes habían recurrido a sus mejores galas. Elegantes y carísimas joyas brillaban en los cuellos y orejas de las esbeltas vampiresas mientras sus compañeros lucían medallas y condecoraciones obtenidas a lo largo de siglos de leales servicios al aquelarre y los Antiguos. Aquella babel de numerosas y animadas conversaciones se desarrollaba bajo la presidencia de la delicada melodía del Cuarteto de Cuerda nº 1 de Bartok, que sonaba suavemente como música de fondo. Las jarras de sangre clonada eran rellenadas cumplidamente por discretas criadas que llevaban jarras de cristal llenas de cálido plasma carmesí.

Normalmente, Kraven se hubiera sentido como pez en el agua en aquella fiesta, pero ahora observó con miedo y suspicacia a aquellos muertos vivientes que cuchicheaban y lo miraban. *¿Estáis hablando de mí?, pensó, atemorizado. ¿He perdido el favor de los míos gracias a Selene y a su perfidia?* Mientras se frotaba las manos con nerviosismo, reparó en el enviado de Amelia, Dimitri, que se encontraba con aire vigilante junto a la ventana que miraba al patio delantero de la mansión. Con un gesto de ceñuda impaciencia en su rostro huesudo, la mirada del inmortal diplomático alternaba entre su reloj de bolsillo de oro y lo que había al otro de las pesadas cortinas de brocado. Sin duda, se estaba preguntando qué había sido de su señora. *¿Cuánto tardaría en empezar a culpar a Kraven de su ausencia?*

Apartó la mirada para no encontrarse con los ojos del enviado. Después de todo, malamente hubiera podido explicarle que Amelia había sido recibida en la estación por una manada de voraces hombres-lobo... y mucho menos ahora que su golpe de estado estaba haciéndose añicos. *Éste debería de haber sido mi momento de gloria, pensó, lleno de rencor venenoso, el momento en que me hubiera prestado valerosamente para hacerme cargo de la nación vampírica en el cénit de una crisis histórica.*

En cambio, se había convertido en su Waterloo.

Sus ojos registraron el abarrotado salón en busca de alguien en quien pudiera confiar. Soren y sus hombres no habían regresado todavía de su misión en la ciudad, de modo que por el momento andaba corto de aliados. Al principio no vio más que interesados libertinos y seductoras, que sin duda le darían la espalda en cuanto se revelara su connivencia con Lucian. Entonces, con gran alivio, reparó en Erika, que estaba sirviendo las bebidas al otro extremo del salón. La hermosa criada, a la que Kraven había visto por última vez desnuda en su boudoir, volvía a llevar su traje negro con lentejuelas de sirvienta. Su marfileña piel estaba notablemente más pálida de lo habitual, lo que parecía sugerir que todavía no se había recuperado del todo de las voraces atenciones de Kraven.

Pues claro, pensó, recordando la devoción enamorada de la chica. No era Soren, eso estaba claro, pero un hombre desesperado no está en posición de ser quisquilloso.

Se abrió camino por entre la multitud de cuerpos muertos hasta llegar junto a ella. La cogió del brazo sin miramientos. La hermosa rubia dio un respingo, estuvo a punto de soltar una jarra de agua que llevaba y a continuación levantó hacia Kraven una mirada de grandes ojos violeta.

El regente se inclinó hacia ella para poder susurrarle algo al oído con mayor comodidad.

• • •

En la frígida atmósfera de la cámara de recuperación, Selene terminó de desconectar los tubos de plástico de los brazos, el pecho y la espalda de Viktor. El Antiguo se levantó de la silla con evidentes dificultades. Estaba claro que no había recobrado todas sus fuerzas. Sus huesos fosilizados crujieron como viejos y oxidados goznes.

—Te lo aseguro, chiquilla mía —dijo con solemnidad—. Kraven lo pagará con su vida.

En aquel momento la vida de Michael preocupaba más a Selene pero sabiamente contuvo su lengua. Tras la culpable huida de Kraven de la cripta, Viktor parecía haber olvidado sus recientes transgresiones. Decidió que no era el mejor momento para recordar al Antiguo sus esfuerzos por mantener a Michael lejos de las garras de los licanos. *Más tarde, una vez que hayamos acabado con Kraven y Lucian, podré convencerlo de que Michael es inocente.*

Por contraste, su prisionero licano —que aparentemente respondía al nombre de Singe— hablaba sin tapujos. Encadenado al suelo al otro lado de la pared de plexiglás, sonrió maliciosamente a los dos vampiros que lo tenían prisionero.

—Muy pronto esta casa será un montón de ruinas —profetizó con una risilla.

—No antes que tú —afirmó Selene con voz siniestra mientras Viktor le lanzaba

una mirada llena de significado. Alerta a su menor deseo, la Ejecutora salió inmediatamente de la cámara de recuperación y cogió a Singe por la garganta. Con una máscara de odio implacable por rostro, zarandeó al prisionero, preparada para ahogarlo hasta que la vida abandonara su inútil cuerpo.

—¡No, espera! —graznó Singe, apenas capaz de hablar. Sus hinchados ojos rojos estaban observando frenéticamente a Viktor—. ¡Tú y sólo tú has de conocer la verdad de todo esto!

¿*Qué verdad?*, se preguntó Selene. Se volvió hacia Viktor, quien levantó una mano como respuesta. Obedientemente, Selene soltó el flaco cuello del licano.

Singe jadeó y tosió. Inhaló con voracidad el frío aire de la cámara antes de empezar a explicarse.

—Si Lucian logra hacerse con la sangre de un Antiguo, como Amelia o tú mismo, la sangre de Michael le permitirá absorber la esencia vampírica sin peligro y unirla a su propia hemoglobina de licántropo.

Viktor reaccionó con horror y repulsión.

—Una abominación —susurró con un hilo de voz áspera. Todo el color desapareció de sus facciones ya cenicientas.

Selene se sentía perdida. Viktor parecía saber de qué estaba hablando el científico licano, pero su propia comprensión marchaba varios pasos por detrás de la del Antiguo. *Maldición*, se dijo. *Soy una guerrera, no una bióloga*.

—Lucian se convertirá en el primero de una nueva especie de seres —les explicó Singe, con un marcado acento austríaco que convertía su húngaro en una verdadera tortura. A pesar de la gravedad de sus heridas y de la plata que lentamente estaba envenenando su cuerpo, conforme desgranaba la verdad para ellos brillaba en sus ojos cada vez con más fuerza su entusiasmo de científico—. Medio vampiro, medio licano, pero más fuerte que los dos. —Su mirada pasó de Viktor a Selene—. La cosa que más ha temido él desde hace siglos. Una nueva raza. —Señaló al Antiguo con un gesto de la cabeza—. Míralo.

Selene volvió la cabeza hacia Viktor. Para su consternación, el regio Antiguo parecía tan preocupado como Singe aseguraba. Los ojos blancos de Viktor estaban contemplando la nada, como si su mayor temor se hubiera materializado.

¿*De eso se trata todo este asunto?*, se preguntó mientras un escalofrío recorría su columna vertebral. ¿*Del deseo de Lucian de convertirse en una especie de monstruo híbrido?*

Y la sangre de Michael era la clave.

•••

Los haces de las linternas recorrían el interior del antiguo vagón restaurante e iluminaban la escena de horripilante carnicería que había tenido lugar en su interior.

Las paredes, los suelos, las ventanas y los techos estaban manchados de sangre, y los cuerpos destrozados de Amelia y su séquito estaban tirados por todas partes, como si fueran las sobras de un banquete caníbal. Los miembros más distinguidos e importantes del Aquelarre del Nuevo Mundo y el Consejo habían sido destripados y desmembrados y sus restos mutilados testimoniaban la ferocidad de las garras y los colmillos desatados de sus atacantes.

Masón, un Ejecutor veterano leal a Kahn, nunca había visto nada parecido. Aunque había presenciado mucha violencia a lo largo de la prolongada guerra contra los licanos, la profunda brutalidad de aquella masacre lo había dejado boquiabierto. Lanzó una mirada a los rostros de los otros dos Ejecutores presentes y vio que estaban tan perturbados como él por lo que habían encontrado en el interior del tren. Hasta el aire parecía más espeso por la densidad de los olores de la carne y la sangre. Sangre de vampiro, derramada y desperdiciada.

Su mirada horrorizada se volvió de mala gana hacia el cuerpo frío como el hielo que tenía a sus pies. La Dama Amelia, la más vieja y poderosa de todos los vampiros femeninos, estaba tendida sobre el suelo del tren, sin una sola gota de sangre en el cuerpo marfileño. Una expresión de completo horror contraía sus facciones.

Masón apartó la mirada. Decidió que ya había visto suficiente.

Sacó un teléfono móvil de su gabardina negra y llamó a la mansión.

—Aquí Mason —dijo con voz tensa—. Tengo que hablar con Kahn.

• • •

Las pesadas puertas de roble del gran salón se abrieron de par en par. El atronador ruido acalló tanto las conversaciones como a Bartok, y un silencio sobresaltado se extendió por la recepción. La multitud de elegantes vampiros se abrió como el Mar Rojo mientras Kahn irrumpía en la sala, flanqueado por un grupo de Ejecutores armados hasta los dientes.

Acobardado al otro extremo de la abarrotada cámara, Kraven supo al instante para qué estaban allí. A juzgar por la furia ardiente que se veía en los oscuros ojos del maestro de armas, no cabía esperar piedad de sus antiguos compatriotas. *Lo saben*, se dijo con absoluta certeza. Su corazón inmortal empezó a latir con la fuerza de un caballo desbocado. *¡Lo saben todo!*

Se ocultó en las sombras mientras Kahn y los soldados se dispersaban entre la muchedumbre y empezaban a buscar al regente caído en desgracia. La Fortuna le hizo en ese momento un favor pues el venerable Dimitri exigió saber a qué se debía la presencia allí de los Ejecutores. El acalorado altercado proporcionó a Kraven el tiempo que necesitaba para alejarse subrepticamente del grupo de Kahn.

Una puerta abierta se presentó tentadora ante su vista y salió del salón con parsimoniosa rapidez. A continuación se precipitó corriendo como un loco contra la

puerta principal de la mansión, confiando con todo su corazón en que lo esperara allí el coche que había pedido.

¡No puedo permitir que Kahn y sus tropas me pongan echen el guante!, pensó cobardemente, consciente de que Viktor lo haría torturar por toda la eternidad por los crímenes que había cometido contra el aquelarre. *¡Debo escapar de aquí!*

No había guardias en el vestíbulo, de modo que Kraven pudo salir sin ser molestado al patio exterior. El corazón le dio un vuelco de júbilo al ver que la limusina negra se detenía dando un frenazo justo delante del arco de piedra que daba entrada a la mansión. Soren salió del vehículo y abrió rápidamente la puerta. Sin perder un instante, Kraven subió al asiento trasero.

Gracias a los dioses, pensó. Empapado de sudor y sin aliento, exhausto por la tensión de su fuga, se reclinó pesadamente sobre los asientos de cuero negro. Soren rodeó la limusina y se sentó a su lado, con una pistola P7 cargada en la mano; el mortal jenízaro estaba preparado para defender a su amo de quienquiera que tratase de perseguirlos.

Consciente de que debía abandonar Ordoghaz cuanto antes, levantó el brazo para indicarle al conductor que se pusiera en marcha. Había alargado la mano hacia la puerta para cerrarla cuando le llegó un grito estridente desde la entrada de la mansión.

• • •

—¡Mi señor! ¡Esperad!

Erika llamó a Kraven a gritos mientras echaba a correr en dirección a la limusina. Se había puesto una chaqueta de cuero sobre el fino traje negro, pero a pesar de todo el frío de la noche invadía sus huesos. No había tenido tiempo de ponerse ropa más apropiada porque no quería arriesgarse a que Kraven se marchara de Ordoghaz sin ella.

¡Ya voy, amor mío!, pensaba mientras sus tacones repiqueteaban con rapidez sobre los escalones de la entrada. No conocía los detalles del escándalo que, a todas luces, había supuesto de destitución de Kraven, y la verdad es que no le importaban demasiado. Bastaba con que hubiera recurrido a ella en su hora de mayor necesidad. *Me ha elegido a mí...* *¡Erika!* Hasta le había perdonado la manera apresurada en que se había marchado del boudoir. Ahora estaba claro que era una crisis de la máxima importancia lo que lo había apartado de sus fervientes brazos. *¡Este es mi momento!*, se dijo, embargada de júbilo. Por fin le había demostrado que era la única vampiresa que siempre estaría allí para él.

Su imaginación volaba por delante de sus pies, y ya se veía a sí misma huyendo con Kraven a algún exótico nido de amor donde el exiliado regente la recompensaría al fin por su firme devoción, concediéndole el regalo de su eterno afecto, y sólo para ella. *¿Adónde iba a llevarla? ¿Londres? ¿París? ¿La Riviera?*

Desde el otro lado de su mundo de fantasía en Technicolor, llegó corriendo y sin aliento a la puerta abierta de la limusina. Sentado en la parte trasera, Kraven levantó hacia ella una mirada expectante. Sus ojos la examinaron en busca de la prueba de que había hecho lo que él le había pedido.

Con una sonrisa de triunfo a modo de respuesta, Erika metió la mano en su chaqueta y sacó el arma que acababa de robar en el dojo de Kahn. Idéntico a la descripción que Kraven había hecho de él, el prototipo, con su munición de nitrato de plata, era un arma extremadamente imponente. Erika se sentía como una Ejecutora con sólo sostenerla entre las manos.

Kraven sonrió y le quitó el arma de las manos. Erika la soltó voluntariamente y a continuación dispuso a tomar asiento a su lado. Con una punzada de pesar vio que Soren también estaba en el asiento trasero del coche. *¡Maldición!*, pensó. *Tres es multitud*. Pero antes de que pudiera entrar en la limusina, Kraven le cerró la puerta en la cara. Erika se quedó allí, estupefacta y paralizada, mientras la lujosa limusina se apartaba de ella y se dirigía a la puerta principal. Kraven ni siquiera se dignó a lanzarle una mirada antes de darle la espalda.

Erika vio desaparecer en la noche los faros traseros de la limusina. Se había quedado muda al pie de la vereda, aturdida por la magnitud de la traición de Kraven. *¡Ya está!*, pensó indignada, enfurecida más allá de toda medida. Dio un pisotón sobre el bordillo con tal fuerza que estuvo a punto de partirse el talón. *Me he quedado sin Kraven para siempre*. Se preguntó si a Viktor le gustarían las rubias...

• • •

Selene desconectó el último de los tubos de plástico. Un fino reguero de sangre salió de la boquilla de cobre. Cogió a Viktor del brazo con el propósito de ayudarlo a ponerse en piel pero el Antiguo se la quitó de encima sacudiendo los hombros.

—Puedo arreglármelas solo —dijo con voz grave.

Por vez primera desde su resurrección, Viktor emergió de los confines claustrofóbicos de la cámara de recuperación. Cruzó la espaciosa cripta y se detuvo un instante junto a las losas de bronce que señalaban las tumbas de los Antiguos. Selene se preguntó si tendría intención de revivir a Marcus de acuerdo a lo programado y entonces recordó que Amelia debía de llegar a la mansión en cualquier momento, si es que no había llegado ya.

Unos pasos apresurados se acercaban a la cripta por la sala de seguridad. Por un momento, Selene creyó que Kraven había regresado y su audacia la asombró y afrentó al mismo tiempo. *¿Cómo se atreve a volver a presentarse ante Viktor, después de habernos engañado a todos durante años? ¡El asesino de Lucian, nada menos!*

Pero en lugar del regente caído en desgracia, fue Kahn el que apareció corriendo

en la cripta. El veterano Ejecutor frenó en seco en cuanto sus ojos se posaron sobre la figura de Viktor. Hizo una profunda reverencia delante del Antiguo.

—Mi señor —anunció—. ¡Han asesinado a los miembros del Consejo!

Selene no daba crédito a sus oídos. ¿El Consejo? Lanzó una mirada a Viktor y vio que el todopoderoso Antiguo estaba tan horrorizado como ella. La sangre reciente que llenaba su cuerpo abandonó sus facciones.

—¿Qué hay de Amelia? —preguntó con voz sombría.

Kahn volvió la vista al suelo, incapaz de soportar la mirada de su amo y señor, pero no le hurtó la verdad.

—Le han sacado toda la sangre.

El horror dio paso a la furia en el semblante regio de Viktor. Sus mejillas hundidas se tiñeron de un rojo intenso. Selene nunca lo había visto tan furioso, ni siquiera cuando la había condenado a ser juzgada, varias horas atrás.

Por su parte, ella se había quedado muda al conocer las noticias catastróficas traídas por Kahn. Por mucho que despreciase a Kraven, jamás le hubiera creído capaz de semejante crimen, y sin embargo no le cabía la menor duda de que el huido regente estaba implicado en el plan que había causado la muerte de Amelia y del Consejo. *Todo formaba parte de un burdo intento, comprendió, por hacerse con el control de la nación vampírica.*

Encadenado al suelo, a poca distancia de ellos, Singe sonreía con malicioso deleite.

—Ya ha empezado —graznó.

Viktor se movió a la velocidad del rayo, tan deprisa que antes de que Selene se hubiera percatado de que se había movido, el furioso Antiguo ya había destrozado el cráneo de Singe con un solo golpe. El postrado licano se desplomó sin vida sobre el frío suelo de piedra, con el rostro destrozado en tal medida que era imposible reconocerlo.

Su sangre ni siquiera tentó a Selene.

Tras apartarse del indigno cadáver que tenía a sus pies, Viktor se acercó a ella y le levantó la barbilla con suavidad.

—Siento haber dudado de ti, hija mía —dijo con gravedad—. No temas, la absolución será tuya...

El corazón de Selene dio un salto, aliviada y agradecida a su sire por haberla perdonado. *¡Sabía que acabaría por ver la verdad!*

—...en el preciso instante en que mates al descendiente de Corvinus, ese tal Michael.

¿Matar a Michael? Selene retrocedió un paso involuntariamente, mientras su espíritu, que había empezado a remontar el vuelo, volvía a hundirse de repente. *¿Cómo podía Viktor pedirle que matara a Michael a sangre fría? No era culpa suya*

que su ADN fuera tan peligroso. Él era inocente a pesar de estar contaminado por la infección licana. ¡Tiene que haber otro camino!

Su rostro permaneció inmóvil mientras luchaba por ocultar su reacción al anuncio de Viktor. Pero el Antiguo ya le había dado la espalda. Salió rápidamente de la cripta, seguido de cerca por Kahn.

Selene se demoró unos momentos más, forcejeando con sus turbulentas emociones. Un charco de brillante sangre brotaba del cráneo abierto de Singe y estaba extendiéndose sobre el suelo de mármol de la solitaria cripta. La marea escarlata lamía las botas de Selene y amenazaba con rodearlas.

Sangre, se dijo, aturdida. Sangre de licano.

Como la de Michael.

Capítulo 27

Michael abrió sus cansados ojos y volvió a encontrarse en la reconvertida estación de metro. Debo de haberme quedado dormido de nuevo, comprendió, y trató de evitar que los párpados volvieran a cerrársele. Intentó levantar la cabeza pero no lo consiguió y su cabeza chocó contra la dura superficie de la mesa de examen.

Una voz sin cuerpo visible habló desde las sombras de la improvisada enfermería.

—Te hemos dado una encima para frenar el Cambio. Estarás algún tiempo atontado.

Michael reconoció el seco acento británico del desconocido barbudo que lo había mordido en el ascensor dos noches atrás.

¡Tú!, pensó con un ataque de odio vengativo. Tú eres el que me ha hecho esto, el que me ha convertido en... lo que sea en que me esté convirtiendo.

Si hubiera estado libre, habría saltado de la mesa y lo habría atacado con las manos desnudas. Pero tenía las muñecas esposadas a la espalda y unas gruesas tiras de nylon inmovilizaban el resto de su cuerpo, como si fuera una momia egipcia preparada para la inhumación y no un licántropo a punto de nacer.

Uno de los dos policías licanos, cuyos uniformes eran probablemente tan falsos como su apariencia humana, se le acercó. Era el del pelo largo, Pierce, el que le había clavado la aguja hipodérmica en el coche patrulla cuando había enloquecido a causa de la transformación. Le enseñó una jeringuilla de cristal vacía mientras su sonrisilla sádica revelaba que estaba impaciente por repetirlo.

No se molestó en preparar o desinfectar el lugar en el que iba a clavar la aguja. Se limitó a hundirla brutalmente en el brazo de Michael. El norteamericano se encogió de dolor y a continuación perdió los estribos del todo. *¡Joder!, pensó, furioso, ¡Estoy harto de que todo el mundo me trate como un animal!*

Se debatió contra sus ataduras pero sus frenéticos esfuerzos sólo lograron que la aguja se partiera a la altura de la base. La jeringuilla cayó al suelo y se hizo mil pedazos. Un gruñido de impaciencia escapó del extraño que esperaba entre las sombras.

A Pierce no parecía gustarle que lo pusiera en evidencia delante del extraño británico. Con un gruñido de furia, dio un fuerte bofetón a Michael, tan fuerte que faltó poco para que perdiera el conocimiento. Su cabeza se inclinó a un lado y parpadeó repetidamente, incapaz de enfocar la mirada. El interior de su cráneo estaba repicando como las campanas de una catedral.

—¡Ya basta! —ladró el oculto desconocido. Aun aturdido como estaba, Michael se dio cuenta de que el británico tenía que esforzarse para contener su crispación. Habló con voz severa pero firmemente controlada—. Ve... ve a ver por qué se retrasa

Raze, ¿quieres?

Pierce se apartó a regañadientes de Michael. Antes de marcharse arrastrando los pies de la enfermería, le lanzó una última mirada malhumorada al norteamericano. Michael empezó a gemir de miseria en cuanto el fornido policía no pudo oírlo. Sacudió la cabeza tratando de disipar las nieblas que oscurecían su mente.

El enigmático desconocido salió sigilosamente de las sombras.

—La verdad es que debo disculparme. Pierce necesita desesperadamente una lección de modales.

A medida que la visión de Michael empezaba a enfocar de nuevo, pudo confirmar que el que estaba hablando era el desconocido barbudo de la noche de la masacre en el metro, cuando había comenzado toda aquella locura. Reconoció las engañosamente gentiles facciones del hombre, así como el colgante en forma de luna creciente que llevaba alrededor del cuello. No parecía haberle quedado la menor secuela del golpe que le había propinado el Jaguar de Selene. ¿Quién demonios eres tú?, pensó Michael mientras miraba al británico con una mezcla de odio y temor. ¿Y qué es lo que quieres de mí?

—Hablando de modales... —dijo el hombre con voz desenvuelta—, ¿dónde están los míos? —Se acercó a la mesa de examen y se inclinó sobre Michael. Estaba tan cerca de él que hubiera podido morderle de nuevo de haberlo deseado—. Discúlpame. Soy Lucian.

El nombre no significaba nada para Michael.

—Tengo que irme —suplicó éste mientras se debatía contra sus ataduras—. Tengo que regresar.

Lucian suspiró y sacudió la cabeza.

—No puedes regresar, Michael. No tienes donde hacerlo. —Hablaba lenta y parsimoniosamente, como si se estuviera dirigiendo a un niño un poco torpe—. Los vampiros te matarán en cuanto te vean, sólo por ser lo que eres. Uno de nosotros. —Se inclinó un poco más y miró directamente los ojos de Michael—. Eres uno de nosotros.

¡No!, pensó Michael instintivamente. *¡Soy un ser humano, no un monstruo!* Pero en el fondo de su corazón, sabía que Lucian estaba diciendo la verdad, igual que Selene en su momento. *Siento el cambio que se está produciendo en mi interior.*

Conmocionado por la ominosa afirmación de Lucian, Michael no advirtió que el barbudo licano había sacado una jeringuilla nueva hasta que de repente sintió que la aguja penetraba en su vena. Bajó la mirada, consternado, y observó cómo se llenaba el émbolo de sangre.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó con aprensión.

Lucian no apartó la mirada de la jeringuilla mientras le sacaba sangre a Michael.

—Poner fin a este conflicto genocida.

—Tu guerra no tiene nada que ver conmigo —insistió Michael. Ni siquiera sabía en qué bando militaba, si en el de los hombres-lobo o en el de los vampiros. ¿Lucian o Selene?

—¿Mi guerra? —preguntó Lucian con voz severa y Michael se dio cuenta de que había puesto el dedo en la llaga. El barbudo licano sacó la jeringuilla, llena por completo de sangre, del brazo de Michael. La sangre manó con libertad del agujero que la aguja le había abierto en el brazo. Aparentemente allí no se usaban las tiritas.

La mano de Lucian se dirigió con lentitud al brillante colgante que llevaba sobre el pecho y la atención de Michael se vio atraída al misterioso talismán. La visión del colgante desencadenó una serie de insólitas imágenes en su mente. Sus ojos giraron en el interior de las órbitas y se pusieron en blanco mientras otra salva de imágenes y sonidos fantasmagóricos lo envolvía.

Su mano pasaba delicadamente sobre el borde de una repisa de baño, explorando con suavidad los peines, tocados y botellas de perfume. Levantó la mirada y se vio reflejado en el espejo de bronce que había sobre el baño.

Era el reflejo de Lucian.

—¿Lucian? —murmuró Michael débilmente mientras se sacudía espasmódicamente en la mesa de examen. Ahora comprendía, más o menos. Desde el principio, habían sido los recuerdos de Lucian.

• • •

1402 d.C. Lucian y tres de sus hermanos licano caminaban por un pasillo oscuro de regreso a sus jergones en los aposentos de los criados. De las paredes manchadas de hollín colgaban portavelas con antorchas encendidas. En el exterior se había puesto el sol, así que ya no tenían que proteger el castillo de la hostilidad de los humanos. Una vez más, sus amos vampiros podían defenderse a sí mismos.

El sonido metálico de varias armaduras pesadas se acercaba por el pasillo. Un par de Ejecutores avanzaban hacia Lucian. Los aterradores vampiros llevaban magníficas armaduras de diseño italiano, muy diferentes a las anticuadas armaduras de cuero o de malla que utilizaban los demás licanos y él. Los petos de acero de las corazas de los vampiros, que podían repeler con facilidad las estacas de madera o las flechas de los mortales supersticiosos que moraban al otro lado de las murallas, tenían grabados símbolos heráldicos.

Detrás de los Ejecutores venía una procesión de regios nosferatu de sangre pura. Sus elegantes atavíos, mucho más delicados que la sencilla ropa de Lucian, estaban forrados de piel de animal y bordados con delicada hebra de oro. Vestidos y capas del satén, la seda, el damasco y el brocado más finos crujieron mientras se acercaban, seguidos por los dobladillos fluidos de los vestidos de las vampiras como sombras de seda.

Lucian y sus hermanos se apartaron para dejarlos pasar e inclinaron la cabeza como muestra de reverencia. Sin embargo, a diferencia de los otros criados, él no pudo resistirse a lanzar una mirada de soslayo a los nobles no-muertos mientras pasaban a su lado.

¡Y allí estaba ella! Sonja, la hermosa vampiresa, objeto de sus más ardientes deseos. Su negro cabello caía sobre sus hombros como cae la noche y una tiara de oro descansaba delicadamente sobre su cabeza. Los ojos azul celeste miraban desde un rostro blanco como la nieve y dotado de una hermosura insuperable. Un resplandeciente colgante brillaba al final de una cadena sobre su garganta de cisne. El riquísimo ornamento reposaba sobre las laderas de marfil de su pecho, encima de un traje bordado de color borgoña.

Caminaba junto a Viktor, el amo indiscutible del castillo. Una capa de brocado de un dorado color metálico descansaba sobre sus hombros imperiosos y el collar recto se alzaba muy rígido detrás de la nuca. Un medallón de plata, bastante más elaborado que el colgante de Sonja, adornaba su pecho, y se ataba los pantalones de satén oscuro a la cintura con un vistoso cinturón de oro cuya hebilla luminosa tenía un diseño parecido al del medallón. Se ceñía al cinto sendas dagas de plata.

El rostro de Lucian se iluminó al ver a la princesa. Estaba hipnotizado y no podía apartar los ojos de ella. Consciente de su mirada, ella le volvió y le clavó la suya. Sintió un momento de agudo temor hasta que una sonrisa juguetona se dibujó en las radiantes facciones de la ella. Envalentonado por su respuesta, Lucian volvió a sonreír, lo que provocó una sonrisa aún más grande de la muchacha. Los ojos esmeralda de la dama despidieron un flirteo de chispas.

Por desgracia, el intercambio no escapó a la vista de Viktor. Un gesto ceñudo frunció levemente sus finos labios y su expresión se ensombreció, pero no dijo nada... por el momento.

El tiempo dio un salto hacia delante y partió el fluido continuado de los antiquísimos recuerdos.

Lucian volvía a mirar el espejo dorado, ajeno a la plata que había bajo el cristal. El reflejo de Sonja se unió al suyo mientras ella se deslizaba a su lado, apoyaba las suaves curvas de su cuerpo contra el de él, más tosco. Se besaron y ella le tomó de la mano y la apretó con suavidad contra su vientre. Bajo el vestido de satén, su vientre empezaba a hincharse con la deseada vida que había en su interior. Conteniendo el aliento de asombro, Lucian pudo sentir cómo se desperezaba el bebé en el interior de su princesa adorada, la nueva y preciada vida a la que el amor que compartían había dado ser.

Sonrió y volvió a besarla mientras sentía que la pasión volvía a alzarse. Pero antes de que pudiera decirle una vez más cuánto significaba para él, la puerta del boudoir se abrió de par en par. Viktor irrumpió en la antecámara. Su rostro era una máscara

lívida de rabia...

Otra censura en los recuerdos. Otro salto adelante en el tiempo.

La cripta medieval era fría y húmeda. El chisporroteo de las antorchas proyectaba sombras retorcidas sobre los mohosos muros de piedra. Las ratas se escabullían por los rincones, alarmadas por la repentina actividad que se vivía en la cavernosa cámara. A cierta altura del suelo, oculto en el fondo de un nicho siniestro, un ventanuco negro admitía rayos de luz filtrada al interior de la fétida mazmorra.

Viktor y los demás miembros del Consejo estaban posados en altos pilares de piedra, como un tribunal de gárgolas malvadas, contemplando el suelo de la cripta. Sus lujosas túnicas de color escarlata contrastaban acusadamente con las tinieblas de la estancia. Estaban cuchicheando con aire sombrío mientras un trío de Ejecutores armados arrastraban a Lucian hasta el centro de la cripta.

Los ceñudos guerreros vampiros lo obligaron a arrodillarse. Su cuerpo, magullado y dolorido, fue encadenado al suelo. Las frías piedras provocaron un escalofrío por toda su columna vertebral y empezó a tiritar a pesar de sí mismo. Estaba cansado, hambriento y sediento, pues no le habían dado comida ni agua desde el comienzo de su cautiverio. Sin embargo, temía más por Sonja y por su bebé que por él mismo.

Un jadeo horrorizado se arrastró hasta sus oídos y al levantar la mirada, vio a Sonja a un paso de él, suspendida en un diabólico aparato de tortura. Su vestido antaño prístino colgaba hecho jirones de su esbelto cuerpo. Cadenas de cuero y hierro, cruelmente tirantes sobre su carne, la mantenían inmovilizada. Sus nivosos ojos de vampiresa estaban ahora inyectados en sangre y sus suaves y blancas mejillas habían sido mancilladas por un torrente de lágrimas carmesí. Lucian no pudo soportar verla así. Gruñendo como un perro rabioso, tiró con todas sus fuerzas de las pesadas cadenas. En vano.

Sin embargo, su princesa y él no eran los únicos prisioneros en aquel lugar maldito. Para su horror, vio que sus hermanos licántropos eran conducidos como un rebaño a una jaula de hierro por una fuerza más numerosa de Ejecutores. Los confusos sirvientes aullaban y gemían lastimeramente mientras los soldados los encerraban tras una puerta de metal. Los barrotes de la jaula estaban hechos de una aleación de hierro y plata para garantizar que los licanos no pudieran escapar de ella.

El corazón se le encogió de temor por los suyos. No era justo que fueran castigados por su crimen, si es que de verdad era un crimen. Su cólera se encendió y apagó todo temor que pudiera sentir por su propia suerte.

Soren, el brutal capataz de Viktor, con una barba negra y larga que acabaría por quitarse con el paso de los siglos, dio un paso al frente.

Desenrolló un látigo de plata, cuyos resplandecientes eslabones exquisitamente trabajados eran réplicas idénticas de vértebras humanas.

Lucian apretó los dientes para recibir el golpe inevitable, pero nada hubiera

podido prepararlo para el desgarrador dolor que recorrió su cuerpo mientras el látigo de plata mordía cruelmente su espalda desnuda una y otra vez. Las vértebras esculpidas hicieron jirones su piel y la desgarraron mientras se abrían camino por su carne indefensa hasta llegar al hueso. El dolor era insoportable...

En su prisión de hierro, Sonja se debatió contra sus grilletes y empezó a gritar desesperadamente a Viktor y sus espectrales camaradas:

—¡Nooooooooo! ¡Dejadlo! —gritó, tratando de salvar a Lucian—. ¡Basta! ¡Basta!

Pero los latigazos no cesaron. A su espalda, por encima del estruendoso restallar del látigo, sus hermanos licanos enloquecieron de dolor y furia al ver a uno de ellos torturado de aquella manera. A pesar de que estaban enjaulados, se arrojaron contra los barrotes gruñendo como las bestias salvajes que llevaban dentro. Sin la luz liberadora de la luna, no podían abandonar sus disfraces humanos, pero a pesar de ello rugieron como criaturas del bosque, se arrancaron las toscas topas de lana e hicieron rechinar sus colmillos. Las maldiciones e imprecaciones dieron paso a los aullidos y rugidos lupinos mientras la manada daba voz a su primigenia furia contra sus antiguos amos y señores.

Nunca olvidaremos esta noche, se juró Lucian mientras el implacable látigo seguía desgarrándole la carne...

• • •

En la enfermería de los licanos, Lucian observaba con preocupación a Michael Corvin mientras éste se sacudía de dolor sobre la mesa de examen. Su cabeza se movía de un lado a otro y unos gemidos de angustia escapaban de sus quebrados y ensangrentados labios como si algún torturador invisible lo estuviera azotando.

¿Qué puede estarle pasando?, se preguntaba Lucian, no sin un atisbo de misericordia por el desgraciado americano. La encima que le habían inyectado no podía haber provocado aquella reacción. Era posible que fueran los síntomas iniciales de su primera transformación completa, pero lo dudaba. Lucian había presenciado el nacimiento de muchos licántropos vírgenes y aquellas convulsiones no se parecían a las violentas sacudidas de una transformación licantrópica. A pesar de la evidente agonía que estaba sufriendo, sus huesos y su piel seguían siendo totalmente humanos.

Ojalá Singe estuviera aquí, pensó Lucian y volvió a preguntarse qué habría sido del viejo científico austriaco al que había encargado que vigilase la mansión de los vampiros. Habían pasado varias horas desde la última vez que había tenido noticias de Singe y su contingente de soldados licanos y Michael parecía necesitar urgentemente atención médica. En teoría, Lucian le había extraído toda la sangre que necesitaba pero prefería mantenerlo con vida por si acaso. Al fin y al cabo, Michael era ahora un hermano licano.

El joven se retorció y gemía sobre la mesa, perdido en una pesadilla infernal que

Lucian no podía ni imaginar.

• • •

Una vez que su sed de sangre estuvo al fin satisfecha, Viktor y los miembros del Consejo salieron en silencio de la cripta. Bajaron sin el menor esfuerzo los pilares de granito y cruzaron un arco de piedra. Sus túnicas de seda crujieron como telarañas mientras se marchaban y una gruesa puerta de roble se cerró con fuerza tras ellos, dejando a Lucian atrapado en el interior de la tenebrosa cámara de tortura.

Ensangrentado y exhausto, se desplomó sobre el suelo, que ahora estaba pegajoso con su propia sangre. *¿Es éste el fin?*, se preguntó y rezó para que el tormento hubiera terminado de una vez. Puede que Viktor se contentara con su destrucción y perdonara a Sonja y a los demás. Ni siquiera el altanero Antiguo podía condenar a la preciosa princesa para siempre y mucho menos a su hijo nonato.

El chillido de protesta del metal reverberó cerca de él, con un eco que resonó por toda la caverna. *¿Qué?* Lucian alzó la cabeza y vio que dos Ejecutores de rostro sombrío estaban forcejeando con una rueda de acero de grandes dimensiones montada sobre una pared. Al principio la corroída rueda se negó a moverse pero la fuerza combinada de los dos vampiros consiguió finalmente que empezara a girar en el sentido de las agujas del reloj.

Como respuesta, unos engranajes metálicos desgastados por el tiempo empezaron a chirriar y crujir. El pánico embargó el rostro ceniciento de Lucian al comprender lo que estaban haciendo. Sonja también se dio cuenta. Sus ojos aterrorizados se clavaron en los de Lucian.

No, por favor, suplicó éste en silencio, pues tenía la garganta demasiado reseca como para hablar, pero los engranajes siguieron moviéndose. Sobre la cabeza de Sonja, un enorme portón de madera empezó a levantarse lentamente con un crujido. Había un sol tallado en la cara interior del portón y en el centro del orbe, la sonriente cabeza de una muerte.

Un trueno resonó ruidosamente por todo el castillo. La lluvia helada empezó a colarse por la rendija abierta del portón, junto con un letal rayo de luz de sol.

¡No, el sol no! ¡Sobre ella no! Lucian se adelantó lleno de desesperación, y las gruesas cadenas se tensaron y lo contuvieron. Los grilletes de acero se le clavaron salvajemente en la carne pero él apenas notaba el dolor. Tiró con todas sus fuerzas, hasta que su cuerpo entero estuvo bañado de sangre y sudor, pero no había nada en el mundo que pudiera hacer para salvar a la mujer que amaba.

No pudo hacer nada sino mirar cómo empezaban a aparecer las primeras irritaciones rojizas en la carne blanca y delicada de Sonja. El implacable sol brilló sobre su tez vulnerable, que empezó a fundirse y derretirse como si la estuvieran bañando en ácido.

—¡Noooooo! —gritó Lucian. Su áspero grito de lamento y desesperación se unió al de ella en un último y atroz momento de comunión...

• • •

Lucian observó con hipnotizada fascinación la lágrima solitaria que resbalaba por la mejilla de Michael. *¿Dónde está ahora?*, se preguntó el comandante licano. *¿Qué está viendo?* Sentía un inquietante e inexplicable vínculo con el torturado norteamericano. No se trata sólo de dolor corporal. Sufre como si se le estuviera partiendo el corazón.

Su mirada no se apartó de los ojos ciegos de Michael mientras éste seguía sufriendo las flechas y embates ilusorios de los demonios invisibles que estaban atormentando su mente.

• • •

Lucian temblaba de manera incontrolable en el suelo de la cripta medieval. Ya no le quedaban lágrimas ni emociones. Habían pasado varias horas y la sangre que manchaba el suelo se había secado hacía tiempo. El sol asesino se había puesto al fin y la pálida luz de las estrellas penetraba por el agujero del techo.

Sonja estaba muerta. Lo único que quedaba de su amada princesa era una estatua gris y sin vida hecha de huesos chamuscados y cenizas. Sus brazos de polvo estaban alzados sobre la cabeza en un fútil intento por contener la letal luz del sol. Una expresión de angustiado pesar, por ella y por su hijo nonato, había quedado grabada en los rasgos agonizantes de la estatua. Sólo un destello de metal añadía un toque de color a la figura gris: el colgante en forma de luna creciente de Sonja, que aún llevaba alrededor de la carbonizada garganta.

Las gruesas puertas de madera se abrieron de par en par y un viento aullante penetró en la cámara. La fuerte ráfaga se precipitó sobre los restos polvorientos de Sonja y los desintegró frente a los mismos ojos de Lucian. El licano sollozó violentamente mientras las cenizas se arremolinaban a su alrededor como hojas de otoño. En cuestión de segundos, no quedaba nada de su amada.

Entraron dos Ejecutores. El más grande de ellos empuñaba un hacha de grandes dimensiones. Colocaron un pesado bloque de piedra en el suelo y obligaron por la fuerza a Lucian a meter la cabeza sobre el surco, que despedía aún el funesto hedor de las muchas víctimas anteriores del verdugo. La muerte de Sonja no bastaba, comprendió. Viktor también exigía su vida.

No le extrañó.

El severo Antiguo entró tras los ejecutores, ataviado de sombrío luto. Con la cara larga y solemne, se dirigió al aparato de tortura ahora vacío que recientemente había

contenido a la princesa. Sus lustrosas botas crujieron al pisar los trozos diminutos de hueso chamuscado, que era todo cuanto quedaba de la hermosa y adorable Sonja. Si aquellos sonidos resacos y crujientes lo perturbaron, su impasible rostro no dio muestra de ello.

Ignorando a Lucian por completo, se inclinó y recogió con gesto grave el brillante colgante de entre las cenizas. Sus ojos se humedecieron por un breve segundo y una expresión de genuino pesar se dibujó en sus facciones, pero pasó tan deprisa como había llegado y su aristocrático semblante volvió a adoptar una expresión fría y distante. Se incorporó y al fin se volvió hacia Lucian. En sus ojos ardían un gélido desdén y un odio sin límites.

Su cruel inhumanidad enfureció a Lucian y éste devolvió la mirada iracunda de Viktor con otra ardiente de pasión. La sangre se revolvió en sus venas.

—¡Bastardo!

Se abalanzó sobre Viktor como el lobo que era pero las cadenas implacables volvieron a contenerlo. Los Ejecutores cayeron al instante sobre él y le propinaron a su cuerpo maltrecho toda clase de golpes y patadas. Manos y pies embutidos en metal caían sobre él como una lluvia de meteoritos y al fin fue incapaz de soportarlo más y volvió a desplomarse, jadeando y respirando entrecortadamente.

Pero aunque su cuerpo yacía derrotado en el suelo, su furia invencible seguía ardiendo como las hogueras eternas del infierno.

—Te mataré —graznó con los labios agrietados e hinchados—. ¡Te mataré, demonio sanguinario!

Viktor se adelantó y lo cogió del pelo. Con un movimiento salvaje, tiró de su cabeza hacia atrás para poder mirar la cara hinchada y ensangrentada del licano. Su regio semblante lo contempló con repugnancia.

—Tu muerte será lenta. Eso te lo prometo. —Una mirada sádica reveló sus nefastas intenciones—. Olvidaos del hacha. Traedme cuchillos.

En aquel preciso momento, sobre el agujero del techo asomó la luna llena desde detrás de un banco de nubarrones de tormenta. Los vigorizantes rayos del celestial orbe lunar, dios y diosa para Lucian y su clan, incidieron sobre él y sintió que el Cambio empezaba a producirse. Sus ojos ensangrentados se dilataron acusadamente mientras perdía la noción de los colores, sustituida por la perspectiva imprecisa y en blanco y negro de un lobo. Fuerzas renovadas inundaron sus músculos mientras su cuerpo, en el espacio de una fracción de segundo, aumentaba de peso y tamaño. Un pelaje negro y tupido brotó por debajo de su piel. Sus sentidos del olfato y el oído aumentaron inconmensurablemente, tanto que casi pudo saborear la alarma y la sorpresa del Antiguo al comprender su error.

Nunca deberías haber dejado que la luz de la luna me encontrara, pensó Lucian, *pasto de una voracidad vengativa. ¡Ahora vuelvo a tener todo mi poder!*

La transformación se produjo en un mero instante y fue un hombre-lobo completo el que se abalanzó de nuevo sobre su carcelero. Esta vez, las cadenas de hierro cedieron frente a su fuerza inhumana, y se abalanzó sobre Viktor con las garras extendidas. Con un movimiento rápido del hirsuto brazo, le arrancó el brillante colgante de las manos.

Viktor se apartó de las garras del hombre-lobo y retrocedió trastabillando por la cripta. Tropezó con los barrotes de hierro de la celda, provocando un aullido de furia en su interior. El ruido bestial lo alertó sobre el peligro y se apartó de un salto un instante antes de que un brazo hirsuto tratase de alcanzarlo entre los rígidos barrotes.

Giró sobre sus talones y descubrió con sorpresa que hasta el último de los prisioneros licanos se había transformado en un hombre-lobo. La estrecha celda estaba ahora abarrotada de monstruos que gruñían y lanzaban dentelladas, como demonios impacientes por salir de detrás de los barrotes que los mantenían prisioneros. El denso olor de una docena de hombres-lobo inundó la atmósfera malsana y húmeda de la cámara de tortura.

Mientras Viktor pestañeaba, sorprendido, los dos Ejecutores cargaron contra Lucian desde el otro lado de la estancia. Las cadenas partidas colgaban de sus muñecas como serpentinatas decorativas. Se revolvió con preternatural velocidad y sacudió las cadenas en el aire contra sus enemigos. Los eslabones de hierro golpearon con fuerza a los vampiros en el abdomen y les partieron las costillas.

Una sonrisa casi humana distorsionó el hocico lupino. Daba gusto encontrarse al otro lado del látigo...

Unos gritos acalorados llegaron desde el exterior de la cripta. Lucian corrió hacia las pesadas puertas de madera para cerrarlas pero ya era demasiado tarde. Un pelotón de Ejecutores, armados con espadas y picas de plata, entró en la cámara.

—¡A él! —gritó Viktor a sus soldados—. ¡Matad a ese perro traicionero!

Eran demasiados. Aun en forma lupina, Lucian no hubiera podido con todos, no con sus hermanos atrapados aún al otro lado de los odiosos barrotes. Sus ojos buscaron frenéticamente una ruta de escape y por fin fueron a posarse en la ventana de la vidriera oculta al final del oscuro nicho, a más de siete metros sobre el suelo. ¡Eureka!, pensó.

Era una gran altura, pero sus fuerzas tenían la fuerza suficiente para llegar hasta allí. Sin pensarlo dos veces echó a correr y de un solo salto se encaramó la estrecha repisa de piedra que había debajo del nicho. Por un momento, se detuvo allí, perfilado contra la oscura vidriera de la ventana. Dirigió la mirada al lugar en el que Sonja había encontrado su funesta muerte, cubierto todavía por sus cenizas, y cerró la mano alrededor de su pequeño colgante como si fuera el tesoro más precioso sobre la faz de la tierra.

A continuación se volvió con mirada asesina hacia el propio Viktor, que se había

ocultado detrás de una horda de sus guerreros vampíricos. Algún día, prometieron los ojos llenos de odio del hombre-lobo al tiránico Antiguo, pagarás por lo que le has hecho a mi princesa y a los míos.

Ballestas cargadas con proyectiles de plata empezaron a apuntarlo y comprendió que no podía demorarse más. Le dio la espalda a la mazmorra y se arrojó de cabeza contra la vidriera. Los fragmentos de cristal roto, destellos oscuros a la luz de la luna, explotaron hacia el exterior mientras él caía en picado al suelo. Por suerte, la opresiva mazmorra se encontraba directamente junto a la muralla exterior del castillo. El bosque lo llamó con los brazos abiertos.

Llovieron fragmentos de cristal negro sobre el suelo rocoso que se extendía más allá de la fortaleza. Lucian cayó al suelo a cuatro patas y al instante se irguió como un hombre a pesar del hirsuto pelaje que le cubría el cuerpo. Saludó con un aullido triunfante a la luna que lo había salvado mientras brotaban gritos de furia y tumulto detrás de las siniestras murallas grises del castillo de los vampiros.

Tras él, la fortaleza se erguía ominosamente en medio de los Cárpatos. Delante de él, un impenetrable bosque de pinos de montaña ofrecía la promesa de seguridad y libertad. Echó a correr hacia allí.

La noche invernal se vio mancillada por los gritos de odio y los pasos pesados de una brigada de Ejecutores que salía en tropel de las puertas del castillo. Los iracundos guerreros vampiros marcharon en pos del hombre-lobo lanzando amenazas, maldiciones y órdenes que no fueron obedecidas. Se oían los ruidos metálicos de sus armaduras entre los colosales pinos. Los virotes de plata sisearon por el aire y fueron a clavarse en el grueso tronco de un abeto situado a escasos centímetros de la cabeza de Lucian.

Huyó corriendo de sus decididos perseguidores tan deprisa como sus doloridas piernas se lo permitieron. Con el colgante de Sonja en la peluda zarpa, escapó como alma que lleva el diablo de su ruinoso pasado en busca de un futuro todavía ignoto...

• • •

Las visiones de pesadilla dejaron al fin libre a Michael y sus ojos volvieron a contemplar el presente. Pestañeó varias veces, confundido, y aspiró entrecortadamente antes de levantar la mirada hacia Lucian. El barbudo licano lo miraba con curiosidad y preocupación evidentes. No sabía que Michael acababa de vivir los episodios más terribles de su propia vida.

Michael sentía náuseas. *Ahora entiendo*, se dijo, con la mente aún entumecida.

—Te obligaron a mirar cómo moría. Sonja. Así empezó esta guerra.

Lucian se quedó boquiabierto. Parecía como si el Jaguar de Selene acabara de atropellado otra vez. El colgante de la luna creciente —el colgante de Sonja— brillaba sobre su pecho.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó con un susurro estupefacto.

—Los he visto —le confesó Michael—. Tus recuerdos. Como si estuviera allí. — Evidentemente, el mordisco de Lucian no sólo le había transmitido el virus que causaba la licantropía—. Pero, ¿por qué? ¿Cómo pudieron hacerle eso?

Lucian contestó con voz amarga:

—Yo sólo era un esclavo, por supuesto, y ella... ella era la hija de Viktor.

¿Su hija? El cerebro de Michael trataba de encontrarle sentido a toda esta información nueva. Selene había hablado muy bien de Viktor y le había asegurado que le había salvado la vida después de que los hombres-lobo mataran a su familia. ¿Podía ser el mismo vampiro que había condenado a muerte a su propia hija?

—¿Los licanos eran sus esclavos?

Lucian asintió. Se apoyó en el borde del mostrador del laboratorio.

—Éramos sus guardianes durante el día, los cancerberos de un saber ancestral. En el pasado habíamos sido libres y los Ejecutores, temiendo que provocáramos el miedo de los mortales y éstos se volvieran contra las dos especies, nos persiguieron y cazaron sin misericordia. Pero hacia el siglo XV, cuando Sonja y yo nos atrevimos a enamorarnos, ya estábamos casi domesticados. Protegíamos a los vampiros durante el día y, a cambio, ellos nos acogían, nos alimentaban, nos vestían y nos encerraban durante las noches de luna llena, cuando nuestras depredaciones incontroladas podían ponernos a todos en peligro.

Suspiró mientras los recuerdos iban abriéndose camino en su interior.

—Fue una era de desconfianza y superstición. Por toda Europa, si alguien era sospechoso de licantropía, se le quemaba vivo, y los aterrados sacerdotes y campesinos clavaban estacas y decapitaban cadáveres inocentes... y otros que no lo eran tanto. Nos vimos obligados a trabajar juntos para sobrevivir, pero ellos se aprovecharon de la situación.

El venenoso rencor regresó a su voz, atizado por una furia inmortal que llevaba siglos existiendo.

—Nuestra unión estaba prohibida. Viktor temía la unión de las dos especies. La temía lo bastante para matar a su propia hija. Quemada viva... por haberme amado.

Para sorpresa de Michael, Lucian se arremangó la camisa. Se apoyó en el ruinoso muro de la vieja estación de metro.

—Esta es su guerra. La de Viktor —dijo Lucian con fulgurante ira—. Ha pasado los últimos seiscientos años exterminando a nuestra especie.

Se clavó la aguja en el brazo y se inyectó la sangre de Michael en las venas.

—Y tu sangre, Michael, va a ponerle fin de una vez.

¿Mi sangre?, pensó Michael, confundido. *Todavía no comprendía aquella parte. ¿Qué tengo de especial?*

Capítulo 28

Unos golpes en la puerta de la enfermería interrumpieron la tensa conversación de Michael y Lucian. El comandante licano le dio la espalda al norteamericano mientras Pierce y Taylor entraban en la reformada estación de metro. Los dos licanos se habían quitado los uniformes y volvían a vestir con sus ropas marrones de costumbre.

—Tenemos compañía —anunció Pierce.

Por supuesto, pensó Lucian. No tenía que preguntar para saber quiénes eran sus invitados. Sólo Kraven y sus sicarios conocían aquella guarida secreta.

Asintió y sacó la aguja de su brazo. Puso un dedo sobre la herida y aplicó presión. Las células de la peculiar sangre de Michael fluían ahora por sus venas; estaba un paso más cerca de la apoteosis que durante tanto tiempo había perseguido. Ahora lo único que necesitaba era la sangre de un Antiguo vampiro para completar el proceso y alcanzar la victoria que llevaba siglos anhelando.

Ahora que estaba tan cerca del triunfo, Kraven y sus matones eran un estorbo desagradable. Kraven debía de haber estropeado las cosas en la mansión si tenía que buscar refugio en la guarida subterránea de los licanos. El muy idiota, pensó Lucian con desdén. Muy pronto no necesitaría más de la engañosa cooperación de Kraven.

Se encaminó a la puerta, impaciente por culminar aquella noche histórica.

—¡Espera! —le gritó Michael mientras Lucian se alejaba parsimoniosamente. A decir verdad, el líder de los licanos casi se había olvidado de él—. ¿Qué hay de Selene? —preguntó el joven, lleno de ansiedad.

¿Esa zorra vampiresa?, recordó Lucian. *¿La que me llenó de plata hace unas pocas noches?*

Perecería con el resto de su despreciable raza.

•••

Los aposentos privados de Lucian, situados en lo más profundo del inframundo, no se parecían nada a las lujosas estancias a las que Kraven estaba acostumbrado. Oscuras y espartanas en grado sumo, reflejaban la obsesiva y sombría naturaleza de su ausente propietario. Las paredes de ladrillos derruidos estaban cubiertas por sencillas estanterías de metal llenas de mapas enrollados y cajas de munición ultravioleta y una fea mesa de acero ocupaba un rincón de la claustrofóbica estancia. Sobre la mesa había desplegado un detallado mapa de Ordoghaz, con sus defensas y su disposición interior, en el que la localización de la cripta de los Antiguos estaba marcada con un círculo rojo. Un cráneo amarillento, con unos inconfundibles colmillos de vampiro, descansaba sobre una estantería. Kraven no pudo evitar preguntarse de quién se

trataría.

Las ventanas, manchadas de grasa, daban a la cavernosa cámara central del bunker, del tamaño de un hangar para aviones. En el exterior había demasiados licanos, al menos para gusto de Kraven, yendo de acá para allá en pasarelas elevadas y vías abandonadas como una hueste de apestosas y subhumanas hormigas obreras. La estruendosa atmósfera de la guarida apestaba a petróleo, deposiciones animales y pis de licano.

Kraven se tapaba la boca y la nariz con un pañuelo de seda, pero no servía de mucho contra aquel tufo. ¿Cómo he llegado a esto?, se preguntó amargamente. Debería estar presidiendo un banquete en un palacio, no escondido bajo la tierra en una madriguera llena de animales asquerosos.

Soldados licanos rodeaban a Kraven y su exigua fuerza de seguridad. Los gruñentes hombres-bestia apuntaban con sus armas a los vampiros mientras esperaban a que a Lucian se le antojara hacer acto de presencia. Kraven confiaba en que ninguno de ellos tuviera un tic en el dedo.

Al cabo de varios minutos tensos, Lucian entró en la cámara. Miró a Kraven y a sus acompañantes con mal disimulada impaciencia.

—¡Creía que teníamos un trato! —lo acusó Kraven. *¡Cómo se atreve este presuntuoso canino a tratarme como a un intruso indeseable!*

—Paciencia, Kraven —repuso Kraven. Su aparente educación ocultaba apenas un tono desdeñoso y burlón. El comandante licano señaló a los hombres de Kraven y se dirigió a los suyos—. Quiero hablar con Lord Kraven a solas. Escoltad al resto de nuestros invitados a la salita.

A Kraven le costaba creer que hubiera algo tan civilizado como una salita de invitados en aquella madriguera funesta y abismal. Sin embargo, asintió para dar su consentimiento. Al fin y al cabo, y aunque que las cosas se le estuvieran yendo rápidamente de las manos, era importante conservar una semblanza de autoridad.

Seiscientos años de planificación, reflexionó con amargura, ¡y todo se va al infierno en las últimas cuarenta y ocho horas!

• • •

A regañadientes, Soren y los demás abandonaron los aposentos de Lucian. Se volvió un instante para dirigir una mirada de enojo a Lord Kraven, pero entonces su amo y el licano desaparecieron de su vista. No le gustaba dejar a Kraven solo, no le gustaba nada de nada.

Una manada de escoria licana los escoltó a punta de pistola por un laberinto de catacumbas idénticas y serpenteantes. Dos de los salvajes subhumanos le resultaban conocidos. Los identificó como Pierce y Taylor. Lamentaba que Raze no estuviera con ellos.

Vampiros y licántropos marchaban en hosco silencio, intercambiando sólo miradas y sonrisas hostiles. El incómodo paseo terminó cerca de lo que parecía otro bunker abandonado, donde el licano del pelo largo, Pierce, exigió que los vampiros les entregaran las armas.

Superados en número y amenazados por varias armas, Soren ordenó a sus hombres que lo hicieran. Fulminó con la mirada a Taylor y Pierce mientras les entregaba su HK P7. Un licano impertinente lo cacheó por si llevaba armas escondidas pero la mirada colérica del vampiro y su actitud intimidante garantizaron que el registro fuera corto y superficial.

Satisfechos, los escoltas licanos se apartaron para dejar que Soren y sus hombres entraran en la cámara indicada.

El inmortal jenízaro enarcó una ceja al ver lo que había dentro. La sala de invitados tenía un aspecto sorprendentemente hospitalario. Una gruesa alfombra roja cubría el suelo de la alargada y estrecha estancia y los bancos que originalmente contenía habían sido arrancados y reemplazados con sillas y sillones acolchados. Gruesas cortinas de damasco cubrían las ventanas, y del techo colgaban lámparas de cristal amarillo que proyectaban una luz dorada sobre ellos. Había hasta una decente mesita de café de madera de arce, llena de revistas usadas. De naturaleza y caza, principalmente, y un poco atrasadas ya.

Si uno entornaba la mirada, casi podía imaginar que estaba otra vez en la mansión.

Casi.

Esto no me gusta, pensó Soren, escamado. ¿Para qué necesitaban los licanos, criaturas que vivían en las alcantarillas, un lugar así? ¿Recibían visitas muy a menudo?

Se volvió hacia la entrada. Pierce esbozó una sonrosa malvada mientras cerraba dando un portazo. Soren escuchó el ruido de unos gruesos cerrojos que se cerraban.

¡Maldición! Corrió gruñendo a la ventana más próxima y arrancó la cortina. Al otro lado había gruesas ventanas de plexiglás reforzadas con brillantes barras de titanio de al menos tres centímetros de grosor. Golpeó con fuerza el plástico irrompible. Sus peores temores se habían confirmado.

Aquello no era una sala de invitados. Era una trampa.

—¡Hijo de puta!

•••

En los aposentos de Lucian, Kraven esperaba que el licano lo tratara con el respeto que se merecía.

En este asunto soy tu aliado, pensó, no una especie de peón que puedes descartar.

Visiblemente impaciente, Lucian inhaló para calmarse antes de dirigirse a Kraven con tono apaciguador.

—El Consejo ha sido destruido. Muy pronto, todo será tuyo. Los dos aquelarres y el tratado de paz con los licanos. —Esbozó una sonrisa de conspirador—. Cuando se repartan los despojos de la victoria, aquellos que se hayan hecho acreedores a mi confianza no serán olvidados.

Las seguridades de Lucian no bastaban para acallar los temores de Kraven.

—¿Y cómo esperas que me haga con el control? —exigió con tono irritado. El plan original, hacerse con el mando de los aquelarres en la confusión que seguiría al asesinato de los Antiguos, estaba hecho trizas—. Ahora que Viktor ha despertado, es imposible derrotarlo. ¡Se hace más fuerte a cada segundo que pasamos aquí hablando!

Esto no pareció preocupar a Lucian.

—Y por eso precisamente necesitaba a Michael Corvin.

Obsequió a Kraven una sonrisa críptica.

•••

La armería.

Había media docena de licanos allí, cargando munición, limpiando armas y preparándose en general para llevar a cabo un asalto total contra la mansión de los vampiros. Hombres y mujeres de mirada resplandeciente, ataviados con ropa raída y monos militares, impacientes por llevar la antigua guerra hasta la puerta de sus enemigos.

El traqueteo repentino de unos disparos electrificó al instante a los soldados del interior del viejo bunker. Instintivamente, llevaron las manos a sus armas. ¿Habían lanzado los cobardes sangrientos un ataque preventivo?

La puerta se abrió de par en par y Pierce y Taylor asomaron la cabeza por la entrada. Los dos llevaban armas semiautomáticas de gran calibre.

—¡Túnel de entrada alfa! —gritó Pierce—. ¡Moveos!

•••

Los aposentos de Lucian.

Kraven y Lucian intercambiaron una mirada de sorpresa mientras el inconfundible ruido de un tiroteo resonaba entre los sinuosos túneles. Por un instante, Kraven temió que Soren y sus hombres hubieran sido ejecutados sumariamente por las fuerzas de Lucian pero no, los disparos parecían venir de otra dirección... y eso que no era nada fácil orientarse en aquella madriguera de ratas.

Al cabo de unos segundos, una explicación aún peor lo golpeó con toda la fuerza

de la certidumbre. ¡Ejecutores!, comprendió mientras empalidecía. Kahn y Selene y el resto de sus asesinos vestidos de cuero. Puede que hasta el propio Viktor.

Su corazón no-muerto se le encogió dentro del pecho.

¡Han venido a por mí!

• • •

La oxidada rejilla de metal estaba justo donde Selene recordaba, pero alguien la había arrancado y arrojado a un lado. Sólo quedaba un negro agujero en el suelo del túnel de drenaje. Se acordaba de que había corrido por su vida en aquel mismo túnel, perseguida por un enfurecido hombre-lobo.

¿De veras sólo habían pasado dos noches desde aquello? Era como si el mundo entero se hubiese dado la vuelta desde entonces. Antes sabía cuál era mi objetivo, donde estaban mis lealtades, se lamentó en silencio. Ahora no estoy tan segura.

Kahn y ella pasaron por encima de los cadáveres de un par de centinelas licanos. Cada uno de ellos tenía una bala de plata alojada en la frente. Los licanos muertos habían defendido la entrada a la guarida subterránea de sus hermanos, pero no durante mucho tiempo. Sin embargo, Selene tenía que asumir que el breve tiroteo había sido oído en las inexploradas catacumbas que se extendían más abajo.

Adiós al elemento sorpresa, pensó.

Kahn levantó la mano e hizo una seña a los Ejecutores que lo seguían. El equipo de asalto, compuesto por otros seis operativos, avanzó y tomó posiciones defensivas alrededor de aquel trecho ya seguro. Las prendas de lustroso cuero negro que llevaban les ayudaban a mezclarse con las sombras que los rodeaban. Sus rifles AK-47, cargados con munición de plata y equipados con miras infrarrojas, estaban preparados para entrar en acción.

Selene prefería sus viejas Berettas. Las mantuvo levantadas y preparadas mientras Kahn se aproximaba cautelosamente al agujero. Se asomó por encima de él y vio que la entrada al túnel estaba cubierta de malla metálica. Aparentemente, los licanos no querían recibir visitas.

Es una lástima, pensó con frialdad. De una manera o de otra, iba a encontrar a Michael.

Kahn cogió una granada de plata de su cinturón y le quitó la anilla. La arrojó en dirección al agujero y Selene contuvo el aliento mientras el explosivo avanzaba dando ruidosos saltitos sobre el suelo de cemento. Dio uno más y desapareció dentro del pozo.

Selene creyó oír algo que se movía allí abajo...

Capítulo 29

Desde abajo se veía que el pozo era el hueco de un viejo ascensor, con escalerillas de acero a ambos lados. Taylor y los demás licanos estaban subiendo por ellas para investigar. En teoría, había dos de camaradas en la boca del pozo, pero Taylor no albergaba muchas esperanzas. De haber sido ellos los que hubieran disparado, ya habrían llamado para pedir refuerzos.

¡Malditos sangrientos! Era muy propio de ellos lanzar un ataque sorpresa justo antes de que el plan maestro de Lucian diera sus frutos. *Están acojonados*, decidió, tratando de ver la situación desde un punto de vista positivo. *Saben que sus días están contados*.

Entonces la granada pasó a su lado.

Sus pequeños y brillantes ojos se abrieron como platos al ver que el explosivo de fragmentación cargado de plata rebotaba en los muros de hormigón y caía con un chapoteo en los charcos de agua mugrienta que había al fondo del pozo.

—¡Oh, mierda! —exclamó Pierce, que apenas estaba unos pocos escalones más arriba.

Como todos los demás licanos que estaban en la escalerilla, Taylor se pegó todo lo que pudo a los escalones, tratando de ofrecer un objetivo lo más pequeño posible.

El destello proveniente del fondo fue seguido un instante después por una detonación que levantó un chorro de barro por todo el pozo junto con una lluvia de metralla de plata al rojo blanco. Los tóxicos fragmentos destrozaron carne licana y ropa e hicieron jirones a Taylor y los demás. Su ropa de cuerpo quedó reducida a sanguinolento confetti. Gritó de agonía, soltó la escalera y cayó.

Taylor chocó con el suelo un segundo antes que Pierce, pero los dos estaban muertos antes de tocar el suelo.

•••

Los aposentos de Lucian.

Una explosión sacudió el estrecho compartimiento. La gruesa mesa de acero se estremeció como un banquillo cojo, mientras las ventanas traqueteaban y los fluorescentes parpadeaban y se apagaban. El cráneo de la estantería, que en el pasado había pertenecido a un Ejecutor especialmente formidable, cayó de su estante y se hizo añicos contra el duro suelo de hormigón.

El rostro aristocrático de Kraven se cubrió de sudor.

—Viktor —murmuró con voz llena de temor, mientras Lucian esbozaba una sonrisa despectiva. El tiroteo y la explosión eran alarmantes, sí, pero Lucian conservó

la calma sin grandes dificultades. Se había visto en apuros mucho más graves en el transcurso de los últimos seiscientos años.

Espero que Viktor esté aquí, pensó. Sus dedos acariciaron el preciado colgante que descansaba sobre su pecho. *Tenemos viejas cuentas que saldar él y yo*. El temible Antiguo era poderoso, pero pronto Lucian sería rival más que digno para él. *Lo único que necesito es la sangre de Amelia*.

Otra explosión sacudió el inframundo. Lucian escuchó el estridente chirrido del metal retorcido proveniente del exterior de sus aposentos y corrió a la ventana. Apretó la cara contra el mugriento cristal.

El compartimiento era contiguo a la enorme cavidad central del propio bunker. Pasarelas, escalerillas y rieles abandonados cubrían las enormes paredes de la colosal excavación como una enredadera metálica oxidada. Los ojos grises de Lucian se entornaron de preocupación al ver que, cerca de la parte superior del enorme bunker, se partía una tubería de grandes dimensiones y empezaba a arrojar un chorro de agua a presión sobre los niveles inferiores del santuario de su pueblo. Un diluvio artificial se abatió sobre el inframundo como una tormenta repentina.

Lucian se mordió el labio. Esto complica las cosas, admitió para sus adentros. Sólo esperaba que la inundación no impidiera regresar a Raze. Necesito la sangre de un Antiguo para alcanzar el próximo nivel de la evolución inmortal.

—¿Hay otra salida? —preguntó Kraven ansiosamente, como una rata preparada para abandonar el barco. El antiguo regente se frotaba las manos mientras recorría la habitación con la mirada, esperando acaso encontrar algún túnel secreto para escapar del bunker.

Lucian le dio la espalda a la ventana. Miró a su supuesto aliado con asco.

—Supongo que nunca se te ocurrió que tal vez tuvieras que sangrar un poco para llevar a cabo tu pequeño golpe de estado.

Sacó una pistola de munición ultravioleta y metió un cargador de brillantes balas. Al verlo, el vampiro se encogió y Lucian le dirigió una mirada amenazante.

—Ni se te ocurra marcharte.

El comandante licano se volvió hacia la puerta. Cuanto antes se reuniese con Raze, antes podría cobrarse una gloriosa venganza sobre Viktor y los parásitos chupasangres.

¡BLAM-BLAM-BLAM! Un impacto estremecedor lo golpeó repetidamente en la espalda. Cayó de bruces al suelo de hormigón, con una ardiente sensación de dolor en la columna vertebral. Plata, comprendió al instante. La atroz agonía resultaba inconfundible. *¡Me han disparado!*

Con gran esfuerzo, levantó la cabeza del suelo y miró atrás. Kraven lo estaba observando, con una humeante pistola de diseño desconocido en la mano. El rastrero vampiro sonreía con satisfacción mientras contemplaba el resultado de su traición.

Pagarás por esto, juró Lucian, una vez que haya expulsado estas malditas balas de mi carne. Cerró los ojos, frunció el ceño y concentró todas sus fuerzas para librarse de la letal plata, tal como había hecho algunas noches antes. El tiempo era esencial. Tenía que expulsarlas antes de que el tóxico metal lo envenenara de manera irrevocable.

Sin embargo, para su asombro y su consternación, el ardiente veneno parecía estar atacando ya sus venas y sus arterias. Confundido, levantó una mano frente a sus ojos. Las venas superficiales que recorrían el dorso estaban hinchándose y perdiendo el color por segundos. Una tracería de color gris oscuro se extendía desde la muñeca a las yemas de los dedos, palpitando por debajo de la piel.

¿Qué funesta invención es ésta?, pensó con los ojos llenos de horror. Un gemido agónico escapó de sus labios.

—Nitrato de plata —le explicó Kraven. Se adelantó un paso y le arrebató la pistola al licano de la mano paralizada—. Apuesto algo a que no te lo esperabas.

• • •

La armería.

Más licanos entraron en tropel en el abarrotado bunker y empezaron a coger rifles y munición de los armeros de las paredes. Otros, que desdeñaban los modos de lucha de los humanos, se arrancaron la ropa para acelerar el Cambio. Brotaron garras de los dedos extendidos. Crecieron colmillos largos y afilados como cuchillos en hocicos alargados. La piel desnuda, con una tonalidad entre azulada y grisácea, se cubrió de negro y tupido pelaje. Morros arrugados olisquearon el aire. Resbaló espuma de fauces voraces.

Soldados armados hasta los dientes, hombro con hombro con peludas bestias bípedas. Las imprecaciones compitieron con los gruñidos caninos mientras la manada acudía a defender su guarida.

La batalla final había empezado.

• • •

La prisión.

Soren caminaba arriba y abajo de la falsa «sala de visita». Tenía los puños apretados a ambos lados del cuerpo, los inconfundibles sonidos de la batalla les llegaban desde el exterior. Estar atrapados dentro de aquella jaula de oro, lejos de la lucha, lo enfurecía.

En el exterior sonaron más gritos y disparos. Frustrados, sus hombres se volvieron hacia él en busca de una solución. Sus oscuros ojos escudriñaron el interior de la camuflada prisión y se posaron sobre una tubería vertical de cromo de unos

cinco centímetros de diámetro. Eso tendrá que servir, decidió.

Agarró la tubería con ambas manos y trató de arrancarla. Era más sólida de lo que pensaba, lo que resultaba mejor para sus propósitos. Tensó los músculos y por fin logró arrancarla a la altura de la base. Le dio una vuelta y a continuación la apuntó hacia la puerta como si fuera un ariete.

• • •

Varios licanos armados avanzaban sigilosamente por el pasillo de acceso lleno de basura que conducía a la entrada forzada. El pegajoso suelo estaba manchado con la sangre y los restos de sus camaradas asesinados. Todavía quedaban fragmentos de letal metralla de plata clavados en las paredes de ladrillo que los rodeaban.

Más hombres-lobo transformados por completo, llegados desde las madrigueras y las cámaras de descanso situadas un piso más abajo, se unieron a ellos. Sus cabezas monstruosas y enormes y sus orejas puntiagudas rozaban el techo manchado de hollín y sus enormes zarpas dejaban huellas dignas del Sasquatch en medio de la sangre y las vísceras. Las bestias tenían el vello erizado y sus negros y gomosos labios estaban retraídos y mostraban a la luz los serrados y amarillentos colmillos. Crueles ojos de color cobalto brillaban en la oscuridad.

Los licanos y hombres-lobo se acercaron con cautela al arco de piedra que conducía al túnel de entrada. Por todas partes podían verse espantosas evidencias de la devastadora explosión, en los ladrillos destrozados y en los residuos mezclados de sus compañeros de manada caídos. Ascendía humo por el matadero que era el hueco del ascensor y los olores intensos de la pólvora y los explosivos ofendían los aguzados olfatos de los hombres-lobo y hacían que les fuera más difícil localizar a sus presas. Un tenue sonido metálico llegó desde arriba y las bestias giraron sus orejas hacia allí.

¡Demasiado tarde! Desde lo alto del hueco del ascensor manchado de sangre se desató una lluvia de fuego y plata y los lobos y licanos se vieron obligados a retroceder.

Desafiando a la gravedad, Selene y los demás Ejecutores se dejaron caer en la columna de humo como ángeles de la muerte vestidos de cuero. Brillantes destellos blancos se encendieron en los cañones de sus armas automáticas mientras abatían la primera línea de defensores licanos. Las clamorosas detonaciones de las armas ahogaron los gritos y chillidos de hombres-lobo y licanos. Cuerpos humanos y no-humanos cayeron al suelo del túnel para sumarse a la espantosa aglomeración de barro, sangre y cadáveres reventados que abarrotaba el corredor.

Aunque cogidos por sorpresa, los licanos supervivientes se apresuraron a reagruparse y llevaron la batalla a terreno del enemigo. Se desató un infierno cuando los defensores empezaron a devolver el fuego. La plata al rojo vivo y las balas

ultravioletas se cruzaban en medio del humo que separaba a los atacantes vampiros y los defensores licanos.

Selene apretaba con impaciencia el gatillo de sus dos Berettas. Vacío por completo el cargador de una de ellas y la arrojó a un lado. Aquello estaba durando demasiado. Los licanos estaban oponiendo demasiada resistencia. No tenía tiempo para eso.

Tenía que encontrar a Michael.

• • •

La prisión.

Un fuerte sonido metálico reverberó por toda la celda cuando Soren golpeó la cerradura de la puerta con la barra de acero que había arrancado. La puerta se estremeció y los goznes reventaron. Cayó ni suelo del derruido pasillo de túneles que había al otro lado con un ruido sordo.

Soren fue el primero en salir, seguido rápidamente por el resto de equipo de seguridad. Su manos ansiaban el contacto de la P 7 que le habían arrebatado. Se sentía desnudo sin un arma en la mano.

Un fornido licano cuya camiseta lucía el grasiento residuo de una comida interrumpida, atraído sin duda por su ruidosa fuga de la celda, dobló la esquina y cargó contra ellos. Tenía un cuchillo de carnicero en una mano y una estaca de madera en la otra.

Soren empuñó la barra de metal como un bate de béisbol y golpeó al licano en el estómago. Las costillas se partieron con un gratificante crujido y el salvaje cayó al suelo, donde Soren le propinó varios golpes más en el cráneo, sólo para asegurarse.

Hubiera preferido que fuera Raze, admitió con el ceño fruncido. Pero ese salvaje asqueroso tendría que bastar por el momento.

Cuando estuvo bien seguro de que el pulverizado licano no iba a poder levantarse de nuevo, Soren se apartó un paso de él, le arrancó la estaca y el cuchillo y se los entregó a dos de sus hombres. Por desgracia, el licano no parecía llevar encima nada más contundente.

Muy bien, pensó. Sopesó su ensangrentado garrote. Él no necesitaba balas para matar licanos.

Sus ojos entornados registraron los sombríos túneles, tratando de recordar el camino de regreso a los aposentos de Lucian, donde había quedado Kraven con el traicionero líder de los licanos. *Y, por cierto, ¿por qué tenían esos asquerosos animales que vivir en un laberinto como aquél?*

Por ahí, decidió al cabo de un instante. Se volvió hacia los demás vampiros.

—¡Vamos, moveos!

Empuñando la tubería como si fuera un garrote, se alejó con sus hombres de la

prisión.

• • •

Raze sujetaba con las dos manos la gran jeringuilla de cristal que contenía la sangre de la Antigua, mientras corría en busca de Lucian. Estaba claro que su guarida estaba siendo atacada, pero si conseguía encontrarlo a tiempo, el elixir escarlata de la jeringuilla, combinado con la sangre del mortal que Lucian se había inyectado ya, daría sin duda la victoria a la manada.

A esos arrogantes sangrientos les espera una buena sorpresa, se dijo mientras esbozaba una sonrisa lupina. Muy pronto Lucian sería invencible.

Llegó a los aposentos de Lucian al cabo de pocos minutos. Entró en la habitación sin llamar y con gran sorpresa por su parte se encontró con una figura que conocía tendida inmóvil en medio de un charco de sangre sobre el mugriento suelo de hormigón. Un colgante metálico brillaba alrededor del cuello del caído.

—¡Lucian! —El lugarteniente licano no daba crédito a sus ojos. Su comandante supremo estaba tirado de bruces en un charco de sangre. En la espalda de su guardapolvos marrón había varias heridas de bala ensangrentadas que supuraban un peculiar fluido metálico. Estaba meridianamente claro cómo había encontrado su fin el legendario inmortal.

¡Esos asquerosos sangrientos nos han traicionado!, se dijo para sus adentros, lleno de furia. Y al acabar con Lucian, habían acabado también con su última esperanza de vencer a los odiados vampiros. La desesperación y la sed de sangre forcejearon por el control del salvaje corazón del licano. *¡Nunca deberíamos haber confiado en esas sanguijuelas de sangre fría!*

Unos pasos rápidos se aproximaban desde fuera. Raze apartó su mirada asesina del cadáver martirizado de Lucian y vio que Soren —¡Soren!— y sus hombres corrían por la cámara principal del bunker. Parecían perdidos. Una cascada de agua estaba cayendo desde una tubería rota que había en lo alto.

Raze se estremeció de furia, incapaz de contenerse. Por lo que él sabía, el detestable guardaespaldas de Kraven podía haber disparado las balas que habían acabado con la vida del que probablemente fuera el mayor licántropo de todos los tiempos. La jeringuilla llena de sangre cayó de su mano temblorosa y se hizo añicos sobre el suelo de cemento. Ni siquiera se percató de ello mientras se arrojaba como un maníaco contra la ventana y los vampiros que había al otro lado.

El cristal estalló hacia fuera y Raze cayó sobre Soren y le arrancó una barra de hierro de la mano. Rodaron gruñendo sobre el suelo irregular y empapado del bunker antes de separarse y ponerse en pie de un salto, a pocos metros el uno del otro.

Los hombres de Soren se adelantaron pero éste los contuvo con un gesto y esbozó una sonrisa sanguinaria. Llevaba tanto tiempo como Raze esperando esta batalla. Se

quitó la chaqueta de cuero, debajo de la cual llevaba un par de látigos de plata enrollados con fuerza alrededor del torso. Tras dirigir una sonrisa despectiva a su némesis licana, desenrolló ambos látigos en sendos movimientos fluidos.

• • •

La enfermería.

Los gruñidos, disparos, gritos y explosiones estaban crispando los nervios de Michael mientras seguía intentando liberarse desesperadamente. Estaba solo en el asqueroso laboratorio mientras en el exterior de la sala, en alguna parte de la reconvertida estación de metro, tenía lugar lo que parecía una guerra a gran escala.

¡Tengo que salir de aquí!, pensó. Estaba aterrorizado. Sus venas se hincharon como cables de acero mientras trataba de romper las esposas que lo mantenían prisionero. Los fríos bordes metálicos de las esposas se le clavaron en las muñecas y pareció que le iban a cortar la circulación pero a pesar de ello no cejó en su empeño. Cualquier cosa era preferible a estar maniatado en medio de una zona de guerra, incapaz de defenderse.

En el fondo de su mente, un aullido escalofriante estaba alzándose de nuevo. Fuera lo que fuese lo que le habían inyectado los «policías», su efecto se estaba disipando. A pesar de encontrarse Dios sabe cuántos metros bajo tierra, Michael sentía de alguna manera cómo ascendía la luna en el distante cielo, llena y brillante sobre la ciudad que se extendía a su alrededor. Su celestial influencia penetró a través de gruesas capas de piedra y hormigón para desencadenar algo oscuro y primordial en el interior del alma de Michael. Se le puso la piel de gallina y hasta el último pelo de su cuerpo pareció ponerse firmes. Su corazón empezó a latir salvajemente y sus venas se llenaron de adrenalina y sangre renovada. *Un intento más*, pensó con testarudez, mientras tensaba casi al límite sus temblorosos músculos.

¡SNAP! La cadena que unía las dos esposas se partió y sus brazos quedaron libres. Acababa de partir una cadena de metal sólida...

—¡La hostia puta! —susurró.

Capítulo 30

Con los látigos de plata en las manos, Soren se sentía como pez en el agua. Igual que en los viejos tiempos, cuando había servido en las tierras de Viktor en los Cárpatos, antes de que los malditos licanos se rebelasen.

Es hora de recordar a estos mestizos insolentes cuál es su lugar.

—¡Marchaos! —ordenó bruscamente a sus hombres—. Seguid buscando a Lord Kraven. —En medio del encharcado suelo de la sala principal del bunker, se volvió hacia aquel bárbaro negro, Raze. Caía agua desde arriba y la vasta excavación estaba inundándose poco a poco—. No os preocupéis —aseguró a los demás vampiros mientras se alejaban por los túneles—. No tardaré mucho.

Casi al unísono, los dos látigos restallaron y se cobraron la primera sangre. Sendas laceraciones se abrieron en las mejillas de Raze. El gruñente licano se llevó una mano a la cara y se manchó los dedos de rojo.

Soren sonrió. Era una suerte que los guardias de Lucian hubieran pasado por alto los látigos. La próxima vez tendrían que cachearlo con más cuidado... si es que había una próxima vez.

Unos ojos negros y furiosos contemplaron a Soren con odio y entonces, de repente, cambiaron de color y cobraron una brillante tonalidad azulada. Un rugido sordo empezó a formarse en el amplio pecho de Raze y su timbre fue cobrando gravedad rápidamente. El hueso y el cartílago crujieron mientras el cráneo afeitado del licano empezaba a extenderse y deformarse.

A pesar de su confianza diamantina en su superioridad, Soren sintió una leve punzada de temor al ver cómo se transformaba su adversario licano delante mismo de sus ojos.

•••

Los aposentos de Lucian.

Nuevas explosiones sacudieron el inframundo y Lucian despertó a pesar de que el nitrato de plata lo estaba matando. Su cuerpo aparentemente sin vida se retorció sobre el suelo y lentamente obligó a sus ojos a abrirse.

Gimiendo de miseria, se incorporó hasta quedarse sentado y se apoyó en una dura pared de ladrillos. Su sombrío atuendo estaba empapado con su propia sangre y notaba el sabor de la letal plata en la lengua hinchada. Instintivamente, alargó la mano hacia el colgante de Sonja y descubrió con alivio que todavía lo llevaba alrededor del cuello.

Estaba muriéndose, comprendió, pero todavía no había muerto.

• • •

Los dormitorios de los licanos eran tan repulsivos como Kraven había imaginado. El suelo estaba cubierto de asquerosos jergones, entre los que se veían huesos roídos y botellas medio vacías de vino y cerveza. Revistas pornográficas de excepcional dureza y montones de ropa sucia contribuían a crear la atmósfera de miseria reinante. El tufo hediondo del lugar era caso insoportable.

En aquel momento todos los jergones estaban vacíos, puesto que hasta el último de los licanos había acudido a defender el santuario, de modo que Kraven tenía la sucia cámara para él solo. Buscó a su alrededor una salida o algo que se le pareciera, una vía para escapar de la catástrofe en la que su vida eterna se había convertido.

De repente oyó unos pasos en el pasillo y se quedó helado de terror. No sabía a quién temía más, si a los rapaces licanos o a los Ejecutores que habían invadido el bunker. Tal vez fuera preferible ser devorado por una horda de hombres-lobo carnívoros que afrontar a Viktor y su inimaginable ira.

Al menos ya no tengo que preocuparme por Lucian, se consoló. Se alegraba de haber llenado de nitrato de plata al líder licano. En cierto modo era perversamente apropiado: después de años atribuyéndose falsamente la muerte de Lucian, al final había terminado por acabar con el legendario monstruo. *¡Ahora que no es mentira, resulta que es demasiado tarde para mí!*

Los pasos pertenecían a un pelotón de soldados licano que se dirigía hacia la puerta. Kraven se refugió entre las sombras de la sórdida madriguera para no ser visto.

Tiene que haber algún modo de escapar de esta calamidad, pensó. Contuvo el aliento mientras escuchaba los gruñidos de los licanos. Un sudor frío le pegaba la camisa de seda a la piel. *¡He vivido demasiado tiempo y demasiado bien como para morir en una alcantarilla dejada de la mano de Dios!*

• • •

Hasta el momento, la tenacidad de los licanos no había sido rival para la experiencia de los Ejecutores. Selene y Kahn habían avanzado por el abarrotado corredor de acceso como una implacable máquina de matar y sus enemigos habían caído o habían huido delante de ellos. Selene disparaba sus Berettas a discreción contra cualquier aparición que se atreviera a enseñar un colmillo o una garra.

Una vaciedad insoportable la afligía. Para esto había vivido siempre, de modo que, ¿por qué de repente se sentía tan vacía? Matar licanos por docenas no le reportaba ningún placer, no mientras Michael seguía perdido y en peligro de muerte.

Viktor quiere que mate a Michael, recordó. Y Kahn y los demás me ayudarían a hacerlo con mucho gusto.

Las explosiones habían abierto un más que notable agujero en la vieja pared de ladrillos. Selene se detuvo un momento para echar un vistazo y vio al otro lado una vasta cámara central del tamaño de un estadio de fútbol. ¿Un bunker abandonado de los tiempos de la guerra?, se preguntó. La enorme excavación parecía lo bastante grande para contener un pequeño ejército de licanos.

Las parpadeantes luces fluorescentes iluminaban el interior de la abandonada estación de metro que se encontraba en el perímetro de la cámara central. Sus ojos se abrieron al ver una figura esbelta y de cabello castaño al otro lado de una ventana, tratando de arrancarse unas ataduras. Reconoció al prisionero al instante.

¡Michael!

•••

Kahn lideró el ataque por el estigio corredor, después de una intersección aparentemente vacía. Sus ojos y oídos expertos estaban muy alerta al peligro. Hasta el momento, el ataque estaba yendo como la seda pero no quería correr ningún riesgo. La naturaleza oscura y estrecha de la guarida subterránea de los licanos la convertía en el lugar perfecto para emboscadas y ataques por sorpresa. Tenían que ser extremadamente cuidadosos —y tener mucha suerte— para no perder ningún Ejecutor en aquella operación.

Sin embargo, no les había quedado otra alternativa que el ataque. El asombroso asesinato de Amelia y de su Consejo entero demandaba una venganza inmediata, en especial si se confirmaba que el infame Lucian seguía con vida y estaba maquinando contra el aquelarre. Capturar a Kraven y llevar al fugitivo regente ante la justicia era también una de sus prioridades.

La fría sangre de Kahn le hervía con sólo pensar en la traición de Kraven. Y pensar que antaño había sido un Ejecutor... *¡Nunca en espíritu!*, se dijo Kahn al recordar aquellos tiempos. Y ahora parecía que la mayor de las hazañas de Kraven como guerrero —la muerte de Lucian— no había sido más que una patraña. *Tendría que haberme dado cuenta*, pensó. Se avergonzaba de no haber reparado antes en la traición de Kraven. *Selene trató de advertirme*.

Al menos, la testaruda Ejecutora había sido exonerada de toda culpa. Kahn no tenía la menor duda de que Selene demostraría su lealtad eliminando a ese tal Michael que tanto preocupaba a Viktor. Había luchado a su lado en muchas batallas. Su compromiso con la guerra era incuestionable.

Hubo un suave crujido en la oscuridad, a su espalda, y se volvió para asegurarse de que Selene seguía allí. Para su sorpresa, no era así.

—¿Selene?

Se volvió a tiempo de ver cómo desaparecía la cola de su gabardina negra detrás de un recodo, encaminándose hacia sólo los Antiguos sabían dónde.

—¡Selene!

•••

La grieta en el muro era demasiado estrecha así que Selene se había visto obligada a buscar otra ruta para llegar hasta Michael. Corrió por un túnel lleno de barro, con la Beretta delante de sí. Caía agua sucia por las paredes cubiertas de moho. Las telarañas se pegaban a ella como dedos de pegajosas yemas y dificultaban su avance.

A su espalda crujieron los ladrillos y la argamasa. Se volvió y vio aparecer a dos enfurecidos licántropos desde detrás de una arcada que se había desplomado. Las gigantescas bestias aullaron al verla e inmediatamente se le echaron encima saltando de una pared a otra y enseñando los colmillos, ansiosos por destrozarla. Caía baba de las comisuras de sus fauces.

Selene echó a correr y disparó hacia atrás. La detonación resonó ruidosamente en el sombrío corredor y el primero de los licántropos cayó al suelo. Su corpachón hirsuto rodó sobre el suelo, arrojando barro y trozos de ladrillo en todas direcciones. Salía humo de los agujeros teñidos de plata de su pelaje. El olor de la carne quemada llenó el túnel.

Uno menos, pensó Selene sin detenerse siquiera un segundo. Sus pulmones absorbieron el aire polucionado mientras corría a toda velocidad por el túnel. Rezó para que Lucian no le hubiera arrebatado ya a Michael hasta la última gota de su preciosa sangre.

No muy lejos de ella, el segundo hombre-lobo atravesó el acre humo que salía siseando del cuerpo de su agonizante compañero. Sus poderosas patas traseras lo impulsaban a saltos.

Selene notaba prácticamente el cálido aliento de la bestia en la nuca. Dobló un recodo en la dirección aproximaba en la que se encontraba Michael, y se arriesgó a lanzar una mirada atrás. ¡Mierda! El hombre-lobo le pisaba todavía los talones chapoteando sobre los grasientos charcos como un auténtico cancerbero.

Volvió la mirada hacia delante para ver adonde se dirigía... y otro hombre-lobo apareció de repente frente a ella. Un aullido inhumano asaltó sus oídos mientras unas garras monstruosas trataban de alcanzarla.

Décadas de experiencia en el campo de batalla tomaron el control y Selene dio un gran salto que la llevó casi hasta el techo abovedado del macabro túnel. Describió un gran arco sobre el gigantesco hombre-lobo disparando sin cesar mientras daba vueltas sobre sí misma con elegancia.

La plata destrozó el cráneo de la bestia y cayó muerta un segundo antes de que las botas de Selene se clavaran en un charco a poco menos de un metro de su cuerpo. Con un movimiento perfeccionado por la experiencia, sacó un cargador vacío de la Beretta y lo sustituyó con uno nuevo.

Dos eliminados, falta uno. Se volvió con letal velocidad y abrió fuego sobre el hombre-lobo que se le acercaba. El cañón de la Beretta escupió fuego al rojo blanco mientras el monstruo saltaba sobre el cadáver de su compañero. El pecho hirsuto de la criatura se llenó de flores escarlata.

El hombre-lobo cayó al suelo con estrépito y se estremeció espasmódicamente a menos de veinte pasos de ella. Las afiladas garras se estremecieron de manera salvaje y las fauces furiosas se cerraron sobre el aire. La espuma que brotaba de las fauces de la criatura cobró una tonalidad carmesí pero a pesar de ello la criatura se negó a morir.

Selene se le acercó con calma y le metió dos balazos en el cráneo.

Tres eliminados.

• • •

Asustado, centímetro a centímetro, Kraven se iba acercando al túnel vertical que conectaba los búnkeres con el sistema de Metro de la ciudad. A juzgar por los cadáveres masacrados de licanos y hombres-lobo que abarrotaban el corredor de acceso, Kahn y sus Ejecutores ya se habían abierto camino a la fuerza por allí, de modo que era poco probable que topara con ellos mientras salía del inframundo.

O eso esperaba.

Los agujeros de bala y la metralla de plata ofrecían muda evidencia de la lucha que había visto aquel pasillo. La mezcolanza de sangre y miembros iba en aumento cuanto más se acercaba Kraven al abandonado hueco del ascensor. Al cabo de un rato estaba metido en sangre hasta las rodillas, avanzando penosamente por entre los grotescos residuos dejados a su paso por los Ejecutores.

Pocos hubieran podido reconocer ahora al antaño esplendoroso regente de Ordoghaz. Su ropa de marca rezumaba sudor, barro y sangre, y tenía los rizos byronescos desordenados y pegados al cráneo. Los anillos de brillantes refulgían en sus manos temblorosas, testimonios facetados de la profundidad de su caída. Llevaba el arma robada de nitrato de plata en la mano sudorosa.

Selene pagará esta afrenta, se juró con una expresión de odio en el rostro mientras llegaba al fondo del hueco del ascensor. Había varios cuerpos licanos, incluidos dos a los que reconoció como Pierce y Taylor, hechos pedazos bajo las escalerillas. La muerte brutal de tantos y tan viles licanos no contribuyó demasiado a apaciguar el sentimiento de justa indignación de Kraven. *Pagarán por ello, Kahn y Viktor y todos los demás. Igual que Lucian.*

Tras guardar el arma en su bolsillo, Kraven empezó a trepar por la oxidada escalerilla metálica. Ahora que la salvación estaba tan cerca, su mente empezó a maquinarse su próximo movimiento. Desde el metro, se dijo, podría llegar en autobús al Aeropuerto Ferihegy, donde tenía varias posibilidades de escape (era mejor evitar

la estación de tren, donde los agentes de Kahn estarían investigando la muerte de Amelia). Por lo que se refiere al destino, convenía abandonar Europa oriental y puede que el continente entero. Asia, quizá, o Sudamérica. *Una vez que esté a salvo en una fortaleza impenetrable, se dijo, podré empezar a reconstruir mi poder. Si sobrevive al baño de sangre de esta noche, Soren podría ayudarme, o puede que esa criada idiota de la mansión...*

Mano sobre mano, llegó a la boca del hueco del ascensor. Asomó cautelosamente la cabeza por encima del borde y su rostro se puso tan pálido como el de un espectro.

A poca distancia, caminando ominosamente hacia la entrada, se encontraba el propio Viktor. El poderoso Antiguo, recobrada al fin toda su fuerza, llevaba los atavíos y paramentos de un monarca medieval, incluida una gran espada de dos manos. Una túnica roja y oscura de brocado, con un diseño intrincado parecido al de una telaraña, cubría la forma regia de Viktor. Su medallón sagrado descansaba sobre el pecho expuesto y un par de dagas de plata adornaban su cinturón. Salía de las sombras del decrepito túnel de drenaje como si estuviera emergiendo triunfante de las distantes tinieblas de la historia.

Tres Ejecutores, ataviados con trajes de cuero de factura moderna, marchaban tras él, pero Kraven apenas reparó en la presencia de los superfluos guerreros. Viktor se bastaba por sí solo para llenar su corazón de terror.

Se mordió el labio para no gritar. Soltó la escalera y cayó en picado más de veinte metros. Aterrizó con un ruido húmedo sobre la sangre y el barro que había debajo. Sólo el montón putrefacto de licanos muertos que había al fondo del túnel frenó su caída. Se levantó rápidamente y corrió en dirección contraria a la entrada, pero entonces resbaló en las abundantes sangre y vísceras. Su pie se deslizó hacia un lado y cayó de espaldas en el nauseabundo montón de carnicería.

Apenas una noche antes había estado bebiendo sangre deliciosa y refrescante del pecho desnudo de una vampiresa preciosa. Ahora se encontraba tirado en el suelo de una alcantarilla apestosa, empapado con la impía sangre y la porquería de unos animales masacrados y subhumanos. ¿Podía haber algo más injusto?

Pero no había tiempo para reflexionar sobre la engorrosa ignominia de su caída. Viktor se estaba acercando, espada en mano y Kraven sabía que tenía que escapar. Después de arrastrarse por el barro a cuatro patas, se puso trabajosamente en pie. Su ropa, que estaba literalmente empapada de una repulsiva mezcla de sangre y barro, resultaba una enorme carga mientras se alejaba con paso tembloroso del agujero y se adentraba en la ruina del adyacente corredor.

Selene pagará por esto, se prometió una vez más. ¡Y también su amante licano!

• • •

Los aposentos de Lucian.

Hasta el último músculo de su cuerpo protestó cuando Lucian se puso trabajosamente en pie. La cabeza le daba vueltas y se apoyó en una pared mientras esperaba a que remitiera el vértigo. Podía sentir cómo lo estaba quemando desde dentro la plata líquida.

Preparado para afrontar lo peor, levantó el brazo delante de su cara. Las distendidas venas palpitaban y se retorcían como gusanos debajo de su piel. Se estremeció de agonía mientras su mano se convertía en una garra artrítica. En el fondo de su corazón, sabía que era demasiado tarde. Ya ni siquiera la sangre de Amelia podría salvarlo.

Pronto se reuniría con su amada Sonja para toda la eternidad.

—Aún... no —gruñó. Apretando los dientes para contener el dolor, se apartó de la pared. La oscuridad se abatió sobre su visión pero se negó a perder el conocimiento. Lentamente, un trabajoso paso tras otro, salió tambaleándose de la sombría cámara.

Su fin estaba próximo, pero antes tenía que hacer algo importante: matar a Kraven.

• • •

La enfermería.

No bastaba con partir las esposas. Michael tenía todavía que librarse de las gruesas tiras de nylon que lo mantenían atado a la mesa. Recurriendo a todo el atávico potencial que la distante luna había despertado en su interior, tiró con todas sus fuerzas y al fin varias de las tiras cedieron y su mano derecha quedó libre.

¡Esto está mejor!, pensó Michael, entusiasmado por su victoria. *Puede que logre escapar de esta casa de locos.*

Un crujido metálico interrumpió su momento de triunfo. En la puerta trasera del laboratorio, más allá de la cortina de plástico transparente, la puerta se abrió con lentitud. Unos pasos pesados, no muy diferentes a los que había oído en el techo de su apartamento dos noches atrás, resonaron en el suelo de la mal iluminada estación. Una forma monstruosa, medio oculta su silueta semihumana por la cortina, entró en la enfermería.

El temor embargó a Michael. A pesar de todo lo que le había ocurrido las últimas noches, todavía no había puesto los ojos sobre un hombre-lobo de verdad. Ahora, según parecía, la suerte estaba a punto de agotársele.

El intruso de pesadilla avanzó husmeando el tenue olor medicinal del improvisado laboratorio. Michael podía oír su respiración. Unas garras que no veía arañaban ruidosamente el suelo. Un almizclado olor animal llenaba su nariz y su garganta.

El aterrorizado americano se sobrepuso a la parálisis que el miedo le había

provocado y trató de quitarse las tiras de nylon restantes antes de que lo que quiera que hubiera al otro lado de la mugrienta cortina llegara allí.

No tenía la menor oportunidad.

Con un rugido aterrador, el hombre-lobo se alzó detrás de la cortina y levantó unas garras como escalpelos por encima de su cabeza. Michael calculó que debía de medir más de dos metros y medio. *Si un hombre-lobo se come a otro hombre-lobo, se preguntó de manera absurda, ¿cuenta eso como canibalismo?*

La criatura se abalanzó sobre él. Michael se encogió, preparado para sentir en sus carnes las garras y dientes feroces, pero en ese momento sonó una atronadora ráfaga de disparos que llenó la mugrienta cortina de sangre de hombre-lobo. Se puso tenso. La bestia cayó sobre la cortina plástica y se desplomó a escasos centímetros de Michael, que levantó la mirada y se encontró con Selene a pocos metros de distancia, con una humeante pistola en la mano.

¡Hablando de una visión bienvenida!

Sin perder un segundo, la Ejecutora se adelantó corriendo, le puso la bota al hombre-lobo en el cuello y le partió las vértebras. La criatura muerta se convulsionó en un acto reflejo antes de que Selene; metódicamente, le descerrajara tres tiros más en el cráneo.

—Hay que sacarte de aquí —dijo a Michael, antes de que éste tuviera tiempo de cerrar la boca—. Viktor está de camino y no estará satisfecho hasta que el último de los licanos esté muerto.

Michael se encogió al escuchar aquellas palabras tensas. Le resultaba extraño que se refirieran a él como un licano. Su mirada se dirigió involuntariamente hacia el cadáver monstruoso que se desangraba en el suelo. *¡Por favor, no me digas que soy uno de esos!*

Aunque todavía estaba confundido, comprendía lo bastante de aquella guerra demente para poder apreciar lo que Selene estaba haciendo por él.

—También te matarán a ti —susurró—. Sólo por haberme ayudado.

—Lo sé —dijo ella mientras le arrancaba las últimas ataduras. Las gruesas tiras de nylon sucumbieron a su fuerza y Michael quedó libre por fin. Sus piernas bajaron de la mesa, se apoyaron en el suelo, y se encontró de pie frente a Selene, contemplando sus inescrutables ojos castaños. Alargó los brazos hacia ella y se fundieron en un abrazo apasionado.

Sus labios se encontraron y, durante un precioso instante, escaparon a la locura y el baño de sangre que los rodeaba. Se besaron con voracidad y Michael se sintió vivo de una manera que le faltaba desde la muerte de Samantha. Casi merecía la pena haber recibido el mordisco de un hombre-lobo, pensó lleno de pasión, para poder experimentar aquel beso y a aquella mujer.

Me da igual que sea una vampiresa...

Sonaron nuevos disparos en el exterior de la enfermería y Selene se apartó a regañadientes de él. Ambos sabían que el sanguinario conflicto no los dejaría a solas mucho más tiempo. Una guerra ancestral se estaba precipitando hacia su genocida conclusión, a menos que alguien hiciera algo para impedirlo.

—Sé por qué ha empezado esta guerra —le dijo Michael.

Capítulo 31

Viktor y el escuadrón de Ejecutores escogidos que lo acompañaban avanzaban con aire casi de desfile y sin encontrar resistencia alguna por aquellos túneles marcados por la guerra. Los cuerpos de los soldados licanos exterminados se extendían por todas partes como pétalos de rosa.

Kahn y Selene se han portado bien, pensó el Antiguo, complacido. Tenía la seguridad de que el pelotón de Ejecutores podía limpiar aquel nido de ratas sin su ayuda, pero le agradaba volver a estar en batalla al cabo de un siglo pasado bajo tierra. Confiaba en que Selene y los demás hubiesen dejado algunos rezagados para él, para poder divertirse antes de que le llegara el momento de hacer caer todo el peso de la justicia sobre Lucian y el traidor, Kraven.

Esto, por encima de todo lo demás, era lo que lo había sacado de las comodidades de Ordoghaz y lo había llevado a aquella madriguera abominable e infestada de ratas en la que vivían los licanos. A decir verdad, le había complacido enterarse de que Lucian seguía con vida porque eso significaba que volvía a tener al deplorable seductor que le había arrebatado a Sonja a su merced.

He esperado seis siglos, pensaba, para castigar a Lucian por mancillar a mi hija y comenzar esta guerra abominable, pero esta noche nadie me arrebatará mi venganza.

También estaba impaciente por ver cómo se redimía Selene eliminando la amenaza que representaba Michael Corvin. Había sido como una hija para él desde que le concediera la inmortalidad y no creía posible que lo traicionara por un absurdo enamoramiento.

La conozco lo bastante bien como para saber que no lo hará, pensó. *De hecho, yo la creé.*

...

¿Dónde demonios estás, Selene?, se preguntaba Kahn mientras conducía al resto del equipo de asalto al interior de la guarida del enemigo. No era propio de Selene abandonar a sus camaradas en medio de una misión. *Aquí está pasando algo que no entiendo*, se dijo.

Con el rifle preparado, avanzaba paso a paso por otro corredor idéntico a todos los demás. Habían pasado varios minutos desde la última vez que los licanos presentaran resistencia seria pero Kahn no estaba dispuesto a bajar la guardia mientras quedara un solo licano capaz de respirar.

Por centésima vez desde que descendieran a aquel inframundo, lamentó no haber

tenido tiempo para preparar más cartuchos de nitrato de plata antes del ataque. Los demás y él no contaban más que con las balas de plata de acción lenta de toda la vida mientras que, según parecía, el traidor de Kraven había robado el único prototipo funcional de la nueva arma de nitrato de plata.

Una razón más para hacerlo rodajas cuando lo cojamos, pensó Kraven con afán vengativo. Un empalamiento lento en una estaca de madera sería un castigo demasiado misericordioso para él.

Un tenue sonido metálico atrajo su atención y le hizo una señal con la mano a los comandos que lo seguían. Los Ejecutores se detuvieron al instante mientras Kahn examinaba con mirada suspicaz el desolado pasillo que se extendía delante de ellos.

Alzó un poco más el cañón de su arma y dio un paso al frente. Algo pequeño e insustancial cayó al suelo justo al lado de su bota y levantó la mirada en busca de su origen. Sus ojos, acostumbrados ahora a la oscuridad de los túneles, vieron que caía polvo y trocitos de yeso del techo.

—¡Cuidado! —gritó—. ¡No estamos solos!

Pero su advertencia llegó tarde. Con un rugido atronador, un asesino hombre-lobo atravesó la pared de ladrillos. Kahn se volvió hacia el monstruo que los atacaba pero antes de que pudiera disparar, un segundo hombre-lobo cayó del techo ruinoso en medio de una nube de polvo y escombros.

Atrapado entre las frenéticas criaturas, Kahn no tuvo ni un segundo para reaccionar antes de que los las garras de los licántropos se hundieran en él y desgarraran el cuero y la carne no-muerta como si fuera papel higiénico. Los demás Ejecutores observaron, boquiabiertos de terror, cómo era destrozado su comandante delante de sus mismos ojos y entonces abrieron fuego sobre la víctima y sus verdugos. Lo último que Kahn oyó, antes de que su vida inmortal llegara a un fin violento, fue el rugido de las armas automáticas que estaban destrozando a los hombres-lobo bajo una lluvia de plata letal.

Una elegía apropiada.

• • •

Kraven avanzaba sigilosamente por el oscuro laberinto subterráneo como una rata atrapada y aterrorizada. No le importaba dónde se estuviera dirigiendo, siempre que fuera lejos de Viktor. Una parodia ensangrentada de su habitual elegancia, aferraba la pistola de nitrato de plata como si le fuera la vida en ello, aunque sabía que contra el enfurecido Antiguo no le serviría de mucho. Ni siquiera estaba seguro de que la munición ultravioleta bastara para detener a Viktor ahora que el todopoderoso inmortal había recuperado su antigua fuerza.

Y no quería averiguarlo.

Las entrañas y vísceras despedían sonidos chapoteantes bajo sus pies mientras

avanzaba lentamente por una catacumba estrecha que parecía haber sido escenario de lo peor de la carnicería. La mezcla dispar de sangre, putrefacción y pólvora formaba un hedor repulsivo que inundaba la densa atmósfera. Kraven se preguntó vagamente quién habría ganado la batalla, ¿los Ejecutores o los licanos?

Qué más da, pensó con tristeza. Los dos bandos me quieren muerto.

Se volvió con nerviosismo para mirar atrás y escudriñó las sombras en busca del destello de la poderosa espada de Viktor. Al cabo de unos instantes, volvió a mirar hacia delante. El corazón no-muerto le dio un vuelco al atisbar de repente a un hombre-lobo encorvado a pocos centímetros delante de él.

Kraven tragó saliva. Tenía la boca seca como la tiza. Por los dioses, casi se había dado de bruces con aquel monstruo infernal.

La bestia estaba de espaldas a Kraven y parecía estar atareada consumiendo la carne de un Ejecutor caído. Los cuerpos de otros dos hombres-lobo yacían sobre el suelo y sus cadáveres peludos tenían las marcas de las botas de un grupo de vampiros o licanos que había pasado sobre ellos en retirada. Grotescos crujidos y sonidos de succión emanaban de las fauces babosas del ensimismado monstruo mientras se daba un banquete entusiasta con los restos de uno de los antiguos camaradas inmortales de Kraven.

¿A quién estaría devorando con tanta voracidad? Kraven no iba a quedarse allí a esperar la oportunidad de echar un vistazo a la cara del vampiro muerto. Conteniendo el aliento, empezó a retroceder lo más lenta y silenciosamente posible. Confiaba en que la glotona bestia estuviera demasiado ensimismada en su banquete como para reparar en su llegada... y su abrupta desaparición.

Sin embargo, a pesar del sigilo con que se estaba alejando el vampiro, algún sonido u olor atrajo la atención del hombre-lobo. Levantó la colosal cabeza del torso mordisqueado de su almuerzo y giró las peludas orejas en dirección a Kraven. Un segundo más tarde, se volvió a cuatro patas y husmeó con mucha atención el túnel.

Kraven ya no estaba a la vista. Su musculoso cuerpo estaba escondido en un nicho oscuro más pequeño que el menor de los lavabos de la mansión. Se pegó todo lo que pudo a las paredes mohosas y resbaladizas, tratando de volverse infinitamente más pequeño y fundirse con las sombras. Por desgracia, a diferencia de lo que ocurría con los coloridos vampiros de la ficción, no podía convertirse en un murciélago y escapar volando.

Se quedó allí, empapado de sudor y con la mano metida en la boca para no sollozar en voz alta, hasta que el hambriento animal reanudó su horripilante banquete. El sonido de los huesos que crujían y los órganos que explotaban siguió a Kraven mientras se alejaba de la horripilante escena de la carnicería.

• • •

La cámara principal.

Soren retrocedió involuntariamente mientras Raze completaba su obscena metamorfosis. El musculoso licano negro ya no parecía ni remotamente humano; en su lugar, un hombre-lobo completamente transformado se erguía frente a Soren sobre el suelo cubierto de barro del olvidado bunker. Llovía agua helada sobre ellos y se movían chapoteando en círculos entre grasientos e iridiscentes charcos, trabados en una danza letal de garras, colmillos y látigos de plata.

Eso es, animal, lo desafió Soren en silencio. *¡Trata de superar mis látigos!* Se sentía como un domador de leones manteniendo a raya a un rebelde carnívoro. Con un látigo en cada mano, hacía restallar la plata en el espacio que lo separaba de Raze. Las dos armas estaban manchadas de brillante sangre de licano. *Acabemos con esto de una vez y para siempre.*

Sendas marcas lívidas pintaban de color rojo el hocico de Raze, allí donde los látigos de Soren lo habían alcanzado. La ropa del licano estaba a sus pies, hecha jirones, reemplazada por un pelaje erizado y áspero de color negro. Los ojos azul cobalto observaban a Soren con furiosa determinación. Un gruñido sordo brotaba de las profundidades del amplio pecho del hombre-lobo.

Soren decidió tomar la ofensiva y volvió a atacar con los látigos. Los cables de plata atravesaron la lluvia pero, en lugar de apartarse de ellos con miedo, el herido licántropo alargó las dos manos y agarró un látigo en cada zarpa. Empezó a brotar humo de sus pezuñas mientras la cáustica plata le quemaba las almohadillas coriáceas, pero a pesar de ello aguantó el tiempo suficiente para arrancárselos a Soren de las manos.

¡Por el Infierno! El moreno vampiro se encontró de repente con las manos vacías. En un gesto instintivo trató de desenfundar la pistola pero al instante recordó que los suspicaces licanos se la habían confiscado antes.

Estoy acabado, comprendió, pero que me aspen si demuestro temor delante de un babeante chucho.

—¡Vamos, capullo! —desafió a Raze.

Rugiendo como una manada entera de licántropos, el hombre-lobo se abalanzó sobre Soren con demoníaca velocidad. Chocó contra el vampiro con la fuerza de un tren bala y lo derribó sobre un charco profundo de agua turbia. Soren trató de resistirse con todas sus fuerzas y los dos inmortales forcejearon violentamente en el barro. El vampiro clavó los dedos en el hirsuto cuello de la bestia, tratando de mantener las fauces de Raze alejadas de su garganta pero las gruesas zarpas del hombre-lobo le hundieron la cabeza y los hombros bajo la superficie del charco. El vampiro tragó agua y se atragantó y soltó sin darse cuenta el cuello del monstruo.

El hocico lupino de Raze se precipitó sobre el charco, como un ave de presa lanzándose contra un banco de peces, y las turbulentas aguas cobraron una brillante

tonalidad rojiza mientras sus poderosas mandíbulas se cerraban sobre el cráneo centenario de Soren.

El fiel jenízaro no tuvo siquiera tiempo de preguntarse cómo le habría ido a Lord Kraven sin él.

• • •

Solazado por la fuerza y velocidad de su cuerpo lupino, Raze saboreó con deleite el cerebro de Soren. El salvaje júbilo de la matanza complacía a la bestia en que Raze se había convertido y levantó el hocico manchado de sangre de la masa carmesí mientras sus ojos y sus oídos buscaban ávidamente nuevas presas.

Sus bestiales plegarias fueron respondidas por la aparición, al otro lado de un agujero en un muro, de cuatro Ejecutores más que avanzaban por el pasillo, dirigidos nada más y nada menos que por el mismísimo Viktor. Sus aguzados sentidos percibieron que el Antiguo venía ataviado con las arcaicas vestimentas y los dorados adornos de una era anterior pero el transformado licántropo sentía menos interés por los antiguos ropajes de Viktor que por la carne y la sangre sabrosas que había debajo de ellos.

Soren no había sido más que un aperitivo. Raze quería más.

Con los colmillos al descubierto, atravesó el muro para arrojarse sobre los desprevenidos sanguinarios. Primero atacó a Viktor, impaciente por desgarrar su garganta inmortal con sus dientes. Luego haría trizas a los demás vampiros, al igual que había acabado con Soren y con aquel Ejecutor en los túneles del metro hacía dos noches.

La vida era muy hermosa...

Pero, sin apenas despeinarse, Viktor alargó el brazo y cogió a Raze por la garganta. Sin el menor esfuerzo levantó al sorprendido licántropo con una mano y lo apartó de sí mientras Raze se estremecía y convulsionaba tratando de escapar y lanzaba inútiles dentelladas que sólo mordían el aire vacío. Atacó con las garras el brazo extendido que lo sostenía en vilo pero sus afiladas uñas no tuvieron ningún efecto sobre el impasible Antiguo: unos ojos fríos y cristalinos lo examinaron con guardado divertimento.

¿Qué demonios eres tú? El cerebro animal de Raze trataba desesperadamente de comprender. Aquello era imposible. Él nunca había temido a un vampiro.

Hasta ahora.

• • •

¡CRAK!

Viktor le partió el cuello al monstruo con un movimiento de muñeca y a

continuación dejó caer al suelo su cadáver animal y lo apartó de una patada sin demasiado entusiasmo.

Interesante, se dijo con calma. Había pasado más de un siglo desde la última vez que matara a un licano con las manos desnudas. Le complacía descubrir que aún disfrutaba de la experiencia. *Algunas cosas no cambian nunca, según parece.*

Un coro de gritos furiosos perturbó sus nostálgicos pensamientos. Un cuarteto de aullantes licanos, vestidos con ropas modernas, dobló la esquina y cargó contra Viktor y sus acompañantes. Sus rostros mugrientos estaban contraídos de rabia y blandían sus pistolas y rifles con furia salvaje.

—¡Soltad las armas! —gritó con tono beligerante un espécimen particularmente sucio mientras apuntaba a Viktor con un arma de aspecto futurista—. ¡Estáis rodeados!

Quieren tomarme como rehén, comprendió Viktor. Una fina sonrisa dividió sus austeras facciones. *Qué divertido.*

Se movió con preternatural rapidez, tanta que no pareció moverse en realidad. Tras desenvainar su espada de dos filos en un único movimiento fluido, avanzó sobre los sorprendidos licanos y los hizo pedazos antes de que tuvieran tiempo de disparar una sola vez sus superfluas armas modernas. Después de un instante los cuatro insurgentes yacían hechos pedazos sobre el mugriento suelo de hormigón.

Completada su sencilla tarea, Viktor bajó la espada. El resucitado Antiguo ni siquiera respiraba entrecortadamente y su pulso no se había acelerado un ápice durante la breve e injusta lucha. Volvió la mirada hacia su séquito de Ejecutores y descubrió que los más jóvenes lo estaban mirando con los ojos abiertos como platos. Parecían avergonzados por haberse portado de manera tan torpe.

Estaba claro que había pasado demasiado tiempo desde la última vez que aquellos Ejecutores vieran a un Antiguo en acción. Viktor esperaba que su nivel de eficiencia no hubiera bajado demasiado durante su larga hibernación. *Otro lapso del que Kraven tendrá que responder, decidió, una vez que lo hayamos encontrado.*

Tras pasar sobre los cuerpos sajados de los cuatro licanos y el del licántropo muerto, se adentró en la guarida del enemigo. Había perdido demasiado tiempo con aquellos insignificantes altercados. Tenía cosas más importantes de que ocuparse, ahora y siempre.

Capítulo 32

Cogidos de la mano, Michael y Selene corrían por la telaraña de entrelazados túneles. Al otro lado de las agrietadas y sucias ventanas asistían de forma intermitente al brutal conflicto que estaba enfrentando en el bunker a vampiros, hombres-lobo y licanos humanos. Los disparos puntuaban los gritos, maldiciones y gruñidos estridentes que los rodeaban. El aire hedía a sangre, muerte y pólvora.

Esto es increíble, pensó Michael, espantado por la magnitud de la carnicería. Su mente no podía pensar en otra cosa mientras avanzaban en su sinuoso recorrido por el inframundo, a pesar de que cada vez que doblaba una esquina se encontraba con nuevas evidencias de que todo era cierto. ¡Es como una versión transilvana del Día-D!

Salieron de la parte trasera de un refugio y se encontraron en la base de una escalerilla metálica que llevaba a los pisos superiores de aquel vasto complejo subterráneo. Había un vampiro vestido de cuero en el fondo del hueco de las escaleras, con el cuerpo ennegrecido y quemado por una bala ultravioleta. Los calcinados restos eran casi irreconocibles.

—Uno de los hombres de Soren —dijo Selene sin ninguna simpatía. Se inclinó y le quitó una pistola semiautomática de entre los dedos. La amartilló y una enorme bala del calibre.50 se colocó en posición—. Bien. Está cargada.

Puso el arma, que al menos pesaba dos kilos, en la mano de Michael. Éste la miró con incredulidad. Su peso le resultaba extraño en la mano. Apenas unos días atrás, jamás había tenido un arma en la mano y mucho menos había pensado en utilizarla contra otro ser vivo. *Soy médico*, objeto su cerebro en silencio. *Debería estar haciendo de médico, no de soldado*.

Pero aparentemente, si Selene y él querían salir con vida de aquel espantoso baño de sangre, no había alternativa. Y Michael se dio cuenta de que por encima de todo quería seguir con vida, con licantropía o sin ella, aunque sólo fuera para explorar aquel amor insólito y nuevo que había encontrado junto a Selene.

Subieron con cautela las escaleras hasta llegar a un arco situado unos cinco metros por encima del piso principal del bunker. Continuaba cayendo agua helada del techo. Michael esperaba que no tuvieran que sumergirse en ella.

Selene, que iba la primera, entró con calma en la cámara oscura que se abría al otro lado del arco. Un rugido cacofónico dio la bienvenida a los oídos de Michael y un hombre-lobo emergió de la oscuridad. Sus garras afiladas como cuchillos cayeron sobre Selene y la desgarraron desde el hombro hasta el muslo izquierdo.

La Ejecutora chilló de dolor y cayó de rodillas. Su arma salió despedida y se perdió escaleras abajo con un sonoro repiqueteo metálico. Actuando por instinto,

Michael disparó su propia pistola contra el monstruo que los estaba atacando, quien lanzó un aullido agudo cuando las balas de plata hicieron blanco en su pecho. Manó sangre del pelaje oscuro y el herido licántropo se estremeció violentamente. Los destellos de los disparos crearon un efecto estroboscópico mientras la criatura sufría los estertores finales de la agonía.

Cuando al fin el licántropo se desplomó sin vida sobre el suelo, Michael se sentía como si llevara una eternidad disparando. Una vez convencido de que la criatura estaba realmente muerta, se arrodilló junto a Selene y examinó el estado de sus heridas. Selene, con la piel marfileña muy tensa sobre las elegantes facciones, se tragó el dolor y trató de restarle importancia.

—Me pondré bien —insistió.

Los rojizos cortes hubieran bastado para provocar una conmoción a un humano normal. Michael esperaba que Selene supiera de lo que estaba hablando.

—No es la primera vez que oigo algo así —dijo con voz seca. Si no recordaba mal, había dicho algo muy parecido antes de perder el conocimiento sobre el volante del Jaguar y precipitarse contra el Danubio. *Confiemos en que esta vez nos vaya un poco mejor*, pensó.

Selene sonrió y le cogió la mano. Con la máxima suavidad posible, Michael la ayudó a ponerse en pie y se alejaron a trancas y barrancas del cadáver del hombre-lobo. A pesar de sus esfuerzos, Selene se tambaleaba a ojos vista, pero a falta de una alternativa mejor siguieron adelante. Michael se preguntaba si se atrevería a llevarla a urgencias si lograban llegar hasta la superficie.

Supongo que una transfusión inmediata sería la mejor prescripción, se dijo. *¿Cómo se iba a tratar a un vampiro si no era con una transfusión importante de sangre fresca? Cortesía de sus buenos amigos de Ziodex, sin duda.*

—Vamos —murmuró ella con voz débil—. Por aquí.

Una puerta de hierro oxidada conducía a lo que parecía ser una sala de generadores todavía funcional. Había un voluminoso generador diesel encendido, de más de un metro de altura y tres metros de longitud, al otro lado del vacío y utilitario compartimiento. Michael supuso que era allí donde los licanos obtenían la potencia para las escasas luces de su guarida. Las paredes de la sala habían conocido mejores tiempos. Había grietas por las que podía verse la cámara principal del bunker, donde la lluvia seguía cayendo sobre el suelo, cinco metros más abajo.

Irónicamente, la sala de generadores sólo estaba iluminada con una bombilla con un simple casquillo que colgaba del techo. Al principio Michael no supo si habían llegado o no a un callejón si salida. Asomó la cabeza para buscar otra salida y se encontró cara a cara con una aparición de aspecto vengativo y cubierta de la cabeza a los pies de polvo y sangre.

¿Quién...?, se preguntó.

¡Kraven!

Selene se quedó estupefacta.

El regente traidor tenía un aspecto de mil demonios y su traje antaño elegante estaba literalmente recubierto de barro y sangre. Los ojos de Selene se abrieron como platos al ver que empuñaba la pistola robada de nitrato de plata en la mano derecha.

Trató de arrebatársela el arma pero estaba demasiado débil. Antes de que pudiera advertir a Michael o incluso tratar de razonar con Kraven, éste levantó la pistola experimental y disparó a bocajarro contra el pecho de Michael.

¡Blam-blam-blam! Michael cayó de espaldas al suelo, con tres agujeros sanguinolentos en la camiseta. Al instante empezó a convulsionarse como respuesta a la plata líquida que empezaba a correr por sus venas. Unos temblores volcánicos sacudieron su cuerpo y una mueca de angustia desfiguró su rostro. Sus labios se mancharon de una baba sanguinolenta y espumosa que sugería que además del envenenamiento por plata estaba sufriendo varias lesiones internas.

Con lágrimas en los ojos castaños, Selene se dejó caer a su lado. Sus propias y graves heridas quedaron olvidadas mientras contemplaba llena de horror cómo se hinchaban las venas de sus mejillas y su frente. El norteamericano emitió un gemido mientras el veneno de Kraven empezaba a extenderse de forma implacable por todo su cuerpo.

Durante un instante conmovedor, logró mirar los ojos apesadumbrados de ella, y entonces los suyos, ensangrentados, giraron en sus cavidades y quedaron en blanco. Sus músculos cedieron y se deslizó en la inconsciencia. Parecía estar al borde de la muerte.

¡No!, pensó Selene, pasto de la desesperación. *No puedes morir ahora. Ahora que por fin te he encontrado, no.* Su única esperanza de amor y felicidad iba a morir con Michael. ¡Nunca había sabido lo que le faltaba a mi vida hasta ahora!

¿Quién hubiera podido esperar que la muerte inminente de un licano pudiera afectarla de tal manera? *A pesar de mi supuesta inmortalidad, comprendió con amargura, no he estado realmente viva desde que murió mi familia, hace más de un siglo. No he sido más que los mortales creen que somos, una muerta viviente.*

Su evidente pesar enfureció a Kraven, quien la agarró por el hombro herido y trató de obligarla a incorporarse.

—¡Ya basta! —gruñó, asqueado—. ¡Tú te vienes conmigo!

Selene no podía creer que Kraven creyera aún que le pertenecía.

—¡Nunca! —respondió. Sólo la humeante pistola que tenía en la mano, junto al hecho de que había perdido la suya en las escaleras, impidió que lo matara allí mismo a pesar de sus heridas—. Sólo espero vivir lo suficiente para poder ver cómo te ahoga Viktor lentamente hasta la muerte.

El odio brilló en los ojos de Kraven.

—Ya me lo imagino, pero permite que te diga algo sobre tu amado y oscuro padre. Fue él quien mató a tu familia, no los licanos.

¿*Qué?* Selene no había creído que su vida y sus creencias pudieran ser convulsionadas aún más, pero se equivocada. La asombrosa declaración de Kraven la golpeó como un rayo de letal luz de sol. Por delante de sus recuerdos pasaron imágenes de su familia masacrada —su madre, su padre, su hermana y sus primas— como destellos de una pesadilla interminable. Volvió a ver el cráneo abierto de su padre y la ensangrentada masa cerebral del interior.

¿*Viktor?*, pensó, sin dar crédito. ¿*Viktor fue el responsable?*

—Él no respetaba sus propias leyes —prosiguió Kraven. Su sonrisa se ensanchó, como si su dolor fuera una fuente de gran deleite para él—. Nada de sangre de ganado para él, no. Él quería algo más estimulante. —Se encogió de hombros, como queriendo decir que aquellas atrocidades no significaban nada para él—. Yo limpiaba lo que él dejaba, guardaba sus secretos.

¡*No!*, pensó Selene con desesperación. *No puede ser verdad.* Quería arrancarse los oídos, poner coto a las horrendas acusaciones de Kraven pero de alguna manera, en el fondo de su corazón, sabía que estaba diciendo la verdad. La espantosa constatación rompió sobre ella como la primera ola de un maremoto. ¿*Cómo he podido estar tan ciega, ser tan ingenua?*

—Fue él quien marchó de habitación a habitación, acabando con todos tus seres queridos. Pero cuando llegó a tu lado, fue incapaz de beber tu sangre como había hecho con los demás. Le recordabas demasiado a su hija perdida, Sonja, la preciosa hija a la que había condenado a muerte.

Selene asintió y reprimió un sollozo. *Fue como un segundo padre para mí, admitió, y durante todos estos años nunca sospeché de él una sola vez. Llevo más de un siglo matando licanos por un crimen que nunca cometieron.*

Se sentía completamente perdida y derrotada.

Pero Kraven no había terminado aún con ella. Volvió a tirar de su hombro, tratando de obligarla a ponerse en pie.

—Y ahora vamos. Tu sitio está a mi lado.

Mi sitio está con Michael, decidió ella. Levantó una mirada llena de odio al repulsivo regente cubierto de sangre. No hacían falta palabras para expresar la totalidad de su desprecio.

—Que sea así —dijo Kraven. Por fin había abandonado sus obscenas ilusiones. Apretó el cañón de la pistola de nitrato de plata contra la frente de Selene.

¡*Hazlo!*, lo desafió ella. Su mirada desdeñosa no vaciló un solo instante. Ahora que Michael estaba agonizando, no le quedaba nada por lo que vivir.

Kraven asintió con aire sombrío. Su dedo se movió en el gatillo.

Una mano ensangrentada lo sujetó por la muñeca. Selene y Kraven se sobresaltaron a un tiempo. El regente bajó la mirada y vio que la mano marchita de Lucian le atenazaba el brazo.

El legendario guerrero licano tenía mucho peor aspecto que la otra vez que Selene lo viera, durante su breve encuentro en el apartamento de Michael. Su rostro barbudo estaba ceniciento y varias venas hinchadas y palpitantes y de color gris oscuro lo recorrían de un lado a otro... como le ocurría a Michael. Su respiración abandonaba con dificultades su pecho y se arrastraba penosamente a cuatro patas, sacudido por violentos temblores. Selene comprendió al instante que Michael no había sido la primera víctima del arma de plata líquida.

La carcajada presuntuosa de Kraven confirmó sus temores. Contempló con una sonrisa despectiva la lamentable condición de Lucian y asistió con deleite a sus últimos y agónicos momentos. Parecía que finalmente había logrado acabar con el infame licántropo.

Pero Lucian tenía todavía un as escondido en la manga... literalmente. Mordiéndose los labios, hizo acopio de sus escasas fuerzas y levantó una mirada llena de odio hacia Kraven. Entonces, una cuchilla negra accionada por un resorte salió de su manga y se clavó en la pierna del vampiro.

Un dolor fantasmal afligió el hombro de Selene al recordar cómo le había atravesado la carne aquella misma hoja. Esperaba que la cruel hoja doliera a Kraven tanto como le había dolido a ella.

Kraven se desplomó aullando de agonía. Mientras caía, la hoja se revolvió en su herida y se partió por la mitad. Otro espasmo de dolor recorrió el cuerpo convulso del regente vampiro.

Al mirar por encima del cuerpo caído de Kraven, los ojos de Selene se encontraron con los de Lucian. La mirada del agonizante licano pasó de Selene a Michael y volvió a ella. Una expresión de extrema nostalgia se dibujó en el rostro del temible guerrero y Selene se preguntó si habría oído lo que se había dicho durante los últimos minutos.

Su propia mirada se vio atraída irremisiblemente hacia el colgante que Lucian llevaba alrededor del cuello. El pendiente de Sonja. Ahora que había oído la historia sabía lo que era. Michael se la había contado apresuradamente mientras salían de la enfermería. Lucian y Sonja. También ellos habían desafiado los deseos draconianos de Viktor para amarse el uno al otro a pesar del abismo que separaba a sus dos razas y habían pagado un precio terrible por su pasión, igual que Michael y ella estaban haciendo.

¿Era Lucian consciente de que la historia se estaba repitiendo?

Puede que sí.

—Muérdelo —dijo con voz áspera.

Al principio, ella no comprendió a qué se refería. Entonces recordó lo que el científico licano al que habían capturado les había explicado.

—Medio licano y medio vampiro, pero más fuerte que ambos.

¿Podía ser cierto? ¿Había todavía esperanza? En teoría, la sangre de Michael poseía la asombrosa capacidad de absorber tanto los atributos de los licanos como los de los vampiros pero, ¿estaba dispuesta a arriesgarse a envenenarlo todavía más basándose en la palabra de un científico loco licano? Su rostro se contrajo de incertidumbre y lanzó una mirada a Lucian, quien imploró con urgencia:

—Hazlo... es la única manera de salvarle la vida.

Una sonrisa agri dulce se dibujó en los rasgos doloridos de Lucian al ver que Selene asentía y se volvía hacia Michael. Apenas a unos centímetros de distancia, tirado igualmente sobre el mugriento suelo de cemento, Kraven se encogió con fuerza mientras extraía la hoja rota de Lucian de su pierna. Sus ojos llenos de dolor parpadearon con sorpresa al ver que Selene dirigía los colmillos hacia el cuello desnudo de Michael.

Rendida a un profundo anhelo que no se había atrevido a reconocer antes, ni siquiera a sí misma, Selene abrió la boca y hundió los dientes en la garganta de Michael.

¡Sí!, pensó, extasiada. ¡Al fin!

• • •

—¿Qué demonios estás haciendo? —le gritó Kraven. La cólera horrorizada de su voz fue música para los oídos de Lucian.

—Puede que me hayas matado, primo —se burló Lucian de él con sus últimas fuerzas—, pero pesar de ello se ha hecho mi voluntad.

Ojalá Viktor pudiera estar aquí para compartir también este momento, pensó. Completada al fin su guerra, se dejó ir. Podía sentir que el nitrato de plata estaba terminando de hacer su funesto trabajo. El corazón le ardía como si fuera pasto de las llamas. Finos zarcillos de humo amarillento salían de su nariz y sus labios mientras sus órganos internos se incendiaban.

Ha llegado la hora, mi amor, pensó, en paz a pesar del ardiente dolor que lo estaba consumiendo. Con el ojo de su mente, podía ver el rostro radiante de la incandescente princesa vampírica que le había robado el corazón hacía siglos. Ya no tienes que seguir esperándome. Volveremos a estar juntos.

No contento con dejar que Lucian muriera envenenado, Kraven recogió la pistola de nitrato de plata del lugar en el que había caído y apuntó a Lucian con ella.

¡Blam!

Lucian, campeón de los licanos, estaba muerto. Esta vez sin duda.

La sangre caliente de Michael bajaba por su garganta. Aun teñida de nitrato de plata, que era completamente inocuo para ella, su sabor inflamó sus sentidos. Apretó los labios contra su yugular con mucha fuerza mientras su lengua lamía el líquido carmesí que brotaba de su cuello. Hundió sus colmillos lo más profundamente posible y tuvo que luchar para contener la tentación de beberse hasta la última gota de sangre de su cuerpo.

¡Por el Ancestro!, se maravillo. Por fin comprendía lo que significaba ser un vampiro. *¡Nunca pensé que pudiera ser así!*

Tenía que recordarse que la idea no era dejar seco a Michael sino infectarlo con la variante vampírica de la mutación original. A regañadientes, sacó los colmillos y lo miró con ansiedad. *¿Había sido bastante?* No estaba segura. Nunca había intentado cambiar a un mortal y mucho menos a un licano. *¿Lo he salvado o he acelerado su muerte?*

Antes de que tuviera ocasión de comprobarlo, una mano poderosa la agarró por el cuello y la apartó de Michael. Un segundo más tarde, esa misma mano la arrojó con fuerza contra el generador. Chocó con el voluminoso mecanismo metálico antes de caer al suelo. El continuado rumor de la maquinaria se vio secundado por el repentino palpar de sus oídos.

—¿Dónde está? —exigió Viktor—. ¿Dónde está Kraven?

El Antiguo estaba sobre ella, ataviado con el atuendo majestuoso de un señor de la guerra del Medioevo. Una enorme espada colgaba de su cinto y lo acompañaban tres guardaespaldas no-muertos que se habían colocado en la entrada.

Condicionada para obedecer a Viktor a pesar de todo lo que acababa de oír, Selene registró el cuarto con la mirada en busca de Kraven, pero el escurridizo ex-regente no estaba a la vista. Sólo quedaba un fragmento roto de la hoja de Lucian donde Kraven había estado unos momentos atrás. *¡Maldito sea!*, pensó Selene con furia. Debía de haber escapado mientras ella mordía a Michael. *¡Ese bastardo mentiroso tiene más vidas que un gato!*

Los ojos inmisericordes de Viktor también estaban escudriñando la sala. Su expresión saturnina se ensombreció al comprobar que Kraven había desaparecido. Con el ceño fruncido, dirigió su atención a Michael. El moribundo norteamericano seguía tendido en el suelo, impotente, con los ojos en blanco. Las heridas de su pecho supuraban nitrato de plata y sus miembros se convulsionaban de manera espasmódica. La marca del beso de Selene despedía un fulgor húmedo sobre la garganta del hombre.

Viktor miró la herida durante largo rato. Entonces se volvió y clavó la mirada en Selene. Una expresión de completa decepción arrugó sus labios patricios. Su mirada entristecida evidenciaba con claridad meridiana que creía que había vuelto a fallarle.

—Muy bien —dijo con voz apesadumbrada—. Lo haré yo mismo.

Dio un paso hacia Michael, con un letal brillo reptiliano en la mirada. Perdido en su batalla privada contra la plata que estaba extendiéndose por su organismo, Michael no hizo ningún esfuerzo por salvarse. De hecho, ni siquiera era consciente del peligro.

—¡No! —gritó Selene. Se interpuso de un salto entre los dos pero el poderoso Antiguo la apartó de sí con un golpe hercúleo que la lanzó contra la pared opuesta. Se golpeó la cabeza contra los ladrillos y su cabeza empezó a sangrar. Aturdida, se desplomó.

Siseando como una serpiente, Viktor cogió a Michael por la garganta y lo levantó en vilo con una sola mano. Con los colmillos al descubierto, el Antiguo golpeó salvajemente a Michael contra la pared de ladrillo que separaba el cuarto del generador de la sala principal. Se oyó un crujido de huesos y ladrillos destrozados mientras, de un solo movimiento, Viktor arrojaba contra el muro a Michael y éste lo atravesaba haciendo un agujero que daba al inundado bunker.

Horrorizada, Selene vio cómo caía Michael junto con una avalancha de hormigón destrozado al suelo de la cámara central, varios metros más abajo. Oyó un chapoteo... y un golpe sordo acompañado por un crujido de huesos.

Viktor sonrió y se limpió las manos, como si hubiera terminado con una tarea sumamente desagradable. Se volvió de nuevo hacia Selene, con los ojos llenos de odio. La estupefacta vampiresa se encogió al ver que se acercaba a ella. Lo miró con odio, profundamente herida, como una niña inocente a la que acaba de pegar un padre borracho. Viktor se detuvo, abatido por la expresión consternada de su rostro y los ríos de sangre que resbalaban por sus mejillas. Sus facciones se ablandaron y la furia abandonó poco a poco su cara.

—Perdóname, chiquilla —murmuró. Alargó la mano con la intención de acariciarle la frente con suavidad, pero ella se apartó.

Selene recordó todo lo que había aprendido allí en el inframundo. Le devolvió una mirada desafiante.

—¡No fueron los licanos! —lo acusó—. ¡Fuiste tú!

Capítulo 33

Aunque estaba casi en coma, Michael sintió el tremendo impacto de su caída contra el suelo del bunker. Sus exhaustos pulmones se quedaron sin aliento y su cuerpo entero se vio recorrido por una sacudida casi eléctrica. Casi sumergido en un charco grasiento, lanzó una mirada semiinconsciente a su alrededor, mientras una nueva oleada de temblores cataclísmicos sacudía su cuerpo.

Su sangre burbujeaba y fermentaba en sus venas y arterias. Los huesos rotos se retorcían y sacudían como si estuvieran poseídos por demonios. Una sensación pulsante de enorme intensidad discurría desde las doloridas marcas de colmillos de su cuello hasta las profundidades de su cuerpo roto. El lobo herido que había dentro de su cerebro aullaba más fuerte que las explosiones y disparos que resonaban por las interminables cavernas artificiales. Sintió que el Cambio empezaba.

Y sin embargo, en medio de aquel tumulto, pudo oír la voz de Selene que gritaba algo desde las alturas.

—¡No fueron los licanos! —le dijo a un adversario desconocido, puede que el mismo que acababa de arrojarlo contra el sólido muro de ladrillos—. ¡Fuiste tú!

A pesar del dolor y el trauma de su transformación, el alma de Michael respondió a la voz de la mujer. Su acosada consciencia, perdida en el primario corazón de la oscuridad, reptó penosamente hacia la luz.

¡Selene!

Los párpados se abrieron lentamente. Unos ojos inhumanos despidieron un fulgor azul cobalto.

• • •

—¡Todo esto es culpa tuya! —acusó a Viktor.

Por vez primera desde hacía eras, una mirada de incomodidad, puede que hasta de culpa, se aposentó en las facciones del Antiguo. Se volvió hacia los Ejecutores que lo escoltaban.

—¡Dejadnos!

Los obedientes vampiros salieron sin rechistar y cerraron la puerta tras de sí. Selene se encontró a solas con su inmortal señor.

Se puso de pie y lo miró sin miedo. Michael había desaparecido, arrojado a una muerte segura delante de sus mismos ojos, así que, ¿qué podía temer?

—¿Qué vas a hacer? —lo desafió con voz cascada—. ¿Matarme, igual que mataste a mi familia? —Los siglos de odio dirigido a un objetivo equivocado teñían su voz de un estruendoso fervor—. ¿Cómo pudiste llevarme contigo después de haber

matado a mi familia?

Viktor dio un paso al frente con una luz de simpatía en los ojos.

—Sí, te he quitado mucho —confesó—. Te he herido. Pero te he dado mucho más. ¿No es un trato justo por el don que te concedí? ¿El don de la inmortalidad?

La sorpresa que le produjo su confusión rompió sobre ella como una amarga marejada.

—¿Y la vida de tu hija? —le espetó—. ¿De tu propia carne y tu propia sangre?

Sus palabras golpearon a Viktor con más fuerza que las garras de un hombre-lobo. El pesar hizo más profundas las sombrías arrugas de su rostro y se volvió hacia el cadáver de Lucian, tendido todavía sobre el suelo. El Antiguo se inclinó sobre su antiguo adversario y le quitó el colgante de la mano.

Selene casi sintió lástima por él.

• • •

El Cambio volvió a hacer presa de Michael, igual que había ocurrido en el coche patrulla hacía pocas horas. Su cuerpo se retorció y se contorsionó en una serie de paroxismos que redujeron sus empapadas ropas a jirones. Los huesos fracturados volvieron a soldarse formando configuraciones nuevas. Los músculos y la piel se expandieron y su masa y densidad aumentaron a velocidad sobrehumana. Un lustroso pelo negro brotó en la piel pulsante de Michael mientras los colmillos crecían en sus encías. Salieron garras afiladas de las yemas de sus dedos y sin darse cuenta de ello empezó a arañar el suelo de roca que había bajo el charco. Su columna se estiró y retorció. Sintió que su cuerpo entero adoptaba la forma de un animal. El aullido de su bestia interior ahogó el mundo.

• • •

Viktor se levantó con lentitud junto al cuerpo del licano muerto. Lanzó una mirada al brillante colgante que descansaba en la palma de su mano. Antiquísimos remordimientos, enterrados desde hacía siglos, salieron a la superficie de sus ojos y su voz llenos de dolor.

—Yo quería a mi hija —declaró—, pero la abominación que estaba creciendo en su vientre era una traición para mí y para el aquelarre entero. —Se volvió con mirada vengativa hacia el cadáver de Lucian y pareció que sus ojos llenos de odio iban a incinerar los restos sin vida del amante de su hija—. No tenía elección.

Selene se apartó de él, sospechando que no tardaría mucho en reunirse con Sonja y Lucian en la otra vida.

• • •

Michael Corvin había desaparecido. En su lugar, había un hombre-lobo completamente transformado sobre el suelo del bunker. La lluvia bautizó al recién nacido monstruo y lo inició a una existencia nueva y alterada en sus fundamentos.

Pero la transformación no era completa.

El monstruo lupino se convulsionó violentamente y su espalda se arqueó de agonía. Sus hirsutos brazos se hundieron bajo la superficie iridiscente del charco y el agua salió despedida en todas direcciones. Un rugido de angustia brotó de las poderosas mandíbulas del monstruo mientras el Cambio empezaba a revertirse y conducía a Michael por las singulares mutaciones genéticas que había tras la evolución de vampiros y licántropos.

El aullido incorpóreo del interior de su cráneo se vio secundado por el invisible batir de unas alas coriáceas. Michael lanzó un grito con unas cuerdas vocales en plena mutación mientras sufría las contracciones natales de una forma de vida completamente nueva.

• • •

Los ojos de Viktor estaban húmedos, pero su voz era fría.

—Hice lo que tenía que hacer para proteger a nuestra especie —dijo sin remordimientos—. Como me veo obligado a hacer de nuevo.

Desenvainó la espada, manchada todavía con sangre recién derramada, y avanzó hacia Selene. Pero en ese momento llegó un aullido espeluznante desde el bunker. El horripilante grito ascendía desde el suelo de la cámara central, muchos metros por debajo de la sala del generador.

¿Michael?, se preguntó Selene. Tenía miedo de albergar esperanzas. Escuchó el inaudito alarido con perplejidad. Aquel sonido no parecía licano... ni humano.

¿Eres tú?

• • •

Espada en mano, Viktor se volvió hacia el agujero de la pared. Asomó la cabeza por él y examinó con la mirada el piso inundado de abajo. Frunció el ceño, confundido.

Michael Corvin había desaparecido.

Se volvió de nuevo hacia Selene, con la intención de sacarle a la fuerza el paradero más probable de su amante licano. *Corvin morirá por mi mano antes de que esta noche haya terminado*, juró solemnemente. Su venganza había tardado seis siglos en alcanzar a Lucian. Esta vez no estaba dispuesto a tardar tanto.

—¿Dónde...? —empezó su interrogatorio pero se vio sorprendido con la guardia abaja por una patada giratoria en la barbilla, propinada con extremo vigor por la propia Selene. Su cabeza se ladeó y la espada ensangrentada se le escapó entre los

dedos y salió despedida por el agujero de la pared. La oyó caer con un chapoteo al piso interior.

Su ira se encendió con un afán asesino.

¿Te atreves a atacar a tu sire?, le espetó a Selene en silencio. *De acuerdo*. La traicionera zorra había firmado su propia sentencia de muerte. No esperaba a capturar a su amante para enviarla al olvido. *¡Tendría que haberte matado con el resto de tu estúpida familia hace siglos!*

Al recobrar el equilibrio esperaba encontrarse de nuevo con Selene, tratando de presentar una fútil resistencia. Sin embargo, se llevó el susto de su inmortal existencia al encontrarse cara a cara con...

¿Qué? La asombrosa criatura que Viktor tenía delante y que protegía a Selene no se parecía a ninguna otra que hubiera visto jamás. No era un vampiro ni un licántropo sino algo que estaba a medio camino entre los dos. De apariencia insólita, el híbrido inmortal parecía más humano que bestia y más demonio que humano.

Sus ojos negros resplandecían como el mercurio. Un fulgor iridiscente y metálico añadía lustre a su carne poderosa, lo que le otorgaba la apariencia de una estatua clásica dotada de vida. Su pecho lampiño brillaba bajo las luces parpadeantes, aunque lo que quedaba de sus pantalones preservaba una módica decencia. Aunque sus hermosas facciones volvían a ser en esencia humanas, sus afilados colmillos y uñas revelaban su naturaleza predatoria.

—*¿Michael?* —susurró Selene, entre asustada y reverente.

Viktor sólo tuvo un instante para reaccionar a la visión intimidante de la híbrida criatura y para maravillarse por la preternatural velocidad con la que Corvin había regresado a la sala del generador. Acto seguido, el puño de Michael lo golpeó en el pecho con la fuerza de un martillo de demolición y lo envió contra lo que quedaba de la pared de ladrillos, y más allá, con el colgante de plata clavado en el pecho.

Cayó cinco metros antes de chocar con el suelo fangoso de la cámara principal. El impulso le hizo rodar por el barro varios metros hasta que chocó con un par de inmóviles piernas adamantinas. Levantó la mirada, presa de una perplejidad aturrida, y se encontró con Michael Corvin; que lo miraba con aquellos ojos negros increíbles.

¿Qué?, pensó, incrédulo. *¿Cómo demonios ha llegado hasta aquí tan deprisa?*

Apresuradamente, giró sobre sí mismo y se puso en pie, y una vez más se encontró con Michael frente a sí. La velocidad del híbrido resultaba asombrosa hasta para un inmortal. De repente Viktor experimentó algo que no había sentido en los últimos siglos: miedo.

Pero se negó a permitir que lo paralizara. *Ningún monstruo mestizo va a derrotarme*, decidió y se preparó para la batalla que se avecinaba. Se volvió hacia Michael bajo la lluvia que caía sobre ellos. *Mi sangre es pura. ¡Mi voluntad es suprema!*

Empezaron a andar en círculo, observándose de manera amenazante y buscando un punto flaco en la guardia del enemigo, con las manos preparadas para golpear. Los ojos blancos y reptilianos de Viktor contrastaban con los orbes completamente negros de Michael. Dos pares de colmillos perlados rechinaban en un gesto primario de advertencia.

Como en respuesta a una señal subliminal, se abalanzaron simultáneamente el uno sobre el otro. El pasado y el futuro chocaron mientras el vampiro Antiguo y el recién creado híbrido se encontraban con una fuerza que sacudió hasta sus cimientos el inframundo. Empezaron a intercambiar golpes colosales, como dos dioses de la guerra.

El bunker entero tembló.

• • •

Las devastadoras sacudidas pusieron freno a todas las demás batallas que estaban librándose en el subterráneo. Por todo el complejo, vampiros, licanos y hombres-lobo dejaron de luchar, distraídos por el épico choque. Hechizados por igual, todos ellos se encaramaron a las pasarelas y túneles que se abrían alrededor de aquel espacio central parecido a una arena de gladiadores y asistieron boquiabiertos a la batalla real que estaba librándose allí. Hasta el más necio y el más sanguinario de los espectadores era consciente de que la historia de su sombrío y secreto mundo estaba rescribiéndose allí, delante mismo de sus ojos.

• • •

Michael nunca se había sentido tan poderoso, tan imparable. En sus músculos y tendones transformados vibraban fuerzas y energías nuevas y hasta el último de sus sentidos era ahora diez veces más aguzado que antes. Sus miedos y su confusión eran cosas del pasado. No sabía en qué lo había convertido exactamente el beso de Selene, pero lo que sí sabía es que era algo infinitamente más majestuoso que un sencillo estudiante de medicina norteamericano.

¡Traedme a esos vampiros y hombres-lobo!, gritó exultante, embriagado por el coraje y la vitalidad que acababa de encontrar. Ya no tengo miedo.

Reconocía a Viktor gracias a los recuerdos de Lucian y su vivencia de primera mano de la trágica saga de Lucian y Sonja. El hecho de que hubiera tratado de asesinarlos a Selene y a él, no hizo más que enardecer su deseo de destruir al implacable tirano vampírico. Atacó al Antiguo con las garras y le gruñó con los blancos colmillos apretados. En el fondo de su corazón, sabía que era más fuerte que un mero vampiro.

Pero Viktor contaba con siglos de experiencia en el campo de batalla a sus

espaldas. Con un movimiento habilidoso, logró coger a Michael por sorpresa dejándose caer al suelo y barriéndole las piernas. Sólo tardó una fracción de segundo y lo siguiente que Michael supo fue que estaba tirado en el suelo y Viktor se encontraba encima de él lanzándole golpes poderosos como martillazos.

Los puños desnudos del vampiro caían como una lluvia de meteoritos sobre el rostro y el estómago de Michael. Su cuerpo se estremecía bajo los golpes y su cráneo repicaba como el interior de una enorme campana de catedral. La visión se le volvió borrosa y sintió que perdía el conocimiento.

•••

Como todas las almas del inframundo, Selene asistía al fiero combate con una mezcla de asombro y aprensión. Desde el piso superior, contemplaba la batalla titánica que enfrentaba a Viktor y Michael, consciente de que su propia existencia inmortal dependía de su desenlace.

¿Era posible que Viktor fuera derrotado?

Por el rabillo del ojo captó un movimiento sigiloso en el perímetro de la escena. Los instintos de una Ejecutora veterana se dispararon, se volvió como una centella y vio que los tres guardaespaldas armados de Viktor se dejaban caer desde las escalerillas al suelo del bunker, varios metros más abajo. Aterrizaron con un chapoteo a unos pasos de donde Viktor y Michael estaban luchando y levantaron sus pistolas de forma ominosa.

Selene no esperó a que tuvieran a Michael enfilado. Saltó de la demolida sala del generador y cayó con diestra elegancia delante de los tres Ejecutores. Sin siquiera una pausa para recobrar el aliento, le partió el cuello al primero de ellos, le propinó un codazo al segundo en el cuello y le arrebató al tercero el arma de la mano.

¡Blam-blam-blam! Llovió sangre del cañón del arma capturada y, tres segundos más tarde, un trío de cadáveres cayó al suelo. La sangre de vampiro se unió a los charcos que inundaban el suelo del bunker.

La masacre había concluido antes de que Selene tuviera tiempo de darse cuenta de que acababa de matar a tres de sus camaradas Ejecutores. Una abrumadora sensación de horror la paralizó por un instante. *Perdonadme*, pensó. *Nunca quise matar a mis hermanos*.

Sin embargo, no hubiera sentido remordimiento alguno de haber matado a Viktor, el asesino de su familia mortal. Arma en mano, se revolvió para dispararle, pero el indomable Antiguo seguía siendo demasiado rápido para ella. Un fuerte golpe le arrancó el arma de la mano y Selene se quedó boquiabierta al ver que Viktor estaba justo delante de ella, a menos de un metro de distancia.

—¡Cría cuervos —susurró— y te sacarán los ojos!

Antes de que ella tuviera tiempo de reaccionar, la palma abierta de Viktor le

golpeó como un ariete y la lanzó contra la pared más cercana. Fragmentos de hormigón endurecido cayeron sobre el agua fangosa mientras Selene resbalaba y quedaba tendida sobre el suelo. Un chorro de sangre fresca empezó a teñir el agua por debajo de su cabello.

• • •

Mientras Viktor se encargaba de Selene; Michael aprovechó la oportunidad para ponerse en pie de nuevo. Sus ojos de ébano se abrieron como platos al ver el cuerpo maltrecho de Selene tendido sobre el fango, aparentemente sin sentido... o algo peor. Corrió a su lado hundido en el agua hasta las rodillas.

—¡Selene!

Hasta su voz se había transformado y era ahora más profunda y resonante. Su vehemente grito resonó por toda la vasta excavación y llegó hasta los oídos de vampiros y hombres-lobo.

—¡Selene!

Con gran alivio de Michael, los ojos de la vampiresa parpadearon y se abrieron con lentitud.

¡Gracias a Dios!, se dijo. En aquel momento sólo tenía ojos para ella. No iba a permitir que muriera, no pasaría como con Samantha. Esta vez tenía la fuerza necesaria para expulsar a la muerte, al igual que Selene lo había traído a él de regreso desde el abismo. ¿De qué sirve este increíble poder si no puedo salvar a la única persona que me importa?

En su emoción y apresuramiento, se olvidó de Viktor, pero entonces el implacable Antiguo salió volando de la lluvia y descendió sobre él como una voraz ave de presa. Sus botas con suela de acero golpearon la cabeza de Michael con la fuerza de un martillo y lo enviaron en dirección contraria dando vueltas sobre sí mismo.

Cayó de bruces sobre el barro y perdió el conocimiento.

Viktor se preparó para dar el golpe de gracia.

• • •

Selene vio caer a Michael bajo el ataque de Viktor. Tenía los ojos inundados de sangre fría como el hielo y tuvo que limpiársela con un movimiento frenético. Se lanzó hacia delante, desesperada por acudir al rescate de Michael, pero el bunker giró a su alrededor de manera vertiginosa y volvió a caer al barro, demasiado mareada todavía para levantarse. Sus ojos turbios registraron el suelo inundado en busca de algo que poder arrojar a Viktor para distraerlo durante uno o dos segundos.

Su mirada angustiada se posó en un trozo de acero plateado que resplandecía bajo la lluvia a menos de tres centímetros de ella.

¡La espada de Viktor!

•••

La abominación tenía que ser destruida.

Resuelto a hacerlo, Viktor se situó detrás de Michael. Cogió la cabeza de la criatura por la nuca y empezó a ahogarla. Michael jadeó tratando de encontrar aire y las venas de su garganta se hincharon poderosamente por debajo de la piel.

—Es hora de morir —decretó el Antiguo—. Y luego tu traicionera consorte sufrirá la misma suerte.

Un destello de luz atrajo su atención y al levantar la mirada vio un resplandor metálico bajo la lluvia. Selene vino tras él y cayó a su lado como un jaguar, con su propia espada en las manos.

¿De nuevo me desafía? ¿Es que su perfidia no tiene fin? Dejando a Michael sobre el turbio lodazal, Viktor se volvió hacia ella. Sus demoníacos ojos de cuarzo ardían de furia y desenvainó las dos dagas de plata de su cinturón, una con cada mano. Abrió la boca para sentenciarla pero entonces, para su asombro, brotó sangre arterial en lugar de las palabras esperadas.

En el nombre del Ancestro, ¿qué...?, se preguntó embargado por la confusión y asombrado por la fuente escarlata que brotaba de sus propios labios. ¿Cómo es posible?

Avanzó un paso inseguro y Selene levantó la espada. El filo de la hoja de plata estaba empapado con la sangre recién derramada. Viktor abrió la boca y más sangre se vertió a las turbias aguas. Entonces comprendió que Selene ya se la había clavado.

¡Pero si yo te creé!, protestó su mente, abrumada por la trágica ironía. *Yo hice de ti lo que eres ahora...*

Una fina línea roja se materializó en el semblante señorial de Viktor. La hebra carmesí se extendía desde la oreja izquierda del Antiguo, atravesaba toda su mejilla y desembocaba en su cuello.

Las inútiles dagas cayeron de sus manos enguantadas mientras se las llevaba al rostro en un vano intento por mantener entera su cabeza inmortal. Pero era inútil. Una agonía fugaz y acerada atravesó su sistema nervioso mientras la mitad de su cráneo se separaba de la otra y caía con un chapoteo a las aguas fangosas.

El cuerpo del Antiguo permaneció erecto un momento más y por fin se desplomó hacia atrás y se hundió en entre la sangre y el barro. Los restos sin vida de Viktor formaban parte ahora de los desechos que fluían por debajo de la antigua ciudad.

Una era tocaba a su fin.

•••

Eso por mi familia, pensó Selene. Espada en mano, contempló con mirada sombría los pedazos del caído Antiguo. Y por los demás inocentes muertos por culpa de tu maldad y tu hipocresía.

El corazón le dio un vuelco de puro júbilo al ver que Michael se incorporada. Sus ojos enamorados estaban maravillados por el ser asombroso en el que se había convertido. Había trascendido sus orígenes humanos y la maldición de los licanos para evolucionar y transformarse en algo extraño y hermoso de contemplar.

¿Quién podía haber sospechado que el futuro escondía tan asombrosas posibilidades?

Él se reunió con ella, en silencio, con un destello de amor y pasión imposibles de expresar irradiando de su rostro. Juntos se volvieron lentamente hacia la base del masivo bunker, por si se presentaba alguna nueva amenaza.

Pero no se avecinaba ningún ataque. Asombrados por la victoria que acababan de presenciar, los espectadores de las pasarelas y vías no parecían ansiosos por desafiar a Selene o a aquel ser híbrido de aspecto letal. Los vampiros, los licanos y los hombres-lobo los observaban desde las sombras, pero ninguno se atrevió a hacer un movimiento.

Monstruos listos, pensó Selene.

Lentamente y con poco ruido, las diversas criaturas de la noche se dispersaron y regresaron a la segura oscuridad del laberíntico inframundo. Al cabo de pocos minutos, el bunker parecía tan vacío como los humanos de la superficie creían que debía de estar.

Selene los vio marchar con alegría. Ya se había derramado demasiada sangre aquella noche. Recuperó el colgante de Lucian de los restos de Viktor y se lo puso a Michael en la mano. Después de todo, él era ahora el custodio de los recuerdos y el legado del gran licano. Cogidos de las manos, Michael y ella cruzaron la inundada cámara y emprendieron el largo camino de regreso al mundo de la superficie.

Mientras se quitaba el pelo manchado de sangre de los ojos, Selene sonrió al recordar que, sólo dos noches atrás, había considerado con notables reservas la posibilidad de la paz. Le había tenido miedo a una inmortalidad sin enemigos a los que destruir.

Michael volvió a adoptar forma humana. Selene le apretó la mano, sintió su calidez. Él le sonrió y ella se rió entonces de sus necios miedos.

La guerra había terminado, pero había encontrado algo nuevo por lo que vivir. Puede que para toda la eternidad.

Epílogo

Habían pasado horas en la silenciosa cripta. El cuerpo del científico licano, Singe, había experimentado ya el rigor mortis, pero su sangre inmortal seguía reptando lentamente por el suelo de mármol de la sala subterránea, en dirección a los intrincados diseños que contenían las sagradas tumbas de los Antiguos.

La marea de sangre pasó junto al vacío nicho de Viktor y luego junto al de Amelia. Y sin embargo, con perversa inevitabilidad, fue a detenerse sobre la placa de bronce lustroso que lucía la M esculpida.

De Marcus.

Un riachuelo de sangre licana se filtró por las rendijas de la losa y se introdujo en la sepulcral cavidad en la que Marcus, el último Antiguo superviviente, dormía cabeza abajo, como un murciélago. El vigorizante fluido se vertió sobre el cuerpo marchito de Marcus y resbaló sobre él hasta llegar a los finos y quebrados labios de un rostro semejante a una calavera.

Pasaron varios minutos hasta que un corazón adormecido empezó a latir con creciente fuerza. Un suspiro escapó de los agrietados labios rojizos y un par de ojos hambrientos se despertaron en el fondo de los hundidos nichos de las cavidades oculares.

Ojos negros como la brea, idénticos a los de la criatura en la que Michael Corvin se había convertido.

Ojos híbridos.

FIN